COLECCION UNIVERSAL

N.os 283 a 286

JUAN PEDRO ECKERMANN

Conversaciones con Goethe

en los últimos años de su vida

TOMO III Y ULTIMO

1822 a 1832



Precio: 2 pesetas.

MADRID, 1920

COLECCION UNIVERSAL

Juan Pedro Eckermann

CONVERSACIONES CON GOETHE

EN LOS ULTIMOS AÑOS DE SU VIDA

TOMO III Y ULTIMO

1822 a 1832



MCMXX

Papel especialmente fabricado por LA PAPELERA ESPAÑOLA.

COLECCIÓN UNIVERSAL

JUAN PEDRO ECKERMANN

Conversaciones con Goethe

en los últimos años de su vida

TOMO III Y ULTIMO

1822 a 1832

La traducción del alemán ha sido hecha por J. Pérez Bances.

Luis Alvarez

C. A. L. P. E.

MADRID, 1920

"Tipográfica Renovación" (C. A.), Larra, 6 y 8.—MADRID.

CONVERSACIONES CON GOETHE

TOMO III Y ULTIMO

PRÓLOGO DEL AUTOR A LA TERCERA PARTE

Al ver, por fin, ante mí terminada esta tercera parte de mis *Conversaciones con Goethe*, tanto tiempo prometidas, me invade el gozoso sentimiento de haber salvado grandes obstáculos.

Mi caso era difícil. Semejaba al de un barco que no puede hacerse a la vela con el viento que hoy sopla y que, con gran paciencia, tiene que pasar semanas y meses en espera de un viento que hacía largo tiempo había soplado. Cuando escribí las dos primeras partes navegaba con buen viento, porque entonces sonaban aún en mis oídos las palabras recién pronunciadas y me sostenía el contacto vivo de aquel hombre extraordinario en el elemento de un entusiasmo, que me llevaba en sus alas a cumplir mi propósito.

Pero ahora, aquella voz está callada desde hace muchos años; ha pasado para siempre el tiem-

po dichoso en que yo gozaba del comercio personal con Goethe, y para conseguir el entusiasmo necesario preciso aguardar las horas en que, concentrándome en mí mismo y sumergido en mis pensamientos, logro reanimar con vivos colores el pasado que comienza a revivir, mostrándome las grandes ideas y los caracteres como montañas lejanas, pero claramente iluminadas por la luz del Sol.

Así, mi afecto por lo grande hacía nacer el entusiasmo; revivía el curso de las ideas y de las expresiones como si las hubiera oído ayer. Volvía a ver ante mí al Goethe real. Oía el sonido amado de su voz, con ninguna otra comparable. Tornaba a verle a la noche, con su frac negro y su estrella, en la iluminación de sus habitaciones, bromeando y riendo y conversando alegremente en el círculo de sus amistades. Otro día veíale a mi lado en el coche, en una mañana clara, con su casaca gris, su gorra azul y su capa gris clara puesta sobre sus rodillas; los colores de sus rostro eran morenos y sanos, como el aire puro, y su ingeniosa conversación sonaba apagando el ruido del carruaje. O volvía también a verle de noche en su despacho, a la luz de una vela, sentado frente a mí a la mesa, con su bata de franela, con el humor apacible que sigue a un día feliz.

Hablábamos de cosas grandes y buenas, y me mostraba los más nobles aspectos de su naturaleza. Mi espíritu se encendía en el suyo. Entre

nosotros reinaba la más íntima armonía; por encima de la mesa me tendía su mano, que yo estrechaba. Entonces solía coger un vaso lleno que había junto a mí, y sin decir nada, bebía en su honor, teniendo la vista fija en sus ojos mientras bebía.

Así, veíame de nuevo junto a él, en plena vida, y sus palabras sonaban en mis oídos como antaño.

Mas en la vida acontece que, aunque pensamos en un muerto amado, el ajetreo del día hace que pasemos a menudo semanas y meses en que sólo le recordamos pasajeramente, siendo contadísimas las hermosas horas de ensimismamiento profundo en que nos parece volver a poseer en toda la plenitud de su vida a la persona amada; eso me ocurría con Goethe.

Pasaban, pues, a menudo muchos meses, durante los cuales, mi alma, distraída con las impresiones de la vida diaria, estaba muerta para él y en que su recuerdo no me sugería nada. Y venían luego semanas y meses infecundos en que no quería brotar ni florecer nada en mi alma. Estos tiempos malos tenía que dejarlos pasar con gran paciencia, sin aprovecharlos, pues lo escrito en tal estado no podía valer la pena. Tenía que esperar de la buena fortuna el retorno de las horas en que el pasado se muestra vivamente, y que mi persona llegase a tal nivel de fuerza espiritual y bienestar físico, que la hiciese digno albergue de las ideas y sentimientos de Goethe

renovados. Pues tenía que guardar el recuerdo de un héroe cuya figura no debía decaer. Goethe tenía que aparecer, para ser verdadero, con toda la benevolencia de su ánimo, con la plena claridad y fuerza de su espíritu, con toda la dignidad de su personalidad eminente. ¡Y esto no era fácil!

Mis relaciones con él eran muy peculiares y muy delicadas. Eran las del discípulo con el maestro, las del hijo con el padre, las del sediento de saber con el saturado de sabiduría. Me atrajo a su círculo y me dejó participar de los goces espirituales y corporales de una existencia elevada. A veces, sólo le veía de ocho en ocho días, por la noche; otras veces, a diario, teniendo la dicha de comer con él; en ocasiones, con muchos comensales; en otras, solos.

Su conversación era variada como su obra. Era siempre el mismo y siempre diverso. A veces le ocupaba alguna gran idea, y sus palabras fluían profundas e inagotables. En ocasiones, su conversación era como un jardín en primavera, donde todo está florecido y en el que, deslumbrado por tanta magnificencia, no se le ocurre a uno coger un ramillete. Otras veces, en cambio, se le veía silencioso y monosilábico, como si flotase una niebla densa sobre su alma, y había días en que parecía como si estuviese transido de frío y como si soplase un viento cortante sobre campos de hielo y nieve. Mas, al poco tiempo, veíasele como un día riente de verano en el que cantasen

en el bosque y en el campo los pájaros más melodiosos, en que rasgase el aire azul el grito del cuclillo y en que el arroyo rumorease por la pradera florida. En tales momentos daba dicha oírle; su vecindad animaba, y sus palabras ensanchaban el corazón.

Invierno y verano, vejez y juventud parecían empeñados en su alma en pugna y alternativa eternas; pero era de admirar que un hombre de setenta a ochenta años, como él, la juventud venciese siempre, y aquellos días otoñales e invernales fuesen rara excepción.

Era grande el señorío que sobre sí mismo ejercía, y que formaba una de las cualidades relevantes de su naturaleza. Era el hermano de aquella prudencia eminente que le permitió dominar siempre sus asuntos y que dió a sus obras la acabada perfección que admiramos en ellas.

Esa misma cualidad, empero, daba no sólo a muchos de sus escritos, sino también a su conversación, cierta continencia y discreción. Pero tan pronto como un demonio feliz se apoderaba de su ánimo, en algunos momentos dichosos, abandonábale ese dominio de sí, y su palabra entonces se precipitaba fresca, juvenil, como el arroyo que desciende saltando de las altas cumbres. En estos momentos decía lo más grande, lo más perfecto que en su naturaleza había, y se comprende que, pensando en estos momentos, hayan dicho sus amigos que su palabra *hablada* era superior a la escrita e impresa. Decía Marmontel, hablan-

do de Diderot, que quien le conocía por sus obras le conocía sólo a medias, pues cuando se animaba en la conversación era único y arrebataba a todos.

Si consigo que en estas *Conversaciones* se refleje algo de aquellos momentos dichosos, habrá contribuído a ello, en este tomo, el que en él aparece una doble impresión de la personalidad de Goethe: la producida en mí y la producida sobre otro de sus amigos jóvenes.

El señor Soret, de Ginebra, republicano, llamado a Weimar en 1822 para dirigir la educación de su alteza el gran duque heredero, había vivido en íntima relación con Goethe desde aquella fecha hasta la muerte de éste. Era un comensal frecuente en la mesa de Goethe, y asistía también a menudo, de noche, a sus reuniones, donde se le veía con placer. Además, sus conocimientos de ciencias naturales servían de punto de relación entre él y Goethe. Como mineralogista profundo, ordenó los cristales de Goethe, y sus conocimientos de Botánica le permitieron traducir al francés la *Metamorfosis de las plantas*, dándole así a esta importante obra un campo de acción más vasto. Su posición en la corte le ponía también frecuentemente en contacto con Goethe, unas veces porque acompañaba al príncipe a verlo, otras porque los encargos de su alteza real el gran duque o de su alteza imperial la gran duquesa le obligaban a visitar a Goethe.

De estas entrevistas tomaba nota frecuentemente Soret en su diario, y hace unos años tuvo la

bondad de entregarme un manuscrito, que las contenía, autorizándome para intercalar cronológicamente en este tomo lo mejor y más interesante de ellas.

Estas notas, redactadas en francés, eran, unas veces, detalladas; otras veces, sólo esbozadas e incompletas, según se lo permitían al autor, con frecuencia muy ocupado, los quehaceres del día. Pero como en todo el manuscrito no hay ningún tema que no haya sido tratado repetidamente entre Goethe y yo, mis propias notas podían servir muy bien para completar lo escrito por Soret, colmar sus vacíos y dar el necesario desarrollo a cosas meramente indicadas. Sin embargo, todas las conversaciones redactadas a base del manuscrito de Soret, o para cuya redacción éste ha sido utilizado considerablemente, como ocurre especialmente en los dos primeros años, llevan un asterisco al lado de la fecha, para distinguirlas de las que son puramente mías, que comprenden casi enteros los años de 1824 a 1829 y una gran parte de los de 1830, 1831 y 1832.

Y no sabría añadir ya otra cosa sino que deseo que este tomo, que tanto tiempo me ha ocupado, obtenga la misma acogida que los dos primeros.

Weimar, 21 de diciembre de 1847.

Juan Pedro ECKERMANN.

1822

Sábado 21 de septiembre de 1822. *

Esta noche en casa de Goethe, con el consejero de corte Meyer. La conversación versó principalmente sobre temas de Mineralogía, Química y Física. Parecieron interesarle particularmente los fenómenos de la polarización de la luz. Me enseñó algunos aparatos, la mayor parte construídos según sus indicaciones, y expresó deseos de hacer conmigo algunos experimentos.

A medida que la conversación avanzaba, Goethe se hacía más libre y comunicativo. Estuve más de una hora, y al despedirnos se mostró muy afectuoso. Su figura puede llamarse aún hermosa; su frente y sus ojos son particularmente majestuosos. Es alto y bien formado, y tiene un aspecto tan robusto, que no se comprende cómo hace años ha podido declararse demasiado viejo para asistir a las reuniones de la corte.

Martes 24 de septiembre de 1822. *

Pasé la noche en casa de Goethe, con Meyer, el hijo de Goethe, la señora de Goethe y su médico, el consejero de corte Rebhein. Goethe estaba hoy particularmente animado. Me mostró unas magnífi-

cas litografías de Stuttgart, tan perfectas en su clase, como yo no había visto hasta entonces. Luego hablamos de asuntos científicos, y señaladamente sobre los progresos de la Química. El yodo y el cloro le interesaban de preferencia; hablaba de estas substancias con tal asombro, que pareció que los nuevos descubrimientos químicos le habían sorprendido inesperadamente. Hizo que le trajesen un poco de yodo, lo evaporó a la luz de una vela y no dejó de hacernos notar que el humo era violeta, lo que confirmaba satisfactoriamente una ley de su teoría de los colores.

Martes 1 de octubre de 1822. *

En casa de Goethe, en una reunión de noche. Entre los presentes, el señor canciller von Müller, el presidente Pencer, el doctor Stephan Schütze y el consejero de gobierno Schmidt, el cual tocó con rara perfección algunas sonatas de Beethoven. También me proporcionó gran placer la conversación entre Goethe y su nuera, que, dotada de una gran alegría juvenil, une a su natural amable un ingenio poco común.

Jueves 10 de octubre de 1822. *

Por la noche, en casa de Goethe, reunión, a la que asiste el famoso Blumenbach, de Gottinga.

Blumenbach es anciano; pero se expresa con mucho calor y mucha amenidad; ha sabido conservar la movilidad de la juventud. Sus maneras no delatan al sabio. Su cordialidad es libre y alegre. No hace remilgos, y pronto se siente uno a gusto con él. Su conocimiento ha sido para mí tan interesante como agradable.

Martes 5 de noviembre de 1822. *

Reunión de noche en casa de Goethe. Entre los presentes se hallaba también el pintor Kolbe. Vimos una obra suya excelentemente ejecutada, una copia de la Venus del Ticiano, del museo de Dresde.

También estaba el señor von Eschwege y el famoso Hummel. Hummel improvisó al piano, durante casi una hora, con una fuerza y un talento de que no puede formarse idea quien no le haya oído. Hallé su conversación sencilla y natural, y él mismo, para ser un virtuoso de tanta fama, me pareció muy modesto.

Martes 3 de diciembre de 1822. *

En casa de Goethe, por la noche. Entre los presentes, los señores Riemer, Coudray, Meyer, Goethe hijo y su esposa.

Entre los estudiantes de Jena ha habido algunas algazaras; se ha enviado una compañía de artille-

ría para calmarlos. Riemer leyó una colección de canciones, cuya prohibición fué el motivo o el pretexto de la revuelta. Todas estas canciones fueron calurosamente aplaudidas, especialmente por el talento que en ellas se advertía; el mismo Goethe las encontró buenas y prometió prestármelas para leerlas con calma.

Luego que estuvimos un rato contemplando grabados en cobre y libros de lujo, Goethe nos proporcionó el goce de leernos la poesía *Caronte*. Me maravilló la manera clara, precisa y enérgica con que leyó Goethe los versos. Nunca he oído una declamación tan bella. ¡Qué fuego! ¡Qué miradas! ¡Y qué voz que tronaba de pronto y luego volvía a ser suave y dulce! Quizás en algunos pasajes la leyó con demasiada fuerza, para el pequeño local en que nos encontrábamos; pero nada encontré en su dicción que me desagradara.

A continuación, Goethe habló de literatura y de sus obras, así como de madame de Stäel y de sus amigos. Goethe se ocupa ahora en la traducción y compilación de los fragmentos del *Faetonte*, de Eurípides. Este trabajo lo había empezado ya hace un año, y estos días ha vuelto a dedicarse a él.

Jueves 5 de diciembre de 1822. *

Esta noche, en casa de Goethe, oí el ensayo del primer acto de una ópera que estaba componiéndose: *El conde de Gleichen*, de Eberwein. Desde

que Goethe abandonó la dirección del teatro, decíase era la primera vez que se reunía en su casa un personal tan numeroso. Eberwein dirigía el canto. En los coros tomaban parte algunas señoras conocidas de Goethe; los solos los cantaban miembros de la Opera. Algunos trozos me parecieron muy notables, señaladamente un canon para cuatro voces.

Martes 17 de diciembre de 1822. *

Por la noche, en casa de Goethe. Estaba de muy buen humor, y trató con mucho ingenio el tema de que las locuras de los padres se pierden para los hijos. Las investigaciones que se hacen ahora para descubrir manantiales salinos le interesaban visiblemente. Censuró la torpeza de algunos empresarios que no tienen en cuenta las señales exteriores y la posición y sucesión de las capas bajo las cuales yace la sal y que tienen que ser atravesadas por el perforador, y que sin hallar ni saber dónde está el sitio a propósito hacen a tontas y a locas un agujero y siguen tercamente ahondando en él.

1823

Lunes 9 de febrero de 1823. *

Por la noche, en casa de Goethe, a quien hallé solo, conversando con Meyer. Hojeé un álbum de tiempos pasados, con autógrafos de hombres célebres, como Lutero, Erasmo y Mosheim, entre otros. El último había escrito en latín el siguiente extraño pensamiento:

"La gloria, fuente de esfuerzo y dolor; la obscuridad, fuente de dicha."

Lunes 23 de febrero de 1823. *

Goethe está hace días enfermo de peligro. Ayer yacía sin esperanza; pero hoy se ha producido una crisis que parece le salvará. Todavía esta mañana decía que se daba por perdido; más tarde, al mediodía, cobró esperanzas, y a la tarde le oí decir que si salía de ésta, podía decir que para un viejo como él había sido un juego peligroso.

Martes 24 de febrero de 1823. *

El día de hoy nos tuvo intranquilos con respecto a Goethe, porque al mediodía no mejoraba como ayer. En un instante de debilidad dijo a

su nuera: "Siento que ha llegado el momento en que comienza la lucha entre la vida y la muerte."

Sin embargo, por la tarde ya había recobrado el enfermo su plena conciencia espiritual y ya mostraba deseos de bromear. "Es usted demasiado tímido con sus remedios—le dijo a Rebhein—. Me mima usted demasiado. Cuando se tiene un enfermo como yo, hay que tratarlo un poco napoleónicamente." Luego bebió una taza de una cocción de árnica, que ayer, en el momento más peligroso de la crisis, había provocado la afortunada mejoría. Goethe hizo una preciosa descripción de esta planta y ponderó extremadamente sus enérgicos efectos. Le dijeron que los médicos no habían querido permitir que el gran duque viniese a verle. "Si yo fuera el gran duque—dijo—, no les hubiera preguntado ni me hubiera preocupado gran cosa de ustedes."

En un momento en que se sentía mejor y su pecho parecía respirar con menos trabajo, hablaba con facilidad y con lúcido espíritu. Rebhein murmuró al oído de uno de los que estaban junto a él: "Una mejor respiración acostumbra ir acompañada de una mejor inspiración." Mas Goethe, que lo oyera, replicó alegremente: "Eso lo sé yo hace mucho tiempo; pero no puede aplicarse a usted, mala persona."

Goethe estaba sentado en la cama, frente a la puerta abierta de su despacho, donde estaban congregados, sin que él lo supiese, sus amigos más íntimos. Sus facciones me parecieron poco

alteradas; su voz era limpia y clara; pero había en ella un tono de solemnidad, como de moribundo. "Parecéis creer—les dijo a los suyos—que estoy mejor, pero os engañáis." Se trató de quitarle, bromeando, esas aprensiones y pareció asentir. Pero cada vez iba entrando en la habitación un número mayor de personas, lo cual no me parecía nada conveniente, pues la presencia de tanta gente impurificaba innecesariamente el aire y estorbaba al servicio del enfermo. No pude menos de exponer mi opinión y me fuí a la habitación de abajo, desde donde envié noticias a su alteza imperial.

Miércoles 25 de febrero de 1823. *

Goethe ha hecho que le explicasen el plan que hasta ahora se había seguido con él; también leyó la lista de personas que se habían informado de su estado de salud y cuyo número aumentaba diariamente. A continuación recibió al gran duque, y no pareció que la visita le hubiese excitado. En su despacho hallé hoy a pocas personas, de lo cual deduje con satisfacción que mis observaciones de ayer habían producido algún fruto.

Pero ahora que la enfermedad ha cedido son de temer las consecuencias. Su mano izquierda está hinchada y se manifiestan síntomas alarmantes de hidropesía. Sólo dentro de algunos días se sabrán los efectos producidos por la en-

fermedad. Hoy, por primera vez, Goethe ha pedido ver a sus amigos, particularmente a Meyer, el más antiguo de ellos. Quería enseñarle una medalla rarísima, que ha recibido de Bohemia, y con la cual está encantado.

Llegué a las doce, y al oír Goethe que yo estaba allí mandó que me hiciesen entrar. Me alargó la mano, diciéndome: "En mí ve usted un resucitado." Luego me encargó que diese las gracias a su alteza imperial por el interés que había mostrado durante su enfermedad. "Mi curación será muy lenta—añadió—; pero, a pesar de eso, a los señores médicos les cabe la honra de haber obrado en mí un pequeño milagro."

Al cabo de unos minutos me retiré. Tiene buen color, pero ha enflaquecido mucho y respira aún con alguna dificultad. Me pareció que le costaba más trabajo hablar que ayer. La inflamación del brazo izquierdo es visible; tiene los ojos cerrados y sólo los abre cuando habla.

Lunes 2 de marzo de 1823. *

Esta noche en casa de Goethe, a quien no veía desde hace algunos días. Estaba sentado en una butaca y tenía a su lado a Riemer y a su nuera. Estaba muy mejorado. Su voz había recobrado su sonido natural; respiraba libremente; su mano ya no estaba hinchada; tenía el aspecto de cuando estaba sano, y hablaba con facilidad. Se

levantó, fué y volvió sin dificultad a su alcoba. Bebimos te con él, y como era hoy la primera vez, le hice en broma reproches a su nuera porque se había olvidado de colocar un ramo de flores sobre la mesa. La señora de Goethe cogió una cinta de color de su sombrero y la ató a la tetera, lo que pareció agradarle a Goethe sobremanera.

A continuación contemplamos una colección de piedras preciosas imitadas que el gran duque había hecho traer de París.

Sábado 22 de marzo de 1823. *

Para celebrar la curación de Goethe, hoy se ha representado en el teatro el *Tasso*, con un prólogo de Riemer, que recitó la señora de Heigendorf. Entre aplausos calurosos de los conmovidos espectadores, fué el busto de Goethe coronado con una corona de laurel. Terminada la representación, la señora de Heigendorf se fué a ver a Goethe. Iba en el traje de Leonor, y le ofreció la corona del Tasso, que Goethe tomó para adornar con ella el busto de la gran duquesa Alejandra.

Miércoles 1 de abril de 1823. *

De parte de su alteza imperial le llevé a Goethe un ejemplar de la revista de modas francesa, en el que se hablaba de una traducción de sus obras.

Con este motivo hablamos de *El sobrino de Rameau*, cuyo original estuvo perdido mucho tiempo. Muchos alemanes creen que este original no ha existido nunca y que todo fué invención de Goethe. Pero Goethe afirma que le hubiese sido absolutamente imposible imitar la ingeniosa exposición y el estilo de Diderot, y que el *Rameau* alemán no es sino una traducción muy fiel.

Viernes 3 de abril de 1823. *

Pasé una parte de la noche en casa de Goethe, junto con el consejero superior de Arquitectura, Coudray. Hablamos del teatro y de las mejoras que se han ido introduciendo en él desde hace unos años. "Noto esto sin haberlo visto—dijo Goethe riéndose—. No hace aún dos meses volvían siempre mis hijos descontentos del teatro; no les satisfacía nunca el placer que habían querido proporcionarles. Pero ahora se ha vuelto la hoja: vuelven con semblantes relucientes de alegría *porque han podido llorar a sus anchas*. Ayer han debido esta *delicia de las lágrimas* a un drama de Kotzebue."

Lunes 13 de abril de 1823.

Por la noche, a solas con Goethe. Hablamos de literatura, de lord Byron y de su *Sardanapalo* y su *Werther*. Luego tratamos del *Fausto*, del que

Goethe habla con gusto y a menudo. Desea que lo traduzcan al francés, al estilo de Masot. Le considera como la fuente de donde Byron ha sacado el ambiente del *Manfredo*. A Goethe le parece que Byron ha hecho grandes progresos en sus dos últimas tragedias, pues en ellas se presenta menos sombrío y misántropo. Luego hablamos de la letra de *La flauta encantada;* Goethe ha escrito la continuación, pero no ha encontrado aún un compositor adecuado. Confiesa que la conocida primera parte está llena de inverosimilitudes y chistes que no todos saben entender y apreciar; pero, en todo caso, hay que conceder al autor que ha conseguido dominar en grado sumo el arte de manejar los contrastes y de producir grandes efectos teatrales.

Miércoles 15 de abril de 1823. *

Por la noche, en casa de Goethe, con la condesa Carolina Egloffstein. Goethe se burló del almanaque alemán y de otras publicaciones periódicas, todas penetradas de un sentimentalismo ridículo, que parecía estar a la orden del día. La condesa advirtió que los novelistas alemanes habían comenzado por pervertir el gusto de sus numerosos lectores; pero que ahora eran los lectores los que pervertían a los novelistas, que si querían encontrar editor tenían que conformarse con el mal gusto dominante en el público.

Domingo 26 de abril de 1823. *

Encontré a Coudray y a Meyer en casa de Goethe. Hablamos de diversos asuntos. "La biblioteca del gran duque—dijo Goethe—, entre otras cosas posee un mapamundi hecho por un español bajo el reinado de Carlos V. Hay en él muy curiosas acotaciones, como ésta: "El pueblo chino se parece mucho al alemán." En épocas anteriores—continuó diciendo—, en los mapas, los desiertos africanos se indicaban con dibujos de animales salvajes. Hoy ya no se hace eso; los geógrafos prefieren dejarnos en libertad de figurarnos lo que nos parezca."

Miércoles 6 de mayo de 1823. *

Por la noche, en casa de Goethe. Trató de darme una idea de su teoría de los colores. "La luz me dijo—no es una resultante de diversos colores; la luz por sí sola no puede producir ningún color, sino que para ello es siempre necesaria una cierta modificación y mezcla de luz y sombra."

Martes 13 de mayo de 1823. *

Hallé a Goethe ocupado en reunir sus poesías cortas dirigidas a personas. "En otros tiempos

—dijo—, procedía yo más de ligero con mis cosas y me olvidaba de sacar copias; habré perdido cientos de poesías de ésas."

Lunes 2 de junio de 1823. *

En casa de Goethe, donde estaban el canciller Riemer y Meyer. Se habló de las poesías de Beranger, y Goethe comentó y parafraseó algunas de ellas con gran originalidad y buen humor.

Luego se trató de Física y Meteorología. Goethe estaba trabajando sobre una teoría del buen o mal tiempo, en la que el ascenso y descenso del barómetro se atribuye enteramente a la acción del globo terráqueo y a su atracción y repulsión de la atmósfera.

"Los señores científicos, y en particular los señores matemáticos—dijo Goethe—, no dejarán de encontrar altamente risibles mis ideas, o, más bien, las ignorarán completamente, desde lo alto de su distinción. ¿Y saben ustedes por qué? Porque dicen que no soy un profesional."

"El espíritu de casta de los sabios—repliqué—puede perdonárseles. Si en sus teorías se han deslizado algunos errores, que siguen arrastrándose con ellas, la causa se debe a que se les han transmitido esas cosas como dogmas cuando aun se sentaban en los bancos del aula."

"¡Eso es!—exclamó Goethe—. Vuestros sabios hacen como nuestros encuadernadores de Wei-

mar. La obra que se les exige para admitirlos en el gremio no es una encuadernación bonita del más moderno gusto. Ni mucho menos: tienen que seguir encuadernando en folio una biblia bien gruesa, a la moda de hace dos o tres siglos, con groseras tapas y en fuerte cuero. El trabajo es absurdo. Pero lo pasaría mal el pobre artesano que sostuviese que sus jueces eran gente estúpida."

Viernes 24 de octubre de 1823. *

Por la noche, en casa de Goethe. Madame Szymanowska, a quien conoció este verano en Marienbad, fantasea sobre el piano. Goethe la escucha abstraído, y en ocasiones parece muy excitado y conmovido.

Martes 11 de noviembre de 1823. *

Pequeña reunión de noche en casa de Goethe, que vuelve a encontrarse enfermo desde hace tiempo. Tiene los pies envueltos en una manta de lana, que, desde la campaña de la Champagne, lo acompaña a todas partes. A propósito de esta manta nos refirió una anécdota del año 1806. Los franceses habían ocupado Jena, y el capellán de un regimiento francés buscaba paños para cubrir su altar. "Le habían dado un trozo de tela de un bello color carmesí; pero no le parecía

bastante. Se me quejó de esto. Envíeme la tela —le dije—, ya veré si puedo procurarle algo mejor. Teníamos que dar por aquellos días una nueva fiesta en el teatro, y aproveché la magnífica tela roja para adornar con ella a mis actores. En cuanto al capellán, no le di nada; fué olvidado y tuvo que arreglárselas como pudo."

Domingo 16 de noviembre de 1823. *

Goethe sigue sin mejorar. La gran duquesa le envió, por conducto mío, algunas hermosas medallas, esperando que su contemplación pudiera distraerle y animarle. Goethe recibió con visible gozo esta delicada atención de la princesa. Se quejó de que sentía en el lado del corazón el mismo dolor que había precedido a su grave enfermedad del pasado invierno. "No puedo trabajar—me dijo—, no puedo leer, y ni de pensar soy capaz más que en momentos felices de alivio."

Lunes 17 de noviembre de 1823.

Humboldt está aquí. Hoy estuve un momento a ver a Goethe, y me pareció que la presencia de Humboldt y su conversación habían ejercido sobre él un influjo bienhechor. Su mal no parece ser meramente físico. Más bien parece que la causa de su actual enfermedad es la apasionada

inclinación que sintió este verano en Marienbad por una muchacha joven, inclinación que ahora trata de combatir.

Viernes 28 de noviembre de 1823. *

La primera parte de la *Historia del Arte*, de Meyer, recién publicada, parece ocupar muy agradablemente a Goethe. Hoy habló de ella con expresión del mayor elogio.

Viernes 5 de diciembre de 1823. *

Le llevé a Goethe algunos minerales, especialmente un trozo de ocre arcilloso que Dechamps había encontrado en Cormayan y que el señor Massot ponderaba mucho. ¡Qué asombrado se quedó Goethe cuando vió que este color era el mismo que Angélica Kaulfmann utiliza para pintar la carne en sus cuadros! "Lo poco que posee —dijo—lo estima como si fuese oro. Pero no conocía el sitio de su procedencia ni dónde podría hallarlo." Dirigiéndose a su hija, dijo Goethe que yo le trataba como a un sultán, trayéndole cada día nuevos regalos. "Más bien le trata a usted como a un niño"—respondió la señora de Goethe, lo cual le hizo sonreír.

Domingo 7 de diciembre de 1823. *

Le pregunté a Goethe cómo se sentía hoy. "No tan mal como Napoleón en su isla"—respondió suspirando. La prolongación de su malestar parece ir haciéndole efecto poco a poco.

Domingo 21 de diciembre de 1823. *

Hoy volvió a resplandecer el buen humor de Goethe. Hemos llegado ya al día más corto, y la esperanza de que en adelante los días irán aumentando considerablemente parece ejercer el más favorable influjo en su ánimo. "Hoy celebramos la resurrección del Sol"—me gritó alegremente al entrar, cuando fuí a verle esta mañana. Parece que todos los años acostumbra pasar suspirando y con ánimo deprimido la semana de los días más cortos.

Entró la señora de Goethe para comunicar a su suegro que iba a irse a Berlín, donde se encontraría con su madre, que llegaba aquellos días.

Cuando la señora de Goethe hubo salido, se burló Goethe conmigo de la vehemente fantasía, característica de la juventud. "Soy demasiado viejo—dijo—para contradecirla y hacerle comprender que la alegría de ver a su madre será la misma en Berlín que aquí. Ese viaje en invierno significa mucho esfuerzo para nada; pero

esa nada es infinita para la juventud. Y, en substancia, ¡qué importa! Conviene hacer de cuando en cuando alguna locura para poder vivir tranquilo algún tiempo. En mi juventud no lo hacía yo mejor, y, sin embargo, he escapado con la piel bastante sana."

Martes 30 de diciembre de 1823. *

Por la noche, a solas con Goethe, en conversaciones de todas clases. Me dijo que tenía intención de comprender, en la publicación de sus obras, su *Viaje a Suiza en 1797*. Luego se habló del *Werther*, que no había leído más que una vez, a los diez años, aproximadamente, de su aparición. Lo mismo había hecho con el resto de sus escritos. Luego hablamos de traducciones, a propósito de lo cual me dijo que le resultaba muy difícil traducir poesías inglesas en versos alemanes. "Al cambiar las palabras monosílabas de los ingleses—dijo—en palabras alemanas de varias sílabas o compuestas se pierde toda la fuerza y todo el efecto." Del *Rameau* me dijo que había terminado en cuatro semanas la traducción y que lo había dictado todo.

Luego hablamos de ciencias naturales, y, particularmente, de la pequeñez de espíritu con que los sabios discutían sobre la prioridad de tal o cual descubrimiento. "Con nada mejor he aprendido a conocer los hombres—dijo Goethe— que

por mis trabajos científicos. Esa experiencia me ha costado bastante cara y me ha producido algún dolor; pero me alegro de haberla hecho."

"En las ciencias — noté yo — parece excitarse particularmente el egoísmo humano; una vez puesto éste en movimiento, asoman muy pronto todas las debilidades del carácter."

"Las cuestiones de la ciencia—replicó Goethe—son frecuentemente cuestiones de existencia. Un solo descubrimiento puede hacer célebre a un hombre y fundamentar su dicha burguesa. Por eso en las ciencias reina esa gran severidad y esa tenacidad y esos celos frente a la labor de los otros. En cambio, en el campo de la estética, se tiene más amplitud de criterio, los pensamientos son más o menos propiedad innata de todos los hombres; por lo cual, lo importante es la ejecución y la forma, y la envidia no es tan enconada. Una sola idea puede servir de fundamento a cientos de epigramas, y sólo se pregunta qué poeta ha sabido hacer sensible estas ideas del modo más eficaz y más bello.

"En cambio, en las ciencias la forma no es nada y toda la eficacia está en la idea. Hay en ellas poco de general y de subjetivo; las manifestaciones particulares de las leyes de la Naturaleza están fuera de nosotros, herméticas, inmóviles, firmes y calladas. Cada nuevo fenómeno observado es un descubrimiento, cada descubrimiento constituye una propiedad. Y tan pronto

como se intenta tocar a la propiedad, aparece el hombre con todas sus pasiones.

"Pero al mismo tiempo—dijo Goethe—, en las ciencias se considera como propiedad lo que se ha conservado tradicionalmente y aprendido en las academias. Y si aparece uno trayendo algo nuevo, que está en contradicción o amenaza acabar con el credo que profesábamos desde hace años y que habíamos transmitido a otros, se disparan contra él todas las pasiones y se procura acallarle por todos los medios. El gremio se defiende de él como puede; se hace como si no se oyera, como si no se entendiera; se habla de él con desprecio, como si no valiese la pena considerarlo y estudiarlo, y por eso una nueva verdad necesita esperar largo tiempo hasta abrirse camino. Un francés le decía a un amigo mío, a propósito de mi teoría de los colores: Hemos trabajado cincuenta años para fundar y asentar el imperio de Newton; se necesitarán otros cincuenta años para derribarlo.

"El gremio de los matemáticos ha hecho tan sospechoso mi nombre en la ciencia, que se tienen reparos hasta de mencionarlo. Hace algún tiempo cayó en mis manos un folleto (1) en que se trataban temas de la teoría de los colores; el autor parecía penetrado completamente de mi doctrina, y lo había edificado todo sobre el mismo cimiento y deducido del mismo principio. Leí

(1) Acaso sea el de Schopenhauer.

el escrito con gozo; pero, con no pequeña sorpresa, me encontré con que el autor ni siquiera me mencionaba. Más tarde resolví el enigma. Un amigo de ambos me visitó, y me manifestó que el autor, un joven de talento, había querido cimentar su fama en aquel escrito; pero había creído con razón que le perjudicaría ante el mundo científico apoyar con mi nombre las doctrinas sustentadas por él. El escrito tuvo buena fortuna, y el ingenioso joven autor se me ha presentado más tarde personalmente y me ha dado sus excusas.

"El caso me parece tanto más notable—dije yo—cuanto que en todas las demás cosas se está orgulloso de contar con la autoridad de usted, y todo el mundo se siente dichoso de hallar en su aprobación un poderoso apoyo ante el mundo. En cuanto a su teoría de los colores, lo malo es que no sólo tiene usted que habérselas con el célebre Newton, cuya autoridad es universalmente reconocida, sino con sus discípulos, repartidos por todo el mundo, que acatan fielmente al maestro, y cuyo número forma legión. Aunque al cabo llegue usted a tener razón, tendrá que pasarse bastante tiempo solo con su doctrina."

"Estoy acostumbrado y preparado a ello—replicó Goethe—. Pero diga usted mismo—continuó diciendo—, ¿no puedo sentirme orgulloso de haber reconocido desde hace veinte años que el gran Newton y todos los matemáticos y grandes calculistas estaban equivocados en lo relativo a

la teoría del color, y de ser el único que en este asunto tan importante está en lo cierto? Merced a este sentimiento de superioridad me fué posible soportar la estúpida arrogancia de mis adversarios. Se trató de combatir por todos los medios mi doctrina y de hacer aparecer como ridículas mis ideas; pero eso no impidió que mi obra me produjese una gran satisfacción. Todos los ataques de mis adversarios sólo sirvieron para ver a los hombres en sus debilidades."

Mientras Goethe hablaba con una energía y una riqueza de expresión que no puedo reproducir en toda su verdad, sus ojos brillaban con un fuego extraordinario. Se veía en ellos la expresión del triunfo, mientras en sus labios flotaba una sonrisa irónica. Los rasgos de su hermoso rostro eran más imponentes que nunca.

Miércoles 31 de diciembre de 1823. *

A la mesa, con Goethe, en variados coloquios. Me enseñó una carpeta con dibujos, entre los cuales eran particularmente notables los comienzos de Heinrich Füssli (1).

Luego hablamos de cosas religiosas y del abuso del nombre de Dios.

"Las gentes le tratan—dijo Goethe—como si el Sumo Ser inefable e incomprensible fuese un igual

(1) Famoso pintor de historia.

suyo. Si no no dirían: el señor Dios, el amado Dios, el buen Dios. En su boca, particularmente en la de los clérigos, que le usan a diario, Dios se convierte en una palabra, en un mero nombre sin significado. Si estuvieran penetrados de su grandeza, quedarían mudos y no podrían nombrarlo, de pura veneración."

1824

Viernes 2 de enero de 1824.

Comiendo en casa de Goethe, en animadas conversaciones. Se habló de una belleza de la sociedad de Weimar, y uno de los presentes dijo que estaba a punto de enamorarse de ella, a pesar de que su entendimiento no fuese precisamente brillante.

"¡Bah!—dijo Goethe riéndose—. ¡Como si el amor tuviera algo que ver con el entendimiento! En las mujeres jóvenes amamos muy otra cosa que el entendimiento. Amamos su belleza, su juventud, lo que hay en ellas de provocativo, lo que hay en ellas de confiado, su carácter, sus defectos, sus caprichos, y Dios sabe cuántas otras cosas inexplicables; pero no amamos su entendimiento. Estimamos un entendimiento brillante, y una muchacha que lo posea puede ganar mucho valor a nuestros ojos. También puede servir el entendimiento para encadenarnos una vez que amamos; pero no es él quien nos inflama y despierta en nosotros la pasión."

Se halló que en las palabras de Goethe había mucho de verdadero y convincente, y quedamos muy inclinados a considerar el asunto desde este punto de vista.

Después de comer, y cuando los demás se hu-

bieron ido, yo me quedé con Goethe y traté aún con él de varias cosas interesantes.

Hablamos de la literatura inglesa, de la grandeza de Shakespeare y de lo poco afortunados que habían sido los escritores dramáticos ingleses viniendo después de aquel coloso.

"Un talento dramático de consideración—continuó Goethe—no podía prescindir de conocer la existencia de Shakespeare; más aún: no podía prescindir de estudiarle. Pero al estudiarlo tenía que darse cuenta de que Shakespeare había agotado ya en todos sentidos la naturaleza humana, con toda su profundidad y toda su elevación, y que, en el fondo, a los sucesores apenas les quedaba que hacer. ¡Y cómo había de tener valor pára coger la pluma luego de haber reconocido seriamente en su alma la existencia de estas excelencias inasequibles e incomprensibles!

"En mejor situación me encontraba yo, ciertamente, hace cincuenta años en mi amada Alemania. Lo ya hecho lo dominé pronto; no podía imponerme mucho ni contenerme demasiado. Pronto dejé la literatura alemana y su estudio y me apliqué a la vida y a la producción. Así, progresando gradualmente, fué prosiguiéndose mi natural evolución y me fuí formando para escribir las obras que de época en época logré hacer. Y mi idea de la excelencia, en cada uno de los momentos de mi vida y de mi desarrollo, no superaba en mucho lo que estaba en disposición de hacer en aquella etapa. En cambio, si hubiera

nacido en Inglaterra y hubieran caído sobre mí, en la hora del despertar juvenil, con todo su poder, aquellas obras maestras, me hubiese sentido anonadado y no hubiera sabido qué hacer. No hubiera podido seguir mi camino con valor ágil y fresco, sino que hubiera tenido que reflexionar cuidadosamente y mirar precavidamente en derredor para hallar una salida."

Volví a retrotraer la conversación a Shakespeare. "Si se le arranca de la literatura inglesa —dije—y se le traslada a Alemania, considerándole como una aparición única, hay que admirar como un milagro su gigantesca grandeza. Mas si se le considera dentro de su patria; si se le coloca en el suelo de su país y en la atmósfera del siglo en que vivió; si se estudian sus contemporáneos y sus sucesores inmediatos; si se respira la fuerza que emana de Ben Johnson, Massinger, Marlow, Beaumont y Fletcher, Shakespeare sigue conservando su poderosa grandeza relevante; pero se comprenden muchas de las maravillas creadas por su espíritu, y que mucho de lo hecho por él flotaba en cierto modo en la fuerza de la atmósfera productiva de su siglo."

"Tiene usted perfecta razón—replicó Goethe—. Con Shakespeare ocurre lo que con las montañas suizas. Transplante usted el Montblanc a la gran llanura de la landa de Luneburgo, y el asombro que su grandeza le produzca no le dejará hallar palabras para encomiarla. Pero vaya usted a verle en su país, llegue usted a él, pasando por de-

lante de sus grandes vecinos, la Jungfrau, el Finsteraarhorn, el Eiger, el Wetterhorn, el San Gotardo y el monte Rosa, y el Montblanc seguirá siendo un coloso; pero ya no nos producirá un asombro semejante.

"Por lo demás—siguió diciendo—, el que no quiera creer que una gran parte de la grandeza de Shakespeare se debe a su época grande y fuerte, pregúntese si tan asombrosa aparición sería posible en la Inglaterra actual de 1824, en estos malos tiempos de periódicos críticos y desmenuzadores.

"La creación libre, ingenua, como de ensueño, única que puede hacer prosperar lo verdaderamente grande, no es ya posible. Nuestros talentos actuales están en las bandejas de la publicidad. Las hojas críticas, que diariamente aparecen en cien diversos lugares, y las habladurías por ellas fomentadas en el público, imposibilitan la aparición de nada sano. El que no sepa apartarse de eso y aislarse violentamente, está perdido. Los periódicos, con su mala tendencia, predominantemente crítica y negativa, propagan, es cierto, una cultura a medias, entre las masas; pero para el talento productor son niebla deletérea, ponzoñosa lluvia que corrompe la fuerza creadora del árbol, desde el verde atavío de las hojas hasta su más honda raíz y sus más escondidas fibras.

"Y, además, la vida misma, ¡cómo se ha domesticado y debilitado en este par de siglos miserables! ¿Dónde se nos presenta al desnudo una na-

turaleza original? ¿De dónde va a sacarse la fuerza necesaria para ser sincero y mostrarse tal cual se es? Pero todo esto reobra sobre el poeta, que se ve reducido a buscarlo todo en sí mismo, porque afuera no halla nada que pueda servirle.

La conversación vino a parar al *Werther*. "Es ésa una criatura—dijo Goethe—que, como el pelícano, he alimentado con la sangre de mi corazón. Hay en él cantidad suficiente de vida interior, de mi propio pecho; hay sentimientos y pensamientos bastantes para llenar una novela de diez tomos como el *Werther*. Por lo demás, como ya le he dicho, no he vuelto a leer el libro, después de su publicación, más que una vez, y me guardaré muy bien de volver a hacerlo. ¡Es un libro lleno de materias explosivas! Me produce una sensación penosa y temo volver a ser presa del estado patológico que lo produjo."

Le recuerdo su diálogo con Napoleón, que conozco por las notas que figuran en sus papeles inéditos y que repetidas veces le he pedido que desarrollase con más amplitud. "Napoleón—dije—le dice a usted que hay en el *Werther* un pasaje que no resiste a un examen detenido, y usted le confiesa que tiene razón. Desearía saber a qué pasaje se refería. "¡Adivine usted!"—me dijo Goethe, sonriendo enigmáticamente.—"Casi me parece—dije yo—que se trataba del pasaje en que Carlota le envía a Werther las pistolas, sin decirle una palabra a Alberto, ni comunicarle sus aprensiones y temores. Usted ha hecho grandes esfuer-

fos para motivar este silencio; pero ninguna de las razones deducidas parece suficientemente fuerte para contrarrestar la imperiosa necesidad en que se jugaba la vida de un amigo." "Su observación—dijo Goethe—no es desacertada. Pero no creo conveniente revelar si Napoleón se refirió a este pasaje o a otro. Pero, como le he dicho, su indicación es tan acertada como la de él."

Planteé la cuestión de si realmente el gran efecto producido por el *Werther* en el momento de su aparición era debido a la época. "Yo no puedo —dije—adherirme a esta opinión generalmente aceptada. El *Werther* ha hecho época por haber aparecido, no por haber aparecido en determinado tiempo. En todas las épocas hay tanto dolor inexpresado, tanto descontento y tanto cansancio de la vida ocultos, y en el individuo tantos conflictos con el mundo, su naturaleza choca tantas veces con las instituciones sociales, que el *Werther* haría la misma sensación si apareciese ahora."

"Tiene usted razón—replicó Goethe—, y por eso el libro en la edad juvenil produce ahora el mismo efecto que entonces. Y tampoco me fué necesario extraer mi propia melancolía juvenil de los influjos generales de mi tiempo y de la lectura de algunos autores ingleses. Lo que produjo en mí el estado de ánimo en que se engendró el *Werther* fueron más bien acontecimientos personales que me afectaron íntimamente y que me proporcionaron muchos cuidados. ¡Había vivido, amado y había sufrido mucho! Eso fué todo.

"La época wertheriana, de que tanto se habla, si bien se mira, no pertenece a la evolución general de la cultura del mundo, sino al curso de la vida individual de todo aquel que, nacido con una tendencia natural libre, tiene que acomodarse a las formas estrechas de un mundo anticuado. Dicha actividad contenida, deseos insatisfechos, obstaculizados, no son máculas de ninguna época determinada, sino de todo individuo en particular, y no formaríamos buena idea de aquel que no tuviese una época en su vida en que le pareciese que el *Werther* se había escrito para él solo."

Domingo 4 de enero de 1824.

Hoy, después de comer, hojeó Goethe conmigo los cuadernos de Rafael. Se ocupa de Rafael muy a menudo, para estar constantemente en comercio con él mejor y para ejercitarse constantemente siguiendo el curso de los pensamientos de un hombre de elevado espíritu. Al mismo tiempo, le proporciona placer el iniciarse en estas materias.

Luego hablamos del *Diván*, especialmente sobre el *Libro de la malquerencia*, en el cual desahogó muchas cosas que tenía en su corazón contra sus enemigos.

"Por lo demás, guardé una gran moderación —añadió—. Si hubiera querido decir todo lo que hormigueaba en mí y me preocupaba, las escasas

páginas de ese libro se hubiesen convertido en un grueso volumen.

"En el fondo, las gentes nunca estuvieron conformes conmigo, y siempre pretendieron que fuese de modo distinto a como Dios había tenido a bien crearme. Y pocas veces estaban conformes con lo que yo producía. Después de haberme esforzado día por día y año tras año en proporcionarle al mundo alguna satisfacción con una obra nueva, el mundo me exigía que además le diese las gracias por haber encontrado mi obra soportable. Si alguien me encomiaba, no les agradaba que recibiese el encomio, lleno de alegre seguridad en mí mismo, como un tributo debido; se esperaba de mí alguna frase de modestia, rechazando el elogio, en la que mostrase humildemente el escaso valor de mi persona y mi obra. Mas esto era contrario a mi naturaleza, y para mentir y disimular de ese modo, hubiera tenido que ser un miserable. Y por ser bastante fuerte para mostrarme sinceramente tal como sentía, pasaba y paso, aun hoy, por soberbio.

"En cosas religiosas, científicas y políticas, en todos los campos, me dió que sentir el no ser hipócrita, el tener el valor de declarar lo que pensaba.

"Creía en Dios y en la Naturaleza y en el triunfo de lo noble sobre el mal; pero las almas piadosas no tenían bastante con esto; era preciso que yo creyese, además, que tres eran uno y uno tres. Mas esto contradecía al sentimiento de verdad de mi alma, sin que yo viese tampoco que

esta creencia pudiera reportarme la menor ventaja.

"Luego tuve que sufrir por haber comprendido que la doctrina newtoniana de la luz y del color era falsa, y por haber tenido el valor de contradecir la general creencia. Reconocí la luz en su pureza y verdad, y creí deber mío defender mi opinión. Mas aquel partido pretendía seriamente obscurecer la luz, sosteniendo que la sombra era una parte de la luz. Parece absurdo que se pueda decir esto; pero así es. En efecto, se decía: Los colores, que son algo sombreados, y llenos de sombras, son la luz misma, o, lo que viene a ser lo mismo, son los rayos de luz, quebrados unas veces de un modo y otras de otro."

Calló Goethe mientras vagaba por su imponente semblante una sonrisa irónica. Luego siguió: "¡Y en el campo de la política! No acierto a expresar todo lo que en ese respecto he tenido que sufrir. ¿Conoce usted mis *Excitados?*"

"Sólo ayer—repliqué—he leído el trozo, con ocasión de la nueva edición de sus obras, y lamento de corazón el que permanezca inacabado. Pero tal como está tiene que asentir quien piense cuerdamente."

"Lo escribí en la época de la Revolución francesa—siguió diciendo Goethe—, y puede pasar hasta cierto punto por mi profesión de fe política de aquel tiempo. Puse de representante de la nobleza a la condesa, y en las palabras que le hago decir declaraba yo lo que deben pensar los

nobles. La condesa acaba de llegar de París, ha sido allí testigo de las escenas revolucionarias y de ellas ha sacado para su uso propio una enseñanza bastante buena. Se ha convencido de que puede dominarse, pero no oprimirse, al pueblo, y de que los alzamientos revolucionarios de las clases bajas son consecuencia de la injusticia de los grandes. En adelante—dice—evitaré cuidadosamente toda acción que me parezca injusta, y diré en alta voz mi opinión en la sociedad y en la corte sobre toda falta de equidad. No callaré ante ninguna injusticia, aunque me tachen de demócrata.

"Me parecía que ese punto de vista era absolutamente respetable—dijo Goethe—. Era entonces el mío y lo es aun hoy. Pero en recompensa se me dirigieron toda clase de denuestos, que no he de repetir aquí."

"Basta leer el *Egmont*—repliqué—para saber cómo piensa usted. No conozco obra ninguna en que se defienda tanto como en ésta la libertad del pueblo."

"Es que las gentes se han empeñado—repuso Goethe—en no querer verme tal como soy, y apartan sus ojos de cuanto pudiera hacerme aparecer en mi verdadera luz. En cambio, Schiller, que, sea dicho entre nosotros, era mucho más aristócrata que yo, pero que pensaba lo que decía más que yo, ha tenido la dicha de pasar como un señalado amigo del pueblo. De todo corazón le cedo ese título y me consuelo con que a otros no les ha ido mucho mejor que a mí.

"En efecto: yo no podía ser amigo de la Revolución francesa, pues sus horrores los tenía demasiado cerca y me indignaban diariamente y a todas horas, mientras que sus bienhechoras consecuencias por aquel entonces no podían preverse aún. Tampoco podía serme indiferente que en Alemania se tratase de producir artificialmente escenas análogas a las que en Francia habían sido consecuencia de una gran necesidad.

"Pero tampoco era partidario de los abusos del Poder. También estaba convencido de que una gran revolución no es nunca culpa del pueblo, sino del Gobierno. Las revoluciones son imposibles cuando los Gobiernos son justos y vigilantes, porque se adelantan a ellas con reformas adaptadas al tiempo y no esperan a que los de abajo consigan por la violencia lo que necesitan.

"Pero porque odiaba las revoluciones me llamaban un amigo de lo existente. Este título es muy ambiguo, por lo cual sería mejor no emplearlo. Si todo lo existente fuera bueno, perfecto y justo, nada tendría contra ello. Pero junto a mucho bueno existe mucho malo, injusto e imperfecto; a menudo, decir amigo de lo existente no quiere decir amigo de lo anticuado y malo.

"Pero el tiempo está sujeto a un eterno progreso, y las cosas humanas muestran cada cincuenta años un aspecto diverso, de manera que una institución que en el año 1800 era perfecta en 1850 puede ser ya una antigualla.

"Y, además, para una nación sólo es bueno lo

que ha salido de su propio ser y sus propias necesidades, sin imitar a ninguna otra. Pues lo que es una alimentación adecuada para un pueblo, en cierto estado de madurez, para otros puede ser un veneno. Por eso todos los intentos de introducir innovaciones extranjeras, cuya necesidad no está arraigada en la entraña de la propia nación, son insensatos, y ninguna revolución de ese género logrará éxito, pues no será obra de Dios, que no interviene en tales desafueros. En cambio, cuando un pueblo siente verdaderamente la necesidad de una gran reforma, consigue imponerse. Esto fué bien visible con Cristo y sus primeros discípulos, pues los pueblos sentían la necesidad de una doctrina de amor; lo fué también con Lutero, pues no era menos necesaria la purificación de aquella doctrina que los clérigos habían impurificado. Pero ninguno de estos dos grandes reformadores eran amigos de lo existente; ambos estaban penetrados hondamente de la necesidad de acabar con lo antiguo y de que en lo futuro no siguiese reinando lo falso, lo injusto y lo imperfecto."

Miércoles 5 de mayo de 1824.

Estos días he estado muy ocupado en revisar los papeles que contenían los estudios que había hecho Goethe con los actores Wolf y Grüner, y he conseguido dar cierta forma a estas notas di-

seminadas, de modo que ha salido algo que podía servir como principio de un catecismo para actores.

Hoy le hablé a Goethe de este trabajo y lo discutimos detenidamente. En particular nos pareció interesante lo que decía de la pronunciación provinciana y su corrección.

"Durante mi larga práctica —dijo Goethe— he conocido principiantes de todas las regiones alemanas. La pronunciación de los alemanes del Norte deja poco que desear: es pura, y en muchos sentidos puede servir de modelo. En cambio, he pasado mis trabajos con suevos, austriacos y sajones. También me han dado bastante quehacer algunos naturales de nuestra querida ciudad de Weimar. Estos cometen faltas risibles, porque en las escuelas de aquí no se les enseña a distinguir claramente la pronunciación de la B y la P y la de la D y la T. Apenas puede creerse que tengan a la B, la P, la D y la T por cuatro letras distintas, pues sólo hablan de una B fuerte y una B suave y de una D fuerte y una D suave; de esa manera parecen suponer que la P y la T no existen. Con una pronunciación semejante, *Pein*—pena— suena como *Bein*—pierna—, *Pass*—desfiladero— como *Bass*—bajo— y *Teckel* como *Deckel*—tapa—.

"Un actor de este teatro—repliqué yo—, que no distingue tampoco la D y la T con suficiente claridad, incurrió estos días en una falta de esa naturaleza, que resultó muy graciosa. Hacía el

papel de un amante que había cometido una infidelidad leve, por la cual la muchacha le hacía toda suerte de violentos reproches. Impaciente, grita al cabo: *¡O ende!* (¡Oh, acaba!). Pero no podía diferenciar la D de la T, y exclamó: *O ente!* (¡Oh pato!), lo que produjo general algazara."

"El caso es curioso—repuso Goethe—y merece ser anotado en nuestro catecismo de teatro."

"Un cantante joven de este teatro—continué—, que tampoco distingue bastante la T de la D, el otro día tenía que decir: *Ich will dich den Eingeweihten übergeben* (quiero entregarte al iniciado). Pero como confundió la T y la D, sonó como si dijese: *Ich will dich den Eingeweiden übergeben* (quiero entregarte las entrañas).

"También el otro día—continué—un actor de este teatro, que hacía un papel de criado, tenía que decir a una visita: *Mein Herr ist nicht zu Haus, er sitzt im Rate* (el señor no está en casa, está en el Consejo). Pero como no distinguía la D de la T, sonó como si dijese: *Mein Herr ist nicht zu Haus, er sitz im Rade* (el señor no está en casa, está en la rueda)".

"Tampoco estos casos son malos—dijo Goethe—, y los anotaremos. De la misma manera los que no diferencian la P de la B, y en vez de decir *¡Packe ihn an!* (¡cógele!), dicen: *¡Backe ihn an!* (¡ásale!).

"Análogamente—siguió Goethe—, aquí la *ü*—u francesa—se pronuncia como la *i*, con lo cual se originan las mayores confusiones. Así, he oído

decir en vez de *Küstenbewohner*—habitantes de las costas—, *Kistenbewohner*—habitantes de cajones—; en vez de *Thürstück*—puerta—, *Tierstück*—animal—; en vez de *Gründlich*—fundamentado—, *Grindlich*—agrio—; en vez de *Trübe*—turbio—, *Triebe*—impulso—, y en vez de *Ihr müsst*—vosotros debéis—, *Ihr misst*—vosotros carecéis; lo cual, naturalmente, no pasaba sin provocar las naturales carcajadas."

"El otro día, en el teatro—repuse yo—, presencié un caso muy divertido. Una dama que se hallaba en una situación apurada veíase obligada a seguir a un señor a quien no había visto antes. Tenía que decir: "No te conozco; pero pongo mi confianza en la nobleza de tus rasgos, *Züge*." Pero en vez de *Züge* dijo *Ziege*, con lo cual resultó que ponía la confianza en la nobleza de sus cabras. Naturalmente, estalló una carcajada unánime."

"No está mal tampoco ese caso—repuso Goethe— y lo anotaremos también. Así mismo—siguió diciendo—, aquí se cofunde muchas veces la G y la K, y se pronuncia G en vez de K y K en vez de G, probablemente por desconocer si la consonante es fuerte o blanda, consecuencia de la enseñanza que aquí se da. Merced a eso, en los teatros de Weimar se dice a menudo, y seguirá diciéndose, *Kartenhaus*—casa de cartas— por *Gartenhaus*—casa-jardín, quinta; *Kasse*—caja— por *Gasse*—calleja—, *Klauben*—agarrarse— por *Glauben*—creer—, *Bekränzen*—coronar— por *Be-*

grenzen—limitar— y *Kunst*—arte— por *Gunst* —favor."

"En esa confusión entre la G y la K—replicó Goethe—incurren no sólo los actores, sino también teólogos muy sabios. A mí mismo me ocurrió un caso, que voy a referirle.

"Hace unos años, pasé algún tiempo en Jena, alojado en la fonda de los Abetos; una mañana recibí la visita de un estudiante de teología. Después de que hubimos pasado un rato agradablemente entretenidos, al despedirse, me propuso una cosa muy extraña. Me pidió que el próximo domingo le permitiese predicar—*predigen*—en mi lugar. Noté en seguida de dónde soplaba el viento y que el joven teólogo era uno de los que confundían la G y la K. Le repliqué, pues, con toda amabilidad, que, si bien no podía servirle personalmente en este asunto, conseguiría su propósito si quería tomarse la molestia de dirigirse al señor archidiácono *Koethe*."

Martes 18 de mayo de 1824.

Por la noche, en casa de Goethe, con Riemer. Goethe habló con nosotros de un poema inglés que tenía por asunto la geología. Nos hizo improvisadamente una traducción del poema, con tanto espíritu, imaginación y buen humor, que cada detalle se aparecía lleno de vida ante nosotros, como si fuese una invención suya del mo-

mento. Veíase al héroe del poema, el rey *Carbón*, sentado en su trono, en la espléndida sala de audiencia, con su esposa *Pirita*, en espera de los grandes de su reino. Entran según su rango, y van sucesivamente apareciendo y siendo presentados al rey: el duque de *Granito*, el marqués de la *Pizarra*, la condesa del *Pórfido*, los cuales son caracterizados con apodos afortunados y apropiados. Entra luego sir Lorenzo *Cal*, hombre de grandes posesiones y muy estimado en la corte. Disculpa la ausencia de su madre, lady *Mármol*, porque su habitación está algo alejada; por lo demás, se trataba de una dama muy culta y de gran capacidad de pulimento. Si hoy no había aparecido en la corte, tenía su fundamento en una intriga en que estaba mezclada con *Canova*, que la hacía muy bella. El señor *Toba*, con el cabello ataviado con lagartijas y pececillos, aparece luego algo beodo. Hans *Marga* y Jacobo *Arcilla* entran a última hora; por el último tiene la reina particular simpatía, porque le ha prometido una colección de conchas. Y así continuaba la enumeración un buen rato, en el más regocijado tono; pero eran demasiados detalles para poder recordar la continuación.

"Este poema—dijo Goethe—es a propósito para entretener a las gentes de mundo, administrándoles una serie de conocimientos útiles que no deberían faltar a nadie. Por ese procedimiento se excita en los círculos elevados de la sociedad el interés por la ciencia, y no se sabe todo el

bien que puede producir más tarde esta semihumorada. Muchos hombres inteligentes se sentirán quizás impulsados a fijarse por sí mismos en el círculo de su observación personal, y estas observaciones individuales de la naturaleza que nos rodea tienen a menudo tanto mayor valor cuanto el que observa no es un profesional."

"Parece usted indicar—repuse—que se observa tanto peor cuanto más se sabe."

"Sin duda—respondió Goethe—, cuando el saber tradicional está mezclado con errores. Cuando en una ciencia se profesa una confesión estrecha cualquiera, ya no es posible una observación fiel. El vulcanista decidido verá siempre por los ojos de los vulcanistas, así como los neptunistas y los partidarios de la nueva teoría de la elevación, por los suyos. La concepción del mundo de estos teóricos que siguen una tendencia exclusivista ha perdido su inocencia, y los objetos ya no se les aparecen en su natural pureza. Por eso, cuando estos sabios nos dan cuenta de sus observaciones, no nos dan la verdad del objeto, por grande que pueda ser su amor personal a la verdad; nos dan los objetos con una fuerte mezcla de elementos subjetivos.

"Pero estoy muy lejos de creer que un saber verdadero e imparcial sea nocivo para la justeza de la observación; sigue siendo exacta la antigua verdad de que propiamente sólo tenemos ojos y oídos para aquello que conocemos. El músico profesional oye en el acorde de la orquesta

todo instrumento y toda nota, mientras que el profano sólo percibe la impresión del conjunto. El hombre que sale al campo a gozar de él no ve sino la amena superficie de una pradera verde y florida, mientras que el botánico percibe el detalle infinito de las más diversas plantas y hierbas.

"Mas todo tiene su medida y su límite, y de la misma manera que, como ya se dice en mi *Götz*, el chico, a fuerza de sabiduría, ya no reconoce a su propio padre, en la ciencia nos encontramos gentes que a fuerza de sabiduría y de hipótesis se hacen incapaces para oír y ver. Esas gentes tienden a convertirlo todo prontamente a su interior; están tan ocupados de lo que pasa dentro de sí mismos, que les ocurre lo que a un hombre apasionado que pasa en la calle por delante de sus mejores amigos sin verlos. Para observar la Naturaleza, requiérese una cierta apacible limpieza de la mente, que no esté distraída ni preocupada por nada. Al niño no se le escapa la mariposa que está sobre la flor; tiene todos sus sentidos concentrados en un único interés simple, y no se le ocurre que, por ejemplo, allá arriba en las nubes pase algo notable que reclame al mismo tiempo su atención."

"De manera—repuse—que los niños y los espíritus sencillos podrían ser buenos operarios de la ciencia." "¡Ojalá! —interrumpió Goethe—. ¡No fuésemos todos más que buenos operarios! Echamos a perder nuestras observaciones precisamen-

te porque no queremos ver y vamos a todas partes cargados con un arsenal de filosofía y de hipótesis."

Se produjo una pausa, que interrumpió Riemer, recordando a lord Byron y su muerte. Con este motivo Goethe hizo un brillante análisis de sus obras y se mostró lleno de alabanza y de reconocimiento. "Por lo demás—añadió—, aunque Byron ha muerto muy joven, la literatura no ha perdido nada esencial en su obra futura malograda. En cierto modo, Byron ya no podía ir más allá. Había llegado a la cúspide de su fuerza creadora, y fuese lo que fuese lo que hubiera podido hacer aún, no hubiera ampliado los límites trazados a su genio. En la incomprensible poesía de su *Juicio final* ha dado el máximum de su capacidad."

La conversación vino a parar al poeta italiano Torcuato Tasso y a la relación que pudiera haber entre él y Byron; Goethe no disimuló la superioridad del inglés en espíritu, conocimiento del mundo y fuerza creadora. "No puede compararse a estos dos poetas—dijo—, sin que el uno aniquile al otro. Byron es el tizón ardiente que reduce a cenizas el sagrado cedro del Líbano. La gran epopeya del italiano ha guardado su fama durante siglos; pero una sola línea del *Don Juan* acabaría con toda la *Jerusalén libertada*.

Miércoles 26 de mayo de 1824.

Hoy me despedí de Goethe para visitar a los míos en Hannóver, y luego, el Rin, como desde hacía tiempo tenía intención. Goethe estuvo muy afectuoso y me estrechó entre sus brazos. "Si en Hannóver—me dijo—, quizás en casa de Rehberg-ve usted a mi amiga de la juventud Carlota Kestner, salúdela usted en mi nombre. En Francfort le recomendará a mi amigo Willemer, al conde Reinhard y a Schlossers. También en Heidelberg y en Bonn hallará usted amigos míos fieles que acogerán a usted del mejor modo. Yo tengo pensado pasar este verano algún tiempo en Marienbad; pero no iré hasta que usted haya vuelto."

La despedida de Goethe me fué dolorosa; pero marché en la confianza firme de volver a verle dentro de dos meses sano y alegre.

Al día siguiente me sentía dichoso; el coche me conducía a mi querida tierra, hacia la cual van constantemente mis más íntimos deseos.

1825

Martes 22 de marzo de 1825.

Esta noche, poco después de las doce, fuimos despertados por una alarma de fuego. Se oía gritar: "¡Arde el teatro!" Me vestí apresuradamente y me encaminé al lugar del suceso. La general sorpresa era grande. Muy pocas horas antes nos había encantado La Roche en *Los judíos*, de Cumberland, y Seidel había producido gran hilaridad con sus gracias y chistes. ¡Y ahora, en el mismo sitio en que acabamos de gozar de ese modo, alentaba el más terrible elemento de destrucción!

Parece ser que el fuego, producido por la calefacción, había comenzado en el patio; había alcanzado pronto la escena y los frágiles bastidores, y acrecido así rápidamente por tantas materias de fácil combustión, al poco tiempo las llamas habían llegado al techo y las vigas.

No faltaron elementos de extinción. El edificio vióse poco a poco rodeado de bombas que hicieron caer un diluvio de agua en el incendio. Las llamas seguían ascendiendo, y elevaban hacia el cielo obscuro una multitud de chispas y de materias ligeras que se iban alejando sobre la ciudad, impulsadas por un leve viento. Los gritos de las gentes que tra-

bajaban en las escalas y en las bombas y el rumor de la muchedumbre producían un ruido ensordecedor. Todas las fuerzas estaban en movimiento; parecían querer dominar con su violencia el incendio. Algo apartado, pero tan próximo al fuego como lo permitía el calor del incendio, estaba un hombre con capa y un gorro militar, que fumaba tranquilamente un cigarro. A primera vista, parecía un espectador ocioso; mas no lo era. Se le acercaban gentes, a quienes en pocas palabras comunicaba órdenes, que eran al punto ejecutadas. Era el gran duque Carlos Augusto. Había visto pronto que el edificio no podía salvarse, por lo cual ordenó que se le dejara desplomarse y se dirigiesen todas las bombas posibles contra las casas de la vecindad, muy amenazadas por el fuego. Parecía pensar lleno de regia resignación:

Que se hunda en llamas;
más bello se reedificará.

No dejaba de tener razón. El teatro era viejo; no era hermoso ni mucho menos, ni bastante espacioso para contener al público, que de año en año aumentaba. Pero, sin embargo, era de sentir la pérdida sin remedio de este edificio en que se encerraban tantos recuerdos de un pasado grande y amado.

Vi muchas lágrimas en algunos lindos ojos, que lloraban su destrucción; no me conmovió menos un músico de la orquesta que lloraba por su violín, que se había quemado.

Cuando despuntaba el día, vi muchos semblantes

pálidos. Noté algunas muchachas y señoras de las clases elevadas que habían estado en pie toda la noche, siguiendo el curso del incendio, y que sentían el efecto del fresco de la madrugada. Me fuí a casa a descansar un poco, y más tarde, antes de comer, a ver a Goethe.

El criado me dijo que se sentía mal y que estaba en la cama. Pero Goethe me mandó llamar. Me tendió la mano. "Lo hemos perdido todo—dijo—. ¡Pero qué vamos a hacer! Mi nieto Wolf vino esta mañana temprano a mi cama, y, mirándome con sus grandes ojos, me dijo: ¡Así es la vida! ¿Qué más puede decirse que estas palabras con que mi querido Wolf quería consolarme? El teatro de mi actividad durante treinta años ha quedado reducido a escombros. ¡Pero, como dice Wolf, así es la vida! He dormido muy poco esta noche; desde mis ventanas delanteras veía que las llamas ascendían incesantemente hacia el cielo. Ya puede usted figurarse que han pasado por mi alma algunos recuerdos de los viejos tiempos, de mi colaboración de tantos años con Schiller, de la presentación y progresos de algunos de mis queridos discípulos, y que no he podido menos de sentir alguna emoción. Por eso, muy cuerdamente, pienso permanecer hoy en la cama."

Alabé su precaución. Pero no me pareció que estuviese débil ni afectado en lo más mínimo, sino, por el contrario, firme y alegre. Más bien esto de quedarse en la cama me pareció una estratagema de guerra, que emplea siempre que

por algún acontecimiento extraordinario teme que se aglomeren muchas visitas.

Goethe me pidió que tomase asiento en una silla, junto a su lecho, y que estuviese un rato con él. "He pensado mucho en usted y le he compadecido—me dijo—. ¿Qué va usted a hacer de sus veladas?"

"Ya sabe usted—repliqué—lo apasionadamente que amo el teatro. Cuando llegué aquí hace dos años, aparte de un par de piezas que había visto en Hannóver, puede decirse que no conocía nada del teatro. Todo era nuevo para mí: actores y obras. Y como, siguiendo su consejo, me entregaba a la impresión de las piezas, sin pensar ni reflexionar gran cosa sobre ellas, puedo decir en verdad que estos dos inviernos he pasado en el teatro las horas más inocentes y amables que me han sido deparadas. Tan enamorado estaba del teatro, que no sólo no perdía ninguna representación, sino que me procuraba entrada a los ensayos; y no contento con eso, cuando al pasar hallaba casualmente abiertas las puertas del teatro, entraba y me estaba largos ratos sentado en los asientos vacíos, imaginando escenas que podrían representarse."

"Es usted un hombre insensato—me dijo Goethe—; pero así me gusta. ¡Ojalá el público todo se compusiese de semejantes niños! Y en el fondo tiene usted razón en lo que dice. Cuando no se es demasiado exigente y se goza de bastante juventud, no es fácil encontrar un lugar en que pue-

da pasarse tan bien como en el teatro. No se le pide a uno nada, no necesita uno desplegar los labios si no quiere; está uno sentado con toda comodidad, como un rey, y van pasando por delante las más diversas cosas, pudiendo uno regalar el espíritu con lo que más le agrade. Hay poesía, pintura, canto, música, arte dramáticos y no sé cuántas cosas más. Si en una sola noche todas estas artes y excitantes de belleza y juventud se reunen y, además, en un cierto grado de perfección, será difícil encontrar otra fiesta comparable. Pero aunque sea en parte malo, y sólo en parte malo, el espectáculo, siempre valdrá algo más que estar asomado a la ventana o jugar al *whist* en un local cerrado, entre el humo de los cigarros. El teatro de Weimar no es en modo alguno despreciable; siempre queda en él algo de nuestros buenos tiempos; se han añadido algunos nuevos talentos de valor, y estamos aún en situación de producir algo que excite y agrade y suministre al menos la apariencia de un conjunto."

"¡Hubiera querido verlo hace veinte o treinta años!"—dije.

"Era un tiempo—replicó Goethe—en que concurrían circunstancias favorables en nuestra ayuda. Piense usted que entonces no estaba aún sobrexcitado, que Shakespeare venía de fresco, que las óperas de Mozart eran nuevas, y, finalmente, que las obras de Schiller iban apareciendo de año en año y se representaban por prime-

ra vez, ensayadas por él mismo, con toda su aureola, en el teatro de Weimar. Se hará usted cargo de que con platos semejantes podía alimentarse a viejos y a jóvenes y que teníamos un público agradecido."

"Personas de edad—noté—, que vivían en aquel tiempo, no encuentran elogios bastantes para ponderar la altura a que entonces se encontraba el teatro de Weimar."

"No lo niego—replicó Goethe—; valía algo. Pero lo principal era que el gran duque me dejaba en completa libertad y que podía hacer y disponer como me pluguiere. No buscaba decoraciones suntuosas ni un guardarropa de lujo: lo que me interesaban era las buenas obras. Desde la tragedia hasta la farsa, todos los géneros me parecía bien; pero para que una obra hallase gracia ante mí, tenía que haber algo en ella. Tenía que ser elevada y sólida, alegre y graciosa, y, en todo caso, sana. Lo enfermizo, flojo, llorón y sensiblero, así como lo espantable, cruel y contrario a las buenas costumbres, estaba definitivamente excluído; temía pervertir con ello al público y a los actores.

"En cambio, con las buenas obras elevaba el nivel de los actores. Pues el estudio de lo bueno y el constante ejercicio en ello tenía que hacer algún efecto en un hombre que no careciese del todo de dotes naturales. Además, yo estaba de continuo en contacto personal con los actores. Dirigía las lecturas y explicaba los papeles; asistía a los en-

sayos generales y discutía la manera de corregir algunas cosas; no faltaba nunca a las representaciones, y hacía notar al día siguiente lo que no me había parecido bien.

"De este modo les hacía progresar en su arte. Pero además procuraba elevar la clase entera en la estimación exterior, atrayendo a mi círculo a los mejores y a los que más prometían, mostrando así al mundo que los creía dignos de entrar conmigo en un trato social. Con esto aconteció pronto que el resto de la buena sociedad de Weimar no se quedó atrás, y que los actores y las actrices pronto hallaron honrosa entrada en los mejores círculos. Todo esto tenía que elevar su cultura, tanto interior como exterior. Mi discípulo Wolf, que está en Berlín, así como nuestro Durand, son gente del más fino trato social, y los señores Oels y Graff tienen suficiente ilustración para honrar a la mejor sociedad.

"Schiller trabajaba en el mismo sentido que yo. Se relacionaba mucho con actores y actrices. Asistía a todos los ensayos, y después de cada representación de una de sus obras que salía bien solía convidarlos a su casa y pasaba con ellos un buen día. Se gozaban en común sobre lo que había salido bien, y se discutía lo que en la próxima vez pudiera hacerse mejor. Pero cuando Schiller vino a Weimar, halló ya un público y unos actores de una formación bastante adelantada; lo que, no puede negarse, favoreció el rápido éxito de sus obras."

Me produjo gran alegría oír hablar a Goethe

tan detenidamente de un asunto que tenía para mí el mayor interés, que se había acrecido después de la desgracia de esta noche.

“El incendio de la casa—dijo Goethe—, en que usted y Schiller, durante una larga serie de años, habían hecho una labor tan excelente, cierra, en cierto modo, exteriormente, una gran época, que no volverá tan fácilmente para Weimar. En aquel tiempo ha debido usted sentir grandes goces con la dirección del teatro y con los extraordinarios éxitos conseguidos.

”¡Pero también me ha producido no pocos cuidados y disgustos!”—repuso Goethe con un suspiro—. “Debe de ser difícil—dije—mantener el orden debido entre tantas gentes.”

“Mucho puede conseguirse—dijo Goethe—por la severidad; más aún por el afecto; pero principalmente por razones y con una justicia imparcial que no hace distinción de personas.

”Tenía que guardarme de dos enemigos que hubieran podido llegar a ser peligrosos. Uno era mi apasionada simpatía por el talento, que podía fácilmente hacerme parcial. Otro no quiero nombrarlo, pero usted adivinará cuál es. No faltaban en nuestro teatro actrices bellas y jóvenes y de alma amable. Me sentí inclinado apasionadamente hacia algunas de ellas, y en ocasiones, alguna vino a mí encuentro a medio camino. Pero me dominaba y decía: ¡No pases de aquí! Conocía mi posición y sabía a lo que me obligaba. Yo no era allí un particular, sino el director de un establecimiento, cuya prospe-

ridad era para mí más importante que mi dicha momentánea. Si hubiese entrado en alguna relación amorosa, me hubiera ocurrido lo que a una brújula que no puede funcionar acertadamente cuando tiene a su lado un imán que actúa sobre ella.

"Así, manteniéndome siempre puro y dueño de mí mismo, me mantuve también dueño del teatro, y nunca me faltó aquella estimación sin la cual pronto desaparece toda autoridad."

Esta confesión de Goethe me pareció muy interesante. Ya había oído de labios de otras personas algo semejante, y me alegró escuchar ahora de su propia boca la confirmación. Le amaba más que nunca y me despedí de él con un cordial apretón de manos.

Volví al lugar del incendio; del gran montón de escombros salían aún llamas y columnas de humo. Las gentes estaban aún apagando y derribando. En las cercanías hallé trozos quemados de un papel copiado; eran trozos del *Tasso*, de Goethe.

Jueves 24 de marzo de 1825.

A la mesa, con Goethe. La pérdida del teatro constituyó casi el tema exclusivo de la conversación. La señora de Goethe y la señorita Ulrica revivieron, recordándolas, horas felices que pasaron en la antigua casa. De los escombros habían sacado algunas reliquias, a las que daban un valor inestimable; pero, en substancia, no

eran sino algunas piedras y trozos quemados de unas colgaduras. Sólo que estos trozos estaban precisamente junto al sitio que ellas ocupaban en el balcón.

"Lo esencial—dijo Goethe—es que no se dejen sobrecoger por el accidente y reconstruir el teatro lo antes posible. Yo reanudaría las representaciones la semana próxima en el palacio o en el salón grande del Ayuntamiento; es lo mismo. Lo que hay que evitar es que sobrevenga una pausa tan larga que obligue al público a buscar otros modos de pasar las noches."

"¡Pero si no se ha salvado casi nada de las decoraciones!"—advirtió alguien.

"No hacen falta muchas decoraciones—replicó Goethe—. Tampoco se necesitan obras largas. Ni siquiera se requiere que sea una función sola, y menos una función larga. Lo principal está en elegir cosas que no exijan grandes mudanzas de lugar. Alguna comedia, algún sainete o alguna opereta en un acto que agrade al público, y la encontraréis perfectamente soportable. La cosa es que abril vaya pasando; en mayo tenéis ya los cantantes del bosque.

"Por lo demás—continuó diciendo—, asistiréis al espectáculo de ver cómo en el curso de los meses de verano surge un nuevo teatro. Con este incendio me ha ocurrido una cosa notable. Quiero revelaros que durante las largas horas de la noche invernal me he ocupado, junto con Coudray, en hacer el plano de un hermoso teatro nuevo,

apropiado a las necesidades de Weimar. Hemos visto los planos y diseños de algunos de los mejores teatros alemanes, y aprovechando lo mejor de ellos y evitando lo defectuoso, hemos llegado a hacer un plano que creo podrá verse. Tan pronto como se haya obtenido la aquiescencia del gran duque, puede comenzarse la construcción, y no es ninguna pequeñez el que esta desgracia nos halle tan bien preparados de tan curiosa manera." Acogimos con gran júbilo la noticia que Goethe nos daba.

"En la antigua casa—siguió diciendo Goethe—, la nobleza tenía su sitio en el balcón, y los criados y artesanos estaban en la galería. Pero, en cambio, la clase media, acaudalada y distinguida, lo pasaba mal; pues, como en ciertas obras, los estudiantes ocupaban todo el patio de butacas, no sabían adónde huir. Los dos palcos detrás de las butacas y los pocos bancos no bastaban. Nos hemos cuidado de eso. Colocamos una serie de palcos alrededor del patio y otra en el segundo piso, entre el balcón y la galería. Con esto conseguimos bastante sitio, sin aumentar gran cosa las dimensiones de la sala."

Celebramos esta noticia, y encomiamos a Goethe por cuidarse así del teatro y del público.

Para hacer también algo por mi parte, para nuestro futuro lindo teatro, después de comer me fuí con mi amigo Roberto Doolan a Oberweimar, y en la posada de allí, junto a unas tazas de café, comenzamos a escribir la letra de una ópe-

ra basada en la *Isipala*, de Metastasio. Comenzamos nuestra labor escribiendo la lista de los personajes de la pieza y distribuyendo los papeles entre los mejores cantantes del teatro de Weimar. Esto nos produjo un júbilo extraordinario. Nos parecía que estábamos ya ante la orquesta. Pero luego nos pusimos a trabajar con toda seriedad, y despachamos una gran parte del primer acto.

Domingo 27 de marzo de 1825.

Comiendo en casa de Goethe con una sociedad numerosa. Nos enseñó el plano del nuevo teatro. Como nos había asegurado unos días antes, el plano prometía un edificio muy hermoso, tanto en el exterior como por dentro.

Se hizo notar que un teatro tan hermoso exigiría decoraciones y trajes más bellos que el anterior. También se expresó la opinión de que en el personal comenzaban poco a poco a notarse huecos, y que había que contratar, tanto para la ópera como para el verso, algunos buenos actores jóvenes. Pero no se disimulaba que todo esto traería consigo un aumento importante en los gastos, al que no podría subvenirse con los medios con que hasta ahora se contaba.

"Sé perfectamente—dijo Goethe—que, bajo el pretexto de no recargar el presupuesto, se contratarán algunas personillas que cuesten poco. Pero no se crea que semejantes medidas aprovecharán

a la taquilla. Lo que más daña a la taquilla es querer ahorrar en esas cosas esenciales. Hay que proponerse que el teatro se llene todas las noches. Y en eso influye mucho la presencia de un cantante o de una cantante joven y de mérito, o de un galán o una dama de talento y de alguna belleza. Si yo estuviera aún al frente de la dirección del teatro, iría aún más lejos en beneficio de la taquilla, y ya verían ustedes cómo no faltaba el dinero necesario."

Se le preguntó qué era lo que se proponía.

"Aplicaría un recurso extremadamente sencillo. Haría que se diesen funciones los domingos. Eso me traería el ingreso de otras cuarenta noches más, y mal habrían de andar las cosas para que la taquilla no ganase anualmente diez o quince mil táleros."

Todos hallaron muy práctico este recurso. Se advirtió que la numerosa clase trabajadora, que en los días de labor está de ordinario ocupada hasta entrada la noche, tiene como único día de esparcimiento el domingo, y seguramente preferiría el noble placer del teatro al baile y la cerveza en alguna taberna. También se creía que los colonos y propietarios de la comarca, así como los empleados y vecinos acomodados de las pequeñas ciudades próximas, considerarían el domingo como un día muy adecuado para venir a Weimar al teatro. Además, las tardes del domingo en Weimar resultaban molestas y aburridas para todo el que no asistiese a las fiestas de la corte, o

Luis Alvarez

no viviese una vida doméstica feliz, o no perteneciese a alguna sociedad. Y, sin embargo, todo el mundo exige que en la tarde del domingo se encuentre algún lugar donde se esté bien y puedan olvidarse las incomodidades de la semana.

Por consiguiente, la idea de Goethe de dar funciones los domingos, cosa que ocurría ya en las demás ciudades alemanas, halló el más completo asentimiento, considerándosela como muy afortunada. Sólo que se dudaba de si sería bien acogida en la corte.

"La corte de Weimar—replicó Goethe— es suficientemente buena y sensata para oponerse a una medida que recaerá en beneficio de la ciudad y de un establecimiento importante. Sin duda, la corte accedería gustosa a realizar el ligero sacrificio de trasladar a otro día sus recepciones dominicales. Pero si hallase que todo esto no era aceptable, hay piezas sobradas que la corte no gusta de ver, pero que son a propósito para el pueblo y que llenarían perfectamente el teatro."

La conversación desvióse hacia los actores, y se habló mucho sobre el uso y abuso de sus fuerzas.

"En mi larga práctica—dijo Goethe—he hallado que lo esencial es no ensayar ninguna pieza ni ópera de la que no pueda predecirse con alguna seguridad un éxito de varios años. Nadie se da bastante cuenta del gasto de fuerzas que supone ensayar una pieza en cinco actos o una ópera de las mismas dimensiones. Hay que trabajar mucho hasta que un cantante domine perfectamente su pa-

pel, a lo largo de todas las escenas y actos, y hasta que los coros alcancen la debida perfección. Me estremezco muchas veces viendo cómo, con frecuencia, se ordena ensayar una ópera, de cuyo éxito no se sabe nada, y que sólo se conoce por algunas noticias inseguras de periódicos. Puesto que tenemos ya en Alemania postas para funcionar bastante bien, y hasta empezamos a contar con postas rápidas, al recibir la noticia de que en otra ciudad se da una opera nueva, de la que se habla elogiosamente, enviaría yo allí al director de escena o a otra persona de confianza para que viese personalmente, asistiendo a una representación, si efectivamente era buena la nueva obra y si serían suficientes o no nuestras fuerzas para representarla. Los gastos originados por este viaje nada valen en comparación de las enormes ventajas que produciría y de las lamentables equivocaciones que podría evitar.

"Además, una vez ensayada una buena obra de verso o una ópera, debe ponerse en escena seguidamente, con cortos intervalos, mientras ejerza atracción y llene la sala. Lo mismo cabe decir de una pieza de verso u ópera antiguas, que acaso haya descansado años y años, y que puede necesitar un estudio renovado de bastante consideración para representarse con éxito. Estas representaciones deberán repetirse también con cortos intervalos, mientras el público muestre algún interés por ellas. La manía de tener siempre algo nuevo y de no querer ver más que una o dos veces una obra, cuyo ensa-

yo ha costado indecibles esfuerzos, o de dejar pasar, entre estas repeticiones, largos períodos de tiempo de seis u ocho semanas, que hacen luego necesario un estudio renovado cada vez, representa una verdadera corrupción del teatro y un mal uso de las fuerzas del personal actuante, que no tienen perdón."

Parecía esta cuestión ser muy importante para Goethe, y tanto fué el empeño que en ella puso, que se encendió, como rara vez sucede, en su calma habitual.

"En Italia—siguió diciendo—se da una, y la misma ópera durante cuatro y seis semanas todas las noches, y los italianos, niños grandes, no piden que varíe el programa. El parisién culto va a ver tan a menudo las obras clásicas de su teatro, que acaba por sabérselas de memoria, y tiene el oído educado para apreciar debidamente el acento de cada sílaba. Aquí, en Weimar, me han dispensado, es cierto, el honor de poner en escena mi *Ifigenia* y mi *Tasso*. ¿Pero cuántas veces? Apenas si una vez cada tres o cuatro años. El público las encuentra aburridas. Se comprende muy bien. Los actores no están acostumbrados a representar las obras ni el público a oírlas. Si los actores, repitiéndolas con más frecuencia, llegaran a identificarse de tal modo con sus papeles, que la representación llegase a adquirir tal vida, que no pareciese que los actores recitaban una cosa aprendida, sino que decían lo que les salía del corazón, el público entonces no podría menos de interesarse y sentir la obra.

"Yo he tenido la locura de creer que era posible formar un teatro alemán. Hasta creí que yo también podría colaborar colocando algunos cimientos. Escribí mi *Ifigenia* y mi *Tasso*, y con optimismo infantil pensé que la cosa seguiría. Pero nada se excitó ni se movió, y todo quedó como antes. Si hubiese producido efecto y logrado aplauso, hubiera escrito una docena de obras como la *Ifigenia* y el *Tasso*. Materia no me faltaba. Pero, como llevo dicho, faltaban actores que pudieran representarlas con espíritu y vida, y faltaba público que las oyera y recogiera con calor."

Miércoles 30 de marzo de 1825.

Por la noche, gran te en casa de Goethe, donde, además de los ingleses jóvenes aquí residentes, encontré un americano. También tuve la satisfacción de encontrar a la condesa Julia de Egloffstein, teniendo con ella varias interesantes conversaciones.

Miércoles 6 de abril de 1825.

Se atendió el consejo de Goethe, y esta noche hubo función por primera vez en el salón grande del Ayuntamiento, dándose cosas pequeñas y fragmentos, como lo demandaban lo exiguo del local y la falta de decoraciones. La pequeña ópera *Los servidores* resultó tan bien como en el

teatro. Luego, fué recibido con grandes aplausos un cuarteto muy popular de la ópera *El conde de Gleichen*, de Eberwein. Después, nuestro primer tenor señor Moltke cantó una canción muy conocida de *La flauta encantada*, y tras una pausa sonaron las potentes armonías del *Don Juan*, cerrándose así grandiosa y dignamente esta primera noche subsidiaria.

Domingo 10 de abril de 1825.

A comer con Goethe. "Tengo que comunicaros la buena noticia—dijo—de que el gran duque ha aprobado nuestro proyecto de nuevo teatro y de que se comenzará en seguida la obra."

Celebré mucho esta noticia.

"Hemos tenido que luchar con toda clase de enemigos; pero al cabo hemos conseguido triunfar. En ello tenemos que agradecer mucho al consejero secreto Schweitzer, que, como podía esperarse de él, estuvo fielmente a nuestro lado. El proyecto ha sido firmado por el gran duque de su puño y letra, y ya no sufrirá más modificaciones. Alegráos, pues, que vais a tener un teatro muy bueno."

Jueves 14 de abril de 1825.

Por la noche, en casa de Goethe. Como las conversaciones sobre el teatro y la dirección del tea-

tro estaban a la orden del día, le pregunté qué máximas había seguido en la adquisición de nuevos actores.

"Apenas si puedo decirlo—respondió Goethe—. Seguía procedimientos muy diversos. Si el nuevo actor venía precedido de fama, le hacía representar y veía si se adaptaba a los demás, si su manera de trabajar no destruía el conjunto y si, en general, podía llenar un vacío. Pero si era un muchacho joven que no había trabajado aún en ningún teatro, me fijaba primeramente en su personalidad, si tenía algo de simpático, de atrayente, y, ante todo, si se dominaba bien. Pues un actor que no posee **dominio de sí** mismo y que frente a un desconocido no es capaz de mostrarse en su aspecto más favorable, tiene poco talento. Pues su profesión demanda una constante negación de sí mismo y vivir con una máscara extraña.

"Una vez que me había agradado su exterior y apostura, le hacía leer, tanto para conocer la potencia y extensión de su voz, como las facultades de su alma. Le daba algún trozo sublime de un gran poeta, para ver si era capaz de sentir y expresar lo verdaderamente grande; luego le daba algo apasionado, violento, para probar su fuerza. Luego pasábamos a algo claramente razonable, espiritual, irónico, gracioso, para notar cómo se comportaba ante tales cosas y si poseía suficiente flexibilidad de espíritu. Luego le daba algo que expresase el dolor de un corazón heri-

do, el sufrimiento de un alma grande, para saber si podía expresar también lo conmovedor.

"Si en todas estas variadas direcciones se comportaba bien, tenía una fundada esperanza de hacer de él un actor notable. Si decididamente dominaba mejor algunas direcciones que otras, me fijaba en cuál era su mayor aptitud. Conocía también sus aspectos débiles y procuraba fortalecerlo en ellos y corregir sus faltas. Si tenía defectos de pronunciación o provincialismos, insistía para que los perdiese, y le recomendaba el trato y la amistad de un miembro de la compañía que estuviese libre de tales faltas. Me informaba luego si sabía bailar y esgrima, y, en caso negativo, lo entregaba al maestro de baile y de esgrima.

"Una vez que había progresado bastante para salir a escena, comenzaba dándole papeles que estuviesen de acuerdo con su individualidad; por de pronto sólo le pedía que se representase a sí mismo. Más tarde, para que aprendiese a prescindir de sí mismo y a apropiarse una personalidad extraña, si, verbigracia, me parecía que tenía una naturaleza fogosa, le daba papeles flemáticos, mientras que si me parecía demasiado calmoso y lento, le daba papeles fogosos, rápidos."

Luego la conversación pasó a tratar del reparto de las obras, a propósito de lo cual Goethe dijo, entre otras cosas, lo siguiente, que me pareció digno de nota.

"Es un grave error creer que una obra media-

na puede hacerse con cómicos medianos. Una obra de segunda o tercera clase puede elevarse increíblemente y llegar a ser algo realmente bueno, si la hacen actores de primer orden. Mientras que si pongo en escena una obra de segunda o tercera clase, con actores de segundo o tercer rango, no será maravilla que el efecto resulte nulo.

"Actores medianos hacen un excelente papel en grandes obras. En ellas producen el efecto que en un cuadro producen las figuras a media luz, las cuales aumentan la impresión de las figuras colocadas a plena luz."

Sábado 16 de abril de 1825.

A la mesa con Goethe. Estaba D'Alton (1), a quien había conocido el verano pasado; el volver a verle me produjo gran alegría. D'Alton es un hombre del gusto de Goethe, y la relación que entre ambos media es muy hermosa. Parece que en su ciencia tiene una gran significación, por lo cual Goethe estima sus opiniones y atiende a cada una de sus palabras. Luego, como hombre, D'Alton es amable, ingenioso y posee un don de palabra y una riqueza de ideas que fluyen rápidamente en su conversación, de manera que pocos pueden compararsele y que no se sacia uno de oírle.

(1) Naturalista famoso.

Goethe, que en su afán de investigar la Naturaleza, quisiera dominar el universo entero, está en situación desventajosa frente a cualquier naturalista de significación que haya consagrado su vida al estudio de una rama especial de la ciencia. El especialista domina un mundo de infinitos detalles, mientras que Goethe tiende más a la percepción de grandes leyes generales. De aquí proviene que Goethe, que persigue siempre el rastro de alguna amplia síntesis, pero que, por carencia de conocimiento de los hechos particulares, no dispone de datos suficientes para confirmar sus intuiciones, acoja y cultive con fruición la amistad de naturalistas de valer. Pues en ellos halla lo que le falta; ellos le dan los datos que necesita, para llenar sus lagunas. Dentro de pocos años habrá cumplido los ochenta; pero nunca se sacia su afán de investigar y saber. No ha cristalizado ni terminado en ninguna de las direcciones a que se aplica su espíritu. Quiere ir adelante, siempre adelante, aprender siempre, aprender sin cesar, y este afán le hace aparecer como un hombre de una eterna, incorruptible juventud.

Estas consideraciones me las sugirió este mediodía una viva conversación con D'Alton. D'Alton hablaba de los animales roedores y de las formas y modificaciones de su esqueleto, y Goethe no se cansaba de escuchar nuevos datos particulares.

Miércoles 27 de abril de 1825.

A la tarde, en casa de Goethe, que me había invitado a dar un paseo en coche hasta el jardín. "Antes de que salgamos—me dijo—quiero enseñarle una carta de Zelter, que he recibido ayer, y en la que se habla también de nuestro asunto teatral."

Entre otras cosas, dice Zelter: "Ya antes te había dicho que tú no eras el hombre apropiado para construirle un teatro al pueblo de Weimar. Al que se hace de miel, las moscas se lo comen. Piénsenlo también otras altas personalidades que se empeñan en imposibles. Amigo mío, lo hemos visto, y lo vemos aún."

Goethe me miró y nos reímos. "Zelter es bueno e inteligente; pero a veces no me entiende del todo e interpreta falsamente mis palabras."

"Si he consagrado a este pueblo y su educación toda mi vida, ¿por qué no había de construirle también un teatro? Pero aquí en Weimar, en esta corte chiquita, en que, como se dice festivamente, viven diez mil poetas y algunos habitantes, ¿cómo se puede hablar de pueblo, y mucho menos de un teatro del pueblo? Weimar llegará, sin duda, a ser una ciudad bastante grande; pero habremos de esperar aún algunos siglos hasta que el pueblo de Weimar llegue a formar una masa suficiente para poder construir y edificar un teatro."

Entre tanto, habían enganchado, y partimos hacia el jardín. La tarde era quieta y templada; el

aire era algo sofocante, y se veían grandes nubes que se amontonaban tempestuosamente. Caminábamos arriba y abajo por el sendero de arena seco; Goethe iba silencioso a mi lado y parecía sumido en toda suerte de pensamientos. Yo escuchaba los trinos de los mirlos y los tordos que sobre las cimas de los fresnos, aún no poblados de hoja, cantaban ante la tormenta que amenazaba.

Goethe posaba sus miradas tan pronto en las nubes, tan pronto en el verde, que brotaba potentemente por doquiera, a ambos lados del sendero, en las praderas, en los matorrales y en los vallados. "Venga una cálida tormenta de agua como la que amenaza—dijo—, y la primavera se presentará con su riqueza y magnificencia."

Entre tanto, los nubarrones se hacían cada vez más amenazadores; se oía un sordo rumor de trueno; cayeron algunas gotas, y a Goethe le pareció prudente volver a la ciudad. "Si no tiene usted nada que hacer—me dijo Goethe cuando descendimos del coche a la puerta de su casa—, suba usted arriba y quédese una horita conmigo." Lo cual hice con el mayor placer.

Sobre la mesa estaba aún la carta de Zelter. "Es curioso, muy curioso—dijo Goethe—, lo fácilmente que se pone uno frente a la opinión pública. Yo no sabía que hubiese pecado contra el pueblo, y, sin embargo, se me tacha de enemigo del pueblo. Sin duda, no soy amigo del populacho revolucionario que busca el robo, el asesinato, el incendio, y que, bajo el falso escudo del bien público, sólo persigue

los más groseros fines egoístas. Soy tan poco amigo de gentes de esa calaña, como lo soy de un Luis XV. Odio toda trastrocación violenta, porque con ella se destruye tanto bueno como se conquista. Odio a los que la realizan y a los que son su causa. ¿Pero dejo de ser por eso amigo del pueblo? ¿Es que no piensan lo mismo todos los hombres honrados?

"Usted sabe cuánto celebro toda mejora que el porvenir pueda hacernos esperar. Pero, como le he dicho, me repugna lo violento, lo que se produce por saltos, *pues es contrario a la Naturaleza.*

"Soy amigo de las plantas; amo a la rosa como a la flor más perfecta que puede producir nuestra tierra alemana. Pero no soy bastante insensato para pretender que mi jardín me la ofrezca ya ahora, a fines de abril. Me conformo con ver lucir las primeras hojas verdes; con ver cómo, hoja a hoja, va aumentando la rama; me alegro si en mayo aparecen los primeros brotes, y me siento feliz con que al cabo la rosa se me ofrezca con todo su perfume y esplendor. Y el que no quiera esperar a que el tiempo llegue, que recurra al invernadero.

"Dicen también que yo soy un servidor, un criado de los príncipes. ¡Como si eso quisiera decir algo! ¿Es que acaso yo sirvo a un tirano, a un déspota? ¿Sirvo acaso a un príncipe dedicado a satisfacer sus caprichos personales a costa de su pueblo? Afortunadamente, tales épocas y tales príncipes ya han pasado hace largo tiempo. Yo estoy íntimamente ligado con el gran duque

desde hace medio siglo; llevo medio siglo afanándome y trabajando con él. Pues bien: mentiría si dijese que el gran duque ha dejado pasar un solo día sin pensar o ejecutar algo que redundase en bien del país y que pudiese realzar el bienestar del individuo. El, personalmente, ¿qué sacó de su dignidad de príncipe sino trabajos y molestias? ¿Es que su casa, su vestido y su mesa están mejor provistos que los de un particular bien acomodado? No hay sino ir a nuestros grandes puertos para ver que la cocina y la bodega de un comerciante rico está mejor provista que la suya.

"Este otoño—siguió diciendo Goethe—festejaremos el día en que se cumplen cincuenta años desde que el gran duque comenzó a reinar y gobernar. Pues, si lo pensamos bien, ¿qué otra cosa ha sido su gobierno sino un continuo servicio, un servicio para la consecución de grandes fines, un servicio en bien de su pueblo? Si, pues, he de ser a la fuerza un criado de los príncipes, consuélame al menos pensar que soy el criado de quien es él mismo un criado del bienestar general."

Viernes 29 de abril de 1825.

La construcción del nuevo teatro progresaba rápidamente durante todo este tiempo; los cimientos se elevan ya sobre la superficie del suelo

y hacen esperar que pronto tendremos un hermoso edificio.

Mas hoy, al visitar la obra, vi con espanto que se habían suspendido los trabajos. Ya había llegado a mis oídos el rumor de que un partido que se había declarado contra el proyecto de Goethe y Coudray lograba el triunfo y que Coudray dejaba la dirección de las obras y otro arquitecto se encargaba de ejecutar la obra con un plano distinto, modificando con arreglo a él la cimentación.

Ver y oír semejantes cosas me entristeció sobremanera, pues de antemano había saboreado la idea de que se edificaría en Weimar un teatro que, siguiendo la idea tan práctica de Goethe, estaría adecuadamente dispuesto en el interior, y en punto a belleza sería digno de su gusto esclarecido.

Mas también me producía tristeza pensando en Goethe y en Coudray, a quienes el acontecimiento tenía que herir más o menos vivamente.

Domingo 1 de mayo de 1825.

A comer con Goethe. Como puede pensarse, el primer tema de nuestra conversación fué la modificación del plano del teatro. Como he dicho, yo temía que la inesperada medida ofendiese profundamente a Goethe. Nada de eso. Le encontré del

humor más apacible y alegre, muy por encima de toda susceptibilidad mezquina.

"Nuestros adversarios—dijo—trataban de hacer mella en el ánimo del gran duque, insistiendo sobre la cuestión de los gastos y sobre el ahorro que suponía el nuevo plano. A mí me es indiferente. En último término, un teatro nuevo no es sino una pira, a la que más tarde o más temprano acaba por poner fuego cualquier accidente. Eso me consuela. Además, un poco más grande o más pequeño, un poco más alto o más bajo, no importa. En todo caso, tendréis un edificio tolerable, aunque no precisamente tal como yo había deseado y pensado.

"Irá usted a él, y yo mismo iré, y al fin todo resultará bien.

"El gran duque—continuó—me dijo que era de opinión de que un teatro no necesita ser una maravilla arquitectónica, lo cual, en conjunto, es verdad. Además, pensaba que se trataba de un establecimiento para ganar dinero. A primera vista, esta opinión parece demasiado materialista; pero, si bien se considera, no deja de tener un aspecto elevado. Pues si el teatro no se conforma con cubrir gastos, sino que además pretende ganar dinero, tendrá que ser excelente. Debe estar a su frente un director de primer orden; los actores tienen que ser de los mejores, y hay que dar constantemente obras tan buenas, que nunca falte fuerza de atracción necesaria para que la sala se llene todas las noches. Pero esto es mucho de-

cir con pocas palabras y casi pretender lo imposible."

"De manera—dije yo—que la opinión del gran duque de querer ganar dinero con el teatro parece absolutamente práctica, pues obliga a sostenerse constantemente a gran altura."

"Shakespeare y Molière—replicó Goethe—eran de la misma opinión. Ambos buscaban, ante todo, ganar dinero con el teatro. Pero para conseguir su principal propósito tenían que sostenerse en un alto nivel y al lado de las cosas buenas antiguas representar de tiempo en tiempo algo nuevo que apasionase y atrajese. La prohibición del *Tartufo* fué para Molière una catástrofe; pero no tanto para el poeta cuanto para el director Molière, que tenía que cuidar de una compañía importante y necesitaba encontrar pan para sí y para los suyos.

"Nada es tan peligroso para la buena marcha de un teatro—siguió diciendo—como que la dirección esté en tales condiciones, que no le importe personalmente el que la caja tenga un ingreso mayor o menor y pueda vivir descuidadamente en la certeza de que lo que al cabo del año falte en la taquilla se repondrá por otra parte. Es propio de la naturaleza humana desmayar fácilmente cuando ventajas o desventajas personales no la mueven. Ahora, es claro que no puede pedirse que el teatro de una ciudad como Weimar se baste a sí solo y no necesite ningún subsidio anual de la caja del príncipe. Pero todo debe tener su jus-

tificación y su límite, y algunos miles de táleros anuales más o menos no son cosa indiferente, mucho más teniendo en cuenta que la diminución de los ingresos ocurre siempre que el teatro desciende de nivel, por lo cual, no sólo se pierde el dinero, sino también el honor.

"Si yo fuese el gran duque, en lo futuro, al cambiar la dirección, señalaría una suma fija como subvención anual; haría que sacasen la media de las subvenciones concedidas en los últimos diez años, y, guiándome por ella, señalaría una cantidad que pudiera considerarse como suficiente para conservar decorosamente el teatro. Con esta cantidad tendría que bastarse el teatro. Luego daría un paso más, y diría: "Si el director, con los directores de escena, logra que merced a su enérgica e inteligente dirección el teatro produzca a fin del año un sobrante, de este sobrante se repartirá una remuneración para el director, los directores de escena y las principales partes de la compañía. Ya vería usted entonces cómo se movían y cómo despertaban del estado de somnolencia en que han de caer más pronto o más tarde.

"Nuestros reglamentos de teatros—continuó diciendo—tienen toda clase de disposiciones punitivas, pero sin un solo artículo que se proponga estimular y recompensar. Este es un grave defecto. Pues si cada descuido mío produce un descuento de mi sueldo, debe estimulárseme también para el caso en que haga más de lo que realmente podía pedírseme. Y la manera de que un teatro ele-

ve su nivel es que cada cual haga más de lo que pudiera pedírsele y esperarse de él."

La señora de Goethe y la señorita Ulrica entraron; a causa del hermoso tiempo que hacía venían las dos vestidas con trajes de verano muy lindos. La conversación durante la comida fué ligera y alegre. Se habló de las diversiones de la semana pasada y se expusieron planes análogos para la venidera.

"Si las tardes continúan siendo tan agradables—dijo la señora de Goethe—, tendría gran placer en dar estos días un te en el parque, escuchando el canto de los ruiseñores. ¿Qué le parece a usted, querido padre? "Podría ser muy agradable—respondió Goethe." "¿Y usted, Eckermann—me dijo la señora de Goethe—, ¿qué dice usted a eso? ¿Puede convidársele?" "¡Pero Otilia!—exclamó la señorita Ulrica—, ¿cómo puede ocurrírsete invitar al doctor? Si no ha de venir. Y si viene está como sobre ascuas, y se le conoce que su alma está en otra parte, y que desearía irse cuanto antes mejor."

"Si he de ser sincero—repliqué—prefiero pasear con Doolan por el campo. Tes y sociedad y conversación de te son tan contrarias a mi naturaleza, que sólo el pensar en ello me hace daño." "Pero Eckermann—dijo la señora de Goethe—, en un te, en el parque, está usted al aire libre, y, por tanto, en su elemento." "Al contrario—repuse—. Cuando estoy tan cerca de la Naturaleza, que percibo todos sus aromas, y, sin embargo, no

puedo entregarme verdaderamente a ella, me impaciento como un pato a quien se le pusiera próximo al agua, pero impidiéndole sumergirse en ella." "También podía usted decir—interrumpió Goethe riéndose—que se sentía como un caballo que sacase la cabeza fuera de la cuadra y viese correr libremente por la pradera a otros caballos. Olfatea las delicias y la libertad de la fresca Naturaleza, pero no puede ir a ella. Pero dejad a Eckermann; es como es y no vais a cambiarlo. Pero, dígame, querido, ¿qué hacen usted y Doolan en el campo toda la tarde?" "Buscamos un valle solitario y nos dedicamos a tirar flechas"—respondí. "¡Hum!—replicó Goethe—, no debe de ser mala diversión." "Es magnífica—dije—, para curarse de los alifafes del invierno." "¿Pero cómo diablos—preguntó Goethe—ha podido usted hacerse aquí en Weimar con arcos y flechas?"

"Para las flechas tengo un modelo recogido en el Brabante durante la campaña de 1814. El tiro de flechas es general en esa comarca. No hay ninguna ciudad, por pequeña que sea, que no tenga su sociedad de tiradores de arco. Se albergan en alguna taberna, como nuestras boleras, y suelen reunirse de ordinario, ya entrada la tarde; yo los he visto a menudo con gran placer. ¡Qué hombres más fornidos! ¡Y qué actitudes más plásticas al tender el arco! ¡Qué bien desarrollaba sus fuerzas este ejercicio, y qué tiradores más certeros! Generalmente, tiraban a

una distancia de sesenta u ochenta pasos, sobre un disco de papel adherido a una pared de barro mojado. Tiraban rápidamente unos a continuación de otros, y no era raro que de quince flechas cinco se clavasen en el redondel del centro, del diámetro de un tálero, y las restantes muy cerca. Cuando habían tirado, todos iban allá, sacaba cada uno su flecha de la pared blanda y el juego volvía a empezar. Me entusiasmé de tal modo por este ejercicio, que creí que sería una gran cosa introducirlo en Alemania y tan insensato que pensé que fuera posible. Repetidas veces intenté adquirir un arco; pero ninguno bajaba de veinte francos; ¿y de dónde iba a sacar yo, pobre soldado, tan crecida cantidad? Por tanto, hube de limitarme a una flecha como lo más importante y difícil, que compré por un franco en una fábrica de Bruselas, y la traje a mi tierra junto con un dibujo como único botín."

"Es un rasgo propio de usted—respondió Goethe—. Pero no se figure que pueda hacerse popular una cosa bella y natural. Por lo menos requiere tiempo y una extraordinaria habilidad. Pero debe ser muy hermoso ese tiro de flecha de Brabante. En cambio, nuestro juego de bolas alemán es grosero y ordinario, y muy filisteo."

"Lo bueno de ese ejercicio—dije—, es que desarrolla armónicamente el cuerpo y emplea igualmente todas las fuerzas. El brazo izquierdo sostiene el arco rígido, firme, sin vacilaciones; el derecho, que tira de la cuerda con la flecha, no necesita

de fortaleza menor. Al propio tiempo, ambos pies y muslos deben estar tensos sobre el suelo, sirviendo al tronco de firme base. ¡Y qué sentimiento de alegría cuando la flecha sale y da en el blanco deseado! No conozco ningún ejercicio corporal que pueda compararse a éste.

"Podría servir para nuestras salas de gimnasia —dijo Goethe—. Y no sería maravilla si al cabo de algunos años contábamos en Alemania con miles de buenos tiradores En general, con las generaciones ya desarrolladas, no puede hacerse gran cosa, ni en lo físico ni en lo espiritual, ni en lo que al gusto se refiere, ni en lo que toca al carácter; pero proceded cuerdamente, comenzando por las escuelas, y veréis cómo marcha."

"Pero nuestros profesores de gimnasia—objeté—, no saben manejar el arco ni la flecha."

"Bien—repuso Goethe—; pues que se unan algunos establecimientos gimnásticos y que traigan algún buen profesor de Flandes o Brabante. O que envíen a Brabante algunos buenos gimnastas jóvenes que se ejerciten allí en el tiro y aprendan a construir arcos y flechas. Estos muchachos podrían entrar luego de profesores en las salas de gimnasia alemanas; podrían ser profesores ambulantes que fuesen recorriendo diversos establecimientos.

"Yo no soy, en modo alguno, adversario de los ejercicios gimnásticos alemanes. Por eso he sentido tanto más que se haya mezclado en ese movimiento la política, obligando a las autoridades a limitar-

los, e incluso a suprimirlos y suspenderlos. Es tirarlo todo por salvar algo. Mas espero que pronto volverán a funcionar nuestros establecimientos de gimnasia, pues la juventud alemana los necesita, especialmente los estudiantes a cuya actividad espiritual y cerebral falta todo contrapeso corporal, lo que les hace incapaces para la acción. Pero siga usted hablando de su flecha y su arco. ¿Conque ha traído una flecha de Brabante? Desearía verla."

"Hace tiempo que la perdí—dije—. Pero la recordaba tan bien, que conseguí volver a hacerla y luego construí hasta una docena. Pero no me resultó tan fácil como pensaba; antes de conseguir mi propósito hice toda suerte de intentos vanos y sufrí varios fracasos; pero eso mismo me hizo aprender muchas cosas. Lo que primeramente importaba era el mango de la flecha; era preciso que fuese recto y no se torciese pronto; al mismo tiempo había de ser ligero, pero bastante recio para no quebrarse al chocar con un objeto duro. Hice ensayos, primero, con madera de chopo; luego, con madera de pino y abedul. Pero todas ellas tenían algún defecto y ninguna llenaba debidamente su función. Luego me puse a ensayar una madera de tilo, tomándola de un árbol esbelto y recto, y hallé lo que deseaba y buscaba Era un mango ligero, recto y firme por sus fibras. Ahora era preciso proveer el extremo de abajo con una punta de cuerno; pero resultó que no servía y que tenía que estar muy bien cortado para que no se quebrase al choque de un objeto duro. Pero aun quedaba por hacer lo más

difícil y complicado: colocar el arpón. No quiero decirle cuántos intentos realicé y cuántas equivocaciones sufrí hasta adquirir alguna destreza.”

“Los arpones no se encajan en el mango, sino que se encolan, ¿verdad?”—dijo Goethe.

“Se encolan, en efecto—repuse—; pero hay que hacerlo tan bien, con tanto cuidado y tan firmemente, que no parezca sino que arpón y mango forman un solo cuerpo. No es indiferente emplear una cola u otra. He hallado que la mejor era la cola de pescado, dejándola unas horas en agua para que se ablande y luego cociéndola, añadiendo un poco de espíritu de vino, a fuego lento Tampoco sirven igualmente todas las plumas. Sin duda todas las plumas de cualquier pájaro grande son buenas; pero las mejores han resultado ser las plumas rojas de las alas del pavo real, las grandes plumas del pavo, y, en especial, las magníficas y recias del águila.”

“Escucho todo eso con el mayor interés—dijo Goethe—. El que no le conozca a usted no creería que fuese tan vehemente en sus aficiones.” Pero explíqueme cómo ha llegado a conseguir un arco.”

“Lo construí yo mismo—repliqué—, y también hice al principio muchos ensayos fallidos. Pero a fuerza de consultar a carpinteros y carreteros y de probar todas las maderas de la comarca, acabé por lograr mis propósitos. En la elección de la madera había que atender a que el arco se distendiese fácilmente, a que volviese a su situación con presteza y fuerza y a que fuese

de duración. Comencé haciendo ensayos con el fresno, escogiendo un tronco sin ramas de unos diez años, del grueso de un brazo mediano. Pero al trabajarlo llegué al núcleo que ya no era bueno y donde la madera era torpe y fofa. Entonces se me aconsejó que escogiese un tronco suficientemente grueso para escindirlo en cuatro partes. La operación se hace introduciendo una cuña a lo largo del tronco de un extremo a otro. Si el tronco había crecido recto, es decir, si las fibras corrían verticales hacia arriba, los trozos escindidos serían también rectos y a propósito para el arco. Pero si el tronco estaba torcido, los trozos escindidos, como la cuña sigue las fibras, serían también torcidos y no servirían para el arco."

"¿Pero, y serrando el tronco en cuatro partes con una sierra?—preguntó Goethe—. En ese caso los trozos serían rectos."

"Si el tronco era algo torcido cortaría las fibras y esto haría que las partes no pudiesen utilizarse para un arco."

"Lo comprendo—asintió Goethe—. Un arco con las fibras cortadas se rompería. Pero siga usted; la cosa me interesa."

"Hice, pues—continué—, mi segundo arco de un trozo de fresno escindido. No se había cortado ninguna fibra, el arco era bueno y sólido; pero tenía el defecto de que se doblaba con dificultad. "Sin duda ha cogido usted—me dijo el carretero— un trozo de fresno de semilla que es madera muy

rígida. Busque usted uno recio, de los que crecen en tierra blanda, y le resultará mejor." Con este motivo supe que hay grandes diferencias de fresno a fresno, y que, en general, en todas las maderas hay que tener muy en cuenta el sitio y la clase de terreno en que se han criado. Supe que la madera de Etterberg tenía poco valor como madera de construcción, y que, en cambio, la madera de las proximidades de Nohra poseía una solidez particular, por lo que los carreteros de Weimar tiene gran confianza en las reparaciones de carros hechas en Nohra. En el curso de mis investigaciones supe también que la madera que crece en el lado de invierno de una colina tiene que buscar hacia arriba sol y la luz, por lo que marcha verticalmente y lleva consigo a sus fibras en la misma dirección vertical. Además, la sombra es favorable a la formación de fibras finas, lo que se ve muy bien en aquellos árboles cuyo lado meridional está constantemente expuesto al Sol, mientras el del Norte vive en perpetua sombra. Si tenemos ante nosotros serado uno de esos troncos notaremos que el núcleo no se encuentra en el centro, sino inclinado muy visiblemente a un lado. Y este desplazamiento del punto central proviene de que las cortezas del lado meridional, merced a la acción del Sol, se han desarrollado mucho más, por lo cual son más anchas que las del lado Norte. Los carpinteros saben muy bien lo que vale una madera sólida y fina, y de aquí que escojan de preferencia

el lado Norte de un árbol, que ellos llaman lado de invierno y en el que tienen una gran confianza."

"Ya puede usted figurarse—interrumpió Goethe—que sus observaciones tienen gran interés para quien, como yo, se ha pasado media vida estudiando el crecimiento de plantas y árboles. ¡Pero siga usted! Probablemente hizo usted un arco de la madera de fresno que le habían indicado."

"Lo hice—repliqué—. Cogí un trozo bien escindido del lado de invierno que tenía fibras muy finas. El arco se distendía fácilmente y con presteza. Pero después de unos meses de hacerlo mostraba ya una visible inclinación, habiendo perdido su poder de tensión. Hice luego ensayos con el tronco de un roble joven, de muy buena madera, mas al poco tiempo incurría en el mismo defecto. Probé luego con el tronco del nogal silvestre y últimamente con la madera del arce, que resultó ser la mejor y que nada dejaba que desear."

"Conozco la madera—dijo Goethe—. Se encuentra a menudo en los jardines. Debe de ser buena. Pero pocas veces he encontrado un tronco joven sin ramas, y para el arco secesita usted un tronco sin ramas."

"Un tronco joven—respondí—tiene ramas, sin duda; pero cuando se quiere que se haga árbol se le podan las ramas, y si crece en la espesura, con el tiempo las pierde por sí sólo. Ahora, si

cuando se le quitaron las hojas, el tronco medía tres o cuatro pulgadas de diámetro, si se le deja luego crecer y criar madera, al cabo de cincuenta a ochenta años el interior que tiene ramas se cubre de medio pie de madera sana, sin ramas. Este tronco nos aparece entonces, por fuera, desprovisto de toda rama; pero no se sabe lo que tiene por dentro. Por eso, lo más seguro en todo caso es atenerse a la parte exterior y cortar unas pulgadas del pedazo que se halla inmediatamente bajo la corteza, que es la madera más joven, más resistente y más apropiada para un arco."

"Creía—replicó Goethe—que la madera de un arco no podía ser aserrada, sino escindida con una cuña."

"Cuando puede hacerse, sin duda—respondí—; el fresno, el roble y el nogal silvestres pueden escindirse, porque son maderas de fibra grosera. Pero el arce no, pues tiene unas fibras tan finas y estrechamente entrelazadas, que no puede abrirse en la dirección de las fibras, sino que se rasga, sin respetar la dirección de éstas. Por tanto, hay que separarla con la sierra, sin que en ello haya peligro alguno para la resistencia del arco."

"¡Hum!—dijo Goethe—. Por lo demás, merced a su afición al arco ha adquirido usted conocimientos muy interesantes y conocimientos vivos, a los que sólo se llega prácticamente. La ventaja de una afición apasionada es que nos lleva a penetrar en lo más profundo de las cosas. Y tam-

bién es fecundo el buscar y el extraviarse, pues buscando y extraviándose, se aprende; se aprende además a conocer no sólo la cosa, sino todo lo que la rodea. ¡Qué sabría yo de plantas y colores si por mi teoría me los hubiese alguien transmitido ya acabados y los hubiera aprendido de memoria! Pero precisamente por haber tenido que buscarlo y hallarlo todo por mí mismo y por haber errado en ocasiones es por lo que sé algo de ambas cosas y, por cierto, más de lo que se dice en el papel. Pero dígame usted una cosa de su arco. He visto arcos escoceses que eran completamente rectos y otros con las puntas encorvadas. ¿Cuáles cree usted que son mejores?

"Creo que un arco que tiene vueltos hacia atrás los extremos es más vigoroso—repliqué—. Al principio los hacía rectos, porque no sabía doblar los extremos. Pero después que he aprendido a manejarlos, los doblo y encuentro que el arco con eso no sólo es más hermoso, sino más fuerte."

"Se le dobla empleando el calor, ¿verdad? —preguntó Goethe."

"Con calor húmedo—respondí—. Una vez que el arco está dispuesto de modo que la fuerza de tensión se halla distribuída por igual en todas sus partes, no siendo en ninguna de ellas ni más fuerte ni más débil, introduzco uno de sus extremos a una profundidad de seis a ocho pulgadas en agua hirviendo y lo dejo ablandar una hora. Luego introduzco este extremo ablandado entre

dos pequeños moldes cuya curva interior tiene la forma de la curva que quiero darle al arco. Le dejo allí un día y una noche para que se seque y hago luego las mismas operaciones con el otro extremo. Las puntas así tratadas se hacen tan resistentes como si hubiesen nacido encorvadas de ese modo."

"¿Sabe usted una cosa?—dijo Goethe con una sonrisa misteriosa—. Tengo una cosa que creo no le desagradaría a usted. ¿Qué diría usted si bajásemos juntos y le pusiese en las manos un arco legítimo de basquiro?"

"¿Un arco de basquiro y legítimo?—exclamé entusiasmado.

"¡Sí, hombre insensato, legítimo!—dijo Goethe—. Venga usted."

Bajamos al jardín. Goethe abrió la habitación inferior de un pequeño pabellón, en donde había esparcidas una porción de cosas curiosas por las mesas y en las paredes. Pasé rápidamente la vista por todos estos tesoros; mis ojos buscaban el arco. "Aquí lo tiene usted—dijo Goethe, sacándolo de un rincón, entre un montón de todo género de utensilios raros—. Está en el mismo estado que cuando en 1814 me lo regaló un cabecilla de los basquiros. ¿Qué dice usted de eso?"

Me sentía lleno de placer teniendo en mis manos la hermosa arma. Parecía intacta. y hasta la cuerda estaba utilizable. La probé con mis manos y vi que aun conservaba bastante fuerza. "Es un buen

arco—dije—. Pero lo que más me agrada es la forma que me servirá en lo futuro de modelo."

"¿De qué madera cree usted que está hecho? —dijo Goethe.

"Como ve usted—repliqué—, está tan cubierto de cortezas de abedul, que se distingue muy poco la madera, y sólo han quedado libres los extremos. Y éstos están tan ennegrecidos por el tiempo, que no se percibe bien de qué es. A primera vista parece roble joven y luego parece nogal. Creo que es nogal o una madera semejante. Arce no lo es. Es una madera de fibras groseras y se ven las huellas de haber sido escindida."

"¿Y si lo probase usted una vez?—dijo Goethe—. Aquí tiene usted una flecha Pero tenga cuidado con el arpón de hierro, no vaya a estar envenenado."

Volvimos al jardín y puse en tensión el arco.

"¿Hacia dónde tira usted?"—dijo Goethe—. "Creo que al aire"—dije—. "¡Pues, ea!"—dijo Goethe. Tiré hacia las nubes soleadas. La flecha subió bien; luego hizo una curva y volvió a caer en tierra "Déjeme probar a mí"—dijo Goethe—. Me sentía dichoso viendo que quería tirar. Le di el arco y recogí la flecha. Goethe puso la flecha en la cuerda, cogió bien el arco; pero pasó algún tiempo hasta que logró disparar. Apuntó hacia arriba y tiró. Estaba en pie como un Apolo, lleno de una indestructible juventud interior, pero anciano de cuerpo. La flecha alcanzó sólo una altura moderada y volvió a caer en tierra. Corrí y recogí la flecha.

"¡Otra vez!"—exclamó Goethe. Apuntó ahora en dirección horizontal, a lo largo del sendero arenoso del jardín. La flecha anduvo unos treinta pasos; luego dobló y vino a tierra. Me agradó sobremanera ver a Goethe disparando con arco y flecha. Pensé en aquellos versos:

"¿Me abandona ya la edad?
¿Vuelvo a ser un niño?"

Volví a traerle la flecha. Me pidió que tirase una dirección horizontal, y me señaló como blanco una mancha en la ventana de su despacho. Disparé la flecha, dió no lejos del blanco; pero se clavó tan hondamente en la madera blanda, que no pude arrancarla. "Déjela usted—dijo Goethe—. Quiero que durante unos días me sirva como recuerdo de nuestra diversión."

El tiempo era muy hermoso, y paseamos arriba y abajo por el jardín; luego nos sentamos en un banco, con la espalda vuelta al follaje nuevo de unos arbustos. Hablamos del arco de Ulises, de los héroes de Homero; luego de los trágicos griegos, y, por último, de la opinión muy extendida de que el teatro griego había caído en decadencia con Eurípides. Goethe no tenía en nada esta opinión.

"En general—dijo—, no creo que el arte pueda caer en decadencia por obra de un solo hombre. Para eso tienen que reunirse muchas cosas; no es fácil decir cuáles. Era tan imposible que el arte trágico de los griegos cayese en decadencia por obra de Eurípides, como que el arte escultórico de-

cayese por obra de un escultor que fuese contemporáneo de Fidias, pero inferior a él. Pues cuando la época es grande, marcha por el camino de lo mejor, y lo inferior queda sin séquito

"¡Y qué época más grande la de Eurípides! No era época de un gusto retardatario, sino de un gusto progresivo. La escultura no había llegado aún a su cúspide y la pintura estaba como en formación.

"Si las obras de Eurípides tenían, comparadas con las de Sófocles, grandes defectos, no era necesario que los poetas posteriores imitasen estos defectos y se perdiesen por ellos. Porque también tenían grandes excelencias, hasta el punto de que algunas de sus obras podrían preferirse a las mismas de Sófocles, ¿por qué los poetas posteriores no las imitaron y por qué no fueron al menos tan grandes como él?

"El hecho de que a continuación de los tres grandes trágicos no haya aparecido el cuarto, quinto y sexto, no puede explicarse tan fácilmente, aun cuando pueden tenerse ciertas presunciones que se acerquen a la verdad.

"El hombre es un ser simple. Y por vario y profundo que pueda ser, pronto ha recorrido el círculo de sus estados.

"Si hubiese sido como entre nosotros, pobres alemanes, donde Lessing escribió dos o tres obras pasables, yo mismo tres o cuatro y Schiller cinco o seis, hubiera quedado espacio para un quinto, un sexto y un séptimo poeta trágico.

"Pero dada la riqueza de la producción de los griegos, en donde cada uno de los tres grandes trágicos había escrito más de cien obras o cerca de ciento, y donde se habían tratado tres o cuatro veces los argumentos trágicos de Homero y la leyenda de los héroes, con tal riqueza de producción puede suponerse que se había ido agotando la materia, y los poetas que siguieron a los tres colosos no sabían qué hacer.

"¿Y para qué iban a escribir? ¿No bastaba por algún tiempo? Lo producido por Esquilo, Sófocles y Eurípides es bastante grande y hondo para que se pueda oír repetidamente sin hacerlo trivial. Pues sólo los pocos restos grandiosos de sus obras, que han llegado hasta nosotros han sido suficientes para que los europeos llevemos siglos ocupados de ellos y hayamos de llevar siglos aún."

Domingo 5 de junio de 1825.

Goethe me contó que Preller (1) había estado a verle y se había despedido, pues se marchaba a Italia por algunos años.

-"Al desearle buen viaje—dijo Goethe—le aconsejé que no se dejase confundir; que se atuviese especialmente a Claudio de Lorena y a Poussin y que estudiase las obras de estos grandes artistas para ver claramente cómo habían considerado la Naturaleza y cómo le habían utilizado

(1) Conocido pintor.

para expresar sus sentimientos e intuiciones artísticas.

"Preller tiene un talento sólido y no temo por él. Además, me parece un carácter serio, y casi estoy seguro de que más bien se inclinará a Poussin que a Claudio de Lorena. Sin embargo, le he recomendado particularmente el estudio de Claudio de Lorena, y no sin fundamento; pues con la educación del artista ocurre lo que con la de cualquier otro talento. Nuestros lados fuertes se forman en cierto modo por sí solos; pero aquellos gérmenes y disposiciones de nuestra naturaleza que no ejercitamos cotidianamente y que no son tan potentes, necesitan un cultivo particular para que se fortifiquen también.

"Así, como he dicho a menudo, un cantante que empieza posee de un modo innato ciertos registros excelentes que nada dejan que desear; en cambio, otros registros pueden ser menos fuertes, menos limpios y menos llenos. Pero precisamente lo que debe procurar es lograr, a fuerza de ejercicio, hacer a éstos iguales a los otros.

"Estoy seguro que Preller llegará a dominar perfectamente lo serio, lo grandioso y acaso lo apasionado. En cambio, es dudoso que consiga ser tan afortunado en la expresión de lo placentero, gracioso, amable, y por eso le he recomendado especialmente a Claudio de Lorena, a fin de que, estudiándolo, llegue a dominar lo que quizá no posee tan bien por naturaleza.

"También le he hecho fijarse en una cosa. He

visto ahora muchos estudios suyos de naturaleza. Eran excelentes y estaban ejecutados con energía y vida; pero todas eran cosas aisladas que, más tarde, en cuadros de propia invención, habrán de servirle de poco. Lo que le he aconsejado es que no dibuje nunca objetos aislados, un árbol sólo, un montón de piedras, sino siempre con un fondo y con algo alrededor.

"Y esto por las razones siguientes. Nosotros, en la Naturaleza, no vemos nada aislado, sino que todo lo vemos en relación con otros objetos que están delante, al lado, detrás, encima o debajo. Cierto que a veces un objeto nos parece particularmente indicado para pintarlo; pero no es el objeto sólo el que produce esa impresión, sino la relación en que le vemos con todos los que están junto a él, detrás de él y sobre él, los cuales contribuyen a producir aquel efecto.

"Así, en un paseo puedo tropezarme con una encina cuyo aspecto pictórico me sorprende. Pero si la copio es posible que ya no parezca como lo que era, porque le falta lo que en la Naturaleza contribuye a su aspecto pictórico y lo acentúa. Así, un trozo de bosque puede parecer hermoso por el efecto que sobre él ejercen este cielo, esta luz, esta situación del Sol. Más si, al dibujarlo, prescinde de todo eso, quizás pierda toda su fuerza y aparezca como algo indiferente por faltarle su encanto principal.

"Y luego esto otro. Nada hay de bello en la Naturaleza que no esté motivado como verda-

dero, con arreglo a las leyes que la rigen. Pero para que la verdad de la Naturaleza aparezca como verdad en el cuadro tiene que fundamentarse colocando en él también las cosas ambientes que obran sobre lo principal.

"En un arroyo encuentro piedras de formas agradables y las partes de ellas que aparecen sobre la superficie del agua están cubiertas de musgo verde muy hermoso. Mas lo que ocasionó la producción del musgo no fué solamente la humedad del agua; lo que hizo que naciese el musgo en este lugar del arroyo fué acaso el estar situado en una pendiente al Norte, a la sombra de árboles o arbustos. Mas si todas estas caucas que concurren a la producción del musgo quedan fuera de mi cuadro, carecerá de verdad y le faltará la fuerza de convicción.

"De análoga manera, la situación de un árbol, la clase del suelo en que crece, los otros árboles que estén tras él y a su lado influyen poderosamente en su desarrollo. Un roble que crezca en la cima occidental de un cerro pedregoso, abierta a todos los vientos, tendrá una forma muy distinta del que crece abajo, en el terreno blando de un valle protegido. Ambos pueden ser hermosos a su modo; pero tendrían un carácter muy diverso, y, por tanto, en un paisaje imaginado artísticamente, sólo podrían ser utilizados en aquella situación que tuvieran en la Naturaleza. De aquí que tenga gran importancia para el artista dibujar el ambiente, pues él determina

la situación del objeto que se quiere representar.

"Pero sería insensato comprender en el cuadro toda suerte de detalles prosaicos, que tiene tan escasa influencia en la forma y desarrollo del objeto principal como en su efecto pictórico.

"De todas estas indicaciones le he dicho lo principal a Preller, y estoy seguro de que en él, que posee un talento innato, echarán raíces y prosperarán."

1827

Miércoles 21 de febrero de 1827.

A comer con Goethe. Habló mucho y con admiración de Alejandro de Humboldt, cuya obra sobre Cuba y Colombia había comenzado a leer, y cuyas opiniones sobre el proyecto de perforación del istmo de Panamá parecían interesarle especialmente.

"Humboldt—dijo Goethe—, con gran conocimiento del asunto, indica otros varios puntos, en los cuales se conseguiría quizás mejor que por Panamá lograr el fin perseguido, utilizando algunos ríos que desembocan en el golfo de Méjico. Más todo esto queda reservado al porvenir y a un gran espíritu emprendedor. Ahora lo que es indudable es que si se lograse construir un canal que permitiese pasar del golfo de Méjico al Pacífico a todos los barcos de cualquier carga y desplazamiento se producirían incalculables resultados para el mundo civilizado y para el no civilizado. Mucho me admiraría que los Estados Unidos dejasen pasar la ocasión de apropiarse una obra como ésa. Es de prever que ese juvenil Estado americano, en su decidido impulso hacia el Oeste, llegue, en treinta o cuarenta años, a ocupar y poblar los territorios que se extienden

más allá de las Montañas Rocosas. Es de prever además que en toda esta costa del Océano Pacífico, donde la Naturaleza tiene ya formados los más espaciosos y seguros puertos, vayan naciendo poco a poco importantes ciudades comerciales, que sirvan para intermediar el comercio entre la China y los Estados Unidos. En tal caso, no sólo sería deseable, sino hasta casi necesario que tanto los barcos de guerra como los mercantes, pudiesen ir de la costa occidental norteamericana a la oriental por un camino más rápido que el de la travesía pesada, larga y costosa, dando la vuelta por el cabo Horn. Lo repito, pues. Es absolutamente imprescindible para los Estados Unidos construir una salida del golfo de Méjico al Océano Pacífico, y estoy seguro de que lo conseguirán.

"Quisiera verlo; pero no lo veré. También quisiera ver establecida una comunicación entre el Danubio y el Rin. Pero esta empresa es tan gigantesca también, que dudo de que pueda realizarse, mucho más, habida cuenta de la escasez de los recursos alemanes. Y, por último, quisiera ver a los ingleses en posesión de un canal de Suez. Quisiera ver realizadas estas tres cosas, y valdría la pena soportar otros cincuenta años de existencia por aguardarlas."

Jueves 1 de marzo de 1827.

Comiendo con Goethe. Me contó que había recibido un envío del conde Sternberg y de Zauper,

que le había producido mucho placer. Luego hablamos de la teoría de los colores, de los ensayos prismáticos subjetivos y de las leyes por que se rige la formación del arco iris. Celebró mi interés creciente por estos difíciles asuntos.

Miércoles 21 de marzo de 1827.

Goethe me mostró un librito de Hinrichs (1) sobre la esencia de la tragedia antigua. "Lo he leído con gran interés—dijo—. Hinrichs ha tomado principalmente como base de sus opiniones el *Edipo* y la *Antígona*, de Sófocles. Es un libro muy notable, y quiero dárselo para que lo lea usted también y podamos hablar de él. Yo no soy de su opinión. Pero es muy instructivo ver cómo un hombre de una profunda educación filosófica considera, desde el punto de vista de su escuela, una obra artística poética. Hoy no quiero decir más para no prejuzgar. Léalo y verá que, al leerlo, se le ocurren a usted una porción de ideas.

Miércoles 28 de marzo de 1827.

Le devolví a Goethe el libro de Hinrichs, que había leído cuidadosamente. Además, había vuelto a leer todas las obras de Sófocles, para poder dominar plenamente el tema.

(1) Crítico y filósofo que estudió las obras de Goethe.

"¿Qué tal?—me dijo Goethe—. ¿Qué le ha parecido a usted? ¿No es verdad que va al fondo de las cosas?"

"Es curioso el efecto producido por este libro —respondí—. Ningún otro me ha sugerido tantas ideas como él, y, sin embargo, ninguno ha suscitado en mí tantas contradicciones como él."

"¡Ese es su mérito precisamente!" "Lo que se conforma con nosotros, nos deja tranquilos; lo que nos hace productivos es la contradicción."

"Sus intenciones—dije—me parecen muy respetables y no se limita a la superficie de las cosas. Pero se pierde tan a menudo en las sutilezas e interioridades, y lo hace de una manera tan subjetiva, que abandona la verdadera visión del objeto individual, así como el dominio del conjunto, y le obliga a uno a forzar los objetos para pensarlos como él los piensa. Hasta a veces se me ha figurado que mis órganos eran demasiado torpes para comprender la sutileza desacostumbrada de sus distinciones."

"Si tuviese usted la preparación filosófica que él tiene—respondió Goethe—, lo entendería usted mejor. Pero si he de ser sincero, me da pena que un hombre, sin duda inteligente, con el buen sentido de los nacidos en la costa norte alemana, como Hinrichs, haya sido de tal modo trastrocado por la filosofía hegeliana, que ha perdido la visión y el pensamiento natural y se ha habituado poco a poco a una manera tan difícil y trabajosa de decir y pensar, que en su libro he encontrado pasajes en los

que la razón se para en absoluto y ya no se sabe lo que se lee."

"Yo no he tenido mejor suerte—repliqué—. Sin embargo, encontré con placer pasajes que me parecieron perfectamente claros y humanos, como, por ejemplo, la narración de la leyenda de Edipo."

"Es que en eso—respuso Goethe—no tenía más remedio que atenerse estrictamente a la cosa. Pero hay en su libro no pocos pasajes, en los cuales el pensamiento no camina ni adelanta, y en los cuales el lenguaje obscuro permanece en el mismo sitio y se mueve alrededor del mismo círculo; exactamente lo mismo que el *uno por uno* de la bruja en mi *Fausto*. Deme usted acá el libro. De su lección sexta, que trata del coro, no he entendido casi nada. ¿Qué dice usted, por ejemplo, de este párrafo que está hacia el final?"

"Esta realidad—la de la vida del pueblo—, como la verdadera significación de aquélla, es también su verdadera realidad, que al propio tiempo, como ella misma, constituye la verdad y certidumbre, y, por tanto, la certidumbre espiritual general, la cual certidumbre es al mismo tiempo la certidumbre reconciliadora del coro; de manera que sólo en esa certidumbre, que se ha manifestado como el resultado del movimiento todo de la acción trágica, compórtase el coro verdaderamente de conformidad con la conciencia general del pueblo, y como tal no sólo representa al pueblo, sino que en sí y por sí, en razón de su certidumbre, es el mismo pueblo.

"Creo que es suficiente. ¡Y qué dirán los fran-

ceses y los ingleses del lenguaje de nuestros filósofos si nosotros mismos no lo comprendemos!"

"Sin embargo—dije—, estamos conformes en que el libro obedece a una noble voluntad y en que tiene la propiedad de suscitar ideas."

"Su idea de la familia y el Estado—respondió Goethe—y de los conflictos trágicos que de ellos pueden dimanar es exacta y fecunda, indudablemente; pero no puedo conceder que sea la más justa y mucho menos la única para la tragedia. Sin duda que todos vivimos en familia y en el Estado, y que no es fácil que nos alcance un destino trágico que no nos afecte como miembros de ambas. Sin embargo, podemos ser muy bien personas trágicas, quedando en segundo término nuestra condición de miembros de la familia o del Estado. Pues lo que origina la tragedia es el conflicto insoluble, y éste puede ser originado en la contradicción de circunstancias de un orden cualquiera, con tal que esté sólidamente afirmado en la naturaleza y que sea genuinamente trágico. La tragedia de Ayax la produce el demonio de la honra mancillada y la de Hércules el de los celos amorosos. En ninguno de los dos casos aparece el menor conflicto de afecto familiar o virtudes políticas, que son, según Hinrichs, los únicos elementos de la tragedia griega."

"Se ve bien—dije—que al formular esa teoría sólo pensaba en la Antígona. Tampoco parece ver más que el carácter y proceder de esta heroína, cuando dice que el afecto familiar en quien aparece más puro es en la mujer, y sobre todo en

la hermana, y que la hermana sólo puede amar con completa pureza y sin mezcla alguna de sensualidad al hermano."

"Podía creerse—dijo Goethe—que aun sería más puro y más asexual el amor de la hermana a la hermana. ¡Como si no supiésemos que han ocurrido casos incontables en que, consciente o inconscientemente, ha aparecido la inclinación sensual entre hermana y hermano.

"En general—siguió diciendo—, hallará usted que Hinrichs, en su consideración de la tragedia griega, parte de la idea, y que se figura a Sófocles como un hombre que partía también de una idea en la invención y composición de sus obras, determinando según aquélla los caracteres, el sexo y el estado. Pero Sócrates no partía de una idea para componer sus obras, sino que tomaba una leyenda elaborada por su pueblo, en la que ya había una idea, y sólo se preocupaba de aprovecharla para el teatro del mejor modo posible. Los Atridas no querían dejar que se enterrase a Ayax; pero así como en la Antígona la hermana se afana por el hermano, en el Ayax el hermano es quien se afana por el hermano. El que el cadáver insepulto de Polinicio sea recogido por su hermana y el de Ayax por su hermano es casual, y no pertenece a la invención del poeta, sino a la tradición que seguía y que tenía que seguir."

"Tampoco parece sostenible—agregué yo—lo que el autor dice del proceder de Creon. Quiere

demostrar que éste, al prohibir que Polinicio sea sepultado, obra movido puramente por la virtud política. Y como Creon no es meramente un hombre, sino un príncipe, sienta la afirmación de que quien represente el poder trágico del Estado sólo puede ser aquel en quien encarna la personalidad misma del Estado, es decir, el príncipe, y de que de todos los ciudadanos es el príncipe la persona que ejercita la más pura moral política."

"En semejantes afirmaciones—replicó Goethe, sonriéndose—no creerá nadie. Creon no obra por virtud política, sino por odio al muerto. El hecho de que Polinicio tratase de recuperar la herencia de su padre, de la que había sido violentamente desposeído, no constituía tan inaudito crimen contra el Estado que no fuese suficiente pena contra él la muerte y hubiese que exigir también el castigo del cadáver inocente.

"En general, nunca debiera llamarse virtud política a un proceder que va contra la virtud en general. El que Creon prohiba que Polinicio sea sepultado, con lo cual no sólo determina que el cadáver putrefacto envenene el aire, sino que es causa de que perros y aves de rapiña arrastren trozos arrancados al muerto, profanando con ellos hasta los mismos altares, este proceder que ofende a los hombres y a los dioses no sólo no es virtud de Estado, sino un verdadero crimen de Estado. Además, contra él están cuantos intervienen en la obra; están contra él los ancianos que forman el coro, lo está el pueblo en ge-

neral; está contra él Tiresias, y hasta su propia familia está contra él. Mas él no escucha nada, sino que sigue su camino criminoso hasta que consigue aniquilar a todos los suyos y hasta que él mismo, al final, ya no es sino una sombra."

"Y, sin embargo—dije—, oyéndole hablar, se diría que le asiste alguna razón."

"Esa es precisamente la maestría de Sófocles —replicó Goethe—y en eso estriba la vida de la obra dramática. Sus personajes poseen tal elocuencia y saben exponer tan convincentemente los motivos de su conducta, que el oyente casi siempre está al lado del que ha hablado el último.

"Se ve que en su juventud ha recibido una sólida educación retórica que le ha hecho ejercitarse en el arte de encontrar todas las razones y sofismas que en favor de una causa pueden alegarse. Mas esta gran habilidad suya le lleva en ocasiones a cometer faltas, porque le impulsa demasiado lejos.

"Así, en la *Antígona* hay un pasaje que siempre me ha parecido una mancha, y daría algo porque un buen filólogo nos demostrase que era falso e interpolado.

"Después que la heroína, en el curso de la obra, ha aducido las más magníficas razones para justificar su conducta, desarrollando la nobleza de su alma pura, a última hora, cuando va a morir, alega un motivo muy desacertado y que casi raya en lo cómico.

"Dice que lo que hizo por su *hermano* no lo hubiera hecho por su hijo, si fuese *madre*, ni por su *marido*, si fuese esposa. Pues—añade—si se me hubiera muerto un marido hubiera buscado otro, y si se me hubiesen muerto hijos hubiera tenido otros del nuevo esposo. Pero con mi hermano esto no es posible. No puedo tener otro hermano, pues habiendo muerto mis padres, nadie hay que pueda engendrarlo.

"Por lo menos, ese es el sentido escueto de este pasaje, que, puesto en boca de una heroína que va a morir, destruye el ambiente trágico, y que además me parece muy rebuscado y de un puro artificio dialéctico. Como he dicho, vería con gusto que un buen filólogo nos demostrase que este pasaje era falso."

Seguimos luego hablando de Sófocles y encontramos que en sus obras, más que una tendencia moral, impera el afán de tratar sólidamente el argumento, pensando, sobre todo, en su efecto teatral.

"Yo no me opongo—dijo Goethe—a que un poeta dramático se proponga ejercer un efecto moral; mas para tratar de hacer desfilar clara y eficazmente el argumento de su obra ante los ojos del espectador, de poco pueden servirle sus objetivos morales. Lo que necesita es una gran capacidad de exposición y un gran conocimiento de la escena para saber qué es lo que tiene que hacer. Si en el argumento incide un efecto moral,

éste aparecerá, aunque el poeta sólo se haya ocupado de desarrollarlo con eficacia y arte. Y un poeta que posea un alma tan grande como la de Sófocles producirá un efecto moral haga lo que haga. Además, Sófocles conocía la escena y dominaba el oficio tan bien como cualquiera."

"Cuán bien conocía el teatro—dije yo—y lo mucho que se preocupaba del efecto teatral se ve en el *Filoctetes* y en la gran semejanza que la disposición de esta pieza tiene con el *Edipo en Colonos*.

"En ambas obras aparece el héroe en una situación desesperada; en ambas es viejo y está debilitado por achaques corporales. El sostén de Edipo es la hija que le guía; el de Filoctetes el arco. Pero la semejanza va aún más lejos. Ambos han sido desterrados; mas después que el oráculo ha predicho que sólo con su auxilio podrá alcanzarse la victoria, se les busca a ambos. Ulises viene a buscar a Filoctetes, Creon a buscar a Edipo. Ambos comienzan sus parlamentos con argucias y palabras halagadoras; pero cuando ven que éstas no producen efecto acuden a la violencia, y a Filoctetes se le roba el arco y a Edipo la hija."

"Estas violencias — repuso Goethe — dan lugar a excelentes parlamentos, y la situación de desamparo en que se encuentran los dos héroes conmueve el ánimo del pueblo, que oye y ve; por eso el poeta opera de buen grado con semejantes situaciones, pues lo que le importa es producir

efecto en el público. Para que este efecto sea mayor, Sófocles hace aparecer a Edipo como un débil anciano, mientras que en razón de todas las circunstancias que en él concurren debía ser un hombre en su mejor edad. Pero un hombre fuerte aún no le servía al poeta en esta obra, no hubiera producido el efecto deseado, y por eso le transformó en un anciano caduco y desamparado."

"La semejanza entre las dos obras sigue más allá aún—continué—. Ambos héroes son pasivos, no activos. Y cada uno de estos héroes pasivos tiene frente a sí dos figuras activas: Edipo, a Creon y Polinicio; Filoctetes, a Neptolemo y Ulises. Estas dos figuras opuestas eran necesarias para tratar el argumento en todos sus aspectos y para que la obra tuviese el número de personajes adecuado."

"Podía usted añadir—interrumpió Goethe—que ambas obras se asemejan en que en ambas las situaciones trágicas tan impresionantes cambian alegremente, pues a uno de los héroes se le devuelve la hija amada y al otro el arco no menos amado.

"También son parecidos los desenlaces de ambas obras, pues los dos héroes aparecen libertados de sus sufrimientos. Edipo, porque muere bienaventuradamente, y Filoctetes, porque la predicción de los dioses nos hace prever su curación por Esculapio frente a los muros de Ilión.

"Por lo demás—siguió diciendo Goethe—, si

hubiéramos de aprender la técnica moderna del teatro, tendríamos que tomar a Molière por maestro.

"¿Conoce usted su *Malade imaginaire?* Hay en él una escena que, cuantas veces leo la obra, me parece el símbolo de un dominio perfecto de las tablas. Me refiero a la escena en que el supuesto enfermo pregunta a su hija pequeña, Louison, si no había estado un hombre en la habitación de su hermana mayor.

"Otro cualquiera que no conociera el oficio tan bien como Molière hubiese hecho que la niña refiriese sencillamente el hecho, y hubiera pasado a otra cosa.

"Pero hay que ver la vida que Molière imprime a este interrogatorio, introduciendo toda suerte de motivos que retrasan la respuesta. Louison, al principio, hace como que no entiende a su padre; luego niega que sepa algo; después, ante la amenaza del palo, se deja caer como muerta, y, por último, cuando ve a su padre desesperado, sale risueña y burlona de su fingido desmayo, y poco a poco va confesándolo todo.

"Estas indicaciones mías sólo le darán a usted un ligerísimo concepto de la vivacidad de la escena; léala, penétrese de su valor teatral y confesará usted que hay en ella más enseñanzas prácticas que en todas las teorías juntas.

"Conozco y amo a Molière—continuó Goethe—desde mi juventud, y durante toda mi vida he aprendido mucho de él. Nunca dejo de leer todos

los años alguna de sus obras, para mantenerme en contacto con sus excelencias. Lo que me encanta en él no es sólo lo acabado de su procedimiento artístico, sino lo amable de su naturaleza, la gran elevación de su alma. Hay en él una gracia y un tacto que, a pesar de la belleza nativa de su alma, sólo ha podido adquirir en el trato diario con los hombres más distinguidos de su siglo. De Menandro sólo conozco algunos fragmentos; pero éstos me dan también una tan alta idea, que tengo a este gran griego por el único hombre que pudiera compararse con Molière."

"Me alegro de oírle a usted hablar con tanto encomio de Molière—dije—. Hay alguna diferencia entre eso y lo que dice el señor von Schlegel. Estos días he deglutido con repugnancia en sus *Lecciones sobre la poesía dramática* lo que dice de Molière. Como usted sabe, le trata de arriba a abajo, como un cómico vulgar que sólo ha visto desde lejos la buena sociedad y cuyo oficio ha sido inventar toda suerte de farsas para regocijo de su señor; en estas farsas alegres e inferiores fué donde consiguió más éxito; pero lo mejor lo ha robado, ha querido ascender hasta el nivel de la comedia; pero ha fracasado siempre."

"Para un hombre como Schlegel—repuso Goethe—, una naturaleza tan sólida como la de Molière es una preocupación; siente que no tiene nada de él, y no puede soportarle. Le desagrada *El misántropo*, que releo siempre como una de mis obras predilectas. *El Tartufo* lo alaba un

poco, de un modo forzado; pero luego lo rebaja todo lo que puede. Schlegel no puede perdonar a Molière que ponga en ridícu'o la afectación de las mujeres eruditas, como advertía uno de mis amigos, probablemente siente que Molière le hubiese puesto en ridículo si hubiese convivido con él

"No puede negarse — continuó Goethe — que Schlegel sabe muchísimo; casi le asustan a uno sus extraordinarios conocimientos y su enorme lectura. Pero eso no basta. La erudición no es criterio. Su crítica es comp'etamente parcial; en las obras teatrales sólo atiende al esqueleto de la fábula y a su disposición, y no hace sino comprobar pequeñas analogías con alguno de los grandes predecesores, sin preocuparse en lo más mínimo de 'a vida graciosa y de la elevación del alma que el autor nos muestra. ¿Pues de qué sirven todos los artificios del talento, si en una obra teatral no se nos muestra la personalidad amable o elevada del autor, lo único que pasa a la cultura del pueblo?

"El procedimiento que Schlegel sigue en el examen de' teatro francés me parece el modo del mal crítico, a quien falta todo sentimiento para la apreciación de lo grande y que pasa por delante de una naturaleza sólida y un gran carácter sin percatarse de ella."

"En cambio a Shakespeare y a Calderón—dije yo— los trata con justicia y hasta con amor."

"Ambos—repuso Goethe—tienen tal grandeza

que todo lo bueno que de ellos se diga es insuficiente, aun cuando no me admiraría que Schlegel los hubiese rebajado miserablemente. También es justo con Esquilo y Sófocles; pero esto ocurre no tanto porque esté verdaderamente penetrado de su extraordinario valor, cuanto porque es tradicional en los filólogos ponerlos a gran altura. Pues en el fondo, la mezquina personalidad de Schlegel no basta para comprender y estimar en todo su valor naturalezas tan elevadas. Pues si fuese así sería también justo con Eurípides, y hubiera procedido de otra manera con él. Pero es que sabe que los filólogos no lo consideran gran cosa, y siente gran placer en poder, apoyado en tan gran autoridad, atacar a este gran antiguo y adoctrinarle pedantescamente.

"Concedo que Eurípides tiene sus defectos; pero, a pesar de ellos, ha sido un digno competidor de Esquilo y Sófocles. Si no poseía la profunda seriedad de sus predecesores ni su arte acabado y severo, y si como buen poeta dramático trataba las cosas con algún descuido y humanamente, es que probablemente conocía lo bastante a sus atenienses para saber que el tono adoptado por él era adecuado para sus contemporáneos. Pero a un poeta, a quien Sócrates llamaba su amigo, a quien Aristóteles consideraba mucho, a quien Menandro admiraba, y por el que Sófocles y la ciudad de Atenas vistieron luto a la noticia de su muerte, tenía que ser algo. Cuan-

do un escritor moderno, como Schlegel, pone defectos a uno de los grandes poetas antiguos, debiera hacerlo de rodillas."

Domingo 1 de abril de 1827.

A la noche, en casa de Goethe. Hablé con él de la representación de su *Ifigenia*, que se había celebrado ayer, en la cual el señor Krüger, del teatro Real de Berlín, hizo con gran aplauso el papel de Orestes.

"La obra—dijo Goethe—tiene sus dificultades. Es rica en vida interior, pero pobre en acción externa. Lo difícil es hacer que esa vida interior se manifieste. La obra está llena de los más fuertes efectos, que salen de los horrores sobre que se basa la acción. La palabra escrita no es más que un reflejo débil de la vida que alentaba en mí durante la composición. Y el actor debe darnos esta efusión que animaba al alma del poeta ante su asunto. Queremos ver griegos y héroes potentes, enardecidos por el aire fresco del mar, que, amenazados y perseguidos por multitud de males y peligros, expresan vigorosamente lo que alienta en sus pechos; no queremos actores que sientan débilmente, que sólo hayan aprendido superficialmente sus papeles, y mucho menos actores que ni siquiera se los sepan.

"Tengo que confesar que nunca he conseguido ver una representación acabada de mi *Ifigenia*.

Por eso es por lo que ayer no fuí a verla. Pues sufro horriblemente tener que habérmelas con esos espectros que no saben afirmarse como debieran."

"Con la interpretación que el señor Krüger daba al Orestes—dije yo—, probablemente estaría usted conforme. Representaba con tal claridad, que su papel no podía resultar más definido y comprensible. Cuanto decía le penetraba a uno en el corazón, y nunca olvidaré sus gestos y sus palabras.

"Lo que hay en el papel de exaltación, de visión, lo expresaba con tanta vida por sus gestos y por las inflexiones de su voz, que parecía verse con los ojos corporales lo que acontecía en su interior. Viendo un Orestes semejante, Schiller no hubiera echado de menos las Furias; le seguían, le rodeaban constantemente.

"El importante pasaje en que Orestes, al despertar de su desmayo se cree trasladado a los infiernos, lo expresó de un modo asombroso. Veía uno pasar dialogando a los antepasados, se veía a Orestes acercárseles, interrogarlos y unirse a ellos. Se sentía uno tan penetrado de la situación, que le parecía estar en medio de estas almas. Tan grande y tan hondo era el sentimiento del artista y tan grande su capacidad de evocar lo inasequible."

"¡Veo que hay aún gentes sobre las que se puede hacer efecto!—repuso Goethe riéndose—. Pero

siga usted. ¿De modo que ha estado bien de veras y que posee facultades físicas eminentes?"

"Su voz—dije—es clara y bien timbrada; la tiene muy cultivada y puede emplearla con gran flexibilidad y variedad de tonos. Además, para la solución de cualquier dificultad dispone de fuerza y ligereza corporal; parece ser que se ha dedicado toda su vida a los más variados ejercicios físicos."

"En realidad—dijo Goethe—, un actor debería aprender de escultores y pintores. Así, para representar un héroe griego es absolutamente necesario que estudie las obras escultóricas antiguas, que han llegado hasta nosotros, y se haya apropiado bien la gracia natural de las figuras cuando se sientan, están de pie o andan.

"Y no le basta lo corporal. Debe educar su espíritu por un estudio escrupuloso de los mejores escritores antiguos y modernos, lo que no sólo le aprovechará para comprender mejor sus papeles, sino que dará un aspecto más distinguido en toda su persona y apostura. ¡Pero siga usted! ¿Qué más cosas buenas apreció usted en él?"

"Me pareció—dije yo—que tenía gran cariño por su papel. A costa de un estudio escrupuloso se había percatado perfectamente de todos los detalles, de manera que vivía dentro de su héroe con el mayor desembarazo, y no hay ningún matiz que no haya hecho suyo. De aquí que expresase y acentuase justamente cada palabra y que su se-

guridad fuese tal que el apuntador estaba demás para él."

"Me alegro, y así debe ser—dijo Goethe—. Nada hay más horrible que un actor que no domina su papel y que a cada frase tiene que escuchar al apuntador, con lo cual el papel pierde toda su fuerza y expresión. Cuando en una obra como mi *Ifigenia* los actores no están completamente seguros de sus papeles, vale más suspender la representación. Pues la obra sólo puede tener éxito si la acción se desarrolla segura, rápida y animada.

"Bien; celebro que Krüger haya tenido éxito. Me lo había recomendado Welter, y me hubiera sido muy desagradable que no hubiera resultado bien. Quiero hacerle un pequeño obsequio, y pienso regalarle como recuerdo un ejemplar lindamente encuadernado de mi *Ifigenia*, con algunos versos alusivos a su interpretación."

La conversación vino a parar a la *Antígona*, de Sófocles, a la alta moralidad que dominaba en la obra, y, por último, a la cuestión de cómo había venido al mundo la moral.

"Por Dios mismo—respondió Goethe—, como todas las demás cosas buenas. No es un producto de reflexión humana sino que nos es innata, constituyendo lo más bello de nuestra naturaleza. Es innata más o menos a todos los hombres y en más alto grado a algunos individuos eminentemente dotados. Estos han revelado, por grandes acciones y enseñanzas, su divino interior, el cual,

por la belleza de su manifestación, atrajo el amor de los hombres y los arrastró poderosamente a admirarlo e imitarlo.

"El valor de lo moral-bello y de lo bueno pudo llegar a comprenderse por experiencia y discurso, en cuanto que lo malo se muestra como tal en sus consecuencias, pues destroza la felicidad del individuo y la de todos, mientras que lo noble y lo bueno produce y afirma la dicha particular y general. Así pudo hacerse objeto de doctrina lo moral-bello y extenderse sobre pueblos enteros."

"El otro día leí en alguna parte la opinión —repuse— de que la tragedia griega había tenido por objetivo principal la belleza de lo moral."

"No tanto de lo moral—replicó Goethe—cuanto lo puramente humano, en su amplitud, y particularmente en aquellas esferas en que por ponerse en conflicto con un poder y una ley brutales puede llegar a ser trágico. Claro está que en esa región está también lo moral, por ser uno de los principales elementos de la naturaleza humana.

"La moral de la *Antígona*, por lo demás, no ha sido inventada por Sófocles, sino que estaba ya en el argumento, el cual fué escogido por Sófocles de muy buen grado, porque además de la belleza moral tenía tantos elementos dramáticos."

Goethe habló luego sobre el carácter de Creon y de Ismene y sobre la necesidad de estas dos figuras para que se manifestase la belleza de alma de la heroína.

"Todo lo noble—dijo—es por naturaleza callado y parece dormir, hasta que la contradicción le despierta y excita. Creon es una de estas contradicciones: aparece, en parte, para que pueda mostrarse la noble naturaleza de Antígona y el derecho que le asiste, y en parte también, por sí mismo, para que su lamentable error nos parezca odioso.

"Mas como Sófocles quería mostrarnos la elevación de alma de su heroína, en la acción tenía que presentarse otra contradicción, en pugna con la cual pudiera desarrollarse su carácter, y ésta es su hermana Ismene. En Ismene, el poeta nos ha dado una hermosa medida de lo común que hace destacar con más fuerza el nivel elevado de Antígona."

La conversación pasó a tratar de los escritores dramáticos en general y del considerable efecto que ejercían y podían ejercer sobre la masa del pueblo. "Un gran poeta dramático—dijo Goethe—, si es al mismo tiempo productivo y está impulsado por un poderoso ánimo noble, que penetre todas sus obras, puede conseguir que el alma de sus piezas se convierta en el alma del pueblo. Creo que esto es algo que vale la pena. Corneille tuvo la virtud de que sus obras fuesen capaces de formar almas de héroes. Esto era del gusto de Napoleón, que necesitaba un pueblo de héroes, por lo cual decía de Corneille que si aun viviera le haría príncipe. Por tanto, un poeta dramático que comprende su misión debe trabajar incesan-

temente en la elevación de su alma, para que el efecto que sus obras producen en el público sea noble y bienhechor. Que no estudie a sus competidores contemporáneos, sino a sus grandes antecesores, cuyas obras han conservado a través de los siglos el mismo valor y el mismo prestigio. Un hombre verdaderamente capaz sentirá por naturaleza esta necesidad, y precisamente el afán del trato con los grandes predecesores es la característica de los hombres eminentes. Estúdiese a Molière, a Shakespeare; mas ante todo a los antiguos griegos y siempre a los griegos."

"Para naturalezas eminentes—dije yo—, puede ser, sin duda, de inestimable valor el estudio de los antiguos; pero, en general, parece ejercer escasa influencia en la formación del carácter personal. Pues si así no fuera, los filólogos y teólogos serían los hombres más excelentes. Mas éste no es el caso, y los conocedores de los escritos griegos y latinos de la antigüedad son gentes sólidas o pobres hombres, según las malas o buenas cualidades que Dios haya puesto en su naturaleza ó que hayan heredado de su padre o de su madre."

"A eso nada puede objetarse—replicó Goethe—; pero tampoco demuestra que el estudio de los antiguos no ejerza influencia ninguna en la formación del carácter. Sin duda que, a pesar del comercio diario con la grandeza de las concepciones antiguas, un bribón seguirá siéndolo y una naturaleza mezquina no elevará su nivel. Pero un hombre noble, en cuya alma Dios haya puesto la capacidad

de adquirir en lo futuro grandeza de carácter y elevación de espíritu, se desarrollará magníficamente por el conocimiento y trato íntimo con los hombres eminentes de la antigüedad griega y romana, y se le verá elevarse gradualmente a su altura.”

Miércoles 18 de abril de 1827.

He salido con Goethe a dar un paseo en coche por la carretera de Erfurt. Encontramos toda suerte de vehículos, que pasaban cargados de mercancías para la feria de Leipzig. También pasaron algunas parejas de hermosos caballos. “Me hacen reír los estéticos—dijo Goethe—que se atormentan en traer a concepto, por medio de algunas palabras abstractas, esa cualidad inefable, para la que empleamos el calificativo de bello. Lo bello es un fenómeno originario que no se manifiesta nunca por sí mismo, pero cuyo resplandor brilla en miles de manifestaciones del espíritu creador, y que es tan diverso y variado como la misma Naturaleza.”

“He oído decir a menudo—observé yo—que la Naturaleza era siempre bella, que constituía la desesperación del artista, el cual raras veces lograba reproducirla por entero.”

“Ya sé—dijo Goethe—que la Naturaleza despliega a veces inasequibles encantos; mas no opino que sea hermosa en todas sus manifestaciones. Sus intenciones son siempre buenas, mas no siempre dispone de las condiciones necesarias para que se manifiesten de un modo acabado.

"Así, el roble puede ser un árbol muy hermoso. ¡Pero cuántas condiciones favorables tienen que reunirse para que la Naturaleza produzca un roble verdaderamente bello! Si crece en la espesura del bosque, rodeado de árboles corpulentos, tenderá siempre hacia arriba, en busca de aire libre y de luz. Hacia los lados sólo extenderá pocas ramas y débiles, y aun éstas, a lo largo de los años, se secarán y caerán. Mas una vez que haya conseguido llevar su cima hasta el aire libre se calmará su afán y comenzará a extenderse hacia los lados, formándose una tupida copa. Pero al llegar a este estudio habrá pasado ya su edad media, su largo afán en busca del aire libre habrá agotado sus más frescas fuerzas, y su deseo de extenderse ahora, también poderoso, hacia los lados, no tendrá verdadero éxito. Terminado su crecimiento, aparecerá alto, robusto y esbelto; pero no guardará la debida proporción entre el tronco y la copa para ser verdaderamente hermoso.

"En cambio, si el roble crece en sitios húmedos, pantanosos, y el suelo es demasiado fértil; si dispone de espacio suficiente, desde muy temprano extenderá hacia todos los lados frondoso ramaje; pero faltarán las acciones contentivas, retardatarias; no se desarrollará en el tronco lo nudoso, lo robusto, lo resistente, y, visto desde lejos, el árbol tendrá un aspecto blando, semejante al del tilo, y no será hermoso, al menos como roble.

"Si, por último, crece en las faldas de una montaña, sobre un terreno estéril y pedregoso,

será con exceso nudoso y fuerte en su tronco; pero le faltará desarrollo suficiente; se verá interrumpido muy temprano en su crecimiento y nunca conseguirá que se diga de él que es capaz de asombrarnos."

Celebré estas frases afortunadas. "He visto robles muy hermosos—dije—cuando hace algunos años hacía desde Gottinga pequeñas excursiones por el valle del Weser. Robles muy corpulentos vi en Solling, en la comarca del Höxter."

"Parece que el suelo que les es más favorable dijo Goethe—es el suelo arenoso o mezclado con arena, en el cual pueden echar raíces potentes en todas las direcciones. Además, necesita estar situado de tal modo, que disponga de espacio suficiente para que los influjos de la luz del Sol, de la lluvia y del viento lleguen a ella de todas partes. Protegido del viento y del temporal no se desarrolla bastante, mientras que una lucha secular con los elementos lo endurece y desarrolla, de modo que, terminado su crecimiento, su vista nos llena de asombro y admiración."

"¿No podría sacarse de sus indicaciones—dije yo—un resultado, diciendo que un ser es hermoso cuando llega a la cúspide de su desarrollo natural?"

"Perfectamente—respondió Goethe—; pero antes habría que decir lo que se entiende por la cúspide del desarrollo natural."

"Yo comprendería — dije — como tal aquel período del crecimiento en que el carácter propio

de éste o de aquél ser aparece perfectamente determinado."

"A eso—replicó Goethe—nada habría que objetar, particularmente si se añade que a este carácter perfectamente impreso le es también necesario que la estructura de los diversos miembros de un ser sea apropiada a su destino natural, y, por tanto, conforme a su fin.

"Así, por ejemplo, una muchacha hombruna, cuyo destino es engendrar niños y criarlos, no es hermosa sin la suficiente anchura de las caderas y el conveniente desarrollo del pecho. Pero tampoco es hermosa la exageración, pues ya no sería natural. ¿Por qué pudimos llamar hermosos a los caballos de silla que hemos encontrado, sino es por lo adecuado de su estructura? Lo que nos satisfacía en ellos no era sólo lo delicado, ligero, gracioso de sus movimientos, sino algo más, de que podría hablar un buen jinete entendido en caballos, y de lo cual nosotros percibimos la impresión general."

"¿Y no podrían llamarse también hermosos —pregunté—los caballos de tiro, como algunos de recia estampa, que nos encontramos arrastrando los carros de los carreteros de Brabante?"

"Sin duda—respondió Goethe—. ¿Y por qué no? Un pintor hallaría probablemente un juego más variado de matices de hermosura en esos animales de carácter tan robusto, con la poderosa expresión de sus huesos, tendones y músculos

que en el carácter suave, armonioso, de un fino caballo de silla.

”Lo principal es, en todo caso—continuó diciendo Goethe—, que la raza sea pura y que el hombre no haya puesto en ella sus manos pecadoras; un caballo a quien se ha cortado la cola y la melena, un perro con orejas recortadas, un árbol a quien se le haya podado las ramas más fuertes y se le haya dado una forma esférica, y, sobre todo, una mujer cuyo cuerpo haya sido estropeado y deformado desde la infancia por el corsé, todas éstas son cosas de las que el buen gusto debe apartarse y que tienen su lugar adecuado en el catecismo estético del filisteo.”

Entretenidos con estas y análogas conversaciones habíamos vuelto a la ciudad. Antes de comer dimos unas vueltas por el jardín. Hacía un tiempo muy hermoso; el Sol de primavera comenzaba a cobrar fuerza y brotaban por todas partes hojas y capullos. Goethe estaba lleno de esperanzas en un verano gozoso.

Luego, a la mesa, estuvimos muy alegres. Goetre hijo había leído la *Elena* de su padre, y hablaba de ella con el buen sentido de una inteligencia natural. Se notaba que la parte escrita en estilo antiguo le había gustado decididamente, mientras que la parte romántica, escrita en tono de ópera, no le había llenado.

“En el fondo tienes razón—dijo Goethe—. Con esto ocurre una cosa muy particular. No puede decirse que lo razonable sea siempre bello; pero

lo bello es siempre razonable, o debía serlo menos. La parte antigua te gusta porque es comprensible, porque abarcas las diversas partes del conjunto, y puedes seguir con tu inteligencia la mía. En la segunda mitad se ha empleado también entendimiento y razón; pero es difícil y hay que pensar bastante hasta comprender las cosas y hasta llegar, con la propia razón, a penetrar la razón del autor."

A continuación Goethe habló con elogio de las poesías de madame Tastu, en cuya lectura se ocupa estos días.

Cuando los demás se hubieron ido y yo me disponía a marchar, me pidió que me quedase un poco con él. Hizo que le trajesen una carpeta con grabados en cobre y aguasfuertes.

"Quiero darle a usted algo bueno como postre—dijo."

Con estas palabras me puso un grabado ante los ojos, un paisaje de Rubens.

"Usted ha visto a menudo este paisaje en mi casa—dijo—. Pero lo bueno nunca se ve con exceso, y, además, esta vez se trata de una cosa muy especial. ¿Quiere usted decirme qué es lo que ve?"

"Comenzando por el fondo—dije—, veo un cielo muy claro, como tras una puesta de sol. En el fondo hay también un pueblo y una ciudad iluminados por la luz del atardecer. En el centro del cuadro hay un camino por el que pasa un rebaño de ovejas que va hacia el pueblo. A la de-

recha, montones de heno y un carro que acaba de cargarse. En las cercanías pastan unos caballos. Más lejos, esparcidos por entre los arbustos, unas yeguas con sus potros, que parece que van a pernoctar fuera. Luego, cerca del primer término, un grupo de árboles corpulentos, y en primer término, a la izquierda, unos obreros que vuelven a sus casas."

"Bien—dijo Goethe—. Parece que eso es todo. Pues aun falta lo principal. Todas estas cosas que figuran en el cuadro, el rebaño de ovejas, el carro cargado de heno, los caballos, los obreros que vuelven a casa, ¿de qué lado están iluminados?"

"Tienen la luz—dije—del lado que mira hacia nosotros y arrojan la sombra hacia adentro del cuadro. Particularmente los trabajadores del primer término están iluminados con una luz muy clara, lo que produce un excelente efecto."

"¿Pero cómo ha conseguido Rubens—preguntó Goethe—este efecto tan hermoso?"

"Haciendo—respondí—que esas figuras tengan atrás un fondo obscuro."

"Pero ese fondo obscuro — replicó Goethe—, ¿cómo se produce?"

"Por la sombra—respondí—que el grupo de árboles arroja sobre las figuras. Pero ¿qué es esto? —exclamé sorprendido—. "Las figuras arrojan sus sombras hacia el cuadro, mientras que el grupo de árboles la arroja hacia el espectador. ¡La

luz viene por dos lados distintos, lo cual es contrario a la Naturaleza!"

"Esa es la cosa—replicó Goethe sonriéndose—. En eso es en lo que Rubens manifiesta su grandeza y muestra que su libre espíritu está por encima de la Naturaleza y la trata según corresponde a sus propios elevados fines La doble luz es violenta, sin duda, y tiene usted razón en decir que es contraria a la Naturaleza. Mas si es contraria a la Naturaleza, yo afirmo que es superior a la Naturaleza, afirmo que es el rasgo osado del maestro que muestra así de un modo genial que el arte no está sometido en absoluto a la necesidad natural, sino que obedece a sus propias leyes.

"Sin duda—añadió Goethe—, el artista debe seguir y reproducir fielmente la Naturaleza en sus detalles; no puede alterar arbitrariamente la estructura del esqueleto y la colocación de los tendones y músculos de un animal, de manera que éste pierda su carácter pecu'iar. Pues eso sería aniquilar la Naturaleza. Pero en las regiones superiores de la labor artística, en las cuales el cuadro se hace propiamente cuadro, disfruta de mayor libertad y puede acudir a ficciones, como la que emp'ea Rubens en este cuadro, con la luz doble.

"El artista está en una doble relación con la Naturaleza; es al mismo tiempo su señor y su esclavo. Su esclavo, en cuanto que necesita operar con medios terrenales para ser comprendido; su

señor, en cuanto que somete esos medios terrenales a sus altas intenciones y los emplea en su servicio.

"El artista habla al mundo a través de una obra de conjunto. Mas este conjunto no lo halla en la Naturaleza, sino que es fruto de su propio espíritu, o, si usted quiere, la obra de un soplo divino.

"Si contemplamos este paisaje de Rubens, a la ligera, todo lo que hay en él nos parece tan natural como si estuviese copiado de la Naturaleza. No es así, sin embargo. Un cuadro tan bello no se ha visto nunca en la Naturaleza; así como tampoco se han visto los paisajes de Poussin y de Claudio de Lorena, que nos parecen tan naturales y que, sin embargo, buscamos en vano en la realidad.

"¿No se podrían hallar casos semejantes de ficción artística, como este de la doble luz de Rubens, en la literatura?"

"No necesitamos ir muy lejos para ello—respondió Goethe tras unos momentos de reflexión—. En Shakespeare podrían citarse por docenas ejemplos semejantes. Coja usted el *Mácbeth.* Cuando la lady quiere excitar a su esposo a la acción, le dice: Yo he amamantado niños. El que esto sea o no verdad nada importa; la lady lo dice y debe decirlo para dar más vigor a su discurso. Pero a lo largo de la pieza, cuando Mácduff recibe la noticia de la muerte de los suyos, exclama con desesperación: ¡No tiene hi-

jos! Estas palabras de Mácduff están en contradicción con las de la lady; mas a Shakespeare no le importa. Lo que le interesa es la fuerza de expresión, y así como lady Mácbeth, para acentuar más sus palabras, tenía que decir: He amamantado hijos, Mácduff tenía que decir también para lograr el mismo efecto: ¡No tiene hijos!

"En general—siguió diciendo—, nunca debemos pedirles una exactitud mezquina a los trazos de un pintor o a las palabras de un poeta; una obra artística hecha con espíritu libre y osado debemos considerarla y gozarla en lo posible con el mismo espíritu.

"Así, sería insensato sacar de las palabras de Mácbeth: "¡No me engendres hijas!", la conclusión de que su mujer era una muchacha joven que aun no había dado a luz. Y sería más insensato aún ir más lejos y pretender que la lady tenía que ser representada en escena como una mujer joven.

"Shakespeare no hace que Mácbeth diga estas palabras para demostrar la juventud de la lady, sino que las emplea como las citadas de su esposa y de Mácduff; no tienen más que un valor retórico, y sólo prueban que el poeta hace decir a sus personajes aquello que en aquel momento es más adecuado, más indicado y más eficaz, sin preocuparse y calcular tímidamente si están en aparente contradicción con otro pasaje.

"En general, Shakespeare no es probable que haya pensado en que sus obras aparecerían un

día en palabras impresas que pudieran examinarse, sopesarse y compararse. Cuando escribía, lo hacía pensando en la escena. Veía sus obras como algo movido y vivo que pasa rápidamente por las tablas para ser visto con los ojos y oído con los oídos, que no se retiene ni se puede examinar en detalles, pues le basta ser eficaz e importante."

Martes 24 de abril de 1827.

Augusto Guillermo Schlegel está aquí. Antes de comer Goethe dió con él un paseo en coche, y esta tarde le obsequió con un gran te, al que asistió también el compañero de viaje de Schlegel, doctor Lassen (1). Todo cuanto había en Weimar de algún nombre y rango estaba invitado, de manera que el movimiento en casa de Goethe era muy grande. El señor von Schlegel estaba rodeado de damas a quienes enseñaba estrechas tiras arrolladas, con grabados de dioses indios, así como el texto de dos largas poesías indias, de las cuales probablemente nadie entendía nada, aparte de él y el doctor Lassen. Schlegel estaba muy atildadamente vestido y tenía un aspecto juvenil y floreciente, tanto, que algunos de los presentes opinaban que no carecía de experiencia en el empleo de cosméticos.

Goethe me llevó a la ventana.

(1) Erudito orientalista.

"¿Qué le parece a usted?"

"Lo mismo que pensaba de antiguo—respondí."

"En muchos sentidos no es un hombre—continuó Goethe—. Pero merece consideración por sus múltiples conocimientos y sus grandes merecimientos."

Miércoles 25 de abril de 1827

Comiendo en casa de Goethe con el doctor Lassen. Schlegel había sido invitado una vez más en la corte. El doctor Lassen hizo gala de grandes conocimientos en la poesía india, que a Goethe le parecieron muy agradables, para completar su saber, muy deficiente en estas materias.

Por la noche volví a estar unos momentos en casa de Goethe. Me contó que Schlegel había estado a verle al atardecer y que había sostenido con él sobre asuntos literarios e históricos una conversación que había sido muy instructiva para él. "Lo que hay es—agregó—que no pueden pedirse peras al olmo; por lo demás, es un hombre excelente."

Jueves 3 de mayo de 1827.

La excelente traducción que ha hecho Stapfer de las obras dramáticas de Goethe fué objeto en el *Globe* de París del año pasado de una crítica no menos excelente del señor J. J. Ampère,

que le agradó tanto a Goethe, que con frecuencia hablaba de ella con gran reconocimiento y estimación.

"El punto de vista del señor Ampère—dijo—es muy elevado. Mientras que en ocasiones semejantes los críticos alemanes acostumbran a partir de la filosofía, y en la consideración y crítica de una obra de arte proceden de tal manera que las explicaciones que dan para aclararla sólo son comprensibles para los filósofos de su propia escuela, resultando para el resto de las gentes mucho más obscuras que la obra explicada, el señor Ampère, en cambio, procede de un modo absolutamente práctico y humano. Como hombre que conoce el oficio, muestra el parentesco de la obra con el autor y considera sus distintas producciones poéticas como frutos diversos de las varias épocas de la vida del poeta.

"Ha estudiado del modo más profundo el curso alternativo de mi vida y de los estados de mi alma, y hasta ha tenido la facultad de ver lo que yo no he declarado, y lo que, por decirlo así, sólo podía leerse entre líneas. Con gran exactitud ha hecho notar que yo, en los diez primeros años de mi vida de corte en Weimar no he hecho casi nada, que la desesperación me empujó hacia Italia, y que allí, con nuevo impulso creador, había cogido la historia del Tasso para, tratando este asunto, librarme de aquella que aun pesaba sobre mí de doloroso y atormentador, las impresiones y recuerdos de Weimar. Muy justa-

mente también llama al *Tasso* un *Werther* potenciado.

"Luego se expresa con no menor agudeza sobre el *Fausto*, haciendo resaltar como partes de mi propio ser, no sólo el afán sombrío e insaciable de la figura principal, sino también la tendencia burlesca y la amarga ironía de Mefistófeles.

De este modo y con elogios análogos hablaba Goethe con gran frecuencia de Ampère; nos inspiró un interés decidido; buscábamos ver claro en su personalidad, y aun cuando no lográbamos conseguirlo, estábamos conformes en que tenía que ser un hombre de media edad para comprender tan profundamente la relación entre la vida y la obra de un autor.

Nos sorprendió, por tanto, extraordinariamente, cuando hace unos días llegó a Weimar el señor Ampère, que resultó ser un muchacho de unos veinte años, alegre y fresco, y no nos sorprendió poco cuando, en el curso de nuestro trato, nos dijo que todos los colaboradores del *Globe*, cuya sabiduría, moderación y elevada cultura habíamos celebrado tan a menudo, eran muchachos jóvenes como él.

"Yo comprendo—dije—que uno puede ser joven y producir cosas de consideración, escribiendo, como Mérimée, obras de imaginación excelentes a los veinte años; pero no que con tan pocos años se disponga de una visión crítica tan profunda y tantos conocimientos como se requieren para po-

seer una elevación de juicio como la de los señores del *Globe.*"

"Para usted, en su marisma, no era fácil llegar a eso—replicó Goethe—, y nosotros los de la Alemania media hemos tenido que pagar muy caro el poco saber que hemos alcanzado. ¡Pues nuestra vida es, en substancia, bastante aislada y pobre! Del pueblo propiamente dicho no nos viene cultura alguna, y nuestros talentos y hombres inteligentes están diseminados por toda Alemania. Uno está en Viena, otro en Berlín, el de más allá en Kœnigsberg, otro en Bonn y otro en Dusseldorf, a distancias de cincuenta o cien millas unos de otros, de manera que el contacto personal y el cambio personal de ideas raras veces acontece. Lo que esto significa lo he sentido cuando Alejandro de Humboldt pasó por aquí y me hizo avanzar en un día en las cosas que buscaba y necesitaba saber más de lo que yo solo hubiera conseguido en años enteros.

"Pero piense usted en una gran ciudad como París, donde todas las cabezas más inteligentes de un gran reino están reunidas en un mismo punto y se instruyen y fortifican recíprocamente en contacto continuo, lucha y competencia; donde se puede contemplar a diario los mejores productos del mundo en todas las esferas de la Naturaleza y del arte. Piense usted en esa gran ciudad mundial donde cada puente y cada plaza recuerdan un gran acontecimiento, y en la cual, a la vuelta de cada esquina, se ha desarrollado un trozo de

historia. Y piense usted no en el París de una época obscura y sin espíritu, sino en el París del siglo XIX, en el cual ha sido puesta en circulación durante tres generaciones, por hombres como Molière, Voltaire y Diderot, una riqueza tal de espíritu, que no se encuentra en ninguna otra parte del mundo, y comprenderá usted que un hombre inteligente, como Ampère, criado en ese ambiente, pueda ser algo a los veinticuatro años.

"Decía usted antes—siguió diciendo Goethe—que podía usted comprender que a los veinte años se escriban obras de imaginación tan buenas como las que escribió Mérimée. No tengo nada en contra de eso, y opino como usted, que es más fácil en la edad juvenil la obra productiva que la crítica. Pero será difícil que en Alemania se escriban, a una edad como la de Mérimée, cosas de tanta madurez como las obras de su *Clara Gazul*. Es verdad que Schiller era muy joven cuando escribió sus *Bandidos*, su *Cábala y Amor* y su *Fiesco*. Pero si hemos de ser sinceros, tenemos que confesar que estas obras testimonian más bien del extraordinario talento del autor que de su gran madurez. Mas de esto no es Schiller el culpable, sino el nivel cultural de su nación y la gran dificultad que experimentamos en formarnos por nosotros mismos.

"Vea usted, en cambio, a Beranger. Es hijo de padres pobres; su padre era un sastre modesto; él comenzó siendo aprendiz de cajista; luego se empleó con un sueldo mezquino en una oficina; no ha asistido a ningún Instituto, a ninguna Universidad,

y, sin embargo, sus canciones muestran tal madurez de juicio, tanta gracia, tanto ingenio, y una ironía tan fina, una perfección artística tal y un dominio tan magistral del idioma, que constituye la admiración, no sólo de Francia, sino de toda Europa.

"Pero figúrese usted que el mismo Beranger, en vez de nacer en una gran ciudad mundial como París, hubiese sido hijo de un pobre sastre de Jena o Weimar y hubiese seguido su carrera, trabajosamente, en el medio reducido de una de estas pequeñas ciudades, y pregúntese qué frutos produciría este mismo árbol en tal suelo y en semejante atmósfera.

"Lo repito, pues, querido. Para que un talento se desarrolle rápida y sólidamente es preciso que crezca en una nación donde circule mucho espíritu y una gran cultura.

"Admiramos las tragedias de los antiguos griegos; pero, en realidad, más que a los autores, debíamos de admirar a la época y a la nación que las hizo posibles. Pues si estas obras son algo distintas entre sí, y si de estos poetas parecen unos algo más grandes y acabados que los otros, en conjunto tienen todos un carácter común. Este carácter es la grandiosidad, la solidez; reflejan lo sano, lo humano, la alta sabiduría de la vida, los elevados pensamientos, la intuición fuerte y limpia y cuanto de bueno puede aún imaginarse. Pues todas estas cualidades no sólo se encuentran en las obras dramáticas que han llegado hasta nosotros, sino también en las líricas y en las épicas, e igualmente en los

filósofos, retóricos e historiadores, y en grado eminente, en las obras de arte plástico que conservamos. Por lo cual hay que pensar que esas cualidades no pertenecen sólo a personalidades individuales, sino que eran propias de toda la nación y de la época y que estaban en circulación en ellas.

"Piense usted en Burns (1). Su grandeza proviene de haber recogido las canciones de sus antepasados que andaban en lenguas del pueblo y que había oído cantar, por decirlo así, en su cuna; había crecido entre ellas y se habían arraigado en él de tal modo su belleza, que pudo utilizarlas como una base viva, sobre la cual continuó trabajando. Y luego, su grandeza proviene también de que sus canciones hallaban fácilmente eco sensible en los oídos de su pueblo; poco después de dadas a luz las oía cantar en los campos por segadores y segadoras, y oía que con ellas le saludaban en la taberna alegres compadres. ¡Con un pueblo así puede hacerse algo!

"En cambio, ¡qué pobreza la nuestra en este respecto! ¿Qué quedaba aún vivo en mi infancia en el pueblo, propiamente dicho, de nuestras viejas canciones, muy bellas también? Fué necesario que Herder y sus antecesores las coleccionaran para salvarlas del olvido; así, por lo menos, podía hallárselas impresas en las bibliotecas. Y más tarde, Bürger y Voss compusieron canciones muy hermosas. ¿Quién puede decir que valían me-

(1) Famoso poeta popular escocés.

nos y que eran menos populares que las mejores de Burns? Y, sin embargo, ninguna de ellas ha pasado al pueblo. Han sido escritas e impresas y descansan en las bibliotecas, siguiendo la suerte común a los demás poetas alemanes. ¿Qué es lo que vive de mis canciones? De cuando en cuando alguna muchacha bonita canta una de ellas al piano; pero el verdadero pueblo no las conoce. ¡Cómo recuerdo el tiempo en que los pescadores italianos me cantaban trozos de Tasso!

"Los alemanes somos de ayer. Es verdad que hemos procurado con afán cultivarnos desde hace un siglo; pero habrán de transcurrir aún dos siglos para que penetre en el pueblo alemán espíritu y cultura suficientes para que nuestros compatriotas lleguen a rendir tributo a la belleza como los griegos, a entusiasmarse por una canción hermosa, y hasta que pueda decirse de ellos que ya hace tiempo que han dejado de ser bárbaros."

Viernes 4 de mayo de 1827.

Gran comida en casa de Goethe en honor de Ampère y de su amigo Stapfer. La conversación fué ruidosa, alegre y mezclada. Ampère le contó a Goethe muchos rasgos de Mérimée, Alfredo de Vigny y otros escritores eminentes. También se habló mucho de Beranger, cuyas canciones incomparables tenía siempre Goethe en el pensamiento. Se habló de si las alegres canciones amorosas merecían la preferencia sobre sus canciones políti-

cas, desarrollando Goethe a este propósito la opinión de que, en general, un asunto puramente poético es tan superior a uno político como la eterna verdad de la Naturaleza a las opiniones de partido.

"Por lo demás —continuó—, Beranger se ha mostrado en sus canciones como un bienhechor de su pueblo. Cuando la invasión de los aliados, los franceses hallaron en él el mejor órgano de sus sentimientos oprimidos. Levantó sus ánimos recordando las glorias de los ejércitos del emperador, cuya memoria vive hasta en las más apartadas cabañas y cuyas cualidades ama el poeta, sin desear por eso la continuación de su dominio despótico. Ahora no parece agradarle el gobierno de los Borbones. Sin duda, son una raza degenerada. Y el francés de hoy desea ver en el trono grandes cualidades, aunque le guste intervenir en el gobierno y que se atienda su opinión.

Después de comer, la sociedad se esparció por el jardín y Goethe me hizo señas para que me fuese con él a dar un paseo en coche por el bosque, camino de Tiefurt.

En el coche se mostró muy cordial y amable. Celebró haber trabado con Ampère tan agradables relaciones, de las cuales me proponía las mejores consecuencias para el conocimiento y difusión de la literatura alemana en Francia.

"Ampère—añadió—está a un nivel tan alto, que los prejuicios nacionales, las limitaciones y preocupaciones de muchos de sus compatriotas no le

afectan, y que por su espíritu es más bien un ciudadano del mundo que un vecino de París. Por lo demás, preveo la época en que habrá en Francia miles de personas como él.”

Domingo 6 de mayo de 1827.

Otra vez comida en casa de Goethe, a la cual asistieron las mismas personas que anteayer. Se habló mucho de *Elena* y el *Tasso*. Goethe nos refirió que en 1798 había tenido el proyecto de utilizar la leyenda de Tell como poesía épica en hexámetros.

“El año indicado—dije—visité una vez más los pequeños cantones que rodean el lago de Ginebra; y esta Naturaleza encantadora, magnífica y grandiosa volvió a producirme tal impresión, que despertó en mí el deseo de expresar en una poesía su riqueza y variedad de matices. Pero para prestar mayor encanto, interés y vida a mi representación me pareció conveniente llenar con figuras humanas importantes el paisaje grandioso, y la leyenda de Tell no podía ser más a propósito.

”A Tell me lo figuraba como un héroe de vigor primitivo, contento de sí mismo, infantil e inconsciente, que recorre como buhonero los cantones, conocido y amado en todas partes, ayudando a todo el mundo, pero dedicado tranquilamente a su industria. cuidando de su mujer e hijos y sin preocuparse de quién era señor y quién era criado.

"A Gessler me lo figuraba como un tirano, sí, pero un tirano apacible, que hace el bien cuando se le antoja y el mal cuando se le ocurre, y para el cual el pueblo y su suerte son cosas que no le interesan, como si no existieran.

"En cambio, lo más alto y lo mejor de la naturaleza humana, el amor a la tierra natal, el sentimiento de la libertad y de la seguridad, bajo la protección de las leyes patrias, el sentimiento de la vergüenza de verse sometido y maltratado por un invasor extranjero, y, por último, la fuerza de voluntad para decidirse a sacudir un yugo odiado, todas estas cosas elevadas y buenas lo había puesto en los nobles hombres Walther Fürst, Stauffacher, Winkelried y otros, y éstos eran mis verdaderos héroes, las fuerzas elevadas que conscientemente obraban en mi obra, mientras Tell y Gessler, si bien en ocasiones aparecían en acción, en general eran figuras más bien pasivas.

"Me sentía totalmente penetrado de este hermoso asunto, y hasta llegué a rimar algunos hexámetros. Veía el lago a la luz serena de la Luna, como una niebla iluminada en lo hondo de las montañas. Le veía a la luz del Sol amable de la mañana, hormigueando la vida en los bosques y praderas. Luego describía una tormenta que, salida de las gargantas de los montes, se arrojaba sobre el lago. Tampoco faltaban trozos en que dominaba la calma de la noche y en que aparecían citas secretas en puentes y senderos.

"Todo esto se lo refería a Schiller, en cuya

alma mis paisajes y mis figuras iban componiéndose en un drama. Y como tenía que hacer otras cosas y la ejecución de mi propósito iba aplazándose, le dejé mi asunto a Schiller, que hizo con él su obra admirable."

Celebramos esta noticia, que a todos nos interesó. Yo hice notar que me parecía que la hermosa descripción en tercetos de una salida del Sol que figura en la primera escena de la segunda parte del *Fausto*, podía provenir de los recuerdos de las impresiones recibidas en el lago de Ginebra.

"No quiero negar—dijo Goethe—que de allí provienen esas intuiciones; más aún, no hubiera podido imaginar el contenido de los tercetos sin el fresco recuerdo de aquellas impresiones de la Naturaleza. Y eso es todo lo que yo acuñé del oro del paisaje de Tell. Lo demás se lo dije a Schiller, el cual, como todos sabemos, hizo de ello el uso más bello."

La conversación se desvió hacia el Tasso, y se trató de la idea que Goethe había querido expresar en esta obra.

"¿Idea?—dijo Goethe—. No sé de ninguna. Yo tenía la vida de Tasso, tenía la mía propia, y reuniendo ambas figuras con sus cualidades se produjo el carácter de Tasso, frente al cual, como contraste, puse el de Antonio, para el que tampoco me faltaron modelos. Las relaciones amorosas, la vida y la corte de Ferrara eran como las de Weimar, y de esta obra mía puedo decir que es carne de mi carne y sangre de mi sangre.

"¡Los alemanes son gentes curiosas! Con sus ideas y pensamientos profundos, que buscan en todas partes e introducen por doquiera, se hace la vida más difícil de lo que es realmente. Tened una vez el valor de entregaros a vuestras impresiones; dejad que ellas os diviertan, os conmueven, os eleven, os instruyan y os inflamen y animen para realizar algo grande. ¡No penséis que todo lo que no encierra algún pensamiento o idea abstracta carece de valor!

"Así llegan y preguntan qué idea pretendí encarnar en mi *Fausto*. ¡Como si yo mismo lo supiera y pudiese declararlo! El lema, desde el cielo al infierno, pasando por el mundo, podía significar algo en caso necesario; pero esta no es una idea, sino la marcha de la acción. Y el que el diablo pierda la apuesta y que se salve un hombre, que de error en error va subiendo hacia lo mejor, es un buen pensamiento, pero no una idea, que fundamente el conjunto de la obra y sus escenas particulares. ¡Hubiese resultado, por cierto, una linda cosa si hubiera pretendido anudar al hilo estrecho de una sola idea una vida tan rica, tan abigarrada y tan variada como la que se desenvuelve en el *Fausto*.

"Nunca fué propio de mí, como poeta—siguió diciendo—, pretender encarnar algo abstracto. En mi interior recibía impresiones sensuales, alegres, amables, abigarradas, variadísimas, y mi labor de poeta se reducía a redondear y dar forma artística a tales intuiciones e impresiones, y

hacerlas aparecer con tal fuerza de representación viva, que los demás recibiesen las mismas impresiones cuando oyesen o leyesen mi obra.

"Si alguna vez como poeta quería exponer alguna idea, lo hacía en poesías cortas en las que podía reinar una unidad decidida, como, verbigracia, en la *Metamorfosis de los animales, de las plantas*, en la poesía *Legado*, y en muchas otras. La única obra de alguna extensión en que haya trabajado conscientemente en la exposición de una sola idea ha sido mis *Afinidades electivas*. Eso la ha hecho más comprensible para el entendimiento; pero no me atrevo a decir que por eso sea mejor. Más bien creo que cuanto más inconmensurable y menos productiva sea para el entendimiento una obra poética, tanto mejor.

Jueves 15 de mayo de 1827.

El señor von Holtei (1), que venía de París, está aquí desde hace algunos días, y ha sido recibido en todas partes cordialmente por consideración a su persona y talentos. También entre él y Goethe y su familia se entabló una relación amistosa.

Goethe se ha trasladado desde hace algunos días a su quinta, donde se siente dichoso entregado a una serena actividad. Hoy fuí a visitar-

(1) Famoso poeta.

le con el señor von Holtei y con el conde de Schulenburgo, el primero de los cuales se despidió para París.

Miércoles 25 de julio de 1827.

Goethe ha recibido estos días una carta de Walter Scott, que le produjo gran alegría. Me la enseñó hoy, y como le resultaba algo difícil entender la letra manuscrita inglesa, me pidió que se la tradujese. Parece que Goethe había escrito al célebre escritor inglés, y que la carta de éste era una contestación.

"Me siento muy honrado—escribía Walter Scott—de que alguna de mis producciones haya tenido la dicha de merecer la atención de Goethe, entre cuyos admiradores me cuento desde el año de 1798, en el cual, a pesar de mi deficiente conocimiento del idioma alemán, me atreví a traducir al inglés el *Götz de Berlichingen*. En esta empresa juvenil olvidé completamente que no basta sentir la belleza de una obra genial, sino que es necesario conocer también profundamente el idioma en que está escrito, para lograr hacer sentir a otro esta belleza. Sin embargo, concedo aún algún valor a aquel intento juvenil, porque muestra al menos que supe escoger una obra digna de admiración.

"He oído a menudo hablar de usted a mi yerno Lockhart, un joven de significación literaria, que hace unos años, antes de haberse ligado a

mi familia, tuvo el honor de ser presentado al padre de la literatura alemana. Es imposible que entre el gran número de gentes que acuden a tributarle sus respetos recuerde usted a cada cual. Pero creo que nadie le admira más íntimamente que este miembro de mi familia.

"Mi amigo sir John Hope de Pinkie ha tenido hace poco el honor de verle; pensaba enviarle por medio de él una carta, y luego me tomé esa libertad con dos parientes suyos que tenían la intención de hacer un viaje por Alemania; pero una enfermedad les impidió realizar sus propósitos, de manera que a los dos o tres meses me fué devuelta mi carta. Ya antes me he atrevido a buscar el conocimiento de Goethe, aun antes de haber tenido usted la amabilidad de pedir noticias mías.

"Es para todos los admiradores del genio un sentimiento bienhechor saber que uno de los grandes maestros europeos pasa su ancianidad en un dichoso y honorable retiro, en el que recibe los mayores homenajes. Al pobre lord Byron no le deparó, desgraciadamente, el destino una suerte tan dichosa, pues se le llevó en lo más grande de sus años, perdiéndose mucho de lo que de él se esperaba. El se estimaba dichoso por el honor que usted le dispensaba y se daba cuenta de lo que debía a un poeta, a quien todos los escritores de la generación viviente están agradecidos, que se sienten obligados a levantar hacia él sus ojos con infantil veneración.

"Me he tomado la libertad de rogar a los señores Treuttel y Würtz (1) que le envíen a usted un ejemplar de la obra en la que intento escribir la historia de la vida de aquel hombre admirable, cuyo influjo se sintió pesar durante tantos años sobre el mundo que dominaba. Por lo demás, quizás le esté algo obligado, pues él fué la causa de que estuviera yo doce años sobre las armas, durante cuyo tiempo serví en uno de los cuerpos de nuestra milicia territorial, convirtiéndome, a pesar de la débil contextura de mi cuerpo, en un buen jinete, cazador y tirador. Sin embargo, estas facultades me han abandonado en los últimos años, porque el reuma, esa plaga de nuestros climas septentrionales, ha ejercido su influjo sobre mis miembros. Mas no me quejo, porque desde que yo he tenido que dejar de cazar, veo a mis hijos dedicados a este ejercicio.

"Mi hijo mayor es comandante de un escuadrón de húsares, lo cual, a los veinticinco años, es bastante. El más joven ha obtenido el otro día en Oxford el grado de bachiller en letras y pasará ahora unos meses en casa antes de lanzarse al mundo. Desde que Dios ha querido privarme de mi esposa, gobierna mi casa mi hija menor. La mayor está casada y vive aparte.

"En estas condiciones de familia vive el hombre de quien usted ha tenido la bondad de informarse. Por lo demás, poseo lo suficiente para

(1) Libreros en París.

vivir como deseo, descontando alguna pérdida muy grave. Habito un viejo castillo espacioso, en el cual serán bien recibidos a todas horas todos los amigos de Goethe. El vestíbulo está dispuesto de manera que sería digno aun de Jaxthausen (1); un gran perro de lanas vigila la entrada.

"Por lo demás, he olvidado a aquel que supo cuidar en vida de que no se le olvidase. Yo espero que perdone usted las faltas de la obra, teniendo en cuenta que el autor estaba animado del deseo de proceder con la memoria de aquel hombre extraordinario todo lo imparcialmente que sus prejuicios insulares se lo permitían.

"Como esta ocasión de escribirle se me ofrece de pronto y casualmente por un viajero, y no sufre dilación, sólo tengo tiempo para decirle que le deseo perfecta salud y dicha, y que quedo a sus órdenes con la más sincera y elevada estimación,

Walter Scott.

Edimburgo, 9 de julio de 1827."

Como queda dicho, esta carta le produjo una gran alegría a Goethe. Por lo demás, pensaba que contenía demasiadas cosas honrosas para él, y que muchas de ellas debían ponerse a la cuen-

---

(1) Castillo o burgo de Götz von Berlichingen.

ta de la cortesía de un hombre de rango y de mundo.

Luego elogió la manera buena y cordial con que Walter Scott mencionaba sus condiciones de familia, lo cual le complacía en alto grado como signo de confianza fraternal.

"Tengo curiosidad—continuó—por leer su *Vida de Napoleón*, cuyo envío me anuncia. He oído tantos comentarios contradictorios y apasionados sobre el libro, que estoy seguro de antemano de que en todo caso debe ser muy interesante."

Le pregunté si se acordaba aún de Lockhart.

"Me acuerdo muy bien—replicó Goethe—. Su personalidad produce una gran impresión, de manera que no se le olvida fácilmente. Por lo que oigo decir a los viajeros ingleses y a mi nuera es un joven de quien la literatura espera buenas cosas.

"Por lo demás, casi me admira que Walter Scott no diga una palabra sobre Carlyle, el cual tiene tan gran afición a las cosas alemanas, que seguramente le conoce.

"Es de admirar en Carlyle que en sus juicios sobre los escritores alemanes tenga a la vista principalmente el núcleo espiritual y moral. Carlyle es una personalidad moral de primer orden. Es hombre de gran porvenir y no puede preverse todo lo que podrá dar de sí."

Miércoles 26 de septiembre de 1827.

Goethe me había invitado esta mañana a dar un paseo en coche hasta la cumbre occidental del Ettersberg, y de allí hasta el castillo de caza de Ettersberg. El día era extraordinariamente hermoso, y nosotros salimos por la puerta de Jacob. Después de Lützendorf, donde la pendiente era muy fuerte y marchábamos al paso, hicimos todo género de observaciones. Goethe notó a la derecha, en la espesura hacia Kammergut, unos pájaros, y preguntó si eran alondras. ¡Grande hombre—pensé—, tú, que has investigado toda la Naturaleza, eres como un niño en ornitología!

"Son gorriones—repliqué—, y también algunas currucas retrasadas, que, después de listas las crías, salen de la espesura del Ettersberg y bajan a los campos y huertas y se disponen a emigrar; pero no son alondras. No es propio de las alondras posarse en los arbustos. La alondra de campo sube y vuelve a abatirse sobre la tierra; a veces, en otoño pasan en bandadas y se posan sobre los campos de trigo, pero no sobre arbustos. En cambio, la alondra de árbol ama las cimas de árboles elevados, de las cuales sale cantando por los aires para volver a ellas. Hay todavía otra clase de alondras, que hacia el Mediodía se encuentran en los claros de los bosques y que tienen un canto muy dulce, aflautado, pero algo melancólico. No puede encontrársela en el Etters-

berg, donde hay demasiada vida para ella y que está demasiado cerca de habitaciones humanas; pero tampoco se adentra en la espesura."

"¡Hum!—dijo Goethe—. No parece usted ser un profano en estas cosas."

"Siempre me han interesado estas cosas—respondí—y he tenido abiertos los ojos y los oídos para ellas. Pocos sitios habrá en este bosque que yo no haya recorrido repetidas veces. Así que cuando oigo un canto cualquiera creo poder decir de qué clase de pájaro proviene. También soy capaz de curar y volver a llenar de plumas a un pájaro cualquiera que haya perdido la pluma por haber sido objeto de un tratamiento equivocado."

"Eso muestra—dijo Goethe—que tiene usted bastante experiencia en estas cosas. Hasta le aconsejaría a usted que tomase en serio estos estudios; dada su mucha afición llegaría usted a resultados considerables. Pero dígame algo acerca del cambio de pluma. Hablaba usted antes de currucas retrasadas que, terminando el cambio de pluma, salen de la espesura del Ettersberg y bajan a los campos. ¿El cambio de pluma está ligado a una cierta época y lo hacen al mismo tiempo todos los pájaros?"

"La mayoría de los pájaros—repliqué—cambian de pluma terminado el período de cría, es decir, tan pronto como las crías del último nido pueden valerse por sí solas. Ahora hay que saber si el pájaro tendrá tiempo suficiente, desde el período de cría hasta el momento de la emigra-

ción, para cambiar la pluma. Si lo tiene lo hace aquí y se marcha con plumas nuevas. Si no lo tiene, se marcha con sus antiguas plumas y las cambia en el cálido Sur. Pues los pájaros no vienen juntos en primavera, no se marchan tampoco al mismo tiempo en otoño; lo que proviene de que algunas especies resisten mejor el frío y el mal tiempo y pueden soportarlo más que otros. Pero los pájaros que vienen temprano se marchan tarde y los que vienen tarde se marchan temprano.

"Entre las mismas currucas que pertenecen a una misma familia hay grandes diferencias. Una clase de currucas aparece a fines de marzo; a los quince días viene las de cabeza negra; una semana más tarde el ruiseñor, y, por último, a fines de abril, principios de mayo, la gris. Todos estos pájaros, así como las crías de su primer nido, cambian de pluma en agosto entre nosotros, por lo cual a fines de agosto se cogen ya crías de cabezas negras. Pero las crías del último nido emigran con sus primeras plumas y las cambian más tarde en los países meridionales, por cuya razón a principio de septiembre pueden cogerse crías que tienen la cabecita roja como su madre."

"¿La gris es, pues—preguntó Goethe—, el último pájaro que llega, o vienen otros más tarde?"

"El amarillo mosquitero y la magnífica abubilla dorada—repliqué—vienen hacia Pascua de Pentecostés. Ambos marchan terminado el período de cría a mediados de agosto, y mudan la plu-

ma con sus crías en el Sur. Si se las tiene enjauladas, cambian de pluma en invierno, por lo cual son muy difíciles de lograr. Piden mucho calor; si se cuelga la jaula cerca de la estufa, perecen por falta de aire libre, y si se les pone cerca de la ventana, perecen por el frío de las largas noches."

"Se cree—dijo Goethe—que el cambio de pluma es una enfermedad, o que, al mnnos, produce debilidad corporal."

"No lo creo—repliqué—. Es un estado de productividad acentuada, que al aire libre transcurre sin la menor dificultad, y tratándose de individuos medianamente fuertes, hasta en una habitación. He tenido pájaros que durante todo el período de cambio de pluma no interrumpían su canto, síntoma de que les iba muy bien. Pero si durante este período un pájaro parece enfermo, hay que pensar que no se le ha tratado convenientemente en lo relativo al alimento o al aire y el agua. Si, a a larga, en la habitación se ha puesto tan débil por falta de aire y libertad que carece de fuerza bastante para la muda, sáquesele al aire libre y cambiará de pluma en seguida perfectamente. Los pájaros en libertad hacen la muda tan fácilmente y tan poco a poco, que apenas se nota."

"Pero antes pareció usted indicar—replicó Goethe—que esos pájaros se retienen en la espesura del bosque durante el período del cambio de pluma."

"Durante ese tiempo—repliqué yo—necesitan alguna protección. Cierto que la Naturaleza procede en este caso con tanta sabiduría y moderación, que el pájaro nunca pierde de una vez tantas plumas que no pueda volar lo suficiente para buscarse su alimento. Pero puede ocurrir que, por ejemplo, pierda de una vez la cuarta, quinta y sexta pluma del ala izquierda y la cuarta, quinta y sexta de la derecha, después de lo cual puede aún volar muy bien, pero no lo suficiente para huir de un ave de rapiña, ágil y rápida, y entonces le conviene mucho la espesura para ocultarse."

"Eso es razonable—replicó Goethe—. ¿Pero la muda se verifica uniformemente, y, por decirlo así, de un modo simétrico en ambas alas?"

"En lo que alcanzan mis observaciones, sí. Y es muy razonable. Pues si un pájaro perdiera, verbigracia, tres plumas del ala izquierda, sin perder al mismo tiempo las correspondientes de la derecha, desaparecería todo equilibrio de las alas y el pájaro ya no sería dueño de sus movimientos. Le ocurriría lo que a un barco cuyas velas fueran demasiado pesadas de un lado y demasiado ligeras de otro."

"Ya veo—dijo Goethe—que por donquiera que se la mire la Naturaleza nos muestra siempre nueva sabiduría."

Entre tanto, el coche había ido subiendo trabajosamente montaña arriba, y poco a poco habíamos llegado a la cima, al borde de los pinares.

Pasamos por un sitio donde había un montón de piedras partidas. Goethe mandó parar y me pidió que bajase y mirase a ver si encontraba algún fósil. Hallé algunas conchas y algunos cuernos de Ammón rotos, que le entregué mientras volvía a sentarse en el coche, que siguió su marcha.

"¡Siempre la antigua historia! ¡siempre el antiguo suelo del mar! Si desde esta altura mira uno a Weimar y a los pueblecitos que lo rodean, parece un milagro pensar que ha habido un tiempo en que en el amplio valle que está debajo de nosotros jugaban las ballenas. Mas la gaviota que en aquel tiempo volaba sobre el mar que cubría esta montaña, seguramente no pensaba que hoy subiríamos nosotros aquí en coche. Y quién sabe si a la vuelta de muchos miles de años no volverá a volar la gaviota sobre esta montaña."

Habíamos llegado ya a la cima y descendíamos rápidamente. A nuestra derecha teníamos robles, fresnos y otros árboles; Weimar quedaba a la espalda y ya no podía verse. Habíamos llegado a la cima occidental, y el amplio valle del Unstrut, con muchos pueblos y villas, aparecía ante nosotros iluminado por el alegre sol de la mañana.

"Aquí se estará bien—dijo Goethe mandando parar—. Creo que debemos probar cómo sabe un pequeño desayuno en este buen aire."

Descendimos y paseamos unos minutos por el suelo seco, junto a algunas encinas de mediano ta-

maño, endurecidas por muchas tormentas, mientras Federico desempaquetaba el desayuno que había traído y lo extendía sobre una pequeña elevación del terreno. La perspectiva que se divisaba desde este sitio a la clara iluminación matinal del más puro Sol de otoño, era, en efecto, magnífica.

Hacia el Sur y Suroeste se divisaba la cadena de los montes de Turingia; hacia el Oeste, más allá de Erfurt, el elevado castillo de Gotha y la montaña de Inselberg; luego, más al Norte, las montañas que están detrás de Langensalza y Mühlhausen, hasta que más al Norte aún las azules montañas del Harz cerraban el horizonte. Pensé en aquellos versos:

"Lejos, alto, que la mirada
se ahonde magníficamente en la vida.
De montaña en montaña
flota el espíritu eterno
sembrando eterna vida." (1).

Nos sentamos vueltos de espaldas a los robles, de modo que durante el desayuno teníamos ante nosotros la amplia vista de media Turingia. Nos comimos un par de perdices asadas, con pan blanco, tierno, y bebimos una botella de muy buen vino, en una fina copa de oro, que Goethe solía llevar consigo encerrada en una bolsa de cuero amarillo para semejantes excursiones.

"He estado a menudo en este sitio—dijo—, y

---

(1) De la oda a Kronos.

en los últimos años he pensado a menudo que sería la última vez que contemplase desde aquí los reinos del mundo y su magnificencia. Pero he venido una vez más, y espero que no será la última que pasemos aquí un día agradable. En lo sucesivo vendremos más a menudo. En la estrechez de su casa se apoltrona uno. Aquí se siente uno grande y libre como la gran Naturaleza que a nuestros ojos se muestra, y como debíamos ser siempre.

"Veo desde aquí—siguió diciendo—una multitud de lugares a los que van ligados los recuerdos más ricos de una larga vida. ¡Cuántas cosas he hecho en mi juventud allá en las montañas de Ilmenau! Y allá abajo, en mi amado Erfurt, también me han ocurido algunas aventuras agradables. También en Gotha estuve a menudo y de buen grado en otro tiempo; pero desde hace muchos años apenas voy."

"Desde que estoy en Weimar—observé—, no recuerdo que haya usted estado allá."

"Tiene su explicación—replicó Goethe—. No tengo allí la mejor fama. Cuando la madre del actual soberano era aún joven iba allí con frecuencia. Una tarde estaba sentado con ella tomando te cuando entraron los dos príncipes, hermosos niños, rubios, de pelo rizoso, sentándose con nosotros a la mesa. Con mi desembarazo acostumbrado acaricié con mis manos las cabezas de los dos príncipes, diciéndoles: ¿Qué hacéis, cabecitas gemelas? Los niños me miraron

con ojos muy abiertos, asombrados de mi audacia, y no la olvidaron nunca.

"No pretendo vanagloriarme de ello; pero siempre fuí así, y esta condición estaba profundamente arraigada en mi naturaleza. A los príncipes como tales, si al mismo tiempo no había en ellos como hombres cualidades de valor, nunca les he tenido gran respeto. Estaba tan a gusto en mi propia piel, y me sentía yo mismo tan distinguido, que si me hubieran hecho príncipe no me hubiera maravillado gran cosa. Cuando me dieron el diploma de nobleza, muchos creyeron que me había sentido halagado. Pero, dicho entre nosotros, no me importó nada, absolutamente nada. Nosotros, los patricios de Francfort, siempre nos hemos creído iguales a la nobleza, y cuando tuve en mis manos el diploma no pensé que tuviera nada más que lo que ya poseía de antiguo."

Bebimos unos tragos en la copa de oro y seguimos luego dando vueltas a la montaña por el lado norte, hacia el castillo de caza de Ettersberg. Goethe mandó que abrieran todas las habitaciones, de cuyas paredes colgaban tapices y cuadros. En la habitación de la esquina occidental del primer piso me dijo que Schiller había pasado algún tiempo. "En general—siguió diciendo—, en tiempos antiguos hemos pasado aquí algunos días muy agradables. Eramos todos jóvenes y llenos de vida, y en verano nunca faltaban comedias improvisadas, y en invierno había bailes y trineos con antorchas."

Salimos luego al aire libre y Goethe me condujo en dirección occidental, por un sendero entre el boscaje.

"Quiero enseñarle a usted un árbol—me dijo—, en el que hace cuarenta años grabamos nuestros nombres. ¡Pero cuánto ha cambiado y cuánto ha crecido todo! ¡Este es el árbol! Como usted ve, tiene aún un magnífico aspecto. Se perciben también nuestros nombres, pero tan borrosos, que apenas se entienden. Entonces el árbol estaba en un sitio seco y abierto. Lucía el Sol alegremente en derredor, y en los hermosos días del verano representábamos aquí nuestras farsas improvisadas. Ahora el sitio es húmedo y sombrío. Donde sólo había débiles arbustos, hay ahora árboles corpulentos, y el árbol magnífico de nuestra juventud se pierde en la espesura."

Volvimos al palacio, y después de contemplar la armería, bastante rica, tornamos a Weimar.

Jueves 27 de septiembre de 1827.

Después de comer un momento en casa de Goethe, donde conocí al señor consejero secreto Streckfuss, de Berlín, que esta mañana había dado un paseo en coche con él y que luego se había quedado a comer. Al marcharse Streckfuss le acompañé y dí con él unas vueltas por el parque. Cuando al volver pasaba por el mercado me encontré al canciller y a Raupach, con quienes en-

tré en el Elefante. A la noche volví otra vez a casa de Goethe, con quien hablé de un nuevo cuaderno de *Arte y antigüedad*, y contemplamos doce apuntes a lápiz, en los cuales los hermanos Riepenhausen habían tratado de rehacer los cuadros de Polignoto en Delfos, según una descripción de Pausanias, labor que Goethe no acababa de ensalzar.

Lunes 1 de octubre de 1827.

En el teatro, *El cuadro*, de Houwald. Vi dos actos y luego me fuí a casa de Goethe, que me leyó la segunda escena de su nuevo *Fausto*.

"En el emperador — me dijo — he pretendido representar a un príncipe que posee todas las cualidades necesarias para lograr la ruina de su país, lo que, efectivamente, acaba por conseguir.

"Nada le preocupa el bien de su reino ni de sus súbditos; sólo piensa en sí mismo y en encontrar cada día una diversión nueva. El país vive sin derecho ni justicia, los jueces son cómplices de esta situación y están de parte de los delincuentes; así que los más inauditos crímenes se realizan sin obstáculo ni castigo. El ejército no cobra, vive indisciplinado y recorre robando el país para cobrarse por sí mismo y remediar como puede su situación. El Tesoro público está vacío y sin esperanza de futuros ingresos. El propio patrimonio del emperador no anda mejor. El mayordomo, que ya no sabe qué hacer, ha caído ya en las

manos de judíos usureros, a quienes se ha pignorado todo; la situación es tan apurada, que llega hasta faltar pan en la mesa imperial.

"El Consejo de Estado quiere hacer amonestaciones a su majestad sobre este estado de cosas y buscarle remedio; pero el señor repugna prestar sus oídos imperiales para escuchar cosas tan desagradables; preferiría divertirse. Mefistófeles encuentra en esta corte su verdadero elemento; pronto logra deshacerse de los demás bufones y quedarse al lado del emperador como nuevo loco y consejero."

Goethe leyó muy bien la escena, con las murmuraciones de la muchedumbre, y pasé una velada muy agradable.

Domingo 7 de octubre de 1827.

Esta mañana, con un tiempo muy hermoso, me encontraba ya antes de las ocho en el coche con Goethe, camino de Jena, donde pensaba permanecer hasta mañana a la tarde.

Llegados allí a buena hora, pasamos primeramente por el Jardín Botánico, donde Goethe contempló las plantas, hallándolo todo en el mayor orden y en la mayor prosperidad. Luego vimos el gabinete de Mineralogía y otras colecciones de ciencias naturales, y luego nos fuimos a casa del señor von Knebel, que nos esperaba para comer.

Knebel, muy anciano ya, salió andando con di-

ficultad al encuentro de Goethe para estrecharle entre sus brazos. La comida fué muy cordial y alegre; sin embargo, no hubo ninguna conversación de importancia. Los dos viejos amigos tenían bastante con sentirse juntos.

Después de comer dimos un paseo en coche en dirección del Sur, por la orilla del Saale arriba. Yo conocía ya de antiguo esta comarca encantadora, pero me produjo una impresión tan fresca como si nunca la hubiera visto.

Cuando volvimos a encontrarnos en las calles de Jena, Goethe hizo que el coche caminara por un arroyo arriba, y mandó parar ante una casa que exteriormente no ofrecía nada de particular.

"Aquí vivió Voss—dijo—, y quiero introducirle a usted en este suelo clásico." Atravesamos la casa y entramos en el jardín. En él no se veían flores ni plantas finas; caminábamos por el césped entre árboles frutales. "Esto le gustaba a Ernestina—dijo Goethe—, que ni aun aquí podía olvidar sus manzanas de Eutin, que me ponderaba como algo incomparable. Eran las manzanas de su infancia; eso constituía su encanto. Por lo demás, he pasado aquí con Voss y su excelente Ernestina algunos días muy hermosos, y recuerdo con placer el tiempo antiguo. Un hombre como Voss no volverá a darse fácilmente. Pocos han tenido tanta influencia como él en la cultura alemana. Todo en él era sano y recio, y por eso su relación con los griegos no era artificial, sino vigorosamente natural, lo que hizo que de ella

brotasen para nosotros tan magníficos frutos. El que esté penetrado, como yo, de su valor, no encuentra el modo de honrar su memoria como se debiera."

Entre tanto habían dado las seis, y Goethe halló que era ya tiempo de irnos a nuestro albergue nocturno en la fonda del Oso.

Nos dieron un gabinete espacioso y una alcoba con dos camas. El Sol no se había puesto todavía; la luz de la tarde resplandecía en nuestras ventanas, y era muy agradable permanecer un rato sentados sin luz.

Goethe volvió a hacer recaer la conversación sobre Voss. "Le estimaba mucho—dijo—, y me hubiese gustado conservarlo para la Universidad y para mí. Pero las ventajas que le ofrecían en Heidelberg eran tan considerables, que nuestros escasos medios no nos permitían competir con ellas. Tuve que dejarle ir con dolorosa resignación.

"Fué una dicha para mí—continuó—tener a Schiller. Pues aunque nuestras naturalezas fueran distintas, nuestras aspiraciones eran las mismas; lo que hizo tan íntima nuestra amistad, que el uno no podía vivir sin el otro."

A continuación me refirió Goethe algunas anécdotas muy características de su amigo.

"Como puede pensarse, dada su grandeza de carácter, Schiller era adversario decidido de todos los vanos honores y de toda la idolatría vulgar que se le demostraba o quería demostrársele. Cuando Kotzebue pretendió organizar en honor

suyo una manifestación pública, el saberlo le produjo tal indignación, que estuvo a punto de ponerse enfermo de repugnancia. Igualmente le repugnaban las visitas de los forasteros. Cuando se le anunciaba alguna que de momento no podía recibir y la citaba, por ejemplo, para las cuatro de la tarde, ya se sabía que a esa hora se ponía enfermo, pensando en la visita. En tales casos se impacientaba fácilmente, y hasta se mostraba grosero. Yo fuí testigo de que en una ocasión a un pobre cirujano que, queriendo visitarle, entró sin anunciarse, se fué a él tan violentamente, que el hombre, asustado, se retiró todo lo más aprisa que pudo.

"Como he dicho y sabemos todos—continuó—, a pesar de la igualdad de nuestras aspiraciones, nuestras naturalezas eran muy distintas, y no sólo en lo espiritual, sino en lo físico. Un aire que le sentaba bien a Schiller me sentaba a mí como un veneno. Fuí un día a verle, y como no le hallara en casa y su mujer me dijera que volvería pronto, me senté en su mesa de trabajo para tomar unas notas. Mas cuando llevaba poco tiempo sentado me sentí acometido de un malestar que fué poco a poco aumentando, hasta casi hacerme perder el sentido. Al principio no sabía a qué causa atribuir este estado, desacostumbrado en mí, hasta que acabé por notar que de un cajón que había cerca salía un olor fatal. Al abrirlo vi con asombro que estaba lleno de manzanas podridas. Salí inmediatamente a una ventana y aspiré el aire li-

bre, lo que me repuso en seguida. Entre tanto había entrado su mujer, que me dijo que el cajón tenía que estar lleno siempre de manzanas podridas, pues este olor le hacía bien a Schiller, que sin él no podía vivir ni trabajar.

"Mañana por la mañana—continuó Goethe—le enseñaré a usted la casa en que vivía Schiller en Jena."

Entre tanto habían entrado luz; tomamos una cena ligera y estuvimos sentados aún un rato, entretenidos con toda clase de conversaciones y recuerdos.

Le referí a Goethe un sueño curioso de mis años infantiles, que a la mañana siguiente se realizó literalmente.

"Yo había educado—dije—tres jilgueros, que quería con toda mi alma, y que estimaba por encima de todo. Volaban libremente por mi habitación y venían a mi mano tan pronto como yo aparecía en la puerta. Un día tuve la desgracia de que, al entrar en la habitación, uno de estos pájaros pasó volando por encima de mí y salió de la casa, yendo no sé adónde. Le busqué toda la tarde por los tejados y me sentí desconsolado cuando a la noche no había podido hallar sus huellas. Lleno de tristes ideas me dormí, y hacia la mañana tuve el siguiente sueño. Me veía recorriendo los tejados de la vecindad buscando mi pájaro perdido; de pronto oigo su voz y le veo detrás del jardín de nuestra choza, posado sobre el tejado de una casa vecina; veo cómo lo atraigo y que se viene a

mí agitando sus alas, como deseoso de alimento, pero sin decidirse a posarse en mi mano; veo luego cómo salgo corriendo, atravieso el jardín y entro en mi habitación, de donde traigo una taza llena de alpiste; me veo presentándole la comida que tanto le gusta; le veo posarse en mi mano, y, lleno de gozo, lo llevo a mi habitación con los otros dos.

"Al llegar aquí, despierto. Y como ya era día claro, me visto rápidamente y me apresuro a correr por el jardín hacia la casa donde había visto en sueños al pájaro. ¡Cuál no sería mi asombro al ver que, efectivamente, el pájaro estaba allí! Después, todo aconteció literalmente como en el sueño. Le llamo y se aproxima; pero vacila en posarse en mi mano. Corro a mi habitación, le traigo la comida, viene a mi mano y le llevo con los otros."

"Este acontecimiento de su vida infantil es muy curioso—dijo Goethe—; pero semejantes cosas son propias de la Naturaleza, aunque no poseamos la clave para explicarlas. Caminamos entre misterios. Estamos rodeados de una atmósfera y no conocemos lo que vive en ella ni la relación que guarda con nosotros. Pero lo que es seguro es que, en determinadas situaciones, los hilos sentimentales de nuestra alma pueden exceder de sus límites corporales y presentir, y hasta ver el porvenir."

"Una cosa semejante—repliqué—me ocurrió el otro día volviendo de un paseo por la carretera

de Erfurt. Unos diez minutos antes de llegar a Weimar tuve la impresión de que encontraba en la esquina del teatro a una persona a la que hacía mucho tiempo no había visto y en la que tampoco había pensado. Me inquietó pensar que podía encontrarla, y no fué pequeño mi asombro cuando, al volver la esquina la encontré, efectivamente, en el mismo sitio en que hacía diez minutos la había visto en espíritu."

"Eso es igualmente curioso y algo más que pura casualidad—repuso Goethe—. En efecto: estamos rodeados de misterios y milagros. Un alma puede influir decididamente sobre otra con su mera presencia silenciosa, de lo cual podría citar varios ejemplos. Me ha ocurrido a menudo que yendo con algún amigo y pensando vivamente en alguna cosa, mi compañero comenzaba a hablar de lo que a mí me preocupaba. Y he conocido a un hombre que, sin pronunciar una palabra, sólo con la fuerza de su espíritu, era capaz de hacer callar de pronto a una sociedad entretenida en alegres conversaciones. Podía sugerirles tal sentimiento de malestar que les entristecía a todos.

"Todos tenemos en nosotros fuerzas análogas a las eléctricas y magnéticas, y, como el imán mismo, ejercemos una acción atractiva o repulsiva, según nos pongamos en contacto con cosas iguales o diversas. Es posible y hasta probable que si una muchacha se encontrase en una habitación obscura, sin saberlo, con un hombre que

tuviese la intención de asesinarla, sentiría confusamente su presencia ignorada y se vería acometida de un temor tal, que la obligaría a salir de la habitación y buscar la protección de su familia."

"Conozco una escena de ópera — repliqué — en la cual dos amantes que habían estado mucho tiempo separados, a larga distancia, se encuentran juntos sin saberlo en una habitación obscura. Mas al poco tiempo de estar juntos comienza a obrar la fuerza magnética; uno adivina la presencia del otro, se sienten mutuamente atraídos, y al poco tiempo la muchacha está en los brazos del mancebo."

"Entre amantes—repuso Goethe—esta fuerza magnética tiene mayor intensidad y hasta obra a distancia. En mis años juveniles me ocurrió en bastantes casos ir paseando solo, sentir de pronto un deseo vehemente de ver a la mujer amada, y al poco tiempo de pensar en ella se me aparecía... "Sentíame inquieta en mi habitación—decía ella—, no sé por qué tuve que venir aquí."

"Recuerdo un caso de los primeros años de mi estancia en Weimar, donde pronto había sentido una pasión amorosa. Había hecho un viaje bastante largo y ya hacía algunos días que había regresado; pero mis quehaceres en la corte me impedían visitar a mi amada. Además, nuestras relaciones habían atraído ya la atención de la gente, y yo tenía reparo en visitarla en pleno

día para no dar más pábulo a las murmuraciones. Pero a la cuarta o quinta noche no pude resistir más, y antes de que me hubiera dado cuenta de ello emprendí el camino y llegué delante de su casa. Subí silenciosamente la escalera, y me disponía a entrar en su habitación, cuando oí diversas voces que me mostraban que no estaba sola. Volví a bajar sin que nadie lo notara, y pronto me hallé de nuevo en las calles obscuras, que entonces no tenían iluminación ninguna. Durante una hora, disgustado y apasionado, recorrí la ciudad en todas las direcciones, pasando siempre de nuevo por delante de su casa, con el pensamiento lleno de la amada. Había adoptado por fin la resolución de retirarme a mi cuarto solitario, cuando, al pasar una vez más por delante de su casa, vi que no tenía luz. "Habrá salido —me dije—. Pero ¿dónde habrá ido en esta noche tan obscura? Y ¿dónde podré encontrarla?" Volví a recorrer varias calles, encontré muchas personas, y resulté a menudo chasqueado, porque creía reconocer su figura, y al acercarme veía que me había equivocado. Yo creía ya entonces firmemente en la posibilidad de una acción mutua a distancia y en que, deseándolo vivamente, lograría atraerla. También me creía rodeado de seres de naturaleza superior, a quienes suplicaba que guiasen sus pasos hacia mí o los míos hacia ella. "Pero ¡qué insensato eres—me decía a mí mismo—; no quisiste probar una segunda vez verla en su casa y ahora pides milagros!"

"Entre tanto había bajado a la explanada y había llegado hasta la casita en que más tarde había de vivir Schiller, cuando se me ocurrió retroceder hasta el palacio para tomar allí a la derecha una pequeña calle. Apenas había andado cien pasos en esta dirección, cuando vi venir a mí una silueta de mujer totalmente semejante a la esperada. En la calle sólo había la escasa luz que de cuando en cuando salía de alguna ventana; y como esta noche ya me había engañado varias veces una semejanza aparente, no me sentí con valor para hablarle sin tener la certeza de que era ella. Pasamos tan cerca uno de otro, que nuestros brazos se tocaron; me paré y volví la vista atrás; ella también. "¿Es usted?"—dijo, y reconocí su amada voz. "¡Por fin!"—dije yo, y la alegría casi me hizo derramar lágrimas. Nuestras manos se asieron. "Mis esperanzas no me han engañado. La he buscado a usted con la mayor ansia; un presentimiento me decía que iba a hallarla, y ahora soy feliz y doy gracias a Dios porque así ha sucedido." "Pero, mala persona —dijo ella—, ¿por qué no ha venido? Hoy supe casualmente que hace tres días ha regresado usted, y he llorado toda la tarde porque creí que me había olvidado. Luego, hace una hora, hizo presa en mí un gran deseo de ver a usted y una inquietud que no puedo describir. Estuvieron conmigo dos amigas, cuya visita duró una eternidad. Por último, cuando se hubieron ido, cogí involuntariamente mi sombrero y mi capa y sentí un

impulso irresistible de salir al aire, a la obscuridad, sin saber adónde. Pensaba siempre en usted, y sentí que tenía que encontrarle." Mientras me hablaba con aquella efusión cordial estábamos asidos de las manos, nos estrechábamos y nos dábamos a entender que la ausencia no había enfriado nuestro amor. La acompañé hasta la puerta, y luego subimos a su casa. Me precedía por la escalera obscura sin soltar mi mano y arrastrándome casi. Mi dicha era indescriptible, no sólo porque al fin la había visto, sino porque mi creencia no me había engañado y mis sentimientos de una acción invisible no se habían defraudado."

Goethe estaba del más amable humor, y le hubiera oído horas enteras. Pero parecía cansarse poco a poco; así que pronto nos fuimos al lecho.

Jena, lunes 8 de octubre de 1827.

Nos levantamos temprano. Mientras nos vestíamos me refirió Goethe un sueño que había tenido por la noche, durante el cual se había visto trasladado a Gottinga y había sostenido variadas conversaciones con profesores conocidos suyos.

Bebimos unas tazas de café, y a continuación fuimos en coche al edificio que contiene las colecciones de Historia Natural. Vimos el gabinete anatómico, donde había esqueletos de animales actuales y antediluvianos y también esqueletos de hombres de siglos pasados, a propósito de los cua-

les Goethe hizo la observación de que sus dientes indicaban una raza muy moral.

Luego fuimos al observatorio, donde el señor doctor Schrön nos enseñó y explicó los instrumentos más importantes. Luego visitamos con interés el gabinete meteorológico contiguo, y Goethe elogió al doctor Schrön por el gran orden que reinaba en todas estas cosas.

Luego bajamos al jardín, donde Goethe había hecho servir en una mesa de piedra en un cenador un pequeño desayuno. "No sabe usted en qué lugar tan interesante nos encontramos—me dijo—. Aquí ha vivido Schiller. En este cenador, en estos bancos, casi rotos hoy, nos hemos sentado con frecuencia ante esta vieja mesa de piedra y hemos hablado de muchas cosas buenas y grandes. El andaba entonces por los treinta, yo por los cuarenta; ambos estábamos en plena actividad; era un buen tiempo. Pero todo pasa. Yo ya no soy el que era; pero la vieja tierra se conserva igual, y el aire, el agua y el suelo son los mismos.

"Suba usted luego con Schrön y haga usted que le enseñe las habitaciones en que vivió Schiller."

En este aire amable y en este apacible lugar saboreamos el desayuno; Schiller estaba presente en nuestros espíritus, y Goethe le consagró algunas frases de recuerdo afectuoso.

Luego subí con Schrön a la buhardilla, y desde las ventanas de Schiller gocé la más magní-

fica vista. Miraba hacia el Mediodía, de manera que podía seguirse, a varias horas de distancia, la hermosa corriente del río, interrumpida a veces por el boscaje y las curvas. Se dominaba un horizonte muy amplio. Se podía observar admirablemente la salida y puesta de los planetas, y había que confesar que el sitio no podía ser más adecuado para inspirar la parte astronómica y astrológica del *Wallenstein*.

Volví a bajar adonde estaba Goethe, que dió la orden de ir a casa del señor consejero de corte Döbereiner, a quien estima mucho, y que le mostró algunos nuevos experimentos químicos.

Entre tanto llegó la hora de mediodía. Estábamos de nuevo en el coche. "Creo—dijo Goethe—que no debemos ir a comer a la fonda; será mejor que gocemos al aire libre la belleza del día. Podemos ir a Burgan. Vino lo llevamos. y allí encontraremos, en todo caso, un buen pescado que freír o asar."

Así lo hicimos y pasamos un magnífico día. Fuimos por la orilla del Saale, con la vista de frondosos bosques y de las curvas del río, siguiendo el hermoso camino que se atalayaba desde las ventanas de Schiller. Nos bajamos en una posada próxima al río y al puente que va hacia Lobeda, una ciudad pequeña que divisábamos al otro lado de las praderas.

En la posada ocurrió lo que Goethe había predicho. La posadera se disculpó de no tener nada

dispuesto; pero nos dijo que no nos faltaría una sopa y un buen pescado.

Mientras lo preparaba, paseamos al sol por el puente y nos entretuvimos con el río, animado por los barqueros que pasaban de tiempo en tiempo deslizándose por debajo del puente en sus balsas de troncos de pino atados, y que realizaban muy alegremente y con mucho ruido su húmeda faena.

Comimos al aire libre nuestro pescado y luego seguimos sentados bebiendo una botella de vino y conversando animadamente.

Sobre nosotros pasó un pequeño halcón, que en su vuelo y su figura se parecía mucho a un cuclillo.

"Hubo un tiempo—dijo Goethe—en que los estudios de Historia Natural estaban tan atrasados que era corriente la opinión de que el cuclillo sólo era cuclillo en verano y en invierno se convertía en un ave de rapiña."

"Esa creencia —dije— domina todavía en el pueblo. Hasta se dice del buen pájaro que, cuando ha llegado a su desarrollo se come a sus propios padres. Por lo cual, pasa por símbolo de la más negra ingratitud. Yo conozco actualmente gentes que no quieren convencerse de la falsedad de semejantes absurdos y que creen en ellos como en los artículos de la fe cristiana."

"Si no me equivoco—dijo Goethe—, se clasifica al cuclillo entre las trepadoras.

"Se hace así en ocasiones—repliqué—; proba-

blemente, porque dos de los dedos de sus débiles pies están dirigidos hacia atrás. Pero le falta el pico recio, capaz de romper una corteza de árbol, así como las agudas y robustas plumas de la cola, que pudieran auxiliarle en una tal operación. Además, sus dedos carecen de garras suficientemente fuertes para agarrarse, y, por tanto, creo que sus patas no son patas trepadoras, sino en apariencia."

"Los señores ornitólogos—dijo Goethe—experimentan de seguro una gran alegría cuando logran clasificar de un modo medianamente adecuado a un pájaro peculiar; pero la Naturaleza sigue su arbitrio libre sin preocuparse de las clasificaciones hechas por hombres limitados."

"Así, el ruiseñor—continué—, se clasifica entre las currucas, aun cuando por la energía de su temperamento, sus movimientos y su género de vida tiene mucha mayor analogía con los tordos. Pero tampoco puede incluirse entre éstos. Es un pájaro situado entre ambas especies; un pájaro aparte, como el cuclillo, que tiene una individualidad tan fuertemente acentuada como el que más."

"Todo cuanto he oído acerca del cuclillo—dijo Goethe—, me ha hecho concebir un gran interés por este pájaro extraordinario. Es una naturaleza problemática, un secreto manifiesto, pero no por eso menos difícil de entender. ¡Y con cuántas cosas nos hallamos en el mismo caso! Vivimos entre milagros, y lo último y lo mejor de las cosas se nos escapa. Tomemos las abejas. Las vemos salir

volando en busca de miel y siempre en diversa dirección. Ahora, vuelan semanas enteras hacia el Oeste, hacia un campo de nabos floridos. Luego, otra temporada larga hacia el Norte, en busca de una pradera florida. Después, en otra dirección, hacia un sembrado de trigo. Luego, a otro sitio, donde hay un campo de trébol. Y, por último, en otra dirección diversa, en busca de tilos floridos. ¿Quién les ha dicho: Idos allí, que encontraréis algo, y luego, idos más allá, que hallaréis algo nuevo? ¿Y quién las vuelve a su aldea y a su colmena? Van de aquí para allá como llevadas por un hilo invisible, pero no sabemos cómo ni por qué. Lo mismo ocurre con la alondra. Vuela, cantando sobre un sembrado; planea sobre un mar de plantas, movidas por el viento, y cuyas ondas parecen todas iguales; de pronto se abate en busca de su cría y cae infaliblemente donde está su nido. Todas estas cosas exteriores las vemos tan claras como la luz del día, pero el lazo espiritual que las liga se nos escapa."

"Con el cuclillo—dije—ocurre lo mismo. Sabemos de él que no cría por sí mismo, sino que deposita su huevo en el nido de otro pájaro. Sabemos en los nidos de qué pájaros lo deposita. Esto lo sabemos. También sabemos que todos estos pájaros son insectívoros, y tenían que serlo, porque también el cuclillo es insectívoro, y el cuclillo joven no podría ser criado por un pájaro de los que comen semillas. Pero ¿en qué conoce el cuclillo que los pájaros en cuyos nidos deposita sus huevos

son insectívoros, si difieren tanto entre sí lo mismo en la figura que en el color, lo mismo en la voz que en la melodía? Y ¿cómo deposita sus huevos y crías en nidos que no pueden ser más diversos por lo que se refiere a la forma y a la temperatura, al grado de sequedad y humedad? El nido de unos está hecho con hierbecitas delgadas y algunas cerdas de caballo, de manera que puede penetrar cualquier frío y cualquier corriente de aire; además, no está protegido por arriba; pero el cuclillo prospera maravillosamente en él. En cambio, el de otros está exteriormente protegido con musgo, hierbas y hojas, fuertemente enlazadas y por dentro cuidadosamente abrigado con lanas y plumas, de modo que no penetra ni el menor soplo. Además, está cubierto y abovedado por arriba, y sólo queda abierta una rendija por donde el pájaro, muy pequeño, se desliza al entrar y salir. Podía pensarse que en los días calurosos de junio, en semejante agujero cerrado, haría un calor asfixiante; pues el cuclillo se cría magníficamente en él. Otros nidos son completamente diversos. Son nidos de pájaros que viven en el agua, junto a los arroyos y en todo género de humedad; abren un agujero en la tierra húmeda y lo cubren apenas con algunas hierbecitas, de modo que el cuclillo es empollado y tiene que criarse entre frío y humedad, y, sin embargo, también se desarrolla perfectamente. Pero ¿qué pájaro es éste para el que en la delicada edad de la infancia la sequedad y la humedad, el frío

y el calor, divergencias que serían mortales para cualquier otra ave, son cosas indiferentes? Y ¿cómo sabe el cuclillo viejo que le son indiferentes cuando él es tan sensible al frío y a la humedad?"

"Nos encontramos ante uno de los secretos de la Naturaleza—replicó Goethe—. Pero dígame usted, si lo ha observado: ¿cómo se ingenia el cuclillo para depositar su huevo en esos nidos que sólo tienen una abertura tan pequeña que él no puede entrar para ponerlo?"

"Lo pone en un sitio seco—repuse—, y lo mete con el pico. Pero creo que esto mismo lo hace con todos los nidos. Pues también los nidos de los demás pájaros insectívoros, aunque por dentro estén abiertos, son demasiado pequeños y están demasiado rodeados de ramas para que el cuclillo, con su larga cola, pueda poner en ellos. Ahora, el que el cuclillo ponga un huevo tan extraordinariamente pequeño, tan pequeño como el de los pájaros insectívoros, es un nuevo misterio que se admira en silencio, sin poder descifrarlo. El huevo del cuclillo es de un tamaño un poco mayor que el de una curruca, y no puede ser de otro modo si han de empollarlo los pequeños insectívoros. Eso está bien y es razonable. Pero que la Naturaleza, para obrar sabiamente en un caso especial, se desvíe de una gran ley que rige el mundo de las aves, y, según la cual, desde el colibrí hasta el avestruz hay una proporción exacta entre el tamaño del pájaro y el del huevo, este arbitrario

proceder no puede menos de sorprendernos y producirnos asombro."

"Nos produce asombro—dijo Goethe—porque estamos colocados en un punto de mira que nos impide abarcar el conjunto. Si abarcásemos más horizonte, probablemente veríamos que esas aparentes desviaciones están comprendidas dentro de la ley. ¿Y no se sabe cuántos huevos pone el cuclillo?"

"Pretender afirmar nada con seguridad en ese punto—respondí—sería una necia presunción. El pájaro es muy movible; tan pronto está aquí como está allí. En cada nido no se encuentra más que un único huevo; seguramente pone más; pero, ¿quién sabe adónde han ido a parar y quién puede seguirle la pista? Pero, suponiendo que ponga cinco huevos y que éstos hayan sido empollados y criados por padres adoptivos cuidadosos, causa maravilla pensar que la Naturaleza haya podido sacrificar sin cuenta las crías de nuestros mejores pájaros cantores por estos cinco cuclillos."

"En esto, la Naturaleza tampoco peca de escrupulosa en otros casos—respondió Goethe—. Dispone de un gran caudal de vida para dilapidarlo, y lo hace, en ocasiones, sin preocuparse gran cosa. ¿Pero cómo acontece que por cada cría de cuclillo se pierdan tantas de otros pájaros?"

"Primeramente—dije—se pierde la primera cría. Pues en el caso de que, como a veces ocurre, se empollen los huevos del pájaro cantor junto con los del cuclillo, los padres sienten tal cariño

por el pájaro grande que les ha salido, que sólo piensan en él y le alimentan a él, de modo que las demás crías desaparecen del nido. Además, el cuclillo tiene siempre tanta hambre y necesita tanto alimento, que los pequeños insectívoros tienen bastante que hacer con traerle comida incesantemente. Pasa mucho tiempo hasta que ha adquirido todo su tamaño y sus plumas y hasta que tiene fuerzas para subirse a la copa de un árbol. Pero aun después que ha volado necesita que le alimenten sin cesar; su cría requiere el verano entero, y los amorosos padres adoptivos no hacen más que preocuparse de su hijo y no piensan en una segunda cría. Por estos motivos acontece que por un solo cuclillo se pierden tantos pájaros."

"Eso es muy convincente—respondió Goethe—. Pero dígame usted: me parece haber oído que después que el cuclillo ha salido del nido le traen también comida otros pájaros, además de los que lo han criado. ¿Eso es cierto?"

"Lo es—respondí—. Tan pronto como el joven cuclillo ha dejado su nido y se ha posado, verbigracia, en la cima de un roble elevado, deja oír un canto alto que anuncia su presencia. Inmediatamente vienen a saludarle todos los pequeños pájaros de las cercanías que le han oído. Pero la que es más constante en el alimento es la pareja que lo ha criado, mientras los demás sólo de vez en vez le traen un bocado."

"Parece, pues—dijo Goethe—, que existe un

gran afecto entre el joven cuclillo y el pequeño pueblo de los pájaros insectívoros."

"El amor de los insectívoros por el cuclillo es tan grande—repliqué—, que cuando se acerca uno al nido donde se cría un cuclillo los pequeños padres adoptivos no saben qué hacer de espanto, miedo y pena. Especialmente algunos se desesperan de tal modo, que caen al suelo aleteando estremecidos."

"Es extraño; pero puede uno figurárselo—dijo Goethe—. Pero lo que parece muy problemático es que un insectívoro que va a empollar sus propios huevos permita que el cuclillo se acerque a poner el suyo."

"En efecto, es muy problemático; pero no tanto, si bien se mira—respondí—. Pues precisamente porque todos los insectívoros alimentan al cuclillo, y, por consiguiente, también los que no le han criado, se produce y mantiene entre ambos una especie de parentesco, de modo que se conocen y se consideran como miembros de una gran familia. Hasta puede suceder que el mismo cuclillo, a quien han empollado y criado una pareja de currucas el año anterior, venga este año a poner un huevo en su nido."

"Eso suena bien, aunque no se entienda gran cosa—dijo Goethe—. Pero lo que es maravilloso es que el cuclillo sea alimentado por pájaros que no lo han alimentado ni criado."

"Es maravilloso, sin duda—repliqué—. Pero, sin embargo, hay cosas análogas. Más aún: atis-

bo que actúa en este caso una ley que penetra toda la Naturaleza.

"Había yo cogido un pardillo demasiado crecido para ser alimentado por hombres, pero harto joven para comer solo. Pasé medio día esforzándome en darle de comer; pero en vista de que no conseguía hacerle tomar nada, le metí con un pardillo viejo, excelente cantor, que poseía de hacía tiempo, y cuya jaula estaba colgada en la ventana, hacia la calle. Pensaba que cuando el joven viese comer al viejo, quizás se decidiese a irse a la comida e imitarle. Mas no lo hizo así, sino que abrió el pico, dirigiéndose al viejo, y movió suplicante las alas, lo que conmovió al viejo, que se apiadó de él y comenzó a alimentarle como si fuera su propio hijo.

"Luego me trajeron una curruca gris con tres crías, que metí en una jaula grande, alimentando a la vieja las crías. Al día siguiente me trajeron dos ruiseñores jóvenes que ya volaban, y los metí también con la curruca, que también los adoptó. Al poco tiempo metí un nido con dos ruiseñores, ya próximos a volar, y después otro nido con cinco currucas. Los adoptó todos y los alimentó y cuidó como madre fiel. Tenía siempre el pico lleno de huevos de hormigas, y tan pronto estaba en un rincón de la espaciosa jaula como en otro, y en cuanto se abría una boquita hambrienta estaba ya allí. ¡Más aún! Una de las crías más crecidas de la curruca comenzó a dar de comer a algunos de los pequeños, jugueteando y de un modo in-

fantil, pero ya con el decidido instinto de imitar a la excelente madre.”

“Eso es, sin duda, algo divino—dijo Goethe—, que me produce un asombro gozoso. Si este hecho de alimentar a un extraño fuese una ley general de la Naturaleza, quedarían descifrados muchos enigmas, y podría decirse con razón que Dios cuida de los pajarillos abandonados.”

“Sí; parece ser una cosa general—repliqué—; pues he observado también en las aves en libertad esta compasiva alimentación y esta piedad con los abandonados.”

”El verano pasado había cogido en las cercanías de Tiefurt dos jóvenes reyezuelos, que, probablemente, hacía poco tiempo habían abandonado el nido, pues estaban posados sobre una rama con siete hermanos, y eran alimentados allí por sus padres. Metí los pajarillos en mi pañuelo de seda y comencé a caminar en dirección de Weimar hasta la escuela de tiro, y luego torcí a la derecha, por la pradera, a la orilla del Ilm, pasando por el balneario, y luego a la izquierda, por el bosque. Aquí, pensé, tienes tranquilidad para ver lo que era de mis reyezuelos. Mas, al abrir el pañuelo, se me escaparon, perdiéndose entre la espesura, siendo vanos todos mis intentos para encontrarlos. A los pocos días volví a pasar casualmente por el mismo sitio, cuando oí cantar a un petirrojo; presumí que había un nido en las cercanías, que, en efecto, ha-

llé tras alguna busca. Pero ¡cuál sería mi asombro al ver que en el nido, junto con las crías ya a punto de volar del petirrojo, estaban también mis dos reyezuelos, que se habían metido tranquilamente allí, y eran alimentados por el petirrojo viejo. Celebré extremadamente este hallazgo extraordinario. Pues que habéis sido tan inteligentes—me dije a mí mismo—y habéis sabido salir tan bien de vuestro apuro, y ya que los buenos petirrojos os han acogido con hospitalidad tan compasiva, no quiero deshacer vuestra dicha, sino que os deseo las mayores prosperidades."

"Es una de las más interesantes historias ornitológicas que he oído—dijo Goethe—. ¡Choque usted, siga usted viviendo y haciendo sus observaciones afortunadas! El que oyendo eso no cree en Dios, no podrán remediarle ni Moisés ni los profetas. Esto es lo que yo considero como omnipresencia de Dios, que ha esparcido y sembrado por doquiera una parte de su amor infinito e indica ya cómo brota en el animal lo que en el hombre noble llega a su más espléndida floración. ¡Continúe usted sus estudios y observaciones! Parece usted tener excelentes disposiciones para ello y puede conseguir resultados inapreciables."

Luego que en nuestra mesa, al aire libre, hablamos de varias cosas buenas y profundas, el sol se acercó a la cima de la colina occidental y Goethe creyó que había llegado el momento del regreso. Atravesamos Jena rápidamente, y después de

haber pagado en la fonda del Oso, visitamos a Fremmann y volvimos al trote rápido a Weimar.

Jueves 18 de octubre de 1827.

Está aquí Hegel, a quien Goethe, personalmente, estima mucho, aunque no le satisfagan gran cosa algunos de los frutos brotados de su filosofía. Esta noche Goethe dió un te en su honor, al que asistió también Zelter, que piensa marcharse esta noche misma.

Se habló mucho de Hamann, siendo Hegel el que llevaba la voz cantante, y desarrolló opiniones tan fundamentales sobre aquel espíritu extraordinario, que revelaban un estudio muy serio y meditado del asunto.

Luego, la conversación vino a tratar de la esencia de la dialéctica.

"En substancia, no es otra cosa—dijo Hegel—sino el espíritu de contradicción que todos los hombres poseen, regulado y metódicamente educado, y este don se muestra en toda su grandeza en la distinción de lo verdadero y de lo falso."

"Lo malo es—interrumpió Goethe—que de estas artes y habilidades espirituales se abusa a menudo, empleándolas en hacer lo falso verdadero y lo verdadero falso."

"Eso acontece, sin duda—replicó Hegel—; pero sólo lo hacen las gentes espiritualmente enfermas."

"Yo celebro el haberme dedicado al estudio de la Naturaleza—dijo Goethe—, que no da lugar a que se presente esa enfermedad. Pues en estos estudios tenemos que habérnoslas con lo infinito y eternamente verdadero, que arroja en seguida como indigno a todo aquel que en la observación y tratamiento de su objeto no proceda con pureza y honradez absolutas. Y estoy seguro de que muchos enfermos dialécticos encontrarían en la Naturaleza su curación."

Estábamos aún en lo más animado de la conversación, cuando se levantó Zelter y se fué sin decir una palabra. Todos sabíamos que sentía despedirse de Goethe, y que apelaba a este delicado recurso para evitar un momento doloroso.

1828

Martes 11 de marzo de 1828.

Desde hace unas semanas no me siento del todo bien. Duermo mal y tengo constantemente sueños intranquilos, en los cuales me veo en las más diversas situaciones, sostengo todo género de conversaciones con personas conocidas y desconocidas, discuto y riño, y todo con tal vida, que a la mañana recuerdo con perfecta claridad todos los detalles. Pero esta vida de sueño agota todas las fuerzas de mi cerebro, y durante el día me siento cansado y desalentado, sin placer ni ideas para una actividad espiritual.

Yo me había lamentado repetidas veces de mi estado ante Goethe, y él me había dicho repetidas veces que me confiase a un médico. "Lo que usted tiene — dijo — probablemente no es nada; probablemente un pequeño entorpecimiento que se suprimirá con unos vasos de agua mineral o con un poco de sal. Pero no se abandone usted, procure poner remedio."

Quizás Goethe tuviese razón, y yo me decía a mí mismo que sí la tenía. Pero me sentía indeciso y desalentado, y dejaba pasar noches intranquilas y días lamentables sin hacer nada para remediar mi mal.

Cuando hoy, después de comer, llegué a casa

de Goethe con aspecto triste y desanimado, se le acabó la paciencia y no pudo por menos de sonreirse irónicamente y burlarse un poco de mí.

"Usted es el segundo Shandy—dijo—, el padre del famoso Tristán, que se pasó la mitad de su vida molesto por una puerta que chirriaba, y no pudo llegar a decidirse a suprimir esta molestia diaria con un par de gotas de aceite.

"Pero así nos pasa a todos. Tinieblas y claridades son el destino del hombre. Sería necesario que el demonio nos condujese diariamente en andadores y nos dijese e indicase lo que había que hacer. Pero el buen espíritu nos abandona, y nosotros nos sentimos desalentados, y andamos a tientas entre tinieblas.

"Esta era la grandeza de Napoleón. Siempre iluminado, viendo siempre claro y con decisión y teniendo dispuesta a cada momento la energía necesaria para poner inmediatamente en obra lo que estimaba conveniente y ventajoso. Su vida fué la carrera triunfal de un semidiós, de batalla en batalla y de victoria en victoria. Puede decirse de él que vivió en un estado de constante iluminación; por eso su destino fué el más brillante que el mundo vió antes de él y quizás verá después de él.

"Sí, amigo mío, era un hombre a quien nadie podrá imitar."

Goethe paseaba arriba y abajo por la habitación. Yo me había sentado a la mesa, que ya se

había quitado, pero en la cual quedaba aún vino, junto con algunas confituras y frutas.

Goethe me escanció vino y me obligó a comer algo. "Ha desdeñado usted ser nuestro huésped este mediodía—dijo—; pero un vaso de este vino que me ha regalado un amigo le sentará bien."

Comencé a gustar de estas cosas, mientras Goethe continuaba paseando por la habitación; se le veía inquieto, y de cuando en cuando murmuraba palabras incomprensibles.

Me preocupaba lo que acababa de decir de Napoleón y traté de volver la conversación al mismo asunto.

"Sin embargo—comencé—, creo que cuando Napoleón veía el mundo con mayor claridad era en su juventud, cuando se encontraba en plena fuerza ascensional; más tarde parece haberle abandonado aquella clara visión, así como su dicha y su buena estrella."

"¡Qué quiere usted!—replicó Goethe—. Tampoco yo he vuelto a escribir mis canciones amorosas y mi *Werther*. Aquella iluminación divina, de que nace lo extraordinario, va siempre ligada a la juventud y a la productividad, y Napoleón era uno de los hombres más productivos que han vivido.

"Sí, amigo mío, no es necesario escribir poesías y dramas para ser productivo; hay también una productividad de la acción, que en algunos casos es más elevada aún que aquella otra. Hasta el médico tiene que ser productivo, si quiere curar de veras; si no lo es, acertará a veces por casuali-

dad; pero, en conjunto, solo hará obras defectuosas."

"En este caso—repuse—, parece usted llamar productividad a lo que suele llamarse genio."

"Ambas son cosas muy próximas—dijo Goethe—. Pues el genio no es otra cosa sino la fuerza productiva que engendra hechos dignos de presentarse ante Dios y ante la Naturaleza, y que por lo mismo son fecundos en consecuencias y de larga duración. De esta clase son todas las obras de Mozart; hay en ellas un poder germinativo que actúa de generación en generación y que tardará en agotarse y consumirse. De otros grandes poetas y compositores cabe decir lo mismo. ¡Qué influencias han ejercido Fidias y Rafael sobre los siglos posteriores e igualmente Holbein y Durero! El que primero halló las formas y proporciones de la arquitectura antigua alemana, lo que hizo posible que se construyesen las catedrales de Estrasburgo y Colonia, era también un genio, pues sus ideas han seguido conservando fuerza productiva y continúan hoy ejerciendo su influjo. Lutero fué también un genio muy grande. Sigue ejerciendo su influencia y no puede preverse el día en que cesará su actuación en los siglos venideros. Lessing rechazaba el título eminente de genio; pero lo duradero de su influjo testimonia en favor suyo. En cambio, tenemos en la literatura otros nombres, prestigiosos sin duda, que durante su vida fueron tenidos por grandes genios, pero cuya acción acabó con su muerte, y que, por tanto, valían menos de

lo que se creía. Pues, como queda dicho, no hay genio sin fuerza productiva que obre incesantemente, y no importa, por otra parte, cuál sea la actividad, arte u oficio a que uno se dedique para que la acción genial aparezca. Es indiferente que el genio se muestre en la ciencia como Oken y Humboldt, o en la guerra y la administración, como Federico, Pedro el Grande y Napoleón, o que haga uno sus canciones, como Bèranger; lo que importa es que la idea, la visión, la acción tengan vida y fecundidad bastante para persistir.

"Y hay que añadir una cosa aún: lo que muestra al hombre productivo no es la masa de sus creaciones y hechos. Tenemos en la literatura poetas que pasan por muy productivos porque han publicado un tomo de poesías tras otro. En mi concepto, estas gentes deben llamarse improductivas, porque su obra carece de vida y duración. En cambio, Goldsmith ha escrito tan pocas poesías, que su número no vale la pena de mencionarse, y, sin embargo, hay que considerarlo como un poeta productivo, porque lo poco que ha escrito está dotado de una vida que se conserva."

Se produjo una pausa, durante la cual Goethe continuó paseando por la habitación. Mas yo deseaba seguir hablando de este tema tan importante y traté de excitar a Goethe para que continuase.

"Esta productividad—pregunté—, ¿está solamente en el espíritu de un grande hombre o también en su cuerpo?"

"Por lo menos—replicó Goethe—, el cuerpo ejerce una gran influencia sobre ello. Hubo un tiempo en Alemania en que se creía que el genio tenía que ser pequeño, débil y hasta casi jorobado; pero yo prefiero al genio que tiene un cuerpo bien dispuesto.

"Se ha dicho de Napoleón que era un hombre de granito; esto puede afirmarse sobre todo de su cuerpo. ¡Cuántas cosas soportó y podía soportar! Desde las arenas ardientes del desierto de Siria hasta los campos nevados de Moscú, ¡qué cantidad de marchas, batallas y guardias nocturnas! ¡Y cuántas molestias y privaciones corporales no ha tenido que soportar! Poco sueño, escasa alimentación y una constante actividad espiritual. El 18 de Brumario, ese día de tanto esfuerzo y tanta agitación, a media noche aun no había comido nada, y sin pensar en reponer sus fuerzas corporales, tuvo vigor suficiente para escribir a altas horas de la noche la conocida proclama al pueblo francés. Pensando en todo lo que emprendió y soportó, creeríase que a los cuarenta años ya no quedaría miembro sano en su cuerpo, y, sin embargo, a esa edad era aún físicamente el héroe perfecto.

"Sin embargo, tiene usted razón para decir que el momento esplendoroso de su vida es la época de su juventud. Algo había de tener para que un hombre como él, nacido en humilde cuna, y en un tiempo que ponía en acción todas las capacidades, se distinguiese de tal modo que a los veintisiete

años fuese el ídolo de una nación de treinta millones de habitantes. Sí, amigo mío, hay que ser joven para hacer grandes cosas. Y Napoleón no es el único."

"Su hermano Luciano—observé—se mostró también capaz de grandes cosas en edad muy temprana. A los veinticinco años no cumplidos era presidente de los Quinientos, y poco después, ministro del Interior."

"¿Qué habla usted de Luciano?—interrumpió Goethe—. La Historia nos ofrece a centenares personas capaces que, tanto en el gabinete como en el campo de batalla, realizaron con gloria las empresas más grandes en edad juvenil.

"Si yo fuera un príncipe—continuó con exaltación—no llamaría a ocupar los primeros puestos a gentes que han ido subiendo lentamente y que sólo se distinguen por su nacimiento o su ancianidad y que a sus años no saben sino marchar tranquilamente por los carriles habituales, de lo cual no pueden salir grandes cosas. Buscaría gentes jóvenes y capaces, dotadas de inteligencia y energía y de la mejor voluntad y el carácter más noble. ¡Así sería una delicia gobernar y conducir a la prosperidad a su pueblo! ¿Pero dónde está el príncipe que se vea tan bien servido y se goce en ello?

"Tengo grandes esperanzas puestas en el actual kronprinz de Prusia (1). Según todo lo que sé

---

(1) Federico Guillermo IV.

de él y lo que de él he oído decir es un hombre de gran valer, y eso es necesario para conocer y escoger gentes capaces y de talento. Pues, dígase lo que se quiera, lo igual sólo puede ser apreciado por lo igual, y sólo los príncipes que poseen grandes cualidades pueden conocer y apreciar las de sus súbditos y servidores. ¡Paso franco al talento!, era el conocido lema de Napoleón, que demostró un tacto exquisito en la elección de su gente, que supo poner a todos los hombres capaces en el puesto que mejor se adecuaba a sus cualidades, y que, merced a eso, en todas las empresas de su vida se vió servido cual ningún otro."

Esta noche me agradaba Goethe especialmente. Hoy parecía alentar en él lo más noble de su naturaleza, y el sonido de su voz y el fuego de sus ojos tenían tal fuerza, que parecía estar penetrado por la llama ardiente de su juventud. Me pareció notable que quien como él, a su edad avanzada, ocupaba un alto puesto, hablase con tanto calor en favor de la juventud y quería que los cargos más importantes del Estado fuesen desempeñados, si no precisamente por los muchachos, por hombres jóvenes todavía. Yo no pude menos de mencionar a algunos hombres alemanes importantes que a edad avanzada no carecían de la energía y agilidad juvenil necesarias para dirigir los más importantes y variados negocios.

"Esos hombres y sus semejantes—replicó Goethe—son naturalezas geniales a las que hay que

considerar aparte; viven una segunda pubertad, mientras que otras gentes sólo son jóvenes una vez.

"Toda entelequia es un trozo de eternidad, y el par de años que pasa unida al cuerpo terrenal no la envejece. Si esta entelequia es de calidad inferior, cuando su cuerpo comience a decaer no lo dominará; será el cuerpo quien domine y al envejecer no podrá regirlo. Pero si la entelequia es una entelequia vigorosa, como ocurre con todas las naturalezas geniales, al penetrar, animándolo, en el cuerpo, no sólo influirá sobre la organización de éste, fortaleciéndolo y ennobleciéndolo, sino que en su superioridad espiritual podrá hacer valer el privilegio constante de una eterna juventud. De esto proviene que en hombres de gran capacidad observamos, aun en edad avanzada, épocas de productividad fresca; parece producirse en ellos un rejuvenecimiento temporal, y esto es lo que yo llamaría una segunda pubertad.

"Pero juventud es juventud, y por vigorosa que sea una entelequia nunca dominará completamente las fuerzas corporales, y hay una considerable diferencia de que tenga en su cuerpo un aliado o un adversario.

"He tenido una época en mi vida en que podía escribir diariamente un pliego de papel y lo lograba con facilidad. Mis *Hermanos* los he escrito en tres días; *Clavijo*, en ocho, como usted sabe. Hoy no podría hacer nada semejante, y,

sin embargo, no puedo quejarme de falta de productividad a mis años. Pero lo que en mi juventud podía hacer diariamente o en cualquiera circunstancia, hoy sólo puedo hacerlo en ciertos períodos y en condiciones favorables. Cuando hace diez o doce años, en la época feliz que sucedió a la guerra de la Independencia, cuando me preocupaban las poesías del *Diván*, tenía una fuerza productiva tal, que algunos días escribía dos o tres. Y lo mismo las hacía en el campo, en coche o en la hospedería. Ahora, en la segunda parte del *Fausto*, sólo puedo trabajar en las primeras horas de la mañana, cuando me siento confortado y fortalecido y las molestias de la vida diaria no han confundido aun mi mente. ¿Y qué es todo lo que logro escribir? En el caso más favorable, una página; pero, generalmente, lo que se pudiera escribir en la palma de la mano, y a menudo, en momentos improductivos, menos aún."

"¿No hay—pregunté—ningún medio para determinar un estado de ánimo productivo, o si no lo fuera bastante, para aumentarlo?"

"En esa materia—replicó Goethe—ocurren cosas curiosas, y habría mucho qué decir y qué pensar.

"Toda productividad de género elevado, toda intuición, todo pensamiento grande que produce frutos y tiene consecuencias, escapa al dominio del hombre, está por encima de todo el poder terrenal. El hombre tiene que recibirlo de lo alto.

Tiene que considerarlo como obra de Dios; él la recibe y venera con agradecimiento gozoso. Es análogo a lo demoníaco: que se apodera de él a su capricho y que se entrega inconscientemente, creyendo obrar por propio impulso. En estos casos el hombre debe considerarse como instrumento de un orden superior del mundo, como un caso digno de recibir una substancia divina. Digo esto pensando en cuántas veces un pensamiento único cambió la faz de siglos enteros, y cómo algunos hombres singulares imprimieron a su época con sus obras un sello que aun en las generaciones posteriores puede reconocerse y que continúa su acción bienhechora.

"Hay luego otra clase de productividad que ya está más sujeta a influjos terrenales y sobre la cual ejerce el hombre un mayor poder, aun cuando en ello se perciba aún la intervención de algo divino. En esta esfera figura todo lo que requiere el desarrollo de un plan, todos los anillos intermedios de una cadena de pensamientos, cuyos puntos finales brillan ya esclarecidos; en ella figura todo lo que constituye el cuerpo y la estructura de una obra de arte.

"Así, Shakespeare pudo considerar la primera idea de su *Hamlet*, en la cual se representaba ante su alma inesperadamente el espíritu de la obra y que contenía en exaltada visión las situaciones, caracteres y desenlace como un don de lo alto, en el cual él no había tenido influencia alguna directa, aun cuando para percibir una visión se-

mejante era necesario un espíritu como el suyo. Luego, el desarrollo de las diversas escenas y el diálogo de los personajes los dominaba perfectamente, de modo que podía trabajar durante días y semanas como gustare. En todo cuanto escribió el poeta advertimos la misma fuerza productiva, y en sus obras no encontramos un sólo pasaje que no esté escrito de modo debido y con las más vigorosas facultades. Al leerle nos produce la impresión de un hombre absolutamente sano y vigoroso, tanto espiritual como corporalmente.

"Pero suponiendo que la constitución física de un poeta dramático no fuese tan robusta, sino que estuviera sujeta a enfermedades y debilidades, se suspendería a menudo, faltaría totalmente, durante días, la productividad necesaria para la diaria ejecución de sus escenas. En tal caso, sería posible forzar por medio, verbigracia, de bebidas alcohólicas, la productividad, o aumentarla si era insuficiente; pero a las escenas de esta manera, en cierto modo forzadas, se les notaría la falta de de la espontaneidad.

"Aconsejo, por tanto, no forzar nada; es preferible pasar entretenido o durmiendo esos días y horas improductivos, que escribir en esos momentos cosas que después no le satisfacen a uno.

"Dice usted—repliqué—algo que yo mismo he experimentado y sentido a menudo y que debe considerarse seguramente como absolutamente verdadero y exacto. Creo, sin embargo, que en ocasiones se puede aumentar el estado de ánimo

productivo por medios naturales, sin forzarlo precisamente. Con frecuencia me he visto en el caso de no poder adoptar una resolución acertada en circunstancias complicadas. Pero si en esos casos tomaba unos vasos de vino veía claramente lo que debía hacer, y estaba inmediatamente decidido. Pero el tomar una resolución es ya una especie de productividad, y si algunos vasos de vino tienen esa virtud no creo que pueda desecharse por entero un medio semejante."

"No quiero contradecir su observación—replicó Goethe—. Mas lo que yo decía antes está también puesto en razón, por donde vemos que la verdad semeja a un diamante cuyos reflejos se esparcen en todas direcciones, no en una sola. Por lo demás, usted, que conoce tan bien mi *Divan*, sabe que yo mismo he dicho:

Cuando se ha bebido
se sabe la verdad,

y que, por tanto, estoy de acuerdo con usted. El vino posee, sin duda, fuerzas productivas muy eficaces, pero su efecto depende de horas y circunstancias, y lo que beneficia al uno es nocivo para el otro. También el descanso y el sueño tienen fuerza productiva; más la tiene igualmente el movimiento. Esas fuerzas las posee también el agua y particularmente la atmósfera. Nuestro elemento propio es el aire fresco a campo libre; es como si allí el espíritu de Dios obrase inmediatamente sobre los hombres y como si una

fuerza divina ejerciese su influjo sobre ellos. Lord Byron, que pasaba diariamente varias horas al aire libre, montando a caballo a la orilla del mar unas veces, otras en un bote de vela o de remo, bañándose en el mar y ejercitando sus fuerzas con la natación, fué uno de los hombres más productivos que ha habido."

Goethe se había sentado frente a mí, y hablamos todavía de varias cosas. Luego volvimos a lord Byron, y se mencionaron algunos de los desdichados accidentes que amargaron los últimos años de su vida, hasta que, al cabo, un impulso noble, pero una suerte desdichada, le llevó a morir a Grecia.

"Hallará usted muy a menudo—siguió diciendo Goethe—que en la edad madura de un hombre se produce una crisis, y que mientras en su juventud todo le sonreía y le era favorable, de pronto cambia su suerte, y los accidentes y desgracias se suceden unos a otros.

"¿Sabe usted cómo me explico esto? El hombre tiene que arruinarse de nuevo. Todo hombre extraordinario está llamado a cumplir una cierta misión. Una vez realizada, ya no es necesario aquí, en la tierra, y la Providencia le destina a otra cosa. Mas como aquí abajo todo tiene que acontecer por caminos naturales, los demonios le echan una zancadilla tras otra, hasta que acaba por caer.

"Así le ocurrió a Napoleón y a otros muchos. Mozart murió a los treinta y seis años; Rafael,

a la misma edad, y Byron, poco más tarde; pero todos habían cumplido plenamente su misión, y ya era tiempo de que se fuesen para que les quedase algo que hacer a otras personas de este mundo, calculado para una larga duración."

Entre tanto se había hecho noche cerrada; Goethe me tendió su amada mano y me fuí.

Miércoles 12 de marzo de 1828.

Después que ayer noche me hube separado de Goethe no dejó de preocuparme la importante conversación que con él había tenido.

Se había hablado también de las fuerzas del mar y del aire marino, emitiendo Goethe la opinión de que tenía a los insulares y habitantes de las costas de climas templados por mucho más productivos y activos que los pueblos que viven en el interior de grandes continentes.

Como me había dormido con estos pensamientos y con cierta nostalgia de las fuerzas vivificantes del mar, tuve a la noche el siguiente gracioso sueño, que me pareció muy curioso.

Me vi en una comarca desconocida, entre hombres extraños, muy alegres y felices. A mi alrededor, en el más hermoso día de verano, brillaba una Naturaleza encantadora, como podía serlo la costa del Mediterráneo, el Mediodía de España o Francia o las cercanías de Génova. Habíamos dormido alegremente, y yo salí con otros jóvenes

para hacer una excursión larga durante la tarde. Habíamos caminado por agradables hondonadas, pobladas de vegetación, cuando de pronto nos encontramos en medio del mar, en una isla pequeñísima, sobre una roca saliente, donde apenas había espacio para cinco o seis personas, y donde no podía uno moverse sin peligro de caer al agua. Hacia atrás, por donde habíamos venido, no se veía sino el mar, y ante nosotros, a un cuarto de hora de distancia, se veía la costa más atractiva. La orilla, en algunos puntos, era plana; en otros, rocosa y medianamente elevada, y por entre verde follaje y blancas tiendas de campaña se veía una multitud de gentes alegres, vestidas con trajes de colores claros, que pasaban gozosamente el día al son de una música armoniosa que salía de las tiendas. "No hay otro remedio—dijo uno de ellos—; tenemos que desnudarnos y pasar a nado." "Para vosotros es fácil—dije yo—, pues sois jóvenes y bellos, y, además, buenos nadadores. Pero yo nado mal y me falta una figura bastante gallarda para mostrarme con tranquilidad en la orilla ante gentes extrañas." "Estás loco—dijo uno de los más bellos—; desnúdate y dame tu figura, que yo te prestaré la mía." Al oír estas palabras me desnudé rápidamente, me metí en el agua, e introducido en el cuerpo del otro, me sentí en seguida un nadador vigoroso. Pronto había alcanzado la costa, y alegremente confiado, me mostré desnudo a las gentes. Me sentía dichoso con mis

hermosos miembros, me movía desembarazadamente, y pronto estuve sentado, lleno de confianza, con algunos desconocidos, en una mesa colocada debajo de un emparrado, donde reinaba el más regocijado humor. Entre tanto, mis camaradas habían ido llegando a la costa y se habían sentado a nuestro lado, y sólo faltaba el muchacho que había cargado con mi cuerpo y en cuyos miembros me encontraba yo tan a gusto. Por último, se aproximó él también a la orilla y me preguntaron si no tenía deseos de contemplar mi antiguo yo. Estas palabras me produjeron cierto malestar, en parte, porque no tenía gran estimación por mi cuerpo, y en parte, porque temía me pidiese que le devolviera el suyo. Sin embargo, me volví hacia el agua y vi a mi segundo yo nadando muy cerca; tenía la cabeza inclinada hacia un lado y me miraba riéndose.

"Tus miembros no tienen la menor fuerza—me gritó—; he tenido que luchar valientemente contra la corriente y las olas, y por eso es de admirar que haya tardado tanto y llegado el último." Reconocí en seguida la cara; era la mía; pero rejuvenecida, algo más llena y más ancha, y con los más frescos colores. Ahora llegaba a tierra, y cuando, incorporándose, dió los primeros pasos por la arena, pude ver sus espaldas y sus muslos, y celebré la perfección de su figura. Vino subiendo por la orilla pedregosa hasta nosotros, y al llegar junto a mí tenía exactamen-

te mi nueva estatura. ¿Cómo es posible—pensé para mis adentros—que mi pequeño cuerpo haya crecido de tal manera? ¿Es que las fuerzas originarias del mar han obrado sobre él tal maravilla, o es que el espíritu juvenil del amigo le ha penetrado los miembros? Mientras después pasamos juntos alegremente un largo rato, me maravillaba en silencio de que el amigo no mostrase deseos de cambiar nuestros cuerpos. En realidad—pensaba—, tiene un aspecto magnífico y puede que le sea indiferente; pero a mí no me lo es, pues no sé si al volver a mi cuerpo no tornaré a reducirme y a ser tan pequeño como antes. Para aquietar mis dudas llamé aparte a mi amigo y le pregunté qué tal se sentía en mis miembros. "Perfectamente—me respondió—; me siento el mismo de antes y con la misma fuerza. No sé qué tienes contra tus miembros; a mí me sientan muy bien; la cosa es tener voluntad para regirlos. Sigue en mi cuerpo todo el tiempo que gustes, pues yo no tengo inconveniente en albergarme para siempre en el tuyo." Esta explicación me regocijó en extremo, y como, por otra parte, yo también veía que mis sentimientos, ideas y recuerdos eran los mismos de antes, tuve en sueños la impresión de la completa independencia de nuestra alma y de la posibilidad de una futura existencia en otro cuerpo.

"Su sueño es muy interesante—dijo Goethe cuando, después de comer, le comuniqué los rasgos principales—. Se ve—continuó—que las musas le visitan también en sueños y le tratan con señalado favor, pues confesará usted que despierto le sería difícil imaginar una cosa tan linda y original."

"Apenas comprendo cómo se me ha ocurrido —repliqué—, pues me sentía tan desalentado todo el día, que estaba muy lejos de mí la visión de una vida tan fresca."

"Alientan en la naturaleza humana fuerzas maravillosas—replicó Goethe—, y cuando menos lo esperamos nos regalan con algo bueno. Ha habido ocasiones en mi vida en que me dormía con lágrimas; pero en sueños venían a consolarme y confortarme las figuras más amables, y a la mañana siguiente estaba en pie, fresco y gozoso.

"En general, a nosotros los viejos europeos nos va bastante mal; nuestras situaciones son artificiosas y complicadas, nuestra alimentación y manera de vivir no son naturales, y nuestro trato social carece de afecto y benevolencia. Todo el mundo es fino y cortés, pero nadie tiene el valor de ser franco y sincero; de manera que un hombre honrado con inclinaciones y temperamento naturales lo pasa muy mal. A menudo, desearía uno haber nacido entre los llamados salvajes de las islas del Pacífico para poder gozar una pura existencia humana sin falso sabor.

"Si en un momento de ánimo deprimido se pone

uno a pensar seriamente en la miseria de nuestro tiempo, le parece a uno que el mundo se va acercando poco a poco al día del juicio final. Y el mal aumenta de generación en generación. Pues, además de padecer por los pecados de nuestros padres, transmitimos los defectos heredados a nuestros sucesores, aumentándolos con los nuestros propios."

"Yo tengo a menudo ideas semejantes—repliqué—. Pero cuando veo pasar galopando un regimiento de dragones alemanes y contemplo la belleza y vigor de la gente joven, me consuelo y me digo que el porvenir de la humanidad no es tan obscuro como parece."

"La gente del campo—repuso Goethe—se ha conservado sólida, y es de esperar que durante mucho tiempo no sólo pueda suministrarnos buenos jinetes, sino salvarnos de la decadencia y de la ruina. Puede considerarse como un depósito donde la humanidad decadente renueva y refresca sus fuerzas. Pero vaya usted a nuestras grandes ciudades y verá espectáculos muy distintos. Recórralas usted cogido de la mano de un Diablo Cojuelo o de un médico de mucha práctica, y oirá usted historias que le harán estremecerse ante la miseria de la humanidad y asombrarse ante las lacerias que afligen a la naturaleza humana y de que sufre la sociedad.

"Pero dejemos estas ideas melancólicas. ¿Qué tal le va? ¿Qué hace usted? ¿Qué le ha pasado a usted hoy? Cuénteme y sugiérame buenas ideas."

"He leído en Sterne—repliqué—el pasaje en que Yorick, recorriendo las calles de París, hace la observación de que de cada diez hombres uno es enano. Pensaba en eso cuando hace un momento hablaba usted de las lacerias de las grandes ciudades. Recuerdo haber visto en tiempos de Napoleón un batallón de infantería francesa formado de parisienses, los cuales eran gente tan decaída, que no podía comprenderse que pudiese utilizárselos en la guerra."

"Los escoceses de Wellington—replicó Goethe—deben de haber sido gentes de otro temple."

"Yo los vi en Bruselas, un año antes de la batalla de Waterlóo—respondí—. Eran realmente hombres hermosos, fuertes, frescos y ágiles, como acabados de salir de las manos de Dios. Llevaban la cabeza erguida con tal arrogancia, y marchaban con tanta ligereza con sus vigorosas piernas desnudas, como si entre ellos no hubiese pecado original ni taras hereditarias."

"Es una cosa extraña—replicó Goethe—. No sé si está en la herencia, o en el suelo, o en la libertad de su constitución, o en lo sano de su educación; el caso es que los ingleses parecen superar en algunas cosas a los demás. Aquí, en Weimar, no vemos más que una fracción mínima de ellos, y seguramente no los mejores; pero ¡qué hermosos y sanos! A pesar de que vienen aquí tan jóvenes, no se sienten extraños ni embarazados en esta tierra alemana extranjera. Se presentan en sociedad con tanto aplomo y se conducen con

tal desembarazo como si fuesen en todas partes los señores y como si todo el mundo les perteneciese. Por eso les agradan a nuestras mujeres y por eso causan tantos estragos en los corazones de nuestras damitas. Así que yo, como padre de familia alemán, a quien preocupa la tranquilidad de los suyos, siento un pequeño estremecimiento cuando mi nuera me anuncia la pronta llegada de un nuevo inglés joven. Yo veo ya en imaginación las lágrimas que va a hacer correr a su marcha. Son gentes peligrosas, y el ser peligrosas es precisamente su virtud."

"Sin embargo—repliqué yo—, no me atrevería a afirmar que nuestros muchachos ingleses de Weimar sean más inteligentes, más ingeniosos y más ilustrados y mejores que otros."

"No está en eso la cosa, amigo mío—repuso Goethe—. Tampoco está en el nacimiento ni en la riqueza; lo que importa es tener valor para ser lo que la Naturaleza le ha hecho a uno. En ellos no hay nada artificioso ni forzado; no son nada a medias; sean lo que sean, son hombres absolutamente completos. A veces, sin duda, locos completos; pero siempre son algo y tienen algún peso en la balanza de la Naturaleza.

"La dicha de la libertad personal, la conciencia del nombre inglés y de lo que en otras naciones significa, favorece ya a los niños; de manera que, tanto en la familia como en los establecimientos de enseñanza, se los trata con mucha mayor con-

sideración y viven más libres y más felices que nuestros niños alemanes.

"Me basta asomarme en nuestro buen Weimar a la ventana para ver lo que pasa entre nosotros. El otro día nevaba, y los niños de la vecindad se disponían a probar en la nieve sus pequeños trineos; inmediatamente apareció un guardia, y pude ver cómo los pobres chicos se apresuraban a huir. Ahora que el sol de primavera los saca de sus casas y que de buena gana saldrían a jugar, los veo indecisos e inseguros como si temiesen la llegada de algún autoritario polizonte. No puede un niño chasquear su látigo, cantar o gritar, sin que en seguida aparezca un policía para prohibírselo. Todo está organizado entre nosotros para domesticar a la infancia desde bien temprano y para hacerle perder lo natural, lo original, lo apasionado, y que sólo quede el filisteo.

"Ya sabe usted que apenas pasa día sin que reciba la visita de algún forastero de paso por Weimar. Pues bien: mentiría si le dijese a usted que me complace el aspecto de los jóvenes eruditos alemanes, particularmente los de cierta dirección de la Alemania septentrional. Cortos de vista, pálidos, con el pecho hundido, éste es el cuadro que me ofrecen la mayoría. Y cuando entablo conversación con ellos, pronto echo de ver que las cosas que a nosotros nos complacen, a ellos les parecen nimias y triviales; que están sumidos en las ideas y que sólo pueden interesarse por los altos problemas de la especulación. No hay en ellos

sombra de visión sana de las cosas ni de alegría sensual; han perdido todo sentimiento y todo placer de juventud, y esto de un modo irremediable; pues el hombre que a los veinte años no es joven, ¿cómo ha de serlo a los cuarenta?"

Goethe suspiró y calló.

Yo pensaba en la época feliz del siglo pasado en que transcurrió la juventud de Goethe; se apareció a mi alma el aire juvenil de Sesenheim, y le recordé aquellos versos:

"Por las tardes estábamos sentados
los jóvenes a la sombra."

"¡Ah!—suspiró Goethe—. ¡Aquéllos eran tiempos hermosos! Pero apartémoslos de nuestra imaginación para que las nieblas del presente no nos resulten completamente insoportables."

"Sería necesario—dije—que viniese otro Salvador para libertarnos de la seriedad, la incomodidad y la enorme opresión de las actuales circunstancias."

"Si viniera—dijo Goethe—, volverían a crucificarlo por segunda vez. Pero no necesitamos cosa tan grande. Si los alemanes tuviésemos, siguiendo el modelo de los ingleses, menos filosofía y más actividad, menos teoría y más práctica, nos habríamos salvado, en buena parte, sin tener que esperar la venida de un segundo Cristo. Mucho podría hacerse desde abajo, en las escuelas y por la educación familiar, y mucho desde arriba por el soberano y sus consejeros."

"Así, verbigracia, no puedo aprobar que se exijan tantos conocimientos eruditos a los futuros servidores del Estado, con lo cual se aniquila prematuramente el cuerpo y el espíritu de los muchachos. Cuando llegan a la práctica poseen un enorme caudal de saber filosófico y erudito que no puede tener aplicación en el círculo reducido de su profesión, y que, por tanto, hay que olvidar como superfluo. En cambio, han perdido lo que más falta les hacía: la energía espiritual y física, imprescindible para comportarse debidamente en la vida práctica.

"Y luego, ¿no necesita un servidor del Estado en su vida, en el trato de los hombres, afecto y benevolencia? ¿Mas cómo ha de sentir benevolencia con otros el que no está satisfecho de sí mismo?

"¡Y la vida de esas gentes es amarga de veras! La tercera parte de los sabios y empleados públicos que están sentados ante su mesa de escribir están corporalmente arruinados y son presa del demonio de la hipocondría. Sería necesaria una intervención de arriba para salvar al menos a las generaciones futuras de semejante perdición.

"Pero esperemos—dijo Goethe, sonriendo—a ver si dentro de un siglo los alemanes hemos dejado de ser sabios y filósofos abstractos y hemos llegado a ser hombres."

Viernes 16 de mayo de 1828.

Paseo en coche con Goethe. Se divirtió en recordar sus disensiones con Kotzebue y consortes, y recitó algunos epigramas muy regocijados contra aquél, los cuales, por lo demás, eran más ingeniosos que ofensivos. Le pregunté por qué no los había incluído en sus obras. "Tengo una colección entera de poesías de ese género—replicó Goethe—, que guardo en secreto y que sólo en ocasiones enseño a mis amigos más íntimos. Este arma inofensiva era la única que empleaba contra los ataques de mis enemigos. Escribiéndoles esos epigramas me divertía y me purificaba y libertaba del fatal sentimiento del odio que hubieran tenido que producirme los ataques públicos, y con frecuencia, malévolos, de mis adversarios. Esas poesías me han prestado, pues, un gran servicio personal. Pero no quiero hacer que el público se ocupe en mis cosas privadas ni molestar con mis epigramas a personas aún vivas. Más tarde, algunas de esas cosas podrían publicarse sin inconveniente."

Viernes 6 de julio de 1828. *

El rey de Baviera envió hace algún tiempo a Weimar a su pintor de cámara Stieler para que hiciese un retrato de Goethe. A manera de carta de recomendación, y como testimonio de su arte,

Stieler trajo consigo el retrato, de tamaño natural, de una mujer joven, muy hermosa, la actriz muniquesa señorita Hagn. Goethe le concedió todas las sesiones que deseaba, y el retrato se terminó hace pocos días. Este mediodía estuve comiendo a solas con Goethe. A los postres se levantó y me condujo al gabinete contiguo al comedor, donde me mostró el trabajo de Stieler. Luego me llevó muy misteriosamente a la habitación llamada de las mayólicas, donde estaba el retrato de la hermosa actriz. "¿Verdad que es muy hermosa?—me dijo luego que hubimos estado un rato contemplándola—. Stieler es hombre avisado. Me trajo este hermoso bocado como reclamo, y cuando con estas artes logró conseguir que me sentara, halagó mi esperanza de que también el pintor podría hacer un ángel de la cabeza de un viejo."

Viernes 26 de septiembre de 1828. *

Goethe me enseñó hoy su rica colección de fósiles, que se encuentra en el pabellón de su jardín. La colección comenzó a hacerla él mismo, la aumentó su hijo y es particularmente notable por una serie numerosa de huesos petrificados hallados todos en los alrededores de Weimar.

Lunes 6 de octubre de 1828. *

A comer en casa de Goethe con el señor von Martius, que está aquí desde hace unos días y que conversa con Goethe sobre asuntos de Botánica. El tema principal es el de la tendencia espiral de las plantas, respecto de lo cual von Martius ha hecho importantes descubrimientos, que comunica a Goethe, para quien abren un nuevo campo. Goethe acopia las ideas de su amigo con una especie de pasión juvenil. "Esos descubrimientos son de gran valor para la fisiología de las plantas—dijo—. La nueva concepción de la tendencia espiral está absolutamente conforme con mi teoría de las metamorfosis; ha sido hallada por el mismo camino, pero significa un enorme progreso."

Viernes 17 de octubre de 1828. *

Goethe lee desde hace algún tiempo con mucha asiduidad el *Globe*, y hace de esta hoja muy a menudo el tema de su conversación. Los esfuerzos de Cousin y su escuela le parecen particularmente interesantes.

"Estos hombres—dijo—están en camino de producir una aproximación entre Francia y Alemania, porque están construyendo un lenguaje que es muy a propósito para establecer el comercio de ideas entre ambas naciones."

También le ofrece el *Globe* a Goethe un interés especial, porque se comentan en él las nuevas producciones de la literatura francesa y porque defiende apasionadamente las libertades de la escuela romántica, o, más bien, la liberación de la cadena de reglas sin significado.

"¿Para qué sirve todo ese montón de reglas de un tiempo anticuado—dijo hoy—, y para qué todo este ruido a propósito de lo clásico y lo romántico? Con que una obra sea buena y sólida es también clásica."

Jueves 23 de octubre de 1828.

Goethe habló con grandes elogios de un pequeño ensayo del canciller que trataba del gran duque Carlos Augusto y que exponía en apretado resumen la vida pródiga en hechos de este raro príncipe.

"El pequeño ensayo está realmente bien—dijo Goethe—. El material está recogido con mucho criterio y gran cuidado, estando todo animado por el soplo del más íntimo afecto, y al mismo tiempo es tan apretada y sobria la exposición, que los hechos se suceden rápidamente unos a otros, y ante el desfile de una vida tan rica y tan activa nos parece vernos arrebatados de un vértigo espiritual. El canciller ha enviado su trabajo a Berlín, y al cabo de algún tiempo ha recibido una hermosa carta de Alejandro de Hum-

boldt, que no he podido leer sin conmoverme profundamente. Humboldt estuvo en relación durante mucho tiempo con el gran duque, en relación íntima, lo cual no es de extrañar, porque la naturaleza profundamente seria del gran duque estaba siempre ansiosa de saber, y Humboldt era precisamente el hombre que por la universalidad de sus conocimientos podía dar a cualquier pregunta la contestación mejor y más profunda.

"Ahora quiso el destino que el gran duque estuviese en Berlín los últimos años de su vida en comunicación constante con Humboldt, al cual pidió la solución de algunos problemas importantes que le preocupaban, y no dejó de ser una coincidencia dichosa el que uno de los príncipes más grandes que ha tenido Alemania haya tenido a Humboldt como testigo de sus últimos días. He hecho que me sacasen copia de la carta, y quiero leerle a usted algunos trozos de ella."

Goethe se levantó, fué a su pupitre y sacó la carta, sentándose de nuevo a la mesa conmigo. Vi que sus ojos se llenaban de lágrimas. "Léala usted—me dijo, tendiéndome la carta—; se levantó y empezó a pasear por la habitación mientras yo leía.

"¿Quién podría sentirse más afectado que yo por la rápida muerte del finado—escribía Humboldt—. Durante treinta años me había tratado con amable benevolencia y hasta puedo decir con sincera predilección. Estando aquí quería tenerme a su lado a todas horas; y como si su luci-

dez, lo mismo que el resplandor en las cimas nevadas de los Alpes, fuese el anuncio de la desaparición de la luz, nunca he visto al gran príncipe con tanta vivacidad, tanto ingenio, tan afable y tan interesado por la vida del pueblo como en los últimos días que pasó aquí.

"Yo le dije varias veces a mis amigos, movido por tristes presentimientos, que esta misteriosa claridad del espíritu en medio de tanta debilidad física era un fenómeno alarmante. El enfermo oscilaba visiblemente entre la esperanza de la curación y el temor de la catástrofe.

"Cuando le vi, veinticuatro horas antes de su muerte, estaba desayunándose y bebía sin mostrar ninguna gana de comer; preguntaba animadamente por los trozos de granito que habían venido por Suecia de los países bálticos; se informaba sobre las colas de los cometas que pueden mezclarse en nuestra atmósfera, enturbiándola; preguntaba la causa de los grandes fríos de invierno en las costas orientales.

"Cuando le vi por última vez me estrechó la mano, al despedirnos, diciéndome alegremente: "¿Cree usted, Humboldt, que Teplitz y los demás manantiales calientes son como agua, que se calienta artificialmente? No se trata de un fuego de cocina. Sobre este punto discutiremos en Teplitz, si viene usted con el rey. Ya verá usted cómo el viejo fuego de la cocina me va a restablecer." ¡Qué extraño! Todo era notable en un hombre como él.

"En Potsdam estuve varias horas sentado con él, en el canapé; bebía y dormía alternativamente; volvía a levantarse para escribir a su esposa y luego volvía a dormir. Estaba alegre, pero muy agotado En los intervalos me abrumaba con preguntas difíciles sobre Física, Astronomía, Meteorología y Geognosia, sobre la transparencia de los núcleos de los cometas, sobre la atmósfera de la Luna, sobre las dobles estrellas coloreadas, sobre la influencia de las manchas del Sol, sobre la temperatura, sobre la aparición de las formas orgánicas en el mundo primitivo, sobre el color interior de la Tierra. Se dormía en mitad de sus discursos y de los míos; se inquietaba con frecuencia y luego me decía, afablemente, pidiéndome perdón por su aparente distracción: "Ya ve usted, Humboldt, esto se acaba."

"De pronto pasaba, sin transición, a tratar de asuntos religiosos. Se lamentaba del pietismo exaltado y de la coincidencia de este fanatismo con tendencias políticas favorables al absolutismo y a la opresión de todo movimiento libre de los espíritus. "¡Y no son más que gentes insinceras—exclamó—, que creen hacerse agradables con eso a los príncipes para conseguir puestos y condecoraciones. Han utilizado su predilección poética por la Edad Media para deslizarse en las antecámaras regias."

"Pronto se acalló su cólera, y habló de que ahora halla muchos consuelos en la religión cristiana. "Es una doctrina amiga del hombre—dijo—;

pero la han impurificado desde el principio. Los primeros cristianos eran los librepensadores, frente a los ultramontanos de la época."

Le participé a Goethe la alegría íntima que me producía la magnífica carta. "Ya ve usted —dijo Goethe—qué hombre de más extraordinario temple era el gran duque. Y qué agradable es que Humboldt haya recogido estos pocos rasgos últimos que pueden servir de símbolo en que se refleja la naturaleza del excelente príncipe. Sí, así era. Yo soy quien mejor puede decirlo, pues nadie le conocía tan bien como yo. ¿Pero no es una pena que la Naturaleza no haga diferencias y que un hombre semejante desaparezca tan pronto? Un siglo más, y ¡a qué altura hubiera elevado a su época! ¿Pero sabe usted una cosa? El mundo no llegará tan pronto como deseamos y pensamos a su perfección. Siempre se interponen los demonios retardatarios, y el mundo progresa, pero muy lentamente. Cuando usted haya vivido más se dará cuenta de que tengo razón."

"La evolución de la humanidad—dije yo—parece estar calculada por miles de años."

"¡Quién sabe!—repuso Goethe—. ¡Quizás por millones! Pero, dure lo que dure la humanidad, no le faltarán nunca obstáculos ni dificultades que le hagan desarrollar sus fuerzas. Llegará a ser más inteligente y a ver más claro; pero no será mejor, más feliz ni más enérgica, o sólo lo será en algunas épocas. Yo veo venir el tiempo en que Dios pierda sus simpatías por la humanidad

y lo destruya todo para que sobrevenga una creación renovada. Estoy seguro de que todo está calculado y de que ya está fijado en el porvenir el tiempo y la hora en que aparecerá esta época de rejuvenecimiento. Pero tardará algún tiempo en llegar, y todavía pasarán algunas cosas agradables durante miles y miles de años en nuestra amada antigua tierra."

Goethe estaba hoy del mejor humor. Hizo que le trajesen una botella de vino, de la que se sirvió y me sirvió. Nuestra conversación volvió al gran duque Carlos Augusto.

"Ya ve usted—dijo Goethe—que su espíritu extraordinario abraza el reino entero de la Naturaleza: Física, Astronomía, Geognosia, Meteorología, estructuras de plantas y animales primitivos y todas las cosas que eso lleva consigo; para todo tenía sentido e interés. Cuando yo vine a Weimar tenía él diez y ocho años, y ya entonces mostraba brotes de lo que el árbol llegaría a ser un día. Pronto se ligó íntimamente a mí, tomando un interés profundo por todas mis empresas. El que yo le llevase diez años favoreció nuestras relaciones. Pasábamos las noches en mi casa, entretenidos en profundas consideraciones sobre objetos de la Naturaleza y el arte. A veces, seguíamos aún hablando, ya avanzada la noche, y no era raro que nos durmiésemos en mi sofá. Cincuenta años duraron nuestras relaciones, y no es de admirar que hayamos hecho algo."

"Una ilustración tan profunda—dije—como la

que parece haber tenido el gran duque debe de darse pocas veces en personas reales."

"¡Muy pocas veces!—replicó Goethe—. Ciertamente hay muchos que son capaces de hablar acertadamente de éstos o aquellos asuntos; pero no se interesan por ellos hondamente, y se limitan a arañar en la superficie. Y no hay que asombrarse si se piensa en las enormes distracciones y quehaceres que la vida de corte trae consigo y a que un príncipe joven está expuesto. Está obligado a enterarse de todo. Tiene que saber un poco de esto, un poco de lo otro y un poco de lo de más allá. No puede fijarse en nada, ni arraigar en nada, y se necesita una muy potente naturaleza para no disiparse en humo en medio de tantas exigencias. Ahora, que el gran duque era un gran hombre por naturaleza, con lo cual queda dicho todo."

"A pesar de su interés por las cosas espirituales y científicas—dije—, parece haber poseído también el arte de gobernar."

"Era un hombre completo—replicó Goethe—, y todo en él brotaba de una única fuente. Y como el conjunto era bueno, todas su acciones particulares eran buenas también, cualquiera que fuese el objeto de ellas. Por lo demás, para gobernar le favorecían estas tres cosas. Poseía el don de distinguir espíritus y caracteres y de colocar a cada cual en su puesto. Esto vale mucho. Luego, poseía otra cualidad de tanto valor como ésa o más; estaba animado de la más noble benevolencia, del

más puro amor a los hombres, y su alma quería apasionadamente lo mejor. Pensaba siempre en primer lugar en la dicha de su país, y sólo en último término en la suya propia. Estaba siempre dispuesto a ayudar a las gentes de buena voluntad y a fomentar los buenos propósitos. Había en él mucho de divino. Hubiera deseado hacer dichosa a la humanidad entera. Pero el amor engendra el amor, y quien es amado gobierna fácilmente.

"Y, por último, en tercer lugar: era superior a su ambiente. De diez voces que comentaran un caso, la mejor era la undécima, la suya. Las sugestiones extrañas resbalaban en él, y no era fácil que hiciese algo impropio de su dignidad, porque rechazaba todo servicio sospechoso que se le hiciese y se ponía en guardia contra los bribones que le recomendaban. Lo veía todo por sí mismo, juzgaba por sí mismo y en todos los casos tenía en sí propio la más firme base. Además era silencioso, y a sus palabras seguía siempre la acción."

"¡Cuánto siento no haber conocido de él—dije yo—más que su exterior! Pero éste se me ha quedado profundamente impreso. Le veo aún en su viejo carruaje, con su capa gris gastada y su gorro militar, cuando salía a cazar, fumando un cigarro, con sus perros tras él. Nunca le he visto en más carruaje que en este modesto coche viejo, y nunca más que con dos caballos. Una carroza con seis caballos y uniforme con condecoraciones no parecen haber sido de su gusto."

"Ese aparato principesco—dijo Goethe—ya no es cosa de los tiempos que corremos. Lo que importa es lo que uno pesa en la balanza de la humanidad; el resto es vano. Un uniforme con condecoraciones y una carroza de seis caballos, a lo sumo, impone a la masa grosera, y ni aun apenas. Por lo demás, el coche del gran duque apenas si se sostenía en sus muelles. Daba unos saltos tremendos. Pero le gustaba eso. Amaba lo recio e incómodo y odiaba toda blandura."

"Huellas de esto—dije—se perciben ya en el poema *Ilmenau*, donde parece usted haberle caracterizado.

"Entonces era él muy joven—dijo Goethe—y llevábamos una vida algo loca. Era como un vino exquisito que estaba aún en fermentación. No sabía qué hacer de sus fuerzas, y muchas veces estuvimos en peligro. Le agradaba galopar sobre zarzales, fosos y torrentes y cansarse montaña arriba y abajo el día entero, para acampar luego a la noche, al aire libre, en el bosque, con fogatas encendidas. No daba valor ninguno a un gran ducado adquirido por herencia; lo que le hubiera agradado era tener que conquistarse uno por asalto.

"El poema *Ilmenau* contiene, como episodio, una época que ya había pasado hacía varios años en 1783, cuando lo escribí; de manera que pude describirme a mí mismo como una figura histórica y sostener una conversación con mi propio yo de años anteriores. Como usted sabe, se describe

en el poema una escena nocturna, que podía haber ocurrido después de una de aquellas osadas cacerías por la montaña. Al pie de una roca habíamos construído pequeñas cabañas, cubiertas con ramas de abetos, para dormir en ellas sobre el suelo seco. Ante las cabañas ardían varias hogueras, y en ellas asábamos los productos de la caza. Knebel, que ya entonces era incansable de la pipa, era el que estaba más próximo al fuego y entretenía a la sociedad con sus secas bromas mientras la botella de vino pasaba de mano en mano. Seckendorf, con su esbeltez y sus ágiles miembros, se había tendido cómodamente al pie de un árbol y murmuraba cosas poéticas. A un lado, en una cabaña semejante, el gran duque dormía profundamente. Yo estaba sentado ante ella, cerca del fuego, sumergido en hondos pensamientos y sintiendo remordimientos por el daño que mis escritos había podido producir. Aun hoy me parece que Knebel y Seckendorf no están mal descritos y tampoco está mal caracterizado el ímpetu juvenil del príncipe a los veinte años:

"La inquietud le atrae a distancia:
no hay para él roca demasiado aguda ni sendero demasiado [estrecho.
La desgracia le acecha
y le empuja en brazos del sufrimiento.
Luego, el impulso doloroso exaltado le lleva
violentamente tan pronto aquí como allí,
y del movimiento exaltado
descansa intranquilo.
Violento y duro en el día gozoso,
exaltado sin alegría,
duerme herido y magullado en el alma y el cuerpo,
sobre una cama dura."

"Así era él. No hay en la descripción ni un solo rasgo exagerado. Pero pronto salió el gran duque de este período tormentoso y apasionado y adquirió una visión equilibrada de las cosas; así que en 1783, el día de su cumpleaños, pude recordarle esta figura de sus años juveniles.

"No niego que al principio me puso en apuros y cuidados. Pero su sólida naturaleza se purificó y afirmó a tiempo, y era un verdadero placer convivir y colaborar con él."

"En esa época—dije—hizo usted con él un viaje por Suiza."

"Le agradaban mucho los viajes—replicó Goethe—. Pero no tanto por divertirse y distraerse cuanto por verlo y oírlo todo atentamente y hallar cosas buenas y útiles que introducir en su país. La agricultura, la ganadería y la industria le debieron mucho en este sentido. En general, sus tendencias no eran personales, egoístas, sino productivas, y productivas para el bienestar general. Así ha logrado hacerse un nombre que se extiende mucho más allá de este país."

"Su exterior, sencillo y descuidado—dije—, parecía indicar que no buscaba la gloria, que le importaba poco. Parece que ha conquistado la celebridad sin hacer nada por su parte y sólo por obra de su acción moral."

"Lo que ocurre es—repuso Goethe—que, así como un tronco arde porque encierra en sí materia incandescente, un hombre se hace célebre porque hay en él materia apropiada para ello. La gloria

no puede buscarse, es inútil afanarse en perseguirla. Una persona puede llegar a hacerse un nombre por su conducta razonable y empleando toda suerte de artificios; mas si carece de la riqueza interior necesaria, su renombre es vano y flor de un solo día.

"Lo propio ocurre con el favor del pueblo. El gran duque no lo buscaba ni adulaba a la gente; pero el pueblo lo amaba porque sentía que era su amigo cordial."

A continuación, Goethe pasó revista a todos los miembros de la familia reinante, e hizo notar cómo todos ellos tenían un carácter noble. Habló de la bondad del actual regente, de las grandes esperanzas que podían ponerse en el príncipe heredero, y se explayó con visible afecto, ensalzando las raras cualidades de la princesa, que actualmente nos rije, que emplea grandes medios para aliviar grandes dolores y despertar buenos gérmenes. "Siempre ha sido un ángel para su país —dijo—, y lo será cada vez más a medida que vaya ligándose más íntimamente a él. Conozco a la gran duquesa desde 1805, y he tenido multitud de ocasiones de admirar su grandeza de espíritu y su carácter. Es una de las mujeres mejores y más grandes de nuestra época, y lo sería aunque no fuese princesa. Y eso es digno de estimación; aun desposeída de la púrpura, le quedaría mucho grande, le quedaría propiamente lo mejor."

Luego hablamos de la unidad de Alemania y en qué sentido era posible y deseable.

"No temo—dijo—que Alemania no llegue a conseguir su unidad; nuestras buenas carreteras y nuestros futuros ferrocarriles harán lo suyo. Pero, ante todo, que los lazos del afecto nos unan a todos y que la misma moneda tenga el mismo valor en todo el imperio; que mi baúl pueda pasar sin ser abierto por nuestros treinta y seis Estados; que el pasaporte de un ciudadano de Weimar no sea declarado nulo por el empleado de la frontera de un gran Estado vecino como si se tratase de un pase extranjero; que no se hable de naturales y extranjeros entre los Estados alemanes. Que en Alemania se unifiquen los pesos y medidas en el comercio y en cien otras cosas que no podría ni sabría enumerar.

"Pero es un error pensar que la unidad de Alemania ha de consistir en que forme un gran imperio con una sola gran capital y que esta capital sirva mejor para fomentar el desarrollo de los talentos individuales, como así también el bienestar de la masa.

"Se ha comparado un Estado con un cuerpo vivo con muchos miembros, y entonces podría considerarse la capital como el corazón, del que fluye vida y bienestar para los demás miembros próximos y lejanos. Mas en los miembros que están muy lejos del corazón, a medida que la distancia aumenta, la vida llegará más débil. Un francés ingenioso—creo que Dupin—ha trazado un mapa de la situación cultural de Francia, y ha indicado con una escala de colores más o menos

claros el grado de ilustración de los distintos departamentos. Pues algunos departamentos de las provincias meridionales, muy apartados de la capital, aparecen completamente negros, como signo del gran atraso que en ellos reina. ¿Ocurriría esto si la bella Francia, en vez de tener un gran punto central único, tuviese diez de los que brotasen luz y vida?

"¿Qué es lo que hace la grandeza de Alemania, sino la admirable cultura popular que ha penetrado uniformemente en todas las partes del imperio? Y esta cultura, ¿de dónde sale, sino de las distintas residencias de los príncipes, que la guardan y fomentan? Si desde siglos no hubiéramos tenido en Alemania más que, verbigracia, las dos capitales de Viena y Berlín, o una sola, veríamos en qué nivel estaba la cultura alemana y hasta el bienestar general que acompaña a la cultura.

"Alemania tiene más de veinte Universidades esparcidas por todo el imperio y más de cien Bibliotecas públicas y un gran número de colecciones artísticas y de objetos de todos los reinos de la Naturaleza; pues todos los príncipes han procurado reunir esas bellezas en su residencia. Gimnasios y escuelas técnicas e industriales las hay de sobra, tanto, que apenas hay un pueblo que no tenga una. ¿Y qué pasa en cambio en Francia?

"Y luego, los teatros alemanes, cuyo número pasa de setenta, y que no puede despreciarse, son también portadores y fomentadores de la alta

educación del pueblo. El sentido para la música y el canto no está tan extendido en ninguna parte como en Alemania, y eso también quiere decir algo.

"Piense usted en ciudades como Dresde, Munich, Stuttgart, Cassel, Braunschweig, Hannóver y otras semejantes; piense usted en los grandes elementos de vida que encierran; piense usted en la influencia que ejercen sobre las provincias limítrofes, y pregunte usted si ocurriría esto de no haber sido desde hace mucho tiempo residencia de príncipes.

"Francfort, Brema, Hamburgo, Lübeck son ciudades grandes y brillantes, y su influencia sobre el bienestar de Alemania es incalculable. ¿Pero seguirían siendo lo que son si perdiesen su autonomía y se incorporasen a un gran imperio alemán, convirtiéndose en ciudades provinciales?"

Miércoles 3 de diciembre de 1828. *

Hoy pasé con Goethe un rato muy divertido. Madame Duval, de Cartigny, del cantón de Ginebra, que era muy hábil en la preparación de confituras, me había enviado, como muestra de su arte, algunos dulces para la gran duquesa y para Goethe, plenamente convencida de que sus confituras eran tan superiores a las otras como las poesías de Goethe a las del resto de sus competidores alemanes.

La hija de esta señora deseaba desde muy antiguo un autógrafo de Goethe, lo que me hizo pensar que las dulces confituras moverían a Goethe a escribir una poesía para mi joven amiga.

Fuí, pues, a verle, con el aspecto de un diplomático encargado de un negocio importante, y traté con él de potencia a potencia, exigiéndole, a cambio de las confituras, una poesía original autógrafa. Goethe se rió, acogió muy bien la broma y me pidió en seguida los dulces y confites, que encontró excelentes. A las pocas horas recibí con gran sorpresa mía los siguientes versos, como regalo de Navidad, para mi amiga:

"¡País dichoso aquel donde los confites
llegan a tanta perfección,
y donde, para el mayor encanto del paladar,
prudentes matronas se ocupan en prepararlos... *etc., etc.*"

Cuando volví a verle me dijo, bromeando, que ahora podía sacar grandes beneficios de su profesión de poeta, mientras que en su juventud no había podido hallar editor para el *Götz*. "Acepto su tratado de comercio—me dijo—. Cuando haya terminado mis confituras no se olvide de pedir otras, que yo pagaré puntualmente mis letras de cambio poéticas."

Domingo 21 de diciembre de 1828.

La noche pasada tuve un sueño curioso, que le referí hoy a Goethe, quien le halló muy interesante. Me encontraba en una ciudad extran-

jera, en una amplia calle hacia el Sudeste, parado con una multitud de personas contemplando el cielo, que aparecía cubierto de ligeros vapores, y en el que lucía el amarillo más puro. Todos aguardaban lo que iba a pasar, cuando se formaron dos puntos luminosos, que cayeron con estrépito, como meteoros, no lejos del sitio en que estábamos. Corrimos apresuradamente a ver lo que era, y me encontré nada menos que con ¡Fausto y Mefistófeles! Me quedé asombrado, y alegremente me uní a ellos como antiguos amigos, yendo los tres juntos, agradablemente entretenidos, hasta doblar la próxima esquina. No recuerdo lo que hablamos; pero su presencia me produjo tan profunda impresión, que se me ha quedado firmemente grabada y no la olvidaré fácilmente. Ambos eran más jóvenes de lo que se suele creer: Mefistófeles tendría unos veinte años, y Fausto, unos veintisiete. El primero tenía aspecto muy distinguido, alegre y desembarazado y caminaba con la agilidad de un Mercurio. Su rostro era hermoso, pero malévolo, y no se hubiera podido notar que era el demonio si de su frente juvenil no saliesen dos lucidos cuernos encorvados hacia afuera, como una hermosa cabellera que sobresale con relieve por los lados. Cuando Fausto, caminando, volvió hacia mí su rostro para hablarme, quedé asombrado de lo peculiar de su expresión. En cada rasgo se veía que la moralidad y la bondad era lo predominante y lo originario de su naturaleza. Notábase en él

que, a pesar de su juventud, su alma había pasado ya por todos los placeres, dolores y preocupaciones: tan trabajado aparecía su rostro. Era un poco pálido, y tan atractivo, que no se saciaba uno de verle; traté de fijar bien sus rasgos para dibujarlos. Fausto iba a la derecha; Mefistófeles, entre nosotros dos, y recuerdo perfectamente que Fausto volvía su rostro expresivo y hermoso para hablar con Mefistófeles y conmigo. Ibamos por las calles, y la gente pasaba ante nosotros sin hacernos caso.

1830-1832

Lunes 18 de enero de 1830. *

Goethe habló de Lavater, ensalzando sobremanera su carácter. Me refirió también algunas anécdotas de los tiempos de su amistad íntima. En aquel tiempo habían dormido a menudo fraternalmente en el mismo lecho. "Es de lamentar —continuó— que un misticismo blando haya puesto tan pronto trabas al libre vuelo de su espíritu."

Viernes 22 de enero de 1830. *

Hablamos acerca de la *Historia de Napoleón*, de Walter Scott.

"Es cierto —dijo Goethe— que pueden echarse en cara al autor grandes inexactitudes y una parcialidad muy grande; pero estos dos defectos precisamente dan a su obra un singular valor a mis ojos. El éxito del libro en Inglaterra excedió a toda ponderación, y esto demuestra que Walter Scott, en su odio a Napoleón y a los franceses, es el intérprete de la opinión popular y del sentimiento nacional inglés. Su libro no será un documento para la historia de Francia, pero sí para la de Inglaterra. En todo caso, habla en él

una voz que no debía faltar en este proceso histórico.

"En general, me agrada mucho escuchar las más encontradas opiniones sobre Napoleón. Estoy leyendo ahora la obra de Bignon (1), que tiene para mí un interés singular."

Lunes 25 de enero de 1830. *

Le traje a Goethe el índice de los escritos que había dejado Dumont (2) como preparación de una edición de sus obras. Goethe lo leyó con mucho cuidado y pareció asombrado de la gran riqueza de conocimientos, intereses e ideas que presuponía en el autor de tan variados manuscritos.

"Dumont—dijo—tuvo que haber sido un espíritu de la mayor amplitud. No hay entre los asuntos que ha tratado ni uno sólo que no sea interesante y de importancia. Y en la elección de sus asuntos muestra cada cual la casta de hombre que es y el temple de su espíritu. Claro está que no puede pedirse que el espíritu humano posea universalidad suficiente para tratar todos los asuntos con el mismo talento y la misma fortuna; pero aunque el autor no logre en todos el mismo éxito, el mero hecho de haber formado el propósito de tratarlos y haber puesto en ellos su vo-

(1) Diplomático francés que escribió una Historia de Francia, desde el 18 Brumario hasta la paz de Telsit.
(2) Filósofo, tío abuelo de Soret, el autor de esta nota.

luntad hace que se forme de él una elevada opinión. Encuentro además singularmente simpática y estimable la tendencia práctica, útil y benévola que en él predomina siempre."

Había traído también los primeros capítulos de su *Viaje a París*, que quería leerle; pero prefirió leerlos por sí mismo.

Luego bromeó sobre la osadía de muchas gentes que encuentran obscura y difícil una lectura porque sin estudios ni conocimientos preparatorios de ningún género se ponen a leer en seguida una obra filosófica o científica como si fuera una novela.

"Las buenas gentes—continuó—no saben el tiempo y el trabajo que a uno le ha costado aprender a leer. Yo he empleado ochenta años en esa labor, y no puedo decir que la domine."

Miércoles 27 de enero de 1830.

A mediodía, comiendo en casa de Goethe. Sostuvimos una conversación muy animada. Habló con gran encomio del señor von Martius. "Su descubrimiento de la tendencia espiral de las plantas —dijo—es de la mayor trascendencia. Si hubiera de desear algo más de él sería que impusiese osadamente el fenómeno originario por él descubierto y que tuviese el valor de afirmar el hecho como ley, sin preocuparse demasiado en buscar su confirmación."

A continuación me mostró las actas de las sesiones del Congreso de naturalistas de Heidelberg, que contenían facsímiles de los manuscritos, cuyos caracteres estudiamos.

"Sé perfectamente—dijo—que de semejantes reuniones no salen para la ciencia los frutos que podía pensarse; pero son excelentes, porque hacen que las personas se conozcan y que quizás se aficionen unas a otras, lo cual puede tener como consecuencia que se acepte alguna doctrina nueva de un hombre de consideración, el cual, a su vez, se sentirá inclinado a interesarse y fomentar nuevos trabajos en otra especialidad. En todo caso pasan cosas y no se sabe lo que puede salir de ellas."

Luego Goethe me enseñó la carta de un escritor inglés, que estaba dirigida: *A su alteza el príncipe Goethe*. "Ese título—comentó, riéndose—tendré que agradecérselo a los periodistas alemanes, que, en su exagerado afecto hacia mí, me han llamado el príncipe de los poetas alemanes. Y véase cómo el error inocente alemán ha tenido por consecuencia el error igualmente inocente del inglés."

A continuación volvió a hablar de von Martius y le elogió por tener imaginación. "En el fondo—dijo—, sin este preciado don no puede concebirse un naturalista verdaderamente grande. Y no me refiero, ciertamente, a aquella imaginación que flota en vaguedades y fantasea cosas que no existen, sino a la que no abandona el

suelo real de la Tierra y la que de las cosas reales conocidas pasa a las adivinadas y supuestas. Luego llega el momento de examinar si lo adivinado es posible y si no está en contradicción con otras leyes conocidas. Ahora, que una imaginación de esta índole supone una cabeza amplia y serena, que cuenta con un gran conocimiento del mundo y de sus leyes."

Mientras conversábamos llegó un paquete que contenía una traducción de los *Hermanos* al bohemio; pareció proporcionarle a Goethe un gran placer.

Domingo 31 de enero de 1830. *

He visitado a Goethe, acompañando al príncipe. Nos recibió en su despacho.

Hablamos de las distintas ediciones de sus obras, extrañándome oírle decir que la mayor parte de ellas no las poseía. Tampoco poseía la primera edición de su *Carnaval romano*, ornada con grabados de cobre, según dibujos originales. Había ofrecido por ella seis táleros en una subasta, sin obtenerla.

Luego nos enseñó el primer manuscrito de su *Götz von Berlichingen*, en la forma originaria en que lo había escrito hace más de cincuenta años, en pocas semanas, obedeciendo a excitaciones de su hermana.

Los rasgos esbeltos de la letra mostraban ya el carácter libre y claro que después conservó

siempre, y aun conserva, su escritura alemana. El manuscrito era muy limpio; había páginas enteras sin una sola corrección, de manera que más bien parecía una copia que un primer esbozo rápido.

Según nos dijo, sus primeras obras están todas escritas de su puño y letra, incluso el *Werther*, cuyo manuscrito se ha perdido. Más tarde lo ha dictado casi todo, y sólo poesías y bocetos están escritos por él. Con frecuencia, no se ha preocupado de hacer sacar copia de una obra nueva; muchas veces ha entregado al acaso las más preciosas producciones, enviando a Stuttgart, a la imprenta, el único ejemplar que poseía.

Luego que hubimos contemplado suficientemente el manuscrito del *Berlichingen*, nos mostró Goethe el original de su *Viaje a Italia*. El manuscrito de estas observaciones y notas, escritas a diario, ofrece las mismas buenas cualidades que la de su *Götz*. Todo esto es decidido, firme y seguro; no hay nada corregido, y se ve que el escritor tenía ante su alma, claros y frescos, los detalles de sus anotaciones momentáneas. Nada en ellas es distinto y mudable, excepto el papel, que era de diverso tamaño y color en cada ciudad en que el viajero se detenía.

Al final de este manuscrito había un ingenioso dibujo a pluma, de Goethe, un apunte de un abogado italiano, vestido con su traje profesional, hablando ante el Tribunal. Era la figura más curiosa que pueda imaginarse, y su traje tan lla-

mativo, que parecía elegido para ir a un baile de máscaras. Sin embargo, nada había en el dibujo que no estuviese fielmente reproducido en la vida real. Con el índice sobre la punta del pulgar, y con los demás dedos extendidos, aparecía tranquilamente el grueso orador, y el movimiento reposado decía muy bien con la gran peluca que se había echado encima.

Miércoles 3 de febrero de 1830. *

Hablamos del *Globe* y del *Temps*, lo que nos llevó a tratar de la literatura y de los literatos franceses.

"Guizot—dijo Goethe—, entre otras cosas, es un hombre de los que a mí me agradan, un hombre sólido. Posee profundos conocimientos, unidos a un liberalismo ilustrado, que, colocado por encima de los partidos, sigue su propia ruta. Tengo curiosidad por ver el papel que hará en la Cámara, para la cual ha sido elegido ahora."

"Gentes que parecen conocerle sólo superficialmente—repliqué yo—me lo han descrito como algo pedante."

"Habría que saber—respondió Goethe—la clase de pedantería que se le atribuye. Todos los hombres de consideración que observan en su conducta cierta regulardad y que poseen principios firmes, que han reflexionado mucho y que no toman a juego la vida, pueden fácilmente apa-

recer como pedantes a los ojos de observadores superficiales. Guizot es un hombre de amplio horizonte, sereno y aplomado, que no tiene precio en un pueblo de tanta movilidad como el francés; es precisamente lo que necesitan.

"Villemain—siguió Goethe—es quizás más brillante que él, como orador. Domina el arte de una exposición hábil; no le faltan nunca frases de efecto, que encadenan la atención y arrastran al auditorio a aplaudirle ruidosamente; pero es bastante más superficial que Guizot y mucho menos práctico.

"Por lo que toca a Cousin, poco puede darnos a los alemanes, pues la filosofía que enseña como algo nuevo a sus compatriotas nosotros la conocemos hace muchos años. Pero para los franceses tiene un valor inapreciable, y les imprimirá una dirección completamente nueva.

"Cuvier, el gran naturalista, es admirable por su exposición y por su estilo; nadie expone un hecho mejor que él. Pero no posee apenas filosofía alguna; hará discípulos instruídos, pero sin profundidad."

Oía todas estas cosas con tanto mayor interés cuanto que coincidían en mucho con las opiniones de Dumont sobre los hombres mencionados. Le prometí a Goethe copiar los pasajes de sus manuscritos que se referían a ellos, para que Goethe pudiera compararlos con sus propias opiniones.

La mención que yo hice de Dumont llevó la

conversación al tema de sus relaciones con Bentham, a propósito de lo cual Goethe se expresó del modo siguiente:

"Es para mí un problema interesante ver —dijo— que un hombre tan razonable, tan moderado y tan práctico como Dumont haya podido ser discípulo y admirador fiel de un insensato como Bentham."

"Bentham — repliqué — puede considerarse, en cierto modo, como una doble persona. Hay que distinguir entre Bentham, el genio que descubrió el principio que Dumont sacó del olvido desarrollándolo, y Bentham, el hombre apasionado que, movido de un exagerado celo por el principio de la utilidad, traspasó los límites de su propia doctrina, convirtiéndose en un radical, así en política como en religión."

Mas también es un problema para mí—replicó Goethe—que un anciano cierre la carrera de su larga vida haciéndose radical a última hora."

Traté de explicar la contradicción, haciendo notar que Bentham, convencido de la excelencia de su doctrina y de su legislación, y viendo la imposibilidad de introducirla en Inglaterra, sin transformar completamente el sistema dominante, se había dejado arrastrar por su apasionado celo, tanto más cuanto que tenía poco contacto con el mundo exterior y no podía darse cuenta de los peligros que una revolución violenta trae consigo.

"En cambio, Dumont, que era menos apasiona-

do y veía más claramente, no aprobó nunca las exageraciones de Bentham y distó mucho de cometer tales faltas. Tuvo además la ventaja de aplicar los principios de Bentham en un país, Ginebra, que, a consecuencia de los acontecimientos políticos, en aquel tiempo, podía considerarse en cierto sentido como nuevo; consiguió efectivamente su propósito, y el éxito alcanzado da testimonio del valor del principio."

"Dumont—replicó Goethe—era un liberal moderado, como lo son y deben serlo todas las gentes razonables, como lo soy yo mismo, que me he esforzado toda mi vida en trabajar en ese sentido.

"El verdadero liberal—siguió diciendo—procura hacer todo el bien que puede, utilizando cuantos medios tiene a su disposición; pero se guarda de querer destruir a sangre y fuego repentinamente defectos que a menudo son inevitables. Procura remediar poco a poco los males públicos, sin emplear medidas violentas, que destruyen muchas cosas buenas existentes.

"Convencido de la necesaria imperfección de este mundo, se conforma con lo bueno mientras llegan épocas y circunstancias favorables para alcanzar lo mejor."

Sábado 6 de febrero de 1830.

Convidado a comer por la señora de Goethe. El hijo de Goethe me refirió algunos rasgos inte-

resantes de su abuela, a quien había visitado hacía veinte años, siendo estudiante, y con la cual había estado invitado a comer en casa del príncipe Primado.

El príncipe había salido a la escalera a recibir con señalada cortesía a la señora de Goethe; pero como llevaba su ordinaria vestimenta eclesiástica, la señora lo había tomado por un abate y no se había fijado gran cosa en él. Luego, a la comida, estuvo sentada a su lado, y al principio no le había hecho gran caso; pero en el curso de la conversación había comprendido poco a poco, por la consideración con que los demás le trataban, que era el príncipe.

El Primado había bebido a su salud y a la de su hijo, y la madre de Goethe se había levantado, bebiendo a la salud de su alteza.

Miércoles 10 de febrero de 1830. *

Hoy, después de comer, estuve un momento en casa de Goethe. Estaba muy contento porque se aproximaba la primavera y porque los días iban haciéndose más largos. Luego hablamos de la teoría de los colores. Parecía dudar de la posibilidad de que se abriese camino su doctrina. "Los errores de mis adversarios están tan extendidos desde hace un siglo, que no puedo esperar encontrar quien me acompañe en mi camino solitario. Tendré que andarlo yo. A veces, me veo como un

hombre que ha sufrido un gran naufragio y que se acoge a una tabla que sólo puede llevar a uno. Este se salva mientras los demás se ahogan lamentablemente."

Domingo 14 de febrero de 1830. *

El día de hoy fué un día de luto para Weimar; la gran duquesa Luisa murió esta tarde, a la una y media. La gran duquesa reinante me mandó hacer a Goethe y a la señorita von Waldner una visita de pésame en su nombre.

Fuí primero a ver a la señorita Waldner. La encontré deshecha en lágrimas y profundamente entristecida y entregada al sentimiento de la pérdida sufrida. "Estuve más de cincuenta años—dijo ella—al servicio de la difunta princesa. Me había nombrado su dama de honor, y esta elección suya voluntaria era mi orgullo y mi dicha. He abandonado a mi patria para entrar a su servicio. ¡Ojalá me hubiese llevado consigo para no tener que alentar tanto tiempo hasta reunirme con ella!

A continuación fuí a ver a Goethe. ¡Qué distinto efecto le había causado la noticia! Seguramente no sentía menos la pérdida sufrida; pero quería dominar sus impresiones. Le encontré sentado a la mesa, con un buen amigo, bebiendo una botella de vino. Hablaba con vivacidad y parecía de muy buen humor. "Vaya—me dijo al verme—, venga usted y siéntese. La catástrofe que nos amenazaba ha es-

tallado al fin y no tenemos al menos que luchar con la cruel incertidumbre. Tenemos que ver cómo nos las arreglamos de nuevo."

"¡Ahí están los que le consolarán a usted!—dije, señalando a sus papeles—. El trabajo es un medio excelente para consolarnos en nuestro dolor."

"Mientras haya tiempo—replicó Goethe—llevaremos la cabeza erguida, y mientras tengamos fuerzas no cederemos al dolor."

Habló después de personas que habían alcanzado una edad avanzada, y mencionó también a la famosa Ninón. "A los noventa años—dijo—era joven; pero sabía conservarse en equilibrio y no pedía a las cosas terrenas más que lo que podían dar de sí. Ni siquiera la muerte podía producirle gran terror. Cuando a los diez y ocho años sanó de una enfermedad grave, y los que la rodeaban le describían el peligro en que había estado, dijo muy tranquilamente: "¿Y qué hubiera podido ocurrir? No hubiese dejado detrás de mí más que mortales." Vivió después otros setenta años, amable y amada, y gozando de todos los placeres de la vida; pero su gran equilibrio hizo que se mantuviese siempre por encima de sus pasiones. Ninón sabía vivir; pocos hay que puedan imitarla."

A continuación me dió una carta del rey de Baviera, que había recibido hoy, y que seguramente había contribuído no poco a su buen humor de hoy. "Léala usted—dijo—, y confiese que la benevolencia con que el rey me trata constantemente y el

vivo interés que se toma por los progresos de la literatura y por el desarrollo de la humanidad es para producirme alegría, y doy gracias al cielo, como de un señalado favor, el haber recibido hoy precisamente esta carta."

Luego hablamos del teatro y de la poesía dramática. "Gozzi—dijo Goethe—, afirmaba que sólo hay treinta y seis situaciones dramáticas. Schiller se esforzó en hallar más, pero no pudo encontrar ni siquiera tantas como Gozzi."

Esto nos llevó a hablar de un artículo del *Globe*, una recensión crítica de Gustavo Wasa, de Arnault (1). El procedimiento seguido por el crítico le produjo a Goethe gran placer, y lo aplaudió sin reserva. El crítico se había contentado con mencionar todas las reminiscencias del autor, sin atacarle a él ni a sus principios poéticos. El *Temps* —agregó Goethe—no ha sido tan sensato en su crítica. Le señala al poeta el camino que debió haber seguido. Este es un gran defecto, pues con ello no se consigue corregir al autor. No hay nada tan estúpido como decirle a un poeta: Esto debías haberlo hecho así, y esto otro, de este modo. Hablo como hombre experimentado. Nunca se hará de un poeta una cosa distinta de lo que permiten las cualidades que la Naturaleza ha puesto en él. Si le forzáis a ser de otro modo, le aniquilaréis. Mis amigos los señores del *Globe* lo hacen muy cuerdamente, como he dicho. Insertan una larga lista de todas las

---

(1) El drama de Arnault se llama en realidad *Gustavo Adolfo*.

frases hechas que el señor Arnault ha recogido de todas partes; haciéndolo así, le indican muy hábilmente al autor el peligro de que ha de guardarse en lo futuro. Es casi imposible en el día encontrar una situación completamente nueva. Lo único que puede ser nuevo es la visión y el arte de tratarla y exponerla; y en esto hay que guardarse de toda imitación.

A continuación, Goethe nos habló de la manera como Gozzi había organizado en Venecia su teatro del Arte y lo mucho que había gustado al público su improvisada compañía. "He visto todavía en Venecia—dijo—dos actrices de esa compañía, particularmente la Brighella, y he asistido a alguna de estas obras improvisadas. Era de ver el extraordinario efecto que producían aquèllas gentes." Goethe habló a continuación del polichinela napolitano. "Uno de los efectos de este personaje cómico—dijo—consistía en que, a veces, en escena parecía haber olvidado completamente su papel de actor. Hacía como si hubiese vuelto a su casa, hablaba amistosamente con su familia, les contaba cosas de las piezas representadas por él y de aquellas que tenía que representar más adelante; tampoco le importaba hacer públicamente pequeñas necesidades. "Pero, mi buen marido—le gritaba su mujer—, te olvidas de tu papel; fíjate en el respetable auditorio ante el que te encuentras." "*Evèro! Evèro!*"—replicaba entonces el polichinela volviendo en sí, y tornaba con gran aplauso de los espectadores a

su papel anterior. El teatro de polichinela, por lo demás, tiene tan mala fama, que nadie habla en buena sociedad de haber estado en él. Como puede pensarse, las mujeres no van, sólo asisten hombres.

El polichinela es como un periódico vivo. Todo lo que ha pasado de notable durante el día en Nápoles lo comenta él por la noche. Estas historias locales, dichas además en dialecto popular, hacen que sea casi imposible de entender para el forastero."

Goethe llevó la conversación a otros recuerdos de sus tiempos antiguos. Habló de la poca confianza que le inspiraba el papel moneda y de las experiencias que había hecho con él. Como confirmación nos refirió una anécdota de Grimm, en la época de la Revolución francesa. No creyéndose seguro en París había vuelto a Alemania y vivía en Gotha.

"Estábamos un día comiendo en casa de Grimm —dijo Goethe—. No recuerdo cómo vino la conversación; ello es que de pronto Grimm exclamó: "Apuesto a que no hay en Europa un monarca que tenga un par de puños tan preciosos como los míos y a que nadie los ha pagado a tanto precio como yo." Puede pensarse que todos mostramos un asombro incrédulo, singularmente las damas, y que todos teníamos gran curiosidad por ver un par de puños tan maravillosos. Grimm se levantó y sacó de su armario un par de puños de encaje, tan magníficos, que todos quedamos

admirados. Tratamos de estimar su valor; pero nadie llegó a tasarlos en más de ciento o doscientos luises de oro. Rióse Grimm, y exclamó: "Estáis muy lejos de acertar. He pagado por ellos doscientos cincuenta mil francos y todavía me considero feliz de haber empleado tan bien mis asignados. Al día siguiente ya no valían nada."

Lunes 15 de febrero de 1830. *

Esta mañana estuve en casa de Goethe para informarme de su estado en nombre de la gran duquesa. Le hallé entristecido y caviloso, sin huellas de la agitación algo violenta que ayer le dominaba. Parecía sentir profundamente hoy el vacío que la muerte había producido rasgando una amistad de cincuenta años. "Tengo que esforzarme mucho—dijo—para dormirme y soportar esta separación repentina. La muerte es algo tan extraño que, a pesar de toda experiencia, cuando ataca a una persona amada nos parece imposible y se nos presenta siempre como algo increíble e inesperado. Es como si fuese una imposibilidad que de pronto se hace realidad. Este tránsito de una existencia conocida a otra, de la que no sabemos nada, es algo tan violento que no puede dejar de producir a los que quedan una impresión profunda."

Viernes 5 de marzo de 1830. *

Una parienta próxima de una amada de la juventud de Goethe, la señorita de Turkheim, estuvo algunos días en Weimar. Yo le expresé hoy a Goethe mi sentimiento por su marcha. "Es muy joven—dije—, y, sin embargo, muestra una gran altura de pensamiento y un espíritu tan maduro, que son raros de encontrar en edad juvenil. Su presencia ha producido gran impresión en Weimar. Si hubiese permanecido más tiempo, hubiera resultado peligrosa para muchos."

"¡Qué pena—me replicó Goethe—no haberla visto más a menudo! Al principio he aplazado el invitarla para hablar con ella más cómodamente y encontrar en su rostro los amados rasgos de su pariente.

"El cuarto tomo de *Poesía y verdad*—siguió diciendo—, en donde encontrará usted la historia juvenil de dicha y de dolor de mis amores con Lilí, está terminado desde hace tiempo. Lo hubiera escrito y publicado desde hace mucho tiempo, si no lo hubiesen impedido ciertas consideraciones delicadas, no hacia mí mismo, sino hacia la amada, que vivía aún entonces. Me hubiera sentido orgulloso diciendo al mundo entero cuánto la había amado; y creo que ella no se hubiera ruborizado confesando que correspondía a mi inclinación; pero ¿tenía derecho a decirlo públicamente sin su consentimiento? Tenía siempre in-

tención de pedírselo, pero fuí retardándolo hasta que ya no fué necesario.

"Al hablar usted así—continuó diciendo Goethe—, con tanta simpatía de la amable muchacha que nos deja ahora, despierta usted en mí todos mis antiguos recuerdos. Veo ante mí a la encantadora Lilí, y siento como si estuviera a mi lado. Fué realmente ella a quien amé profunda y verdaderamente. Y puedo decir también que fué la última, pues todas las inclinaciones amorosas que sentí en el curso posterior de mi vida, comparadas con las primeras, sólo fueron ligeras y superficiales.

"Nunca he estado—siguió diciendo Goethe—tan próximo a la felicidad verdadera como en el tiempo de mi amor por Lilí. Los obstáculos que nos separaron no eran infranqueables, y, sin embargo, la perdí.

"Mi afecto por ella tenía algo de tan delicado y singular, que el describir ahora aquella época de mi vida ha tenido influencia sobre mi estilo. Cuando en lo sucesivo lea usted el tomo cuarto de *Poesía y verdad*, hallará usted que aquel amor es muy distinto de los amores de novela."

"Lo mismo — repliqué — puede decirse de su amor por Margarita y Federica. La descripción de ambas es asimismo tan nueva y original, que los novelistas no pueden inventar ni pensar cosas semejantes. Esto parece dimanar de la gran sinceridad del narrador, que no necesita adornar lo contado para hacerlo aparecer en una luz favo-

rable, y que evita toda frase sentimental porque le basta la simple expresión de los acontecimientos.

"Además, el amor—agregué—nunca es igual; es siempre original, y se modifica según el carácter y la personalidad de aquellos a quienes amamos."

"Tiene usted razón—replicó Goethe—, pues el amor no sólo lo somos nosotros, sino también el objeto amado, que nos atrae. Y luego, no hay que olvidarlo, aparece como un tercero poderoso lo demoníaco, que suele acompañar a toda pasión y que tiene en el amor su elemento propio. En mis relaciones con Lilí se mostró particularmente activo; imprimió una nueva orientación a toda mi vida, y no exagero si digo que mi venida a Weimar y mi estancia en esta ciudad fueron una consecuencia inevitable de ello."

Sábado 6 de marzo de 1830. *

Goethe lee desde hace algún tiempo las Memorias de Saint-Simon.

"Me he detenido ahora—me dijo hace unos días—en la muerte de Luis XIV. Hasta aquí me ha interesado mucho los doce tomos que llevo leídos, principalmente por el contraste entre la voluntad del señor y la virtud aristocrática del servidor. Pero desde el momento en que ha des-

aparecido este monarca y entra en escena otro personaje, que es demasiado malo, para que Saint-Simon pueda mostrar sus buenos aspectos, la lectura ha dejado de agradarme; se siente un gran disgusto, y he dejado el libro en el momento en que el *tirano* nos abandona."

El *Globe* y el *Temps*, que Goethe leía desde hace varios meses con gran afición, ha dejado de leerlos desde hace quince días. Llegan los números y los echa a un lado sin abrirlos; pero les pide a sus amigos que le cuenten lo que pasa por el mundo. Desde hace tiempo trabaja mucho y está completamente entregado a la segunda parte de su *Fausto;* particularmente es la *Noche clásica de Walpurgis* la que le tiene ocupado hace semanas, y avanza rápida y considerablemente. En estas épocas productivas no gusta Goethe de leer, a no ser que se trate de algo ligero y alegre, que le sirve de descanso, o que esté en armonía con los asuntos que trabaja, o que le sea útil en su labor. En cambio, evita decididamente aquellas lecturas que pudieran producirle un efecto profundo y excitante capaz de molestarle en su tranquila producción y distraer su interés. Este parece ser el caso de ahora con el *Globe* y el *Temps*. "Veo—dijo—que se están preparando en París cosas importantes. Estamos en vísperas de una gran explosión. Mas como yo no tengo influencia alguna en ella, esperaré tranquilamente, sin dejarme excitar todos los días inútilmente por el curso emocionante del drama. Por eso no leo

ahora ni el *Globe* ni el *Temps*, y eso no le viene mal a mi *Noche de Walpurgis*.

A continuación habló del estado actual de la literatura francesa, que le interesa mucho. "Lo que los franceses creen nuevo—dijo—en sus actuales direcciones literarias, en substancia no es otra cosa que el reflejo de lo que la literatura alemana había hecho y buscado hace cincuenta años. El núcleo de los dramas históricos que a ellos les parecen ahora algo nuevo se encuentran en mi *Götz* hace más de medio siglo. Por lo demás —agregó—, los escritores alemanes nunca han pensado ni han tenido la intención de influir sobre los franceses con sus escritos. Yo nunca he pensado más que en Alemania, y sólo desde ayer o anteayer se me ha ocurrido dirigir mis miradas hacia Occidente para ver lo que piensan de mí nuestros vecinos del otro lado del Rin. Mas tampoco ahora ejercen influencia sobre mis producciones. El mismo Wieland, que ha imitado las formas y procedimientos franceses, ha sido siempre, en el fondo, alemán, y sería difícil traducirlo."

Domingo 14 de marzo de 1830.

Por la noche, en casa de Goethe. Me enseñó las cosas que contenía el cajón enviado por David, que estos días habíamos estado desempaquetando. Los medallones de escayola, con el perfil de los mejores poetas jóvenes franceses, estaban orde-

nados cuidadosamente sobre varias mesas. Goethe habló con este motivo una vez más del extraordinario talento de David, tan excelso en la concepción como en la ejecución. También me mostró una gran cantidad de obras nuevas de los escritores más distinguidos de la escuela romántica, que por mediación de David le habían regalado sus autores. Había obras de Sainte-Beuve, Ballanche, Víctor Hugo, Balzac, Alfredo de Vigny, Jules Janin y otros. "David—dijo—me ha proporcionado muy hermosos días con su envío. Estos poetas jóvenes me ocupan durante toda la semana, y la fresca impresión que producen me hace sentir como una nueva vida renovada. Haré un catálogo de estos retratos y libros y le señalaré un sitio especial en mi colección de arte y en mi biblioteca." Se veía que Goethe se sentía dichoso por este homenaje tributado a los poetas jóvenes de Francia.

A continuación leyó trozos de los *Estudios*, de Emilio Deschamps. Encomió la traducción de *La Novia de Corintio*, que le pareció muy fiel y acertada. "Poseo—dijo—el manuscrito de una traducción italiana de esta poesía, que reproduce hasta el ritmo del original."

La Novia de Corintio le dió ocasión a Goethe para hablar del resto de sus baladas. "La mayoría de ellas se las debo a Schiller—dijo—, que me impulsaba constantemente a escribirlas porque necesitaba constantemente original para las *Horen*. Teníalas en la imaginación desde hacía muchos

años; ocupaban mi espíritu como graciosos cuadros, como bellos sueños que iban y venían, y con los cuales mi fantasía me regalaba como un juego. De buena gana me decidí a decir adiós a estas resplandecientes figuras amadas de tan largo tiempo, para darles cuerpo con la palabra insuficiente y mezquina. Cuando las vi sobre el papel las contemplé con cierta melancolía; era como si tuviera que separarme de un amigo querido.

"En otros tiempos—siguió diciendo Goethe—, mis poemas se me ocurrían de modo completamente distinto. No tenía de ellos intuición ni idea alguna anterior, sino que venían de pronto sobre mí, pidiendo ser escritos inmediatamente, de modo que me sentía empujado a componerlos de un modo instintivo y como en sueños. En esos momentos de ensueño me acontecía a menudo tener ante mí un pliego de papel completamente torcido, sin darme cuenta de ello, hasta que lo había escrito todo o hasta que no encontraba ya sitio donde seguir escribiendo. He guardado algunas de esas hojas, escritas aún en diagonal; pero las he ido perdiendo sucesivamente, y ahora lamento no poder mostrar ya las pruebas de esos ensimismamientos poéticos."

Seguidamente la conversación volvió a la literatura francesa, tratando de la última dirección ultrarromántica de algunos talentos de consideración. Goethe opinaba que esta revolución poética en gestación sería altamente favorable a la lite-

ratura; pero fatal para aquellos escritores que la realizaran.

"En las revoluciones—dijo Goethe—no pueden evitarse los extremos. En las revoluciones políticas, al principio, no se pretende, de ordinario, más que la supresión de los abusos; pero pronto, sin darse cuenta, comienzan los horrores y el derramamiento de sangre. Análogamente, los franceses, en su actual revolución literaria, al principio se limitaban a pedir una forma más libre. Pero no se conformaban con eso, y ahora, junto con la forma, condenan el contenido de la literatura anterior. Comienza a considerarse como aburrida la expresión de sentimientos y de acciones nobles, y en vez de ellas se usan como asunto toda clase de extravagancias. En substitución de las bellas figuras de la mitología griega, aparecen demonios, brujas y vampiros, y los héroes sublimes de la antigüedad tienen que dejar el puesto a bribones y galeotes. ¡Esas cosas son excitantes! ¡Producen efecto en el público! Pero el público, habiendo gustado una vez estos platos fuertemente sazonados, pedirá alimentos cada vez más fuertes y más picantes. Y un escritor joven que quiera tener éxito y que carezca del temple suficiente para proseguir su propio camino tendrá que acomodarse al gusto del día superando a sus predecesores en la pintura de escenas terroríficas y espantables. Pero en esta persecución de efectos exteriores desaparece todo estudio profundo y toda evolución gradual del talento y del hombre.

Mas éste es el mayor daño que pueda sufrir un talento, aunque la literatura en general acabe por sacar provecho de esta nueva dirección."

"Mas ¿cómo es posible—repliqué—que sea favorable a la literatura en general una tendencia que aniquila a los talentos individuales?

"Las exageraciones y degeneraciones que he indicado — replicó Goethe — desaparecerán gradualmente, y, al cabo, la literatura habrá obtenido la ventaja de que, junto con una forma más libre, dispondrá de un contenido más rico; ya no podrá tacharse de antipoético ninguno de los temas que ofrece el amplio mundo y la vida infinitamente varia. La época literaria actual puede compararse a un estado de fiebre aguda, el cual no es en sí bueno ni deseable; pero produce como consecuencia una salud mejor. Aquellas cosas perversas que constituyen hoy a menudo la exclusiva materia de una obra poética, en lo sucesivo sólo entrarán en ella como ingredientes que contribuirán a sazonar la obra. Y lo puro y noble, que ahora se ha desterrado en absoluto, se buscará después con ansia tanto más viva."

"Me extraña—noté—que el mismo Mérimée, que es uno de sus poetas favoritos, haya entrado también en esa corriente ultrarromántica con las escenas terroríficas de su *Guzla.*"

"Mérimée—replicó Goethe—ha tratado estos temas de muy diversa manera que sus compañeros. Es verdad que en sus poemas no faltan toda clase de motivos terroríficos, cementerios, encrucijadas

nocturnas, espectros y vampiros. Pero estos elementos repugnantes no se apoderan del alma del poeta, el cual se sitúa frente a ellos, a cierta distancia objetiva, sin que tampoco falte la nota irónica. Procede como un artista que se divierte en hacer una vez cosas semejantes. En ellas niega totalmente su propia naturaleza, niega hasta su alma francesa, hasta el punto de que las poesías de la *Guzla* fueron tomadas realmente por poesías populares de la Iliria, de modo que ha faltado poco para que tuviese éxito la intencionada mixtificación.

"Mérimée—sigue diciendo Goethe—es todo un hombre; en general, el tratar objetivamente un tema supone más genio y fuerza de lo que se cree. Byron, a pesar de su personalidad, enérgicamente acentuada, ha tenido, en ocasiones, fuerza suficiente para negarse a sí mismo, como puede verse en algunas de sus obras dramáticas, y singularmente, en su *Marino Faliero*. En esta obra se olvida uno de que la ha escrito Byron; ni siquiera parece escrita por un inglés. Nos hace vivir en Venecia y en la época en que se desarrolla la acción. Los personajes hablan según su temperamento, y como lo exige su propia situación, sin que en ellos aparezca ni sombra de los sentimientos, ideas y opiniones subjetivas del poeta. Este es el procedimiento sano. Ciertamente, no puede encomiarse en este sentido a los jóvenes románticos franceses de la tendencia exaltada. Cuanto de ellos conozco, poesías, novelas,

obras dramáticas, muestra el color personal del autor, y nunca llegué a olvidar que era un parisién, un francés el que escribía. Ni aun en los argumentos extranjeros se sale de Francia y París. Se está completamente rodeado de los deseos, necesidades, conflictos y fermentaciones del día."

"Tampoco Beránger—dije, por vía de ensayo—ha hecho otra cosa sino describir sentimientos y pasiones de la gran ciudad y de su propia alma."

"Pero Beránger es un hombre—replicó Goethe—cuya alma es digna de manifestarse. Tiene el temple de las grandes personalidades. Es una naturaleza ricamente dotada, sólidamente cimentada en sí misma, fruto de su propio desarrollo, y en total armonía consigo mismo. Nunca ha preguntado: ¿Cuál es la moda del tiempo? ¿Qué es lo que produce efecto? ¿Qué le gusta al público? Ni tampoco ha preguntado qué hacían los demás, para luego imitarlos. Su obra ha brotado toda del núcleo de su propia naturaleza, sin preocuparse de los deseos del público o de algún partido. Ciertamente, en algunas épocas peligrosas, ha escuchado la voz del pueblo, sus deseos y aspiraciones; pero esto no ha hecho más que afirmarle en sí mismo, porque pensaba que su alma estaba en armonía con la del pueblo, y no le ha inducido nunca a manifestar lo que no se albergase ya en su propio corazón.

"Ya sabe usted que, en general, no soy amigo de las llamadas poesías políticas; pero las de Be-

ránger me agradan. No hay en ellas nada inválido, no hay intereses meramente imaginados o imaginarios; no hay nada en el aire; sus temas son siempre concretos e importantes. Su admiración afectuosa por Napoleón, y la evocación de los grandes hechos de armas que acontecieron bajo su mando, en una época en que estos recuerdos podían ser un consuelo para los jóvenes apesadumbrados; su odio contra el dominio de los clérigos y contra el obscurantismo que amenaza volver con los jesuítas, todas éstas son cosas a las que nadie puede negar su plena conformidad. ¡Y con qué maestría trata todos los temas! ¡Cómo remueve y redondea el asunto en su interior antes de escribirlo. Y luego, cuando el asunto está maduro, es incalculable el chiste, el ingenio, la ironía y la burla, así como la cordialidad, ingenuidad y gracia que a cada paso desenvuelve. Sus canciones han hecho millones de hombres alegres; son comprensibles hasta para la clase trabajadora, elevándose al mismo tiempo tanto sobre el nivel de lo ordinario, que el pueblo, en contacto con estas ideas delicadas, se acostumbra a pensar mejor y con más nobleza. ¿Qué más quiere usted, y qué mayor alabanza podría hacerse de un poeta?"

"Es excelente, sin duda—repliqué—. Ya sabe usted cuánto le amo desde hace años, y puede usted figurarse el bien que me hace oírle hablar así de él. Mas, si he de decir a qué canciones de las suyas doy preferencia, declaro que me gus-

tan más las canciones amorosas que las políticas, en las cuales, además, no siempre entiendo las referencias e indirectas que contienen."

"Esa es cosa de usted —replicó Goethe—, y tampoco están escritas para usted las canciones políticas; pero pregúnteles a los franceses, y ya le explicarán lo que hay en ellas de bueno. Una canción política, en general, en el caso más favorable, sólo puede considerarse como intérprete de los sentimientos de una nación, y la mayoría de las veces, de un cierto partido; pero, en cambio, si es buena, la nación o el partido la acogerán con entusiasmo. Además, una poesía política no es nunca más que el producto de determinado estado de la época, que es efímero y quita a la poesía, en el porvenir, el valor que el asunto pudiera prestarle. Pero Beránger trabaja en circunstancias favorables. París es Francia. Todos los intereses importantes de su gran patria se concentran en la capital, reciben de ella su vida y tienen en ella su eco. Además, la mayor parte de sus canciones políticas no interpretan tan sólo la opinión de un partido, sino que casi siempre los asuntos que trata tienen un interés nacional tan general, que la voz del poeta suena casi siempre como la voz del pueblo. En Alemania no sería posible nada semejante. No tenemos ninguna ciudad; ni siquiera tenemos un territorio del que pueda decirse con seguridad: Aquí está Alemania. Si preguntamos en Viena, nos dirán: "Aquí es Austria"; si preguntamos

en Berlín: "Aquí es Prusia". Unicamente hace diez y seis años estaba Alemania en todas partes, cuando quisimos libertarnos de los franceses; entonces un poeta político hubiera hallado eco en todos los corazones. Pero entonces no era necesario. Un sentimiento general de angustia, de vergüenza, se había apoderado de la nación como algo demoníaco; la llama de entusiasmo que el poeta hubiera podido encender brillaba por sí misma dondequiera.

"Eso no quiere decir que niegue el valor de lo hecho por Arndt, Körner y Rückert."

"Se le ha echado a usted en cara—noté con alguna imprudencia—que en aquel tiempo usted no tomó las armas y ni siquiera figuró entre los poetas patriotas."

"Dejemos eso, amigo mío—replicó Goethe—. Los que dicen eso son gentes absurdas que no saben lo que quieren y hay que dejarles hablar. ¿Cómo hubiera podido tomar las armas sin odio, y cómo hubiera podido odiar sin juventud? Si cuando aquellos acontecimientos ocurrieron hubiese tenido yo veinte años, no hubiera sido el último en acudir; pero pasaba ya de los sesenta. Además, no todos podemos servir a la patria del mismo modo, sino que cada cual hace lo que mejor puede, según las facultades que Dios le ha dado. Durante medio siglo mi vida no ha tenido nada de agradable. Puedo afirmar que en las cosas que la Naturaleza me dió como labor cotidiana no he descansado ni de día ni de noche; no me he pro-

curado alivio alguno, sino que he trabajado y me he esforzado cuanto he podido. Si todos pudieran decir lo mismo, no nos iría mal.”

“En el fondo, ese reproche no debe molestarle a usted—dije, procurando calmarle—, sino que más bien debe enorgullecerle. Pues eso significa que la opinión que el mundo tiene de usted es tan alta, que pide que quien ha hecho más que otro alguno por la cultura de su nación lo hubiera hecho todo.”

“Sé perfectamente lo que digo—replicó Goethe—. Esos reproches encierran más malevolencia contra mí que la que usted cree. Yo veo en ellos la continuación del antiguo odio con que se me persigue hace años, y que solapadamente quiere hacerme daño. Ya sé que los estorbo a muchos y que con gusto se verían libres de mí, y como no pueden atacar mi talento, atacan mi carácter. Unas veces soy orgulloso; otras, egoísta; otras, lleno de envidia contra los escritores jóvenes; otras veces, perdido en los placeres sensuales; otras veces no soy cristiano; y, por último, otras veces me falta el amor a la patria y a mis queridos compatriotas. Usted me conoce bastante desde años y sabe el valor que tienen esas opiniones. Mas si quiere usted saber cuánto he sufrido, lea usted mis *Xenien*, y por la manera como yo reaccionaba contra ellos, comprenderá usted los ataques con que sucesivamente han querido amargarme la vida.

”Un escritor alemán es un mártir alemán. Sí, querido amigo; a usted le ocurrirá lo mismo. Y,

realmente, yo no puedo quejarme. A los otros no les ha ido mejor; la mayoría lo han pasado peor aún, y en Inglaterra y en Francia ocurre lo mismo. ¡Cuánto no ha tenido que sufrir Molière y cuánto Rousseau y Voltaire!

"A Byron le expulsaron de Inglaterra las malas lenguas, y hubiera acabado por tener que huir al fin del mundo si una muerte prematura no le hubiese salvado de los filisteos y de su odio.

"Y si al menos fuera sólo la masa inculta la que persigue a los grandes hombres. Pero los hombres de talento se persiguen unos a otros. Platen molesta a Heine y Heine a Platen, y cada cual procura rebajar al otro y hacerlo odioso, a pesar de que el mundo es bastante grande y bastante amplio para que todos puedan vivir y trabajar pacíficamente y de que cada cual tiene ya en su propio talento un enemigo que le da bastante que hacer.

"Escribir canciones guerreras, sentado en mi despacho, eso no era para mí. Lo que me hubiera gustado hubiera sido pasar las noches de centinela, oyendo los relinchos de los caballos de las avanzads enemigas. Pero mi vida no me permitía eso, ni eso era cosa mía, sino de Teodoro Körner. A Körner le sientan admirablemente sus pequeñas canciones de guerra. Pero para mí, que no soy guerrero por naturaleza, las canciones guerreras hubiesen sido una máscara que me hubiera sentado muy mal.

"Mi poesía no ha sido nunca afectada; nunca he escrito ni versificado sino lo que vivía, lo que pesaba sobre mi corazón, lo que me preocupaba.

Sólo he compuesto versos amorosos cuando amaba. ¡Cómo hubiera podido escribir canciones de odio sin odio! Además, entre nosotros, yo no odiaba a los franceses, aunque di gracias a Dios de vernos libres de ellos. ¿Y cómo hubiera podido yo, para quien sólo son importantes la cultura o la barbarie, odiar a una nación que cuento entre las más cultivadas del mundo y a la que debo una parte tan considerable de mi propia cultura?

"En general—siguió diciendo Goethe—, ocurre con los odios nacionales lo siguiente: Cuando son más fuertes y más violentos es en los grados inferiores de civilización. Pero hay un momento en el que ese odio desaparece, en el que en cierto modo se está por encima de las naciones y en que la suerte o la desgracia de un pueblo vecino se siente como la del propio. Este grado de cultura era el propio de mi naturaleza, y ya me había afirmado en él mucho antes de llegar a los sesenta años."

Lunes 15 de marzo de 1830.

Por la noche, una horita, en casa de Goethe. Habló mucho de Jena y las substituciones y reformas que había introducido en las distintas ramas de la Universidad. Había creado cátedras especiales de Química, Botánica y Mineralogía, que antes sólo estudiaban en lo que tenían de in-

teresantes para la Farmacia. Pero, sobre todo, había trabajado para fomentar el Museo de Ciencias Naturales y la Biblioteca.

Con este motivo me contó una vez más, con gran contento y buen humor, la historia de cómo se había aprovechado violentamente de una sala contigua a la Biblioteca, que poseía la Facultad de Medicina, la cual se negaba a entregarla.

"La Biblioteca—dijo—se encontraba en mal estado. El local era húmedo y estrecho y carecía en absoluto de capacidad para contener debidamente sus tesoros, en particular después de que, por la compra que había hecho el gran duque de la Biblioteca de Büttner, había aumentado en 1.300 volúmenes. Como digo, faltaba espacio para colocarlos. Yo me veía realmente en situación algo apurada. Hubiera sido necesaric aumentar el edificio, pero faltaban recursos para ello; mas podía evitarse esta obra porque, contigua a la sala de la Biblioteca, había una gran habitación vacía, muy adecuada para remediar nuestras necesidades. Pero esta sala no pertenecía a la Biblioteca, sino a la Facultad de Medicina, que la utilizaba en ocasiones para conferenciar y tener junta. Me dirigí a los médicos con la súplica cortés de que me dejasen esta sala para la Biblioteca. Pero los señores no quisieron ceder. Unicamente estaban dispuestos a hacerlo si yo les construía inmediatamente una nueva sala para sus conferencias. Les respondí que estaba dispuesto a construirles un nuevo local, pero que no podía

prometérselo para en seguida. Esta respuesta mía pareció no haber satisfecho a los señores, pues cuando a la mañana siguiente mandé a pedirles la llave contestaron que no podían encontrarla.

"No quedaba otro remedio, sino tomarla por asalto. Mandé llamar a un albañil y le llevé a la Biblioteca, ante la pared de la sala contigua. Esta pared, amigo mío—le dije—, debe de ser bastante gruesa, pues separa dos partes de la casa. Pruebe usted a ver lo que resiste. El albañil comenzó su obra, y apenas había dado cinco o seis golpes, cuando cayeron piedras y cal y por la brecha abierta comenzaron a verse algunos bustos respetables, con que estaba adornada la sala. Continúe usted, amigo—le dije—, todavía no veo bastante claro. No se preocupe y haga como si estuviera en su casa." Esta excitación amistosa animó de tal modo al albañil, que la brecha pronto adquirió el tamaño de una puerta, y entonces los empleados de la Biblioteca penetraron en la sala cargados de libros, que arrojaron en el suelo como signo de posesión. En un momento desaparecieron bancos, sillas y pupitres, y mis bravos bibliotecarios obraron con tanta rapidez y agilidad, que a los pocos días estaban colocados los libros en las paredes y en sus armarios con el mayor orden. Los médicos, que al poco tiempo entraron *in corpore* en la sala, por su puerta acostumbrada, quedaron espantados de encontrarse con una transformación tan gran-

de e inesperada, y sin saber qué decir se retiraron en silencio, aun cuando quedaron todos con un secreto resentimiento contra mí. Pero cuando los veo aparte, y singularmente cuando tengo a mi mesa alguno de ellos, son encantadores y muy buenos amigos míos. Cuando le conté al gran duque el desenlace de esta aventura, que, naturalmente, se había emprendido de acuerdo con él, y con su consentimiento, le hizo gozar regiamente, y después nos ha hecho reír muchas veces."

Estos recuerdos ponían a Goethe de muy buen humor y le hacían feliz. "Sí, amigo mío—siguió diciendo—, ha tenido uno que pasar sus trabajos para hacer cosas buenas. Más tarde, cuando a causa de la humedad de la Biblioteca quise derribar y suprimir una parte de las viejas murallas de la ciudad, que contribuían a producirla, no tuve mejor fortuna.

"Mis ruegos, argumentos y razonables explicaciones no encontraron eco, y también entonces tuve que proceder en son de conquista. Cuando los señores del Ayuntamiento vieron a mis trabajadores derribar los viejos muros, enviaron una diputación al gran duque, que estaba por entonces en Dornburg, para suplicarle respetuosamente que su alteza me ordenase suspender el derribo de los viejos y venerables muros de la ciudad. Pero el gran duque, que también me había autorizado secretamente para ese paso, respondió, muy cuerdamente: "Yo no me mezclo

en los asuntos de Goethe; él sabe lo que hace y él se las arreglará como pueda. Id a verle y decírselo a él mismo, si os atrevéis."

"Pero no pareció nadie—agregó Goethe riéndose—, y continué haciendo derribar la parte de los viejos muros que me estorbaba, consiguiendo así al fin ver seca mi Biblioteca."

Miércoles 17 de marzo de 1830. *

Por la noche, un par de horitas en casa de Goethe. Le devolví, por encargo de la gran duquesa, *Gemma von Art*, y a propósito de esta pieza le dije todo lo bueno que de ella pensaba.

"Me regocijo—replicó—siempre que veo que se ha producido algo que es nuevo en la invención y lleva la marca del talento." Luego, cogiendo el tomo con entrambas manos y mirándolo un poco de lado, agregó: "Pero no me parece bien que los escritores dramáticos escriban piezas demasiado largas, para poderse representar tal como se escribieron. Esta imperfección me quita la mitad del placer que me producirían. Vea usted qué volumen tan grueso forma esta *Gemma von Art.*"

"Sin embargo—repliqué—, de este defecto adolece también Schiller, que no por eso ha dejado de ser un gran escritor dramático."

"También Schiller ha pecado por ahí—dijo Goethe—. Singularmente sus primeras obras, es-

critas en toda la plenitud juvenil, no se acaban nunca. Tenía demasiadas cosas que decir para poder dominarlas. Más tarde, cuando se hubo dado cuenta de este defecto, empleó esfuerzos inauditos para remediarlo a fuerza de estudio y trabajo, pero nunca lo consiguió por entero. Dominar plenamente el asunto, teniéndolo a raya, y limitarse a lo absolutamente necesario, demanda las fuerzas de un coloso poético y es más difícil de lo que se cree."

Anunciaron al consejero de corte Riemer, que entró en la habitación. Me dispuse a irme, sabiendo que ésta era la hora en que Goethe solía trabajar con Riemer. Pero Goethe me pidió que me quedase, lo que hice de buen grado, siendo así testigo de una conversación en la que Goethe se mostró lleno de ironía y humor mefistofélico.

"Ahí tiene usted a Sömmerring (1)—comenzó diciendo Goethe—, que se ha dejado morir a los setenta y cinco años apenas cumplidos. ¡Qué miserables son los hombres que no tienen valor para sostenerse más tiempo! En cambio, merece alabanza mi amigo Bentham, ese loco tan radical; se mantiene fuerte, a pesar de llevarme una semana."

"Podía añadirse—repuse—que se parece a usted todavía en otra cosa, pues sigue trabajando con la misma actividad de la juventud."

(1) Famoso anatómico y fisiólogo, amigo de Goethe.

"Es posible—replicó Goethe—; pero nos encontramos en los dos extremos opuestos de la cadena. El quiere derribar y yo quisiera conservar y edificar. Tal radicalismo, a sus años, es el colmo de la insensatez."

"Creo—dije yo—que hay que distinguir dos clases de radicalismos. El uno quiere derribarlo todo para edificar después, mientras que el otro se conforma con indicar los lados flojos y los defectos de una disposición política, con la esperanza de conseguir lo bueno sin necesidad de aplicar medios violentos. Si hubiese usted nacido en Inglaterra, hubiera usted figurado seguramente en esta última clase de radicales."

"¿Por quién me toma usted?—replicó Goethe, adoptando el gesto y el tono de su Mefistófeles—. ¿Quería usted que buscase abusos y además los descubriese y publicase, yo, que en Inglaterra hubiera vivido de abusos? Nacido en Inglaterra, hubiese sido un rico duque, o más bien un obispo con treinta mil libras esterlinas de renta."

"Muy bien—repliqué—. Pero ¿y si no le hubiese tocado a usted el premio gordo, sino un billete sin premio, porque los billetes no premiados son muchos?"

"No todos están hechos para que les toque el premio gordo—replicó Goethe—. ¿Cree usted que yo hubiera cometido la tontería de conformarme con un billete sin premio? Ante todo, me hubiera afiliado al partido de los treinta y nueve ar-

tículos; lo hubiera defendido contra todo y contra todos, singularmente el artículo nueve, al que hubiera consagrado una atención especial y un hondo cariño. Hubiese adulado y mentido en verso y en prosa, tanto, que no se me hubieran escapado mis treinta mil libras anuales. Y una vez elevado a esta altura no hubiese ahorrado nada para sostener mi nivel. Sobre todo, hubiera hecho lo posible por obscurecer aún más la noche de la ignorancia. ¡Cómo hubiese catequizado a las buenas almas sencillas! ¡Cómo hubiese manejado a los niños de las escuelas, para que nadie notase ni tuviese siquiera el valor de sospechar que mi brillante situación estaba basada sobre los abusos más lamentables!"

"En el caso de usted—repuse—, por lo menos se tendría el consuelo de pensar que el que había llegado a esa altura era un hombre de gran talento; pero en Inglaterra los que gozan los mayores bienes terrenales son con frecuencia los más estúpidos y los más ineptos, que no deben sus prebendas al mérito propio, sino a la recomendación, a la suerte, y, sobre todo, a la cuna."

"En el fondo—replicó Goethe—, es indiferente que los bienes de la tierra hayan sido adquiridos por propia conquista o por herencia. Los primeros poseedores fueron, sin duda, gentes de genio que supieron aprovecharse de la ignorancia y debilidad ajenas. El mundo está tan lleno de necios y de locos, que no hay necesidad de irlos a buscar al manicomio. A propósito de esto,

recuerdo que el difunto gran duque, que conocía mi repugnancia contra los manicomios, quiso introducirme, por astucia y sorpresa, en uno de ellos. Pero me di cuenta a tiempo y dije que no sentía la menor necesidad de ver a los locos encerrados, pues tenía bastante con los que andaban sueltos. Si fuera necesario, acompañaría a su alteza—le dije—hasta el infierno, pero no a un manicomio.

"¡Oh, cómo me divertiría manipulando a mi capricho los treinta y nueve artículos y llenando de asombro a la multitud sencilla!"

"Eso podía usted hacerlo—le dije—sin necesidad de ser obispo."

"No—replicó Goethe—. En ese caso me callaría; para mentir de ese modo hay que estar muy bien pagado. Sin la esperanza de la mitra episcopal y de las treinta mil libras anuales no lo haría. Además, he hecho ya un ensayito en este género. Cuando tenía diez y seis años escribí una poesía ditirámbica a la bajada a los infiernos de Cristo, que llegó hasta imprimirse, aunque no a ser conocida, y que cayó estos días en mis manos. La poesía está llena de necedad ortodoxa y me servirá de pase para entrar en el cielo. ¿No es verdad, Riemer, que usted la conoce?"

"No, excelencia—replicó Riemer—, no la conozco. Pero recuerdo que a los pocos años de llegar yo aquí, estando usted muy enfermo, en su delirio comenzó a recitar de pronto los más her-

mosos versos sobre ese tema. Sin duda, eran recuerdo de aquella poesía de la mocedad."

"La cosa es posible—dijo Goethe—. Conozco el caso de un hombre de baja estofa que en su agonía comenzó, en estado de demencia, a recitar las más bellas máximas griegas. Todo el mundo estaba convencido de que el pobre hombre no sabía ni una palabra de griego, por lo cual comenzaron todos a maravillarse y a gritar: "¡Milagro!" Y los cuerdos empezaban ya a sacar partido de esta credulidad de los necios cuando, desgraciadamente, se descubrió que el viejo había aprendido en la mocedad de memoria muchos párrafos griegos asistiendo a las lecciones de un joven de buena familia a quien se quería estimular con su ejemplo. Había aprendido maquinalmente aquellos trozos del griego clásico sin entenderlos, y no había vuelto a acordarse de ellos hacía cincuenta años, hasta que en sus últimos momentos toda aquella palabrería se despertó de pronto y comenzó a revivir."

A continuación, Goethe volvió a tratar, con el mismo tono de malignidad e ironía, de los enormes sueldos del alto clero inglés, y refirió a este propósito una aventura que le había ocurrido con lord Bristol, obispo de Derby.

"Llegó lord Bristol a Jena—dijo Goethe—, y, deseando conocerme, me invitó a visitarle una noche. Le agradaba a veces ser grosero; pero, cuando se le respondía en el mismo tono, se hacía muy tratable. En el curso de nuestra conver-

sación quiso colocarme un sermón sobre el *Werther*, haciendo cargar sobre mi conciencia el haber inducido con este libro al suicidio de muchas personas."

"El *Werther*—dijo—es un libro inmoral y condenable.

"¡Alto!—exclamé—; si emplea usted ese tono para hablar del pobre *Werther*, ¿qué tono empleará para hablar de los grandes de la tierra, que en una sola campaña echan al campo cien mil hombres, de los cuales mueren ochenta mil, y los azuzan al asesinato, al incendio y al saqueo? ¿Después de tales horrores dais gracias a Dios, y luego entonáis un *Tedéum*. ¿Y cuando, con vuestros sermones sobre los espantables tormentos del infierno, asustáis de tal modo las almas débiles de vuestros fieles, que les hacéis perder la razón, hasta el punto de que su existencia mezquina va a terminar a un manicomio? ¿Y cuando, por alguno de vuestros dogmas ortodoxos, absolutamente insostenibles ante la razón, echáis en los ánimos de vuestros oyentes cristianos la semilla perniciosa de la duda, dando lugar a que estas almas, fuertes a medias y a medias débiles, se pierdan en un laberinto, cuya única salida es la muerte? ¿Qué se dice usted a sí mismo y qué sermones pronuncia en ese caso? ¡Y luego queréis llamar a capítulo a un escritor y condenar una obra cuyo único delito ha sido libertar al mundo de una docena de necios e ineptos, que por debilidad de espíritu la habían interpretado

mal, y que lo mejor que podían hacer era apagar completamente la menguada luz de su mísera existencia! Creía haber prestado a la humanidad un servicio y haber merecido su agradecimiento, y llegáis vosotros pretendiendo convertir en crimen este pequeño hecho de armas, cuando vosotros, sacerdotes y príncipes, los cometéis de tal magnitud.

"Esta acometida produjo un efecto magnífico sobre mi obispo. Se puso manso como un cordero, y en el resto de nuestra conversación me trató con la mayor cortesía y el más fino tacto; pasé con él una noche muy agradable. Pues lord Bristol, desaparecida su grosería, era un hombre de mundo, espiritual y muy capaz de conversar amenamente sobre los asuntos más diversos. Al despedirnos salió a acompañarme, y luego ordenó a su abate que continuase conmigo, haciéndome los honores. Cuando estuvimos en la calle me dijo el abate: "¡Oh señor von Goethe; qué bien ha hablado usted! ¡Cuánto le ha agradado usted al lord y cómo ha sabido hallar el camino de su corazón! Si hubiese estado usted menos rudo y decidido, seguramente no hubiese salido usted tan satisfecho como ahora."

"El *Werther*—le dijo a Goethe—ha debido proporcionarle a usted bastantes disgustos. Su aventura con lord Bristol me trae a la memoria su conversación con Napoleón sobre este asunto. ¿No estaba presente Talleyrand?"

"Lo estaba—replicó Goethe—. Sin embargo, no

tengo por qué quejarme de Napoleón. Estuvo extremadamente amable conmigo, y trató el tema como podía esperarse de un tan grandioso espíritu."

Del *Werther*, la conversación pasó a tratar de novelas y obras dramáticas en general y de su acción moral o inmoral sobre el público.

"Sería extraño—dijo Goethe—que un libro produjese un efecto más inmoral que la vida misma, que ofrece diariamente a nuestros ojos y nuestros oídos las más escandalosas escenas. Ni aun tratándose de niños hay que tener tanto miedo a los efectos que un libro o una obra de teatro puede producirles. La vida misma enseña más que ningún libro."

"Sin embargo—observé—, se procura no decir delante de los niños palabras que creemos que no deben oír."

"Esa conducta es muy laudable—replicó Goethe—; yo también procuro hacer lo mismo; pero creo que tales precauciones son perfectamente inútiles. Los niños tienen, como los perros, un olfato tan fino y tan sutil, que todo lo huelen y descubren, y singularmente lo peor. Saben también perfectamente en qué relaciones están sus padres con cada uno de sus conocidos, y, como por regla general, no conocen aún el disimulo, pueden servirnos de excelente barómetro para notar el grado de favor o disfavor que disfrutamos con los suyos."

"En una ocasión se había hablado muy mal de

mí en sociedad; la especie tenía tal importancia que me interesaba saber de dónde venía el golpe. En general, todo el mundo estaba bien dispuesto hacia mí, y por mucho que cavilaba no se me ocurría de dónde podía salir el malévolo rumor. De pronto se hizo la luz. Ello fué que un día me encontré en la calle a unos chicos conocidos míos, que no me saludaron con el acostumbrado afecto. Este indicio me bastó, y guiado por él pronto llegué a descubrir que sus buenos padres eran los que con tanta malignidad habían dado gusto a sus lenguas a costa mía."

Lunes 29 de marzo de 1830. *

Por la noche, unos momentos en casa de Goethe. Estaba muy sereno y alegre y del mejor humor. Le hallé acompañado de su nieto, Wolf, y de la condesa Carolina de Egloffstein, su amiga íntima. Wolf le daba mucho que hacer a su abuelo. Corría en derredor suyo, y tan pronto se le subía a un hombro como a otro. Goethe lo soportaba todo del modo más afectuoso, a pesar de que, a su edad, debía molestarle el peso de un niño de diez años. "Pero, querido Wolf—dijo la condesa—, no molestes así a tu abuelo, debe estar cansadísimo de tu peso." "No importa—replicó Wolf—, pronto nos iremos a la cama y el abuelo tendrá tiempo de descansar." "Ya ven us-

tedes—dijo Goethe—que el amor es siempre un poco impertinente."

La conversación se desvió hacia Campe (1) y sus escritos para niños. "A Campe—dijo Goethe—sólo me lo he encontrado dos veces en mi vida. La última vez, a los cuarenta años de la primera, le vi en Carlsbad. Le hallé muy viejo, flaco, esquivo y seco. El no había escrito en su vida más que para niños; yo nunca había escrito para niños, ni siquiera para niños grandes, de veinte años; Campe no podía soportarme. Era para él una espina, una piedra de escándalo y hacía todo lo posible por evitarme. Pero la suerte un día le trajo inesperadamente a mi lado y se vió forzado a cruzar unas palabras conmigo. "Tengo el mayor respeto—me dijo—por las facultades de su espíritu. Ha llegado usted a una altura asombrosa en varias esferas. Pero todas esas cosas a mí no me interesan y no puedo darles el valor que otros les dan." Esta sinceridad, poco cortés, no me molestó y respondí a ella con palabras afectuosas. Y, realmente, tengo en gran estima a Campe. Les ha prestado increíbles servicios a los niños; es su encanto, y, por decirlo así, su evangelio. Y, sin embargo, le castigaría de muy buena gana por haber escrito dos o tres historias espantosas y haber tenido el mal gusto de insertarlas en la colección de sus obras para niños. ¿Para qué ha de ensombrecerse innecesa-

(1) Conocido pedagogo que escribió para los niños.

riamente la fantasía, gozosa, fresca e inocente de los niños, con semejantes impresiones de horror?

Lunes 5 de abril de 1830.

Es sabido que a Goethe no le gustan los anteojos.

"Es posible que sea una excentricidad mía—me dijo en repetidas ocasiones—; pero no puedo remediarlo. En cuanto veo entrar en mi casa a un forastero con lentes sobre las narices me invade una impresión de disgusto que no puedo dominar. Me desconcierta de tal modo, que una gran parte de mi benevolencia desaparece en seguida, y mis ideas se trastrocan de tal suerte, que ya no puedo pensar en que vayan fluyendo tranquilamente; me parece que el forastero, a las primeras palabras, me va a decir una grosería. Y desde que hace algunos años he dicho públicamente la antipatía que los anteojos me producen, me molestan más aún. Cuando aparece un forastero con anteojos pienso en seguida una de estas dos cosas: no ha leído tus últimas poesías, y eso ya le favorece poco; o las ha leído, conoce tu prevención y se ríe de ella, y eso es peor aún. El único hombre que no me molesta con anteojos es Zelter; en los demás no puedo soportarlos. Me parece que le estoy sirviendo al forastero de objeto de especial estudio; siento que sus miradas acorazadas quieren penetrar en los más

profundos repliegues de mi alma y perseguir la más mínima arruga de su rostro. Y mientras tratan de conocerme así, destruyen todo equilibrio entre nosotros, porque me impiden resarcirme, conociéndolo a mi vez. Pues, ¿qué puedo sacar de un hombre cuyos ojos no veo mientras su boca habla, y los reflejos de cuya alma aparecen velados por un par de vidrios que me deslumbran?”

“Alguien ha observado—repliqué—que el gastar anteojos envanece a los hombres, porque los anteojos los elevan a un grado de perfección física que excede con mucho a la capacidad de su naturaleza, y acaba por deslizarse en ellos el error de que esta elevación artificiosa es resultado de sus propias fuerzas.”

“La observación es muy ingeniosa—replicó Goethe—, y parece provenir de un naturalista. Pero si se la considera detenidamente no es sostenible. Pues si fuera cierta, los ciegos deberían ser todos gente humilde, y, en cambio, vanidosos los que tuvieran buena vista. Mas no ocurre eso, sino que más bien se observa que los hombres bien dotados espiritual y corporalmente son, en general, los más modestos, mientras que los que tienen algún defecto espiritual suelen ser más bien vanidosos. No parece sino que la previsora Naturaleza ha dado la vanidad y presunción, como compensación, a los que no están bien dotados.

”Por lo demás, vanidad y modestia son cualidades morales de naturaleza tan espiritual, que poco tienen que ver con el cuerpo. La vanidad se

encuentra entre los limitados y las gentes de espíritu obscuro, no entre personas de espíritu claro y bien dotado. En éstas se encuentra, a lo sumo, un sentimiento gozoso de su fuerza; pero como se trata de una fuerza real, no hay nada de vano en semejante sentimiento."

Hablamos luego de otros varios temas, y acabamos hablando del *Caos*, una revista weimariana, dirigida por la señora de Goethe, en la cual colaboraban, no sólo alemanes de distinto sexo, sino también franceses, ingleses y otros extranjeros jóvenes que residían aquí, de manera que casi todos los números ofrecían una mezcolanza de casi todos los idiomas conocidos.

"Ha sido un rasgo simpático de mi hija—dijo Goethe—, por el cual merece alabanza y agradecimiento, haber logrado una revista tan original y por saber estimular de tal modo el celo de los miembros de nuestra sociedad, que ya ha conseguido que viva un año. Claro está que sólo se trata de un pasatiempo de *dilettantes*, del que nada grande ni duradero puede salir; pero es agradable y manifiesta en cierto modo la altura espiritual a que ha llegado nuestra sociedad de Weimar. Lo principal es que les suministra una ocupación a nuestras damas y caballeros jóvenes, que, con frecuencia, no saben qué hacer; también les ofrece un punto de coincidencia espiritual, que les presta temas de discusión y conversación, salvándolos así de la charla frívola y varia. Leo todos los números, acabados de salir

de la imprenta, y puedo asegurar que todavía no he encontrado nada desagradable, y a veces he leído hasta cosas muy lindas. ¿Qué puede objetarse, verbigracia, contra la elegía de la señora de Bechtolsheim a la muerte de la gran duquesa madre? ¿No es muy agradable esa poesía? Lo único que podría decirse contra esta producción, así como contra la mayoría de las de estos jóvenes escritores de diferente sexo, es que, como esos árboles llenos de plantas parásitas, tienen un exceso de ideas y sensaciones que no pueden dominar, y pocas veces saben contenerse y detenerse a tiempo. Eso le ha ocurrido también a la señora de Bechtolsheim. Forzada por el consonante, había introducido un verso que dañaba el efecto de la poesía, que lo destruía casi. Vi ese defecto en el manuscrito y pude aún corregirlo. "Hay que ser un práctico viejo—añadió sonriendo—para saber tachar bien. Schiller era grandioso en esto. Cuando editaba su *Almanaque de las Musas* le vi reducir a siete estrofas una poesía pomposa que tenía veintidós; por cierto que la composición no había perdido nada por esta tremenda operación, pues las siete estrofas restantes conservaban todas las ideas buenas y eficaces de las veintidós."

Lunes 19 de abril de 1830. *

Goethe me refirió la visita de dos rusos que habían estado hoy a verle. "En conjunto, eran

gentes simpáticas—dijo—; pero uno de ellos no se mostró muy amable, pues durante toda la visita no pronunció ni una sílaba. Entró, inclinándose en silencio, no despegó los labios ni una sola vez, y al cabo de una media horita volvió a despedirse con la misma inclinación muda. Parecía haber venido exclusivamente para mirarme y observarme. Estaba sentado frente a él, y no apartó ni un momento de mí su mirada. Esto me molestó, de manera que empecé a hablar de las cosas más absurdas, según iban ocurriéndoseme. Creo que escogí el tema de los Estados Unidos de América, tratándolo en el tono más ligero del mundo y hablando sin el menor reparo de lo que sabía y de lo que no sabía. Mas parece que esto les agradó a mis visitantes, pues, al marcharse, no mostraban señal alguna de descontento."

Jueves 22 de abril de 1830. *

A comer con Goethe. Estaba también la señora de Goethe, y la conversación fué muy animada; pero no recuerdo nada o casi nada de lo que se dijo.

Mientras estábamos comiendo anunciaron a un viajero que venía de paso, advirtiendo que no tenía tiempo de detenerse porque tenía que marcharse mañana temprano. Goethe ordenó que le dijeran que lamentaba no poder ver a nadie hoy, y quizá mañana al mediodía estuviese en disposi-

ción de recibir. "Creo que le bastará"—dijo sonriendo—. Al mismo tiempo prometió a su hija que recibiría después de comer la visita del joven Henning, recomendado por ella; lo hacía en consideración a sus ojos negros, que, al parecer, recordaban a los de su madre.

Miércoles 12 de mayo de 1830. *

Ante la ventana de Goethe encontré un Moisés de bronce, copia del original famoso de Miguel Angel. Me pareció que los brazos eran demasiado largos y demasiado gruesos, y sinceramente le comuniqué mi opinión a Goethe.

"¡Es que usted no piensa en las dos pesadas tablas que contenían los diez mandamientos!—replicó con viveza—. ¿Cree usted que era una pequeñez soportar su peso? ¿Y cree usted además que Moisés, que tenía que mandar y regir un ejército de judíos, iba a tener bastante con unos brazos ordinarios?"

Goethe se rió al decir esto, de manera que me quedé sin saber si yo estaba equivocado o si sólo defendía en broma al artista.

Lunes 2 de agosto de 1830. *

La nueva de la Revolución de julio llegó hoy a Weimar, produciendo una conmoción general. Durante la tarde fuí a ver a Goethe. "¿Qué pien-

sa usted de este gran suceso?—exclamó al verme—. Ha sobrevenido la erupción del volcán. ¡Está todo ardiendo, y ya no se trata de una sesión a puertas cerradas!"

"¡Una terrible historia!—repliqué—. Pero en las circunstancias de Francia, y con un Ministerio semejante, sólo podía acabar con el destierro de la familia real."

"Parece que no nos entendemos, querido—replicó Goethe—. No hablo de esas gentes; se trata de cosas completamente distintas. Me refiero a la lucha entre Cuvier y Geoffroy de Saint-Hilaire, tan interesante para la ciencia, y que ha estallado públicamente ante la Academia."

Me resultaron tan inesperadas estas palabras de Goethe, que no supe qué decirle, y que durante algunos minutos sentí que todos mis pensamientos quedaban paralizados.

"La cosa tiene gran importancia—siguió diciendo Goethe—, y no puede usted darse idea de cómo me afectó la noticia de la sesión del 19 de julio. Tenemos ahora a la larga un poderoso aliado en Geoffroy de Saint-Hilaire. Y veo también el gran interés que debe de haber despertado este asunto en el mundo científico francés, porque, a pesar de la doble conmoción política, la sesión del 19 de julio se celebró ante una sala llena. Pero lo mejor es que la manera sintética de tratar la naturaleza queda ya definitivamente sentada. El asunto se ha hecho público ahora por las discusiones en la Academia, celebradas ante un gran

auditorio, y ya no puede confiarse a comisiones secretas ni resolverse a puertas cerradas. De aquí en adelante dominará también en Francia el espíritu sobre la materia en las ciencias naturales. ¡Podrán atisbarse las grandes máximas de la creación y la obra del gran taller de Dios. ¿Y qué significa en substancia todo comercio con la Naturaleza, si sólo procedemos analíticamente, si sólo trabajamos con partes materiales y no sentimos el soplo del espíritu, que señala a cada parte su dirección e impide todo extravío por una ley interna?

"Yo llevo trabajando más de cincuenta años en esta dirección; al principio iba solo; luego, ayudado, y últimamente, sobrepasado, con gran gozo mío, por espíritus análogos. Cuando envié a Peter Campe mi primer describimiento de los huesos intermedios, vi con el mayor desconsuelo que no se reconocía mi obra. No tuve mejor fortuna con Blumenbach, aun cuando después de tratarlo personalmente se declaró partidario mío. Luego se declararon también en mi favor hombres como Sömmerring, Oken, D'Alton, Carus, y otros naturalistas excelentes. Ahora ha entrado también decididamente a nuestro lado Geoffroy de Saint-Hilaire, con todos sus discípulos y partidarios franceses. Este acontecimiento tiene para mí un valor incalculable, y con razón recibo con júbilo la victoria final de una causa a la que he consagrado la vida, y que es profundamente mía."

Sábado 21 de agosto de 1830. *

Le recomendé a Goethe un joven de grandes esperanzas. Me prometió hacer algo por él, pero pareció ofrecerle poca confianza.

"El que como yo—dijo—ha gastado durante toda su vida mucho tiempo y dinero protegiendo a talentos jóvenes, que al principio ofrecían las mayores esperanzas, pero que acabaron por no ser nada, tiene que haber perdido poco a poco el entusiasmo y el placer para empresas semejantes. Ahora os toca a vosotros, los jóvenes, hacer de Mecenas y encargaros de mi papel."

Oyendo estas frases de Goethe comparé las engañosas promesas de la juventud con los árboles que florecen dos veces pero no dan fruto.

Miércoles 13 de octubre de 1830. *

Goethe me enseña unas tablas en las cuales ha escrito en latín y en alemán muchos nombres de plantas, para aprenderlos de memoria. Me dijo que había tenido una habitación tapizada completamente con tablas semejantes y en la cual había estudiado paseando alrededor de las paredes.

"Me da pena—agregó—haberla borrado más tarde. Tenía también otra en la cual estaban escritos cronológicamente mis trabajos durante una serie de años, y allí se encontraba siempre lo último.

También ésta la borré, lo cual no siento menos, porque ahora precisamente podía prestarme los mejores servicios."

Miércoles 20 de octubre de 1830. *

Una horita en casa de Goethe para hablar con él, por encargo de la gran duquesa, sobre un escudo de armas de plata que el príncipe quiere regalar a la Sociedad de tiradores de Weimar, de la que ha sido nombrado miembro.

Nuestra conversación pasó pronto a otras cosas y Goethe me pidió que le diese mi opinión sobre los Saint-Simonianos.

"Lo principal de su doctrina parece ser—repliqué—que cada cual debe trabajar para la felicidad del todo, como condición indispensable para su propia felicidad."

"Yo creí—replicó Goethe—que cada cual debía empezar por sí mismo y construir primero su propia felicidad, de la cual acabará por salir infaliblemente la felicidad del todo; por lo demás, aquella doctrina me parece poco práctica e irrealizable. Contradice a toda naturaleza, a toda experiencia y a la marcha de las cosas desde hace siglos. Conque cada cual cumpla su deber y trabaje honradamente, en el círculo de su profesión, marcharía bien el conjunto. En mi profesión como escritor nunca he preguntado lo que quiere la gran masa y cómo puedo servir al todo, sino que me he li-

mitado a tratar de hacerme más inteligente y mejor, de elevar el contenido de mi personalidad y luego declarar lo que había reconocido como bueno y verdadero. Sin duda que esto, no quiero negarlo, ha ejercido sus efectos en un círculo amplio; mas éste no era el fin de mi actividad, sino su consecuencia necesaria, como ocurre con todas las acciones de las fuerzas naturales. Si hubiese hecho fin de mi actividad de escritor los deseos de la gran masa y hubiese tratado de satisfacerlos, hubiera tenido que contarles historietas y burlarme de ellos, como ha hecho el difunto Kotzebue."

"Nada puede objetarse contra eso—repliqué—. Pero no sólo hay la felicidad que yo siento como individuo, sino la que me corresponde como ciudadano y miembro de una gran colectividad. Si no se toma como principio la consecución de la mayor felicidad para todo el pueblo, ¿de qué bases ha de partir la legislación?"

"Si quiere usted ir a parar ahí—replicó Goethe—, tiene usted razón, sin duda. Pero sólo pocos escogidos podrían hacer uso de su principio. Sería una receta para príncipes y legisladores, aun cuando me parece que las leyes más bien deben tender a disminuir el mal que pretender conseguir la felicidad."

"Ambas cosas—repliqué yo—vienen a parar a lo mismo. Los malos caminos, por ejemplo, me parecen un gran mal. Pero si el príncipe construye en su Estado buenos caminos que lleguen

hasta el último pueblo, al hacerlo no sólo ha remediado un gran mal, sino que ha conseguido una gran felicidad para su pueblo. Así mismo, una justicia lenta es un gran mal. Pero si el príncipe, estableciendo un procedimiento público oral, le da al pueblo una justicia rápida, no sólo suprime un gran mal, sino que produce una gran felicidad."

"En ese tono—replicó Goethe—podría yo cantarle otras canciones. Pero dejemos algunos males sin enumerar, para que le quede a la humanidad materia en que desarrollar sus fuerzas en lo sucesivo. Pero, entre tanto, mi principio fundamental es éste: que el padre cuide de su casa; el artesano, de sus clientes; el clérigo, del amor mutuo, y que la policía no moleste."

Martes 4 de enero de 1831. *

Hojeé con Goethe algunos cuadernos de unos dibujos de mi amigo Töpffer (1), de Ginebra, cuyo talento como escritor iguala al que posee como artista plástico, pero que había preferido hasta ahora expresar las más vivas intuiciones de su espíritu por figuras visibles a expresarlas por palabras ligeras. El cuaderno, que contenía en fáciles dibujos a la pluma *Las aventuras del doctor Festus*, le produjo la impresión de una novela cómica y le agradó singularmente a Goe-

(1) Conocido novelista y pintor.

the. "Es admirable—decía de tiempo en tiempo, mientras volvía una hoja tras otra—; está todo lleno de talento y espíritu. Algunas hojas son inmejorables. Si en lo futuro elige asuntos menos frívolos y se concentra algo más, hará cosas que excederán a cuanto se puede pensar."

"Se le ha comparado con Rabelais y se le ha echado en cara—observé—que le había imitado y había tomado ideas suyas."

"Las gentes no saben lo que quieren—replicó Goethe—. No veo nada de eso. Al contrario, Töpffer me parece personalísimo y tan original como el que más."

Miércoles 17 de enero de 1831. *

Encontré a Coudray en casa de Goethe contemplando algunos dibujos arquitectónicos. Tenía yo una moneda de cinco francos de 1830, con el busto de Carlos X, que les enseñé. Goethe se burló de lo afilado de la cabeza. "El órgano de la religiosidad parece muy desarrollado en él—observó—. Sin duda, movido por un exceso de piedad, no ha creído necesario pagar su culpa, y, en cambio, nosotros estamos profundamente sumergidos en la suya, porque debemos a su golpe de genio el que Europa tardase bastante tiempo en recobrar la tranquilidad." Hablamos a continuación de *Rojo y Negro*, que Goethe considera como la mejor obra de Stendhal. "Pero no puedo negar —añadió—que algunos de sus tipos de mujeres

son excesivamente románticos. Pero todas testimonian de un gran don de observación y de una gran profundidad psicológica, merced a las cuales pueden perdonársele al autor, de buena gana, algunas inverosimilitudes de detalle."

Martes 23 de enero de 1831. *

En casa de Goethe, acompañando al príncipe. Sus nietos se divertían con juegos de manos, en los cuales se distingue particularmente Walther. "No me importa—dijo Goethe—que los chicos entretengan sus horas ociosas con estos juegos. Particularmente en presencia de un pequeño público, esos juegos son un excelente medio para ejercitarse en hablar desembarazadamente y conseguir ligereza corporal y espiritual, de lo cual nosotros, los alemanes, no andamos muy sobrados. La desventaja que pudiera originarse de la pequeña vanidad que fomentan queda equilibrada por estas adquisiciones."

"Además, ya se cuidan los espectadores—dije yo—de evitar que se produzca ese efecto, porque, generalmente, miran escrupulosamente al pequeño artista y se gozan en burlarse de sus equivocaciones y en descubrir y publicar sus secretillos."

"Les pasa lo que a los actores—replicó Goethe—, que son hoy aplaudidos y silbados mañana, con lo cual el efecto queda equilibrado."

Miércoles 16 de marzo de 1831. *

Esta mañana, media hora en casa de Goethe. Tenía el encargo de comunicarle la noticia de que la gran duquesa había decidido hacer a la Dirección del teatro un donativo de mil táleros, que se dedicarían a la educación de muchachos de talento. Esta noticia le proporcionó a Goethe, que tiene gran interés en la prosperidad del teatro, un gozo visible.

Luego tenía encargo de tratar con él acerca de un proyecto de diversa índole. La gran duquesa había concebido el propósito de hacer venir a Weimar al mejor de los escritores alemanes actuales, que, careciendo de patrimonio y empleo, tuviese que vivir exclusivamente de los productos de su talento; así le proporcionaría una desahogada posición, que le permitiera dejar que madurasen tranquilamente sus obras, hasta conseguir la máxima perfección, para no verse en el triste caso de tener que trabajar superficial y apresuradamente, obligado por la necesidad, en daño de su propio talento y de la literatura en general.

"La intención de la gran duquesa—repuso Goethe—es verdaderamente digna de una princesa y me inclino ante la nobleza de sus sentimientos; pero será muy difícil hacer una elección acertada. Los mejores de nuestros escritores disfrutan ya de una posición desahogada por em-

pleos del Estado, pensiones o patrimonios propios. Además, no todos sirven para vivir aquí, ni a todos se les prestaría un servicio trayéndolos. Sin embargo, no olvidaré sus intenciones y veremos a ver si los años venideros nos traen algo bueno."

Miércoles 21 de marzo de 1831. *

Goethe se sentía bastante mal en los últimos tiempos, tanto, que sólo recibía a sus amigos más íntimos. Hace unas semanas hubo que hacerle una sangría; luego aparecieron molestias y dolores en la pierna derecha, hasta que al cabo el mal interno se manifestó por una herida en un pie, a lo que siguió una rápida curación. Hace unos días desapareció también esta herida, y vuelve a sentirse sano y contento como antes.

Hoy le visitó la gran duquesa, que volvió muy satisfecha de verle. Ella había preguntado por su estado, y él había respondido galantemente que hasta entonces no se había notado su curación; pero que su presencia le haría sentir de veras su restablecimiento.

Miércoles 14 de abril de 1831. *

Soirée en las habitaciones del príncipe. Uno de los presentes, de edad más avanzada, que recordaba varias cosas de los primeros años de la estancia

de Goethe en Weimar, nos refirió la siguiente anécdota, muy característica:

"Estaba yo presente—dijo—cuando Goethe pronunció en 1784 su conocido discurso en la solemne inauguración de las minas de Ilmenau, a cuyo acto había invitado a todos los empleados e interesados de la ciudad y alrededores. Parecía saberse muy bien su discurso, pues habló un buen rato sin tropiezo alguno y con gran soltura. Pero de pronto pareció que le abandonaba el espíritu bueno; se interrumpió la cadena de sus pensamientos y daba la impresión de que había perdido la memoria de lo que aun le quedaba por decir. Cualquier otro se hubiera visto en grave aprieto; él, no. Durante lo menos diez minutos miró con calma y firmeza en derredor suyo, en el círculo de sus oyentes, que estaban como magnetizados por el poder de su personalidad; de manera que durante una pausa tan larga, casi ridícula, nadie hizo un movimiento. Por último, volvió a apoderarse de su tema, continuó su discurso y llegó sin tropiezo hasta el final, con tanta soltura y desembarazo como si nada hubiera ocurrido."

Domingo 20 de junio de 1831.

Después de comer, media horita en casa de Goethe, a quien encontré en la mesa todavía.

Tratamos de algunos temas de ciencias naturales, y especialmente de la imperfección e insuficiencia del lenguaje, que hace que se extiendan errores

y falsas interpretaciones, que luego no son fáciles de deshacer.

"La cosa es sencillamente así—dijo Goethe—. Todos los idiomas han nacido de las inmediatas necesidades y ocupaciones humanas, de los sentimientos e intuiciones generales. Ahora, cuando un hombre de espíritu elevado llega a adquirir una idea de la acción misteriosa de la Naturaleza, el lenguaje tradicional no le basta para expresar lo que está por encima de las cosas humanas. Necesitaría tener a su disposición el lenguaje de los espíritus para dar a sus observaciones la expresión adecuada. Mas como esto no es posible, tiene que emplear siempre expresiones humanas para manifestar su intuición extraordinaria de las relaciones naturales, lo que hace que casi siempre se quede corto, rebajando su objeto y hasta hiriéndolo y aniquilándolo."

"Que diga eso usted—repuse—, que ha procedido tan escrupulosamente con sus temas, y que, enemigo de toda frase, ha sabido siempre encontrar para sus altas observaciones la expresión más justa, significa algo. Sin embargo, creo que los alemanes podríamos estar satisfechos en ese punto. Nuestro idioma es tan extraordinariamente rico, está tan hecho y es tan susceptible de desarrollo, que, si bien en ocasiones tenemos que recurrir a un tropo, nos acercamos en general bastante a lo que propiamente hay que expresar. En cambio, los franceses trabajan con gran desventaja. En su idioma, la expresión de una relación natural intuída se hace en se-

guida material y vulgar, por el empleo de un tropo tomado ordinariamente de la técnica; de modo que ya no reproduce con bastante dignidad la alta intuición.

"Hace poco, a propósito de la discusión entre Cuvier y Geoffroy de Saint-Hilaire—dijo Goethe—, he visto clarísimamente cuánta razón le asiste a usted. Geoffroy de Saint-Hilaire es un hombre que ve profundamente en la acción espiritual de la Naturaleza. Pero su idioma francés y las expresiones tradicionales que se ve obligado a emplear no le ayudan. Y esto no sólo tratándose de objetos y relaciones misteriosas y espirituales, sino también tratándose de los completamente visibles y puramente corporales. Si quiere designar las diversas partes de un ser orgánico, no puede emplear otra palabra sino la de *materiales*, con lo cual resulta que, verbigracia, los huesos que, como partes homogéneas, integran el todo orgánico de un brazo, quedan en la expresión al mismo nivel que las piedras, vigas y tablas de que se hace una casa.

"Con la misma impropiedad — siguió diciendo Goethe—emplean los franceses la palabra *composición* hablando de productos de la Naturaleza. Puedo reunir, sin duda, las diversas partes de una máquina, hecha de piezas, y en tal caso puedo hablar de composición; pero no cuando empleo la palabra refiriéndola a las partes de un todo orgánico penetradas de un alma común, que las forma reunidas."

"Hasta creo—repuse—que la palabra compo-

sición es también impropia e indigna, aplicada a los productos del arte y de la poesía."

"Es una palabra villana—asintió Goethe—que tenemos que agradecer a los franceses y de la cual debemos procurar libertarnos lo más aprisa posible. ¿Cómo puede decirse que Mozart ha *compuesto* su *Don Juan*? *¡Composición!...* ¡Como si se tratase de una torta o un bizcocho, que se hacen con huevos, harina y azúcar! Pero es una creación espiritual, en que las partes, lo mismo que el todo, salen de un espíritu como fundidas de una sola vez, penetradas del soplo de una vida, durante la cual el artista no ensayaba, ni descomponía, ni trabajaba a su arbitrio, sino que estaba dominado por el espíritu demoníaco de su genio y tenía que ejecutar lo que éste le ordenaba."

Domingo 27 de junio de 1831. *

Hablamos de Víctor Hugo. "Tiene un gran talento—dijo Goethe—; pero se ve completamente arrastrado por la desdichada corriente romántica de su época, que le induce a representar, al lado de lo hermoso, lo más repugnante y lo más feo. He leído estos días su *Notre-Dame de París*, y no he necesitado poca paciencia para soportar los tormentos que su lectura me hacía pasar. ¡Es el libro más horrible que se ha escrito! Y luego no se ve uno siquiera indemnizado de los tormentos que tiene que soportar por el goce que

podría producir la representación de la verdad de la naturaleza humana o de caracteres humanos. Por el contrario, en su libro no hay ni la menor naturaleza y ni la menor verdad. Los personajes llamados activos, que hace desfilar, no son personas de carne y hueso, sino muñecos de madera, que maneja a su capricho, y a quienes obliga a hacer todos los retorcimientos y muecas que necesita para lograr el efecto que busca. ¿Qué época es ésta que no sólo produce y hace posible este libro, sino que hasta lo encuentra soportable y se goza en él?"

Miércoles 14 de julio de 1831. *

Junto con el príncipe, acompaño a casa de Goethe a su majestad el rey de Wurtemberg. Al volver, el rey parecía muy satisfecho, y me encargó que le diese las gracias a Goethe por el placer que esta visita le había proporcionado.

Jueves 15 de julio de 1831. *

Un momento en casa de Goethe, a quien comuniqué la comisión que ayer me había dado el rey. Le hallé ocupado en estudios referentes a la tendencia espiral de las plantas, cuyo nuevo descubrimiento opina que tiene que ir muy lejos y ejercer un gran influjo sobre la ciencia. "Nada

hay superior—añadió—al placer que el estudio de la Naturaleza nos proporciona. La profundidad de sus secretos es incalculable; pero nos está permitido a los hombres ver cada vez más hondo en ella. Y precisamente el que al cabo sea inasequible es lo que constituye su mayor encanto, haciendo que nos acerquemos a ella, siempre de nuevo, más y más, y que intentemos incesantemente penetrar más hondo y arrancarle nuevos descubrimientos."

Martes 20 de julio de 1831. *

Después de comer, media hora en casa de Goethe, a quien hallé de un humor alegre y apacible. Hablamos de varias cosas; entre otras, por último, de Carlsbad, y bromeó acerca de las variadas aventuras amorosas que le habían ocurrido allí. "Un pequeño amorío—dijo—es lo único que puede hacernos soportable la estancia en un balneario; si no, se muere uno de aburrimiento. Además, tuve siempre la fortuna de encontrar allí alguna afinidad electiva, que me entretenía un poco durante unas semanas. Singularmente recuerdo un caso que aun hoy me proporciona placer.

"Un día fuí a visitar a la señora von Reck. Después que hubimos hablado un rato, con no mucha animación, me despedí, y al salir me encontré a una señora con dos muchachas muy bo-

nitas. "¿Quién era el caballero que acaba de salir?"—preguntó la señora—. "Goethe"—respondió la dueña de la casa—. "¡Qué lástima que no se hubiese quedado para tener la dicha de conocerle!" —dijo la señora—. "No ha perdido usted nada por eso, querida—replicó la de Reck—. Es muy aburrido con las señoras, a no ser que sean bastante bonitas para inspirarle algún interés. Mujeres de nuestra edad no pueden pensar en hacerle locuaz y amable."

"Cuando las dos muchachas iban con su madre camino de casa pensaron en las palabras de la señora von Reck. "Nosotras somos jóvenes y bonitas—se decían—. A ver si conseguimos atrapar y domesticar a ese hombre célebre tan esquivo." A la mañana siguiente, en el paseo, en la fuente, me hicieron repetidas veces al pasar las más preciosas y amables reverencias, en vista de las cuales no pude menos de acercarme y hablarles. ¡Eran encantadoras! Hablé con ellas varias veces, me presentaron a su madre y quedé cogido. Nos veíamos diariamente y a veces pasábamos juntos días enteros. Para que nuestras relaciones se hicieran más íntimas, sucedió que vino el prometido de una de ellas, lo que me hizo dedicarme más exclusivamente a la otra. A la madre la trataba también, como puede pensarse, con gran amabilidad. En una palabra: nos sentíamos todos muy satisfechos, y pasé con esta familia días tan agradables, que el recordarlos es todavía placer para mí. Las dos muchachas me refirieron

muy pronto la conversación de su madre y la señora von Reck, que las había impulsado a hacer mi conquista, lo que tan dichosamente habían conseguido."

Recuerdo a este propósito una anécdota que Goethe me refirió antes que ésta, pero que puede tener cabida aquí.

"En una ocasión—me dijo—fuí a pasear hacia el anochecer con un conocido al jardín de palacio, cuando inesperadamente vimos, al extremo de la avenida, a otras dos personas de nuestro círculo que iban conversando tranquilamente. No puedo decirle el nombre del caballero ni el de la dama, pero nada importa. Iban, pues, conversando tranquilamente, cuando de pronto sus cabezas se inclinaron buscándose y se dieron un beso apasionado. A continuación volvieron a adoptar su anterior continente y siguieron hablando con mucha seriedad, como si no hubiera ocurrido nada. "¿Ha visto usted?—exclamó lleno de asombro mi amigo—. ¿Puedo creer a mis ojos?" "Lo he visto —respondí tranquilamente—, pero no lo creo."

Lunes 2 de agosto de 1831. *

Hablamos de la metamorfosis de las plantas y particularmente de la teoría de la *Simetría*, de Decandolle, que Goethe considera mera ilusión.

"La Naturaleza—añadió—no se entrega a todos. Obra con muchos como una muchacha co-

queta, que nos atrae por sus encantos, pero que se nos escapa en el momento en que creemos cogerla y poseerla."

Miércoles 19 de octubre de 1831. *

Hoy se celebró en Belvedere la asamblea para el fomento de la agricultura, que era al mismo tiempo la primera exposición de frutos y productos industriales. Resultó más concurrida de lo que se había esperado. Después de la asamblea hubo un banquete para los miembros de ella. Goethe apareció en él, con gran sorpresa de todos los presentes. Se quedó un rato y consideró con visible interés los objetos expuestos. Su presencia produjo la impresión más agradable, especialmente a los que aun no le habían visto.

Jueves 1 de diciembre de 1831.

Una hora en casa de Goethe, hablando de diversos asuntos. Luego vinimos a tratar de Soret.

"He leído estos días—dijo Goethe—una poesía suya muy hermosa, una trilogía, cuyas dos primeras partes tienen un carácter campesino y alegre, y la última, que se titula *Media noche*, un carácter tétrico y sombrío. Esta *Media noche* le ha salido muy bien. Se respira verdaderamente en ella el soplo de la noche, casi como en los

cuadros de Rembrandt, en los que cree uno sentir el aire de la noche. Víctor Hugo ha tratado asuntos semejantes, pero no con la misma fortuna. En las descripciones nocturnas de este poeta, de indudable talento, no es nunca de noche, sino que los objetos aparecen tan claros y visibles como si fuese de día, y la noche descrita es falsa. Soret ha sobrepujado, sin duda, al célebre Víctor Hugo en su *Media noche*".

Celebré este elogio y me propuse leer lo más pronto posible la trilogía de Soret. "En nuestra literatura poseemos muy pocas trilogías" —observé.

"Esta forma—replicó Goethe—se usa muy raramente entre los modernos. Primeramente, es necesario encontrar una materia que pueda dividirse naturalmente en tres partes; en la primera ha de tener lugar una especie de exposición; en la segunda, una catástrofe, y en la tercera, una solución armónica. En mis poesías del mozo y la molinera se encuentran reunidas todas estas exigencias, aunque al escribirla no pensaba en hacer una trilogía. Mi *Paria* es también una trilogía perfecta; este ciclo sí lo pensé y traté como trilogía desde el principio. En cambio, la *Trilogía de la pasión* no la concebí originariamente como trilogía, sino que se fué haciendo poco a poco, y, por decirlo así, casualmente. Primeramente, como usted sabe, escribí la *Elegía*, como poesía aparte. Luego me visitó la Szymanowska, que había estado conmigo este verano

en Marienbad, y que con sus encantadoras melodías despertó en mi corazón un eco de aquellos días dichosos de pasión juvenil. Por eso las estrofas que dediqué a esta amiga están en el mismo tono y ritmo que la *Elegía* y se ligan naturalmente a ésta como desenlace armónico. Luego, Weygand quiso publicar una nueva edición de mi *Werther*, y me pidió un prólogo, lo que me dió ocasión para escribir mi poesía *A Werther*. Mas como aun me quedaba en el corazón un resto de aquel estado pasional, la poesía se convirtió, como por sí sola, en una introducción de la *Elegía*. Así, resultó que estas tres poesías reunidas quedaron penetradas de los mismos sentimientos de doloroso amor, y aquella *Trilogía de la pasión* se formó sin saber yo cómo.

"Le he aconsejado a Soret que escriba más trilogías, procediendo como acabo de indicar. No debe tomarse el trabajo de buscar un argumento especial para una trilogía, sino que de entre el rico caudal de sus poesías inéditas debe escoger una y agregarle después una introducción, pero de manera que entre las tres composiciones queden lagunas bien apreciables. De este modo se consigue fácilmente el propósito buscado y se ahorra uno de pensar, lo cual, como dice Meyer, es una cosa difícil."

A continuación hablamos de Víctor Hugo y de que su exagerada fecundidad era altamente nociva para su talento.

"¿Cómo no ha de echarse a perder, cómo no ha

de aniquilarse el talento más grande—dijo Goethe—escribiendo en un año dos tragedias y una novela, de modo que parece que sólo trabaja para ganar enormes sumas de dinero? No le censuro porque se esfuerza en hacerse rico y en conseguir la gloria del día; pero si piensa perdurar en el recuerdo de la posteridad, tiene que empezar a escribir menos y a trabajar más."

A continuación, Goethe fué siguiendo paso a paso la *Marión Delorme*, tratando de hacerme ver que en el asunto sólo había materia para un buen acto trágico; pero que el autor se había dejado seducir por consideraciones secundarias, estirando el argumento para que diese de sí cinco actos. "Lo único que hemos ganado con eso—añadió Goethe—es ver que el poeta domina la exposición del detalle, lo cual tiene importancia no escasa."

Jueves 5 de enero de 1832. *

Había recibido algunos nuevos cuadernos de dibujos y acuarelas de mi amigo Töpffer, de Ginebra; la mayor parte eran paisajes suizos e italianos, que había ido haciendo en sus excursiones a pie. Le produjo tal efecto a Goethe la belleza de estos dibujos, especialmente de las acuarelas, que dijo le parecía tener delante las obras del famoso Lory. Le hice observar que estos dibujos no eran los mejores de Töpffer, y que aun tenía que enviar otras cosas. "¡No sé lo que quiere usted!

—replicó Goethe—. ¡Cómo ha de haber nada mejor! Y aun cuando realmente fuera mejor, ¿qué importaría? Cuando un artista ha llegado a cierto nivel de perfección, importa poco que una de sus obras haya resultado algo mejor que la otra. La persona entendida verá en cada una de ellas la mano del maestro y toda la extensión de su talento y facultades."

Viernes 17 de febrero de 1832. *

Le había enviado a Goethe un retrato de Dumont, hecho en Inglaterra, que pareció interesarle mucho.

"He contemplado repetidas veces el retrato del gran hombre—me dijo esta tarde Goethe cuando fuí a visitarle—. Al principio me pareció algo antipático, lo cual atribuyo a que el artista ha hecho demasiado duros y demasiado hondos los rasgos. Pero a medida que contemplaba la interesante cabeza iba desapareciendo la dureza de las facciones, y del fondo obscuro iba destacándose una expresión de serenidad y bondad, una dulzura fina y espiritual, que caracterizan al hombre inteligente, benévolo, que trabaja por el bien general y que tanto confortan el alma del espectador."

Luego seguimos hablando de Dumont, particularmente de las Memorias de Dumont acerca de Mirabeau, en donde descubre las numerosas colaboraciones que Mirabeau supo aprovechar y nom-

bra a las muchas gentes de talento que puso en movimiento para sus fines y con cuyas fuerzas trabajó. "No conozco libro alguno más instructivo—dijo Goethe—que esas Memorias, que permiten ver en los rincones más obscuros de aquel tiempo, sin que por ello el héroe pierda nada de su grandeza. Pero ahora vienen los nuevos críticos de los periódicos franceses, que piensan sobre este punto de otra manera. Las buenas gentes creen que el autor de aquellas Memorias quería destrozarles su Mirabeau, descubriendo el secreto de su actividad sobrehumana y concediendo a otros una participación en los méritos que hasta entonces se atribuían todos a Mirabeau.

"Los franceses ven en Mirabeau su Hércules, y con razón. Pero olvidan que el coloso consta de diversas partes y que el Hércules de la antigüedad es un ser colectivo que reúne en sí los hechos propios y los ajenos.

"En el fondo todos somos seres colectivos. Pues ¡cuán pocas cosas tenemos y somos que podamos llamar verdaderamente nuestras! Tenemos que aprenderlo y recibirlo todo, tanto de los que nos precedieron como de los que viven con nosotros. Ni aun el genio más grande iría muy allá si tuviera que sacarlo todo de su propio interior. Pero hay muchas gentes que no comprenden esto, y se pasan la mitad de la vida tanteando en la obscuridad, persiguiendo sus sueños de originalidad. He conocido a artistas que se vanagloriaban de no haber seguido ningún maestro, sino de saberlo todo

por su propio genio: ¡Insensatos! ¡Como si esto fuera posible! ¡Y como si el mundo no se aproximase a ellos, en cada uno de sus pasos, para hacer algo de ellos, a pesar de su estupidez! Más aún: afirmo que un artista semejante, aunque no hiciera más que pasar las miradas rápidamente por las paredes de una habitación donde estuviesen colgados los dibujos de algunos grandes maestros, si tenía algún genio, habría de partir de su influencia para hacer luego algo distinto y mejor.

"¿Y qué es lo que hay de bueno en nosotros sino la fuerza y la inclinación de atraer a nosotros los medios del mundo exterior y hacerlos servir a nuestros fines elevados? Puedo hablar de mí mismo y decir modestamente lo que siento; es verdad que durante mi larga vida he hecho algunas cosas buenas, de las que pudiera vanagloriarme. Pero si he de hablar sinceramente, lo propiamente mío no era otra cosa sino la facultad e inclinación de ver y oír, de distinguir y elegir, y animar lo visto y oído con algún espíritu, y reproducirlo con alguna habilidad. Mi obra no la debo sólo a mi propia sabiduría, sino a miles de personas y cosas fuera de mí, que me ofrecieron el material. Pasaban por delante de mí insensatos y sabios, cabezas despejadas y limitadas, la infancia, la juventud y la edad madura; todas ellas me iban diciendo sus inclinaciones, sus pensamientos, su género de vida y actividad y las experiencias que habían reunido, y yo no hacía otra cosa sino recoger y cosechar lo que otros habían sembrado.

"En el fondo es una insensatez preocuparse de si lo que uno tiene se lo debe a sí mismo o a otros, de si uno obra por sí mismo o por otros. Lo principal es que uno tenga una gran voluntad y posea habilidad y constancia suficientes para realizarla; lo demás es completamente indiferente. Por consiguiente, tenía razón Mirabeau cuando utilizaba del mundo exterior y sus fuerzas todo lo que podía. Poseía el don de distinguir el talento, y el talento se sentía atraído por el demonio de su potente naturaleza de modo tal, que se entregaba enteramente a su dirección. Así se vió rodeado de un gran número de capacidadas excelentes, a quienes él comunicaba su fuego y a quienes ponía en actividad para sus fines, y precisamente en saber obrar con otros y a través de otros consistió su genio, su originalidad y su grandeza."

Domingo 11 de marzo de 1832.

Por la noche, una hora en casa de Goethe, entretenido con toda clase de conversaciones. Yo había comprado una Biblia inglesa, que, con gran sentimiento mío, no contenía los libros apócrifos; y no los contenía por estimarlos auténticos ni de origen divino. Eché de menos al noble Tobías, este modelo de piadosa conducta, la sabiduría de Salomón y Jesús Sirach, escritos todos de una elevación moral tan grande, que pocos podrían compararseles. Le comuniqué a Goethe mi sentimiento

contra esta estrecha manera de ser que consideraba unos asuntos del Antiguo Testamento como dictados directamente por Dios, y otros tan excelentes como ellos, no; ¡como si hubiera algo más noble y grande que no viniese de Dios y no fuese resultado de su influencia!

"Soy completamente de su opinión — replicó Goethe—. Pero las cosas bíblicas pueden considerarse desde dos puntos de vista. Hay el punto de vista de una especie de religión original, el de la pura naturaleza y razón, la cual es de origen divino. Este permanecerá eternamente el mismo y durará y regirá mientras existan seres dotados de talentos por Dios. Pero sólo es para escogidos y es demasiado alto y noble para hacerse general. Hay luego el punto de vista de la Iglesia, que ya es más humano. Es defectuoso, mudable y sujeto a cambio; pero durará, sin embargo, eternamente, mientras haya seres humanos débiles. La luz de la pura revelación divina es demasiado limpia y brillante para que pueda soportarla el hombre simple y débil. Pero la Iglesia aparece como intermediaria bienhechora, para moderar y adaptar las cosas, con el objeto de que la revelación llegue a todos y redunde en bien de muchos. La Iglesia cristiana tiene la creencia de que es sucesora de Cristo, y por eso puede libertar a los hombres de sus pecados; esto le da una gran potencia. Y los clérigos cristianos cuidan muy bien de conservar esta potencia y prestigio y asegurar el edificio eclesiástico.

"Por consiguiente, le importa poco el que éste o aquel libro bíblico produzca un mayor o menor esclarecimiento del espíritu, o contenga doctrinas de alta moralidad y noble humanidad; lo que le interesa más bien es dar importancia en los libros de Moisés a la historia del pecado original, así como a la aparición de la necesidad del Salvador; en los profetas, a la repetida referencia a El, el esperado, y en los Evangelios, a su real aparición terrenal, su muerte en la cruz y el perdón de nuestros pecados humanos. Como usted ve, para semejantes fines, y pesado en tal balanza, ni el noble Tobías, ni el sabio Salomón, ni las sentencias de Sirach tienen un peso considerable.

"Por lo demás, los calificativos de auténtico y no auténtico, aplicados a cosas de la Biblia, tienen un sentido curioso. ¿Qué es lo auténtico sino aquello tan excelente que armoniza con lo más puro de la naturaleza y la razón y puede aprovechar aún hoy para elevar nuestra formación? ¿Y qué es lo no auténtico, sino lo absurdo, vacío y necio, que no produce ningún fruto, o, por lo menos, ningún fruto bueno? Si la autenticidad de un libro bíblico hubiera de ser decidida planteando la cuestión de si lo que nos transmite es absolutamente verdadero, podría dudarse hasta de la autenticidad de los Evangelios en algunos puntos; Marcos y Lucas no escribieron lo visto directamente por ellos, sino lo que recogieron de la tradición oral, y Juan escribió su Evangelio en edad avanzada. Sin embargo, tengo por auténticos los cuatro Evan-

gelios, pues en ellos alienta el resplandor de la sublimidad de la persona de Cristo, el soplo más divino que ha aparecido sobre la tierra. Si se me pregunta si estoy dispuesto a inclinarme ante esta revelación, venerándola con respeto, respondo: En absoluto me inclino ante ella como ante la revelación divina del más alto principio de moralidad. Si se me pregunta si estoy dispuesto a venerar al Sol, respondo también: En absoluto, pues él es también una revelación de lo Alto, ciertamente, la más poderosa que nos es dado contemplar a los hijos de la tierra. Adoro en él la luz y la fuerza generadora de Dios, por la que todos vivimos, obramos y somos, y con nosotros todas las plantas y animales. Pero si se me pregunta si estoy dispuesto a inclinarme ante el hueso del dedo pulgar del apóstol Pedro o Pablo, respondo: Dejadme en paz y apartaos de mí con vuestros absurdos.

"¡No obscurezcáis el espíritu!—dijo el apóstol.

"Hay muchas necedades en los cánones de la Iglesia. Pero quiere dominar, y para ello necesita una masa limitada que se humille y esté dispuesta a dejarse regir. Nada teme tanto el alto clero, ricamente dotado, como la ilustración de las masas inferiores. Para ello les ha tenido prohibida largo tiempo la Biblia: todo el tiempo que le ha sido posible. ¿Qué iba a pensar un pobre fiel cristiano del aparato principesco de un rico prelado, cuando ve en los Evangelios la pobreza y miseria de Cristo, que iba humildemente a pie con sus

discípulos, mientras el obispo principesco galopa en una carroza tirada por seis caballos?

"No nos damos cuenta—siguió diciendo Goethe—de todo lo que debemos a Lutero y a la Reforma en general. Nos ha libertado de las cadenas de la limitación espiritual, y a consecuencia de la progresión constante de nuestra cultura nos hemos capacitado para volver a la fuente y tomar el cristianismo en su pureza originaria. Hemos vuelto a sentirnos con valor para estar afirmados con pie seguro en la tierra de Dios y para sentirnos orgullosos de nuestra divina naturaleza humana. Por mucho que progrese la cultura espiritual; por mucho que las ciencias naturales crezcan en extensión y profundidad; por mucho que el espíritu humano se eleve, nunca irá más allá de la altura y de la cultura moral del cristianismo, tal como resplandece y brilla en los Evangelios.

"Pero cuanto más progresemos en nuestro desarrollo los protestantes, tanto más aprisa nos seguirán los católicos. Tan pronto como se sientan arrastrados por la ilustración, cada vez mayor, de la época, quieran o no quieran tendrán que seguir su ruta, hasta que al cabo vengamos a parar en que todos somos unos.

"Desaparecerán también las diferencias entre las sectas protestantes, y con ellas el odio y la enemiga entre padres e hijos, hermanos y hermanas. Pues cuando hayamos incorporado y sentido la pura doctrina de amor de Cristo, nos sentiremos grandes y libres en nuestra condición de

hombres y no daremos gran valor a que el culto externo sea de un modo o de otro.

"Y poco a poco el cristianismo de la palabra y del dogma se trocará en un cristianismo del sentimiento y de la acción."

La conversación pasó a tratar de los grandes hombres chinos, indios, persas y griegos que vivieron antes de Cristo, y hallamos que la fuerza divina había actuado en ellos lo mismo que en algunos grandes judíos del Antiguo Testamento. Tratamos también la cuestión de si la fuerza divina actuaba también sobre las grandes figuras del mundo en que actualmente vivimos.

"Oyendo hablar a las gentes—dijo Goethe—, dijérase que piensan que Dios está retirado desde aquellos antiguos tiempos y que el hombre tiene que vivir por su cuenta y ver cómo se las arregla sin Dios y sin su cotidiana ayuda invisible. Todavía, en cosas religiosas y morales, se acepta la posibilidad de una acción divina; pero las ciencias y el arte creen que son meramente terrenales y obra de las puras fuerzas humanas. Pero inténtese producir con sólo el querer y las fuerzas humanas algo que pueda equipararse a las creaciones que llevan el nombre de Mozart, Rafael o Shakespeare. Sé perfectamente que estos tres hombres eminentes no son los únicos y que en todas las esferas del arte ha habido un sinnúmero de grandes espíritus que han hecho cosas tan buenas como aquéllos. Pero al ser tan grandes como ellos, excedían en la misma proporción

a la naturaleza humana ordinaria y tenían su misma inspiración divina.

"Mas ¿cómo habría de ser de otra manera? Dios no se ha retirado a descansar después de los imaginarios seis días de la creación, sino que su actividad es hoy tan intensa como el primer día. Componer este mundo grosero con elementos simples y hacer que vuele año tras año iluminado por los rayos del Sol no le hubiera interesado gran cosa, si no hubiera tenido el plan de fundar en este terreno material un vivero para un mundo de espíritus. Por eso actúa constantemente sobre las naturalezas superiores, para elevar así a las de abajo."

Calló Goethe. Mas yo guardé en mi corazón sus palabras grandes y buenas.

FIN DEL TERCERO Y ULTIMO TOMO

INDICE DEL TOMO III Y ULTIMO

	Págs.
Prólogo del autor a la tercera parte	5
Año 1822	13
— 1823	21
— 1824	43
— 1825	67
— 1827	119
— 1828	211
— 1830-1832	259




MANUALES-GALLACH

COLECCION UNIVERSAL

NOVELAS - TEATRO - POESIAS
FILOSOFIA - CUENTOS - VIAJES
HISTORIA - MEMORIAS - ENSAYOS
ETC., ETC.

Aparecen veinte números, de unas cien páginas, cada mes, al precio de **CINCUENTA CENTIMOS** cada número.

POR SUSCRIPCION TRIMESTRAL, SEMESTRAL O ANUAL
(OCHO PESETAS AL MES)

CUARENTA CENTIMOS CADA NUMERO

Los 280 números publicados desde julio de 1919 a agosto de 1920 contienen obras de

LOPE DE VEGA, KANT, GOLDSMITH, LA ROCHEFOUCAULD, ORTEGA MUNILLA, PROSPERO MERIMEE, STEVENSON, STENDHAL, GOETHE, MACHADO, CERVANTES, ANDREIEV, CASTELLO-BRANCO, CICERON, VILLALON, KOROLENKO, ESTEBANEZ CALDERON, LEIBNITZ, PLUTARCO, ABATE PREVOST, RUIZ DE ALARCON, VELEZ DE GUEVARA, GEORGE ELIOT, KUPRIN, COELHO, Mme. STAEL, TIRSO DE MOLINA, MUSSET, CLARIN, STERNE, JULIO CESAR, CHEJOV, GARCILASO, TACITO, ABOUT, BEAUMARCHAIS, SANDEAU, LAMARTINE, D'AZEGLIO, DANTE, HERCZEG, AUSTEN, FLAUBERT, FENELON, GORKI, MORETO, FILMER, NODIER, VERGA, ARNOLD, G. DELEDDA, HAUFF, VOLTAIRE, THACKERAY, GOLDONI, VICTOR HUGO, TORRES VILLARROEL, DOZY, TEIXEIRA DE QUEIROZ, MONTESQUIEU, VIGNY, BALZAC, TAINE, EUGENIO D'ORS, MOLIERE, GOMEZ CARRILLO, CHMELEV, FOSCOLO, KOBOR, WEBSTER, HEINE, D'AUREVILLY, DAUDET, F. DE ROJAS, GASKELL, ECKERMANN, N. GARIN, D'ALEMBERT, SHAKESPEARE, CHERBULIEZ y FOGAZZARO

CALPE

Compañía Anónima de Librería, Publicaciones y Ediciones.
MADRID SAN MATEO, 13